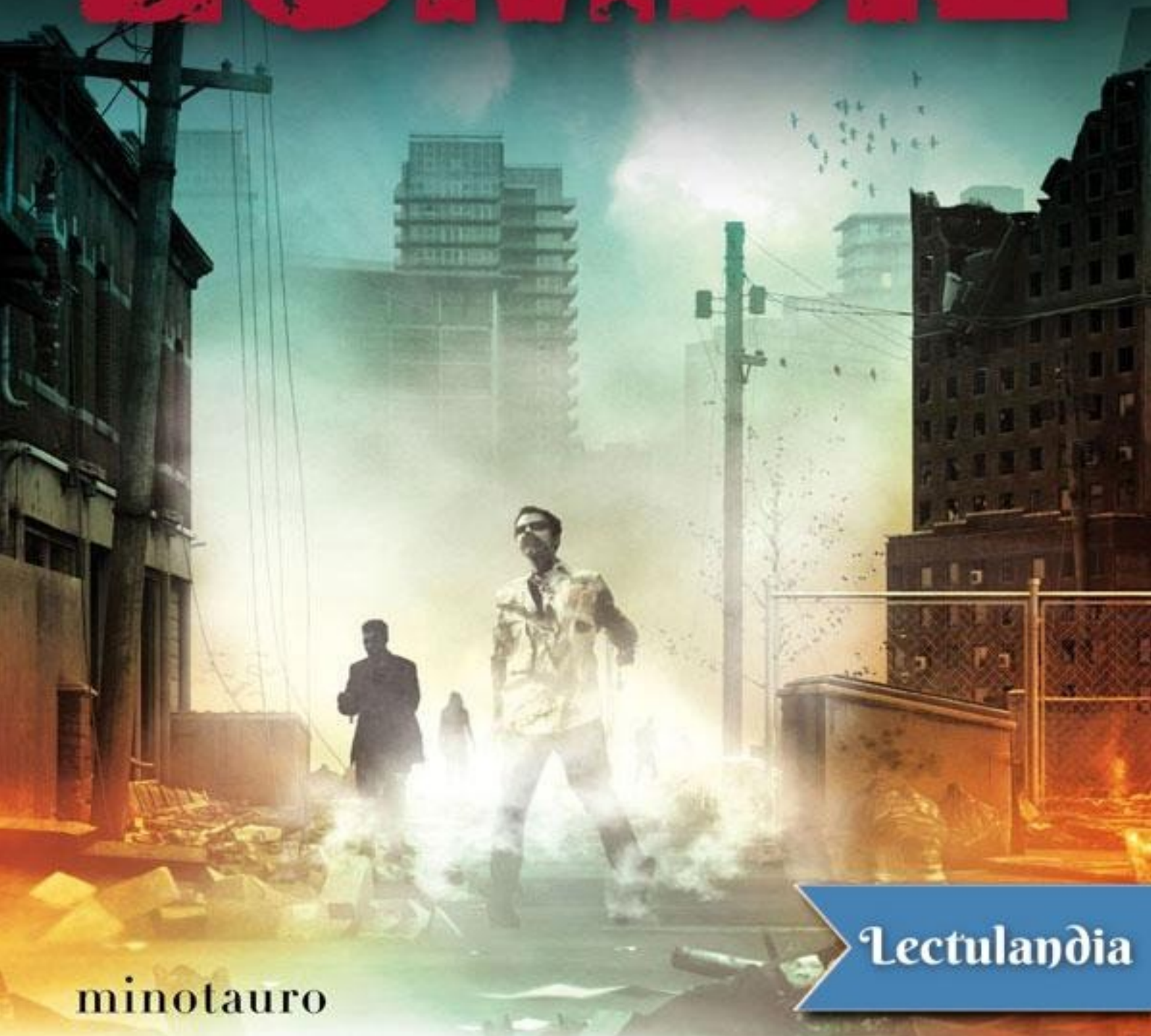


David Moody

CIUDAD ZOMBIE



minotauro

Lectulandia

La pesadilla continúa en la secuela de *Septiembre zombie*.

Una agresiva enfermedad ha acabado con el noventa y nueve por ciento de la población mundial y ha transformado la faz del planeta. Un pequeño grupo de supervivientes encuentra refugio entre las ruinas de una ciudad devastada. Sobreviven entre los escombros, aterrorizados por los efectos que la horrible infección tiene en los cuerpos de los muertos. La repentina aparición de una compañía de soldados vuelve a amenazar la frágil existencia de los supervivientes. ¿Traerán con ellos esperanza, ayuda y respuestas, o tan sólo más miedo y sufrimiento?

«¡Regocijaos, fans de los zombies! Una de las más originales novelas de muertos vivientes ha salido de la tumba para recordarnos lo que realmente significa tener un asiento de primera fila en el fin del mundo. *Ciudad Zombie* es escalofriante, un estudio sociológico de lo que ocurre cuando los muertos vuelven y de lo que debemos hacer para sobrevivir.» **David Wellington**, autor de la trilogía *Zombie* (Timun Mas)

Lectulandia

David Moody

Ciudad Zombie

Autumn 2

ePUB v1.2

GONZALEZ 07.03.12

Corrección de erratas por Breo & Veztaro

más libros en lectulandia.com

Título original: *Autumn: The city*

© David Moody, 2003

© de la traducción, Francisco García Lorenzana

Prólogo

No hubo advertencias ni explicaciones. Estábamos entrenados para responder con rapidez. Sonó la alarma, y en cuestión de segundos nos levantamos y nos pusimos en movimiento. La rutina era la misma que en un millar de simulacros, pero supe inmediatamente que esta vez era diferente. Supe que era real. Podía sentir el pánico en el aire de primera hora de la mañana, y en la boca del estómago tenía la desagradable sensación de que estaba ocurriendo algo que lo iba a cambiar todo.

En silencio, recogimos el equipo y nos reunimos delante de los transportes. Vi inquietud e incertidumbre en los rostros de todos los que me rodeaban. Incluso los oficiales, hombres y mujeres con experiencia y curtidos en combate, que recibían las órdenes de arriba, y controlaban y dirigían todas nuestras acciones, parecían desconcertados y asustados. Su miedo y su inesperada confusión resultaban inquietantes. Sabían tan poco como todos nosotros.

En escasos minutos estuvimos en camino, y el viaje duró menos de una hora. La oscuridad previa al amanecer empezaba a desvanecerse mientras nos acercábamos a la ciudad. Provocamos el caos en la hora punta, abriéndonos paso a la fuerza a través del tráfico y retrasando a la gente que se dirigía a sus escuelas, oficinas y hogares. Vi a cientos de personas mirándonos, pero no me permití mirarles a la cara. Si los rumores que estábamos empezando a oír eran ciertos, no les quedaba mucho tiempo. Meforcé a concentrarme en detalles triviales y sin importancia: contar los remaches en el suelo al lado de mis botas, el número de cuadraditos que formaba la tela de alambre sobre las ventanas... cualquier cosa para evitar recordar que en algún lugar allí afuera, en la frágil normalidad de esta mañana, había personas que conocía y amaba.

Cortamos por el corazón de la ciudad y salimos atravesando los suburbios, siguiendo las carreteras generales y las autopistas, que finalmente penetraban profundamente en el campo verde y vacío. El cielo era gris y plomizo, y la luz seguía siendo mortecina y sin brillo. Las carreteras principales se convirtieron en carreteras secundarias, después en senderos de grava, desiguales y desnivelados, pero nuestra velocidad no se redujo hasta que llegamos al bunker.

Fuimos de los primeros en llegar. A los quince minutos de nuestra llegada, el último transporte bajó a toda velocidad por la rampa y se introdujo en el hangar. Antes incluso de que se parase su motor, oí cómo un oficial daba la orden de cerrar las puertas y sellar la base. Fuera lo que fuese que le estaba ocurriendo al mundo exterior, supe que era un desastre de proporciones inimaginables.

El último resquicio de la luz del día desapareció cuando sellaron las puertas del búnker. Recogí mi equipo y caminé hacia las profundidades de la tierra.

PRIMERA PARTE

Durante la mayor parte de las últimas cuarenta y ocho horas, Donna Yorke había permanecido escondida debajo de un escritorio en una esquina de la oficina donde llevaba trabajando desde el verano. El martes por la mañana, sin aviso previo, su entorno familiar se había vuelto ajeno, frío y horrible. El martes por la mañana había contemplado cómo moría el mundo a su alrededor.

Al igual que el resto de sus colegas, Donna hacía un turno de primera hora una semana de cada cuatro. Esa semana le tocaba llegar primero y abrir el correo, encender los ordenadores y realizar otras tareas sencillas, de manera que el resto de su equipo pudiera empezar a procesar en cuanto llegasen a sus mesas a las nueve. Se alegraba de que hubiera ocurrido a una hora tan temprana. De esta forma sólo tuvo que presenciar cómo morían cuatro de sus amigos. Si hubiera ocurrido tan sólo una media hora después, tendría que haber contemplado cómo las más o menos sesenta personas de la oficina sufrían la misma muerte, por una asfixia súbita e inexplicable. Nada de lo que había ocurrido tenía ningún sentido. Helada y sola, estaba demasiado aterrorizada para ni siquiera empezar a buscar las respuestas.

Desde su punto de observación aventajado en la novena planta, contempló cómo la destrucción barría el mundo exterior como si fuera una marea invisible. Al encontrarse en un punto tan elevado sobre la ciudad, no había oído nada, y la primera señal de que algo iba mal había sido una brillante explosión a corta distancia, quizá a unos cuatrocientos metros. Presenció con una fascinación morbosa y una auténtica preocupación cómo una columna de fuego y un denso humo negro ascendían raudos hacia el cielo desde las entrañas reventadas de una estación de servicio en llamas. Los coches de la calle cercana estaban desperdigados y aplastados. Era evidente que algo enorme había cruzado la calle de doble dirección, arrollando el tráfico, y se había empotrado contra los surtidores, lo que había hecho estallar inmediatamente los depósitos de combustible. ¿Habría sido un tráiler o un camión cisterna fuera de control?

Pero eso sólo había sido el principio, y el horror y la devastación subsiguiente habían sido imparables y había alcanzado una escala inimaginable. A lo largo del sector oriental de la ciudad, muy industrializado, vio cómo las personas caían al suelo. Pudo contemplar cómo se retorcían y sufrían antes de morir. Y también vio detenerse muchos más vehículos; gran cantidad de ellos colisionaban entre sí y bloqueaban las calles, otros iban reduciendo poco a poco la velocidad hasta detenerse, como si se les hubiera acabado la gasolina combustible. Donna contempló cómo se iba acercando el caos. Igual que una onda expansiva, atravesó con rapidez la ciudad a sus pies, y se acercó inexorablemente hacia su edificio. Aterrorizada hasta tal punto que sentía las piernas pesadas a causa de los nervios, se alejó a trompicones

y se dio la vuelta buscando a alguien que pudiera tranquilizarla con una explicación. Una de sus colegas, Joan Alderney, acababa de llegar al trabajo, pero cuando Donna la encontró, estaba a cuatro patas y luchaba por respirar. Donna no pudo hacer nada para ayudarla. Joan levantó la mirada hacia ella con unos ojos muy abiertos y desesperados, y su cuerpo se sacudió presa de unas convulsiones furiosas mientras luchaba por inhalar una última y preciosa bocanada de aire. Su rostro perdió color con rapidez y adquirió un tono gris azulado ceniciento, típico de la asfixia, pero los labios mantuvieron el rojo carmesí, procedente de los numerosos morados y llagas que le habían aparecido en la garganta.

Mientras Joan yacía moribunda en el suelo a su lado, Donna se vio distraída por el ruido que hizo Neil Peters, uno de los directivos jóvenes, al derrumbarse sobre su escritorio, regando todo el papeleo con babas y sangre mientras luchaba por conseguir aire entre las arcadas y la asfixia. Jo Foster, una de sus amigas más íntimas en el trabajo, fue la siguiente en infectarse al entrar en la oficina. Donna contempló impotente cómo Jo se agarraba el cuello, y después articulaba un grito ronco y virtualmente silencioso de dolor y miedo antes de caer al suelo, muerta incluso antes de tocar la moqueta. Finalmente, Trudy Phillips, el último miembro del primer turno de esta semana, sufrió un ataque de pánico, y empezó a tambalearse y a correr hacia Donna al aumentarle el dolor punzante y abrasador en la garganta. Sólo pudo avanzar unos pocos metros antes de perder la conciencia y caer, tropezando con el pie en un cable y arrastrando un monitor de ordenador, que cayó de un escritorio y se estrelló contra el suelo sólo a unos pocos centímetros de su cara. Una vez se hubo apagado el ruido y Trudy hubo muerto, el mundo se convirtió en un sitio terroríficamente silencioso.

La reacción instintiva de Donna fue salir de la oficina y buscar ayuda, pero en cuanto estuvo fuera lamentó su decisión. El ascensor le proporcionó un paraíso enclaustrado de normalidad mientras la llevaba al vestíbulo de la planta baja, pero entonces se abrieron las puertas deslizantes, y ante ella apareció una escena de muerte y destrucción a una escala incomprensible. Había cuerpos por todo el vestíbulo. El guardia de seguridad, que había flirteado con ella menos de media hora antes, estaba muerto en su mesa, caído hacia delante con la cara contra el monitor del circuito cerrado de televisión. Uno de los directores principales de la oficina, un hombre cuarentón, bajo y con exceso de peso, llamado Woodward, se hallaba atrapado en la puerta giratoria de entrada al edificio, con su gran barriga encajada contra el vidrio. Jackie Prentice, otra de sus amigas del trabajo, estaba tumbada en el suelo a sólo unos pocos metros de donde se encontraba Donna, bajo el peso de dos hombres también muertos. Un hilo de sangre, espeso y que se coagulaba con rapidez, salía de la boca abierta de Jackie y había formado un charco pegajoso alrededor de su pálido rostro.

Sin pensar, Donna salió a la calle por una puerta lateral. Más allá de los muros del

edificio parecía que la devastación había continuado en todas direcciones hasta donde ella alcanzaba a ver. Había cientos de cuerpos en cualquier lado que mirase. Aturdida e incapaz de pensar con claridad, se alejó del edificio en dirección al centro. A medida que se acercaba a la principal zona comercial de la ciudad, el número de cuerpos fue aumentando hasta tal punto que, en algunos lugares, el pavimento estaba cubierto en su totalidad, alfombrado de una maraña de cadáveres aún calientes.

Donna había dado por sentado de forma natural que encontraría a otros como ella, otros que habían sobrevivido a la matanza. Parecía poco probable, incluso imposible, que ella fuera la única que conservara la vida, pero después de casi una hora de abrirse camino entre los muertos, pidiendo ayuda a gritos, no había oído nada ni visto a nadie. Siguió andando durante un rato más, convencida de que al torcer la siguiente esquina, descubriría que todo había vuelto a la normalidad, como si no hubiese pasado nada, pero la devastación parecía que no tenía fin. Aturdida por la incomprensible magnitud de la inexplicable catástrofe, acabó dándose por vencida, dio la vuelta y regresó al alto edificio de oficinas.

Su hogar se encontraba a cincuenta minutos en tren, más de dos horas y media en coche. Podría haber regresado a su piso, pero eso no parecía tener demasiado sentido. Trascurridos tres meses de unas prácticas laborales de un año después de haber acabado Empresariales, Donna había decidido vivir, estudiar y trabajar en una ciudad alejada más de doscientos cuarenta kilómetros de prácticamente todo el mundo que conocía. ¡Lo que habría dado para estar de vuelta con sus padres al otro lado del país en su anodina casa pareada de tres habitaciones! Pero ¿qué habría encontrado allí? ¿Los efectos de lo que fuera que había ocurrido habrían llegado tan lejos como a su pueblo natal? ¿Sus padres habrían sobrevivido como ella o también los habría encontrado muertos? No soportaba pensar en lo que podría haberles ocurrido o no ocurrido.

Al final se vio forzada a aceptar la realidad: se encontraba donde se encontraba y que había muy poco que pudiera hacer al respecto. Por imposibles e increíbles que fueran sus circunstancias actuales, no tenía más alternativa que intentar tranquilizarse y encontrar un lugar seguro para sentarse y esperar a que ocurriera algo, cualquier cosa. Y decidió que el sitio más sensato para hacerlo era la oficina. Su altura le proporcionaba cierto aislamiento, y era limpia, espaciosa y relativamente cómoda. Conocía el entorno y sabía dónde encontrar comida y bebida en el restaurante de la empresa. Lo mejor de todo era que la oficina contaba con un buen sistema de seguridad. El acceso a las zonas de trabajo estaba estrictamente controlada por pases electrónicos, y por una conversación que había oído a un ingeniero que había estado realizando comprobaciones durante la última semana, sabía que el sistema de seguridad funcionaba independientemente del suministro eléctrico principal. Por eso, sin importar lo que le ocurriese al resto del edificio, las cerraduras seguirían

funcionando, y eso quería decir que podría aislarse del resto del mundo hasta que estuviera preparada para enfrentarse de nuevo a él. Tal vez la ventaja sólo fuera psicológica, pero le bastaba. Durante esas primeras largas horas sola, esa capa adicional de seguridad lo fue todo para ella.

La mayor parte del resto del primer día lo pasó cubriendo las necesidades básicas, inicialmente por la oficina, después en algunos de los centros comerciales de la ciudad más cercanos. Encontró algo de ropa de abrigo, colchones, un saco de dormir y una lámparas de gas en una tienda de artículos de acampada, suficiente comida y bebida para que le durase algún tiempo, y una radio y una tele portátiles. A media tarde había subido todo por los muchos tramos de escalera (deliberadamente evitó los ascensores, porque había pensado en lo que podría ocurrir si fallaba la electricidad y quedaba atrapada en ellos) y se construyó un nido relativamente cálido y cómodo en el rincón más apartado de la oficina. A medida que se difuminaba la luz al final del día, intentó por todos los medios disponibles ponerse en contacto con el mundo exterior. Su móvil no funcionaba. No pudo conseguir nada más que el tono de línea en uno de los teléfonos de la oficina (y lo intentó con más de veinte aparatos diferentes), y no pudo encontrar nada más que estática y silencio en la radio y en la televisión. Las farolas de las calles que rodeaban el edificio se encendieron, pero sin nadie más vivo, el resto de la ciudad permaneció ominosamente a oscuras. Al final Donna se rindió y hundió la cabeza bajo la almohada.

La primera noche tardó una eternidad en pasar y el segundo día aún más. Sólo salió de su escondite en un par de ocasiones, cuando no tuvo más remedio que hacerlo. Justo después del amanecer recorrió sigilosamente el perímetro de la oficina y contempló las calles a sus pies, al principio para comprobar si había cambiado la situación, pero también para confirmar que los extraños acontecimientos del día anterior habían tenido lugar en realidad. Durante las lentas horas que acababan de pasar, Donna había empezado a convencerse de que la muerte de tantos miles de personas inocentes no había podido ocurrir de forma tan rápida, brutal y sin ninguna razón aparente.

Desde su escondite debajo del escritorio, Donna vislumbró el pie derecho extendido de Joan Alderney, su amiga muerta. Contemplar el cadáver de la mujer la alteró hasta el punto de que fue incapaz de dejar de mirarlo. La proximidad cercana del cadáver era un recordatorio constante e indeseado de todo lo que había ocurrido, y al final reunió el valor suficiente para hacer algo al respecto. Luchando para mantener a raya las emociones y las náuseas, fue arrastrando uno a uno los cuerpos de cada uno de sus colegas de trabajo, rígidos, inflexibles y contraídos por el *rigor mortis*, hasta el extremo más alejado de la oficina, donde los dejó tendidos uno al lado del otro en la habitación del correo y los cubrió con un gran guardapolvo, que había cogido en otra planta donde habían estado trabajando los decoradores.

La tercera mañana se inició de una forma tan deprimente y desesperada como había terminado el segundo día. Ligeramente más tranquila, Donna salió de nuevo gateando de debajo del escritorio y se sentó frente al ordenador que solía utilizar, mirando fijamente el reflejo monocromo de su rostro en la pantalla vacía. Llevaba un rato intentando distraerse escribiendo en un trozo de papel letras de canciones, direcciones, los nombres de los jugadores de su equipo de fútbol y cualquier otra cosa que pudiera recordar, cuando oyó algo. Se trataba de un ruido que procedía del extremo más alejado de la planta de la oficina; el primer ruido que había oído en horas. Era un sonido de tropezones, tambaleos y trompadas que le hizo saltar de inmediato de inesperada esperanza y súbita preocupación, a partes iguales. ¿Estaba a punto de finalizar su doloroso aislamiento? Se acercó con precaución al otro extremo del largo edificio rectangular, con el corazón saltándole dentro del pecho.

—Hola —dijo; su voz era poco más que un susurro, pero sonó incómodamente alta—, ¿hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Avanzó unos pocos pasos y se detuvo cuando oyó de nuevo el ruido. Procedía de la habitación del correo. Donna abrió de un empujón la pesada puerta de vaivén y se quedó parada, mirando. Neil Peters, el directivo al que había visto caer y morir delante de ella dos días atrás, se estaba moviendo. Balanceándose inseguro sobre unos pies torpes y descoordinados, el hombre muerto avanzó por la habitación, se golpeó pesadamente contra la pared, se dio la vuelta con torpeza y anduvo hacia el otro lado. Instintivamente, Donna alargó la mano y lo agarró.

—¿Neil?

El cuerpo se detuvo cuando ella lo cogió. No hubo resistencia ni reacción, sólo se detuvo. Ella le miró detenidamente el rostro inexpresivo, la piel teñida de un tono verde poco natural y los ojos oscuros y nublados, con las pupilas completamente dilatadas. La boca le colgaba abierta; los labios estaban hinchados y llagados; la lengua, inflada como un gigantesco gusano. La barbilla y el cuello estaban magullados y manchados de sangre seca. Petrificada, Donna soltó su presa, e inmediatamente el directivo muerto se empezó a mover de nuevo. Cayó al tropezar con uno de los cadáveres de los otros tres trabajadores de la oficina que yacían en el suelo, y se levantó con lentitud. Donna salió tambaleándose por las puertas, que se cerraron detrás de ella, atrapando dentro al cadáver en movimiento. Miró hacia la derecha y tiró de la parte superior de un armario archivador hasta derribarlo delante de la puerta y bloquear la salida.

Donna se quedó allí quieta durante un rato, aturdida por la incredulidad, y contempló a través de una pequeña ventana de vidrio cómo los restos de Neil Peters, un cascarón vacío, se tambaleaban por la habitación, sin detenerse jamás. Por casualidad el cuerpo se giró accidentalmente y se empezó a mover en su dirección. Sus ojos secos y sin foco parecían mirar directamente a través de ella.

Respirando con fuerza e intentando no caer presa del pánico, Donna abandonó la planta de la oficina y se detuvo en las escaleras para poner algo de distancia entre ella y lo que acababa de ver. El cadáver de Sylvia Peters, la secretaria de la oficina, yacía delante de ella, despatarrada en el descansillo, donde había muerto unos días antes. Mientras se acercaba al cadáver, un movimiento lento, pero sin lugar a dudas real, captó su atención. Donna contempló cómo dos de los dedos de la mano izquierda de la mujer muerta temblaban y sufrían un espasmo, clavándose involuntariamente en el suelo. Sollozando de miedo, Donna corrió de regreso a su escondite en la novena planta, y sólo se detuvo para echar una mirada por una ventana ante la que pasaba y contemplar el mundo a sus pies.

El mismo suceso extraño e ilógico estaba ocurriendo una y otra vez en la calle. La mayor parte de los cuerpos seguían inmóviles donde habían caído, pero muchos otros se estaban moviendo. Desafiando toda lógica, y sin ningún control real, los cuerpos, que habían yacido inmóviles durante casi dos días, estaban empezando a moverse.

Donna recogió sus cosas y subió rápidamente a la décima planta (donde sabía que no había cadáveres) y se encerró en un aula pequeña y cuadrada. Al subir por la escalera se había dado cuenta de que el cuerpo de Sylvia Peters había desaparecido.

Todas las puertas y ventanas de la casita en un extremo de una hilera de casas adosadas estaban cerradas o bloqueadas con muebles. Jack Baxter estaba de pie en silencio en un rincón de su dormitorio y espiaba desde detrás de la cortina cómo otro cadáver recorría la calle y desaparecía balanceándose en la oscuridad de la noche, negra como la tinta. ¿Qué demonios estaba pasando?

A primera hora de la mañana del martes, regresaba a casa después del turno de noche, y había estado rodeado de gente cuando todo eso había empezado. Jack trabajaba en un almacén casi en el centro de la ciudad. La ruta de autobús que le llevaba a casa formaba una figura parecida a un ocho, rodeando el almacén, atravesando el centro de la ciudad hasta alcanzar el suburbio en el que él vivía y después de vuelta. A esa hora de la mañana, la mayor parte de los pasajeros solían bajarse al llegar al centro de la ciudad, para iniciar su jornada laboral y, cuando ocurrió, él era una de las ocho personas que seguían a bordo.

La primera señal de que algo iba mal fue cuando un anciano, sentado en su mismo lado del autobús, dos filas delante de él, empezó a resollar y a toser de forma incontrolada. Su estado se deterioró drásticamente en sólo unos segundos. Al principio había estado inclinado hacia delante, pero luego el jubilado se había lanzado violentamente contra el respaldo de su asiento, luchando por respirar, con la garganta inflamada y abrasada por el dolor, y el cuerpo presa de incontrolables convulsiones. Jack había saltado del asiento, y estaba a punto de ayudarlo cuando una joven, madre de tres niños, chilló de dolor desde la parte trasera del autobús. Sus hijos también estaban gritando y llorando. Impotente, Jack corrió hacia ellos, pero se detuvo, se volvió y corrió hacia el otro lado cuando se dio cuenta de que el conductor del autobús también estaba tosiendo y asfixiándose. Recorrió a la carrera toda la largada del vehículo, que de repente se sacudía dando bandazos, y llegó al lado del conductor, que estaba teniendo arcadas y vomitando la sangre que le manaba a chorros de su garganta. Jack intentó agarrar el volante cuando el conductor perdió la conciencia y se derrumbó hacia delante, pero fue demasiado tarde para evitar que el autobús describiera un torpe arco atravesando toda la calzada, arrollara el tráfico que iba en dirección contraria y se estrellara finalmente contra la fachada de un pub. El impacto súbito lanzó a Jack al suelo; se golpeó la cabeza contra la base de metal de uno de los asientos y perdió el conocimiento.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Cuando finalmente se recuperó, tenía la visión borrosa y le costó recuperar el equilibrio sobre unos pies insensibles e inseguros. El conductor y el resto de los pasajeros estaban muertos. Utilizando la manecilla de emergencia forzó la apertura de la puerta y salió tambaleándose a la calle, hacia un mundo que, de repente, estaba cubierto de una

carnicería completamente inexplicable y sin precedente. De la misma forma que había muerto la gente en el autobús, parecía que lo habían hecho todos los demás, hasta donde le alcanzaba la vista en todas las direcciones. Aturdido por el impacto, Jack se había quedado petrificado en medio de todo aquello, el cuerpo inmóvil mientras con los ojos recorría la macabra escena, sin atreverse a detenerse en nada durante demasiado tiempo. Empezó a contar los cuerpos: diez, veinte, treinta y más y más... La destrucción parecía interminable. Durante un rato esperó expectante a que el silencio fuese roto por el ulular de las sirenas de la policía, los bomberos y las ambulancias acercándose, pero no llegó nadie. Con cada minuto que pasaba empeoraba el silencio ominoso y la inmovilidad inquietante. Al final no pudo seguir soportándolo y corrió.

Una carrera sin aliento de diez minutos a través de un paisaje repentinamente extraño llevó a Jack hasta su casa. Cosas y lugares que le habían parecido normales, familiares y anodinos cuando había salido a trabajar la tarde anterior, se habían transformado en visiones retorcidas, extrañas y grotescas. El supermercado en el que el día anterior había realizado la compra estaba ardiendo; las llamas sin control estaban devorando las puertas de entrada, que él había atravesado miles de veces. En el patio de la escuela primaria, al final de la calle, había visto los cuerpos caídos de los padres, rodeados de los cadáveres más pequeños y uniformados de sus hijos. Un coche había penetrado por la parte delantera de una casa, a siete puertas de la suya. A través de los escombros y de los restos polvorientos había visto el cuerpo de la propietaria de la casa, muerta en su sillón delante de la tele. Lo que había ocurrido no tenía sentido. No había ninguna explicación obvia y no quedaba nadie a quien pedirle una respuesta. Excepto Jack, no parecía que hubiese quedado nadie con vida. De alguna manera, en medio de toda esa muerte y destrucción, sólo él había sobrevivido.

Jack había perdido a su esposa Denise hacía quince meses a causa de un cáncer. De alguna forma, al haber sufrido una pérdida tan profunda e inmensa hacía tan poco tiempo, le resultaba más fácil asumir lo que acababa de ocurrir. Estaba acostumbrado a regresar a su hogar, a una casa fría, silenciosa y vacía, y pasar hora tras hora solo, sin hablar con nadie. Incluso en ese momento, cuatrocientos treinta y siete días después de su fallecimiento (él seguía contando cada día que pasaba sin ella), el recuerdo del dolor físico y mental que había soportado su esposa era mil veces peor que nada de lo que había sentido desde que todo el mundo había muerto.

Después de llegar a casa, Jack intentó ponerse en contacto con el resto del mundo. Marcó cada uno de la treintena de números de teléfono en su agenda, pero nadie contestó. Durante un rato escuchó la radio, pero lo que había oído era perturbador. Había esperado oír el siseo de la estática, pero durante mucho rato no hubo nada, sólo un silencio vacío e interminable. Encontró una emisora que seguía emitiendo música. Escuchó nervioso y esperanzado mientras se desvanecían las últimas notas de la

canción final, sólo para ser reemplazada por el mismo silencio interminable que estaba por todas partes. En su mente se imaginó a los locutores de la radio, los periodistas, los ingenieros y los presentadores, muertos en sus estudios, mientras se seguían emitiendo por inercia las consecuencias de lo que fuera que los había matado a todos.

Desde entonces había pasado la mayor parte del tiempo sentado en el piso de arriba, contemplando el mundo exterior, esperando que esa pesadilla ilógica terminara con la misma rapidez con la que había empezado. Pero no lo hizo. Mirando hacia fuera desde una de las habitaciones posteriores, Jack vio el cuerpo de su anciano vecino, Stan Chapman, que yacía boca abajo e inmóvil en medio del césped de su jardín, aún vestido con su pijama. Parecía que nadie, excepto el propio Jack, se había librado.

A causa de su horario laboral antisocial y su rutina inusual, los días de Jack hacían mucho tiempo que se desarrollaban al contrario de los de casi todos los demás. A pesar de todas las circunstancias, al mediodía del primer día había tenido problemas para seguir despierto. Se había ido durmiendo y despertado durante toda una tarde larga y desorientadora, y luego se había pasado lo que parecía una eternidad sentado a oscuras al borde de la cama, muy despierto, solo y petrificado. Y el día siguiente había sido aún más duro de soportar. No hizo nada excepto estar sentado en silencio, elaborar pensamientos aterradoros y plantearse incontables preguntas que le era imposible responder. Durante un rato consideró la posibilidad de salir y buscar ayuda, pero estaba demasiado asustado para aventurarse más allá de la mitad de la escalera antes de darse la vuelta y regresar a la seguridad relativa de las habitaciones superiores. Sin embargo, cuando las primeras luces de la mañana del jueves empezaron a deslizarse sobre el paisaje devastado, lo que quedaba del mundo de Jack se había vuelto del revés una vez más.

Justo antes de las siete en punto, el sonido repentino y metálico de un golpe rompió el silencio opresivo. Con todo lo demás en silencio, pareció que el estrepitoso ruido tardase una eternidad en disolverse en la nada. Durante unos pocos segundos, Jack no se atrevió a moverse, paralizado por los nervios. Había esperado impacientemente que ocurriera algo, pero una vez que finalmente había ocurrido, casi estaba demasiado asustado para ir a ver qué era. Se forzó a moverse, y lentamente se fue acercando a la puerta principal de la casa y, después de agacharse y espiar a través de la rendija del buzón y no ver nada, abrió la puerta y salió. En medio de la calle encontró un cubo de la basura metálico. Extrañamente aliviado, Jack dio unos pocos pasos hasta llegar a la acera, donde miró arriba y abajo de la calle desierta. Pero no lo estaba. A la sombra de los árboles, en el lado opuesto de la calle, una solitaria forma femenina se alejaba con lentitud. De repente, más confiado, atravesó corriendo toda la anchura de la calle y agarró del hombro a la mujer. Ella se detuvo de inmediato y

simplemente se quedó allí quieta, dándole la espalda a Jack. Embargado por la emoción, no se había parado a pensar por qué no lo había oído o reaccionado de cualquier otra manera a su llegada. Así que sencillamente le dio la vuelta para verle la cara, desesperado por hablar con alguien que, como él, había sobrevivido. Pero al instante resultó evidente que la mujer era sólo otra víctima de la calamidad que había sacudido la ciudad. Su sorpresa e incredulidad fue tal que casi no pudo reaccionar ante la apariencia de pesadilla de la mujer. Tal vez hubiera estado en movimiento, pero esa pobre mujer estaba tan muerta como los miles de cuerpos que seguían cubriendo las silenciosas calles.

Jack se quedó mirando los ojos negros e inexpresivos, buscando una explicación. En la penumbra, la piel amarillenta parecía hundida y floja. La boca le colgaba abierta, como si ya no tuviera la energía para mantenerla cerrada, y la cabeza se le inclinaba pesadamente hacia un lado. Soltó el cuerpo e inmediatamente se alejó tambaleándose, en dirección contraria a la que había andado antes. Jack se dio la vuelta, corrió de regreso a su casa y cerró con llave la puerta a su espalda. Entró a trompicones en la cocina y se recostó en el fregadero en busca de apoyo, mirando fijamente hacia el jardín e intentando encontrar un sentido a lo que acababa de ver. Sus pensamientos, siniestros e inconexos, se vieron interrumpidos por la súbita aparición en la ventana del rostro blanco y exangüe de su vecino muerto. El cadáver había pasado a través del panel que faltaba en la valla, y que Jack había tenido la intención de volver a poner durante los tres últimos veranos.

Habían pasado más de doce horas desde que Jack había visto esa mañana el primer cadáver en movimiento. Pasó el resto del día en el piso de arriba, escondido de nuevo en su dormitorio. Preparó una bolsa con ropa y comida, pero cuando llegó el momento de abandonar la casa, estaba demasiado asustado para irse. Sabía que al final tendría que volver a salir al exterior, pero por el momento la familiaridad y la seguridad relativa de su hogar era todo lo que le quedaba.

Incluso oía de vez en cuando el cuerpo de su anciano vecino, golpeándose sin descanso por el jardín trasero, sin detenerse jamás.

Otra noche y mañana interminables fue todo lo que Jack pudo soportar. Se sentó en la parte alta de la escalera y llegó a la conclusión inevitable de que debía salir e intentar descubrir lo que había ocurrido, y que cuanto antes lo hiciera, antes podría volver. Con la mochila ya preparada, echó un último vistazo nervioso a su hogar y lo abandonó poco después de mediodía.

Durante unos escasos y preciosos minutos, el día de otoño pareció tranquilizadamente normal. Era frío y seco como de costumbre, aunque gris y nublado. Unas ráfagas de viento frío resultaban refrescantes y reconfortantes, ya que se llevaba el hedor a muerte y a incendios que colgaba pesadamente en el aire como una niebla acre.

Cuando alcanzó el final de su calle, Jack se detuvo, se volvió y dio unos pocos pasos inseguros hacia su casa, ansiando ya la seguridad de encontrarse de nuevo en el lado bueno de una puerta cerrada. Demasiado asustado para seguir adelante, pero igualmente temeroso de las consecuencias de dar la vuelta y esconderse solo en su casa durante días, posiblemente incluso durante semanas, no sabía qué dirección tomar. Se quedó en medio de la calle y sollozó como un niño que ha perdido a sus padres.

Al final, Jack llegó a un compromiso consigo mismo. Decidió que seguiría caminando un poco más hacia el centro de la ciudad, y que pasada media hora daría la vuelta y regresaría a casa. Mañana se aventuraría un poco más, después un poco más al otro día y más al día que siguiese a ése, hasta que encontrase a otras personas como él. Tenía que haber otros, ¿no era verdad? Reemprendió la marcha, deseando haber aprendido a conducir, como había hecho prácticamente todo el mundo que conocía en cuanto alcanzaron la edad permitida. Se habría sentido mucho más seguro en un coche.

Jack dejó de andar a medio camino de Turnhope Street, cuando el primer cuerpo en movimiento que había visto desde que dejó la casa apareció tambaleándose con lentitud. Empezaba a soportar los cadáveres que yacían inmóviles en el suelo, pero los que se movían eran otra historia completamente diferente. A pesar de que lo ignoraban y no parecían reaccionar ante nada que hiciese, aún se sentía amenazado por su presencia antinatural y su movilidad imposible. Al aproximarse al cuerpo (los restos tambaleantes y uniformados de un guardia de tráfico) se quedó parado por instinto y se aplastó contra el muro del edificio más cercano, con la esperanza de pasar inadvertido al fundirse con el entorno. El cadáver cruzó ante él tambaleándose, sin ni siquiera levantar la cabeza. Arrastraba los pies por el suelo con una lentitud insoportable, y Jack lo contempló alejarse indiferente, con los brazos colgados pesadamente a los costados, balanceándose de vez en cuando con sus pasos

vacilantes.

El silencio era insoportable, intenso y casi completamente total. Excepto por las ocasionales ráfagas de viento, que movían desperdicios y basura a lo largo de las calles vacías, no se oía nada: ni coches, ni aviones, ni música, ni voces... y el silencio hacía que todo lo demás pareciese más ruidoso. El sonido de sus pisadas cuando rozaban el pavimento sonaba como si se hubiera amplificado miles de veces. En una o dos ocasiones se aclaró la garganta, dispuesto a gritar pidiendo ayuda, pero en el último momento no se decidió a hacerlo. Tanto como deseaba encontrar a otras personas como él, tenía miedo de llamar la atención. Y a pesar de que no parecía que hubiera nada ni nadie más que él, no tenía el valor de correr ningún riesgo. Estaba demasiado asustado. No, no sólo estaba asustado, estaba completamente aterrorizado.

Jack recorrió toda la extensión de Pordown Park Road, que desembocaba en Lancaster Road, que a su vez conducía hasta Haleborne Lane y después convergía con Ayre Street, una de las rutas principales para llegar al corazón de la ciudad. En los treinta minutos que se había dado de margen, Jack había recorrido casi dos kilómetros y medio. No había visto nada ni a nadie excepto otra treintena de cuerpos silenciosos y tambaleantes. A algunos de ellos, en realidad a la mayoría, los había podido ignorar y rebasar con pocas dificultades. En todos los aspectos tenían una apariencia relativamente normal a cierta distancia, sólo un poco desaliñados, sucios y faltos de color, casi monocromos. Sin embargo, de vez en cuando se cruzaba con alguno que lo llenaba instantáneamente de una náusea nerviosa y aterrorizada. Al parecer, la reanimación de los muertos se había producido completamente al azar, sin ningún criterio lógico. Cinco minutos antes, Jack se había cruzado con un cuerpo que sin duda se había visto involucrado en algún accidente terrible. Pensó que había sido un hombre, pero no podía estar completamente seguro. El cuerpo casi desnudo estaba cubierto de la cabeza a los pies con quemaduras que lo desfiguraban. No parecía que hubiera un solo trozo de piel que no hubiera quedado completamente abrasado más allá de cualquier posible reconocimiento. El pelo había desaparecido de la cabeza a causa del fuego, y la cara, o el agujero negro en el que había estado, era irreconocible, sólo una masa informe y requemada. Algunas tiras de ropa seguían colgadas de la esquelética criatura, ondeando en la brisa. Sin embargo, la mayor parte de la ropa se había quemado y fundido con la carne ennegrecida. Pero de alguna manera seguía moviéndose. Inmune al daño y la deformación que había sufrido, y ajeno a cualquier dolor o aturdimiento que pudiera haber sentido, la maldita cosa se seguía moviendo. Los ojos se le habían quemado, dejando las órbitas vacías, y no tenía ningún tipo de coordinación, pero se seguía arrastrando hacia delante, impactando torpemente contra las paredes, los coches aparcados y otros obstáculos. Más que nada el olor fue lo que había colmado el vaso de Jack. En la brisa había captado el rastro del hedor de la carne quemada, e inmediatamente cayó de rodillas y

vacío en la alcantarilla el contenido de su estómago.

Aunque había decidido que regresaría si no ocurría nada, el deseo desesperado de encontrar a alguien vivo mantuvo a Jack avanzando hacia el centro de la ciudad. Al acercarse al corazón de la ciudad, toda la enormidad de lo que había ocurrido le resultó dolorosamente evidente. El suburbio pequeño e insignificante donde vivía había quedado brutalmente arrasado por la devastación, pero lo de allí no había sido nada en comparación con el centro de la ciudad. Donde había muchos más comercios, oficinas, fábricas y otros edificios, la escala de la destrucción era sobrecogedora. Parecía que nada había quedado incólume ante el asesino silencioso e invisible que había atacado a primera hora de la mañana del martes.

Mientras andaba por un lado de una calzada de doble dirección, finalmente reunió el valor para gritar, diciéndose a sí mismo que daría la vuelta para regresar en unos pocos minutos.

—Hola —chilló, asustándose del sonido de su propia voz—. Hola... ¿hay alguien ahí?

Nada. Ninguna respuesta. Lo intentó de nuevo.

—Hola...

Dejó de gritar y oyó cómo el eco repetía su voz por la desolada calle, rebotando en las paredes de los edificios vacíos. Ahora que parecía su único habitante, el mundo se había vuelto de repente mucho más vasto, y él se sentía insignificante. Desde muy lejos oyó el ladrido solitario de un perro y su aullido lastimero.

—Hola... —volvió a gritar.

Abatido, se preguntó si valía la pena seguir adelante. Había abandonado su casa con algo de esperanza, aunque fuera mínima, pero incluso eso se le había evaporado hasta quedar en nada. Pero ¿cómo era posible que fuera el único que quedase? Entre los millones, posiblemente miles de millones, de personas afectadas, ¿cómo había podido sobrevivir él cuando todos los demás habían muerto? ¿Tendría algo que ver con dónde se hallaba cuando ocurrió? ¿Poseería alguna inmunidad natural, innata? ¿Sería porque trabajaba de noche? ¿Sería el curry que había comido el fin de semana o las pastillas para la depresión que tomaba desde la muerte de Denise? Ya nada parecía más allá de los reinos de la posibilidad.

Con cada paso se iba acercando cada vez más al corazón muerto de la ciudad. Sólo otro minuto y daría la vuelta para volver a casa, se repetía a sí mismo. La calle principal se fue estrechando gradualmente hasta ser de un solo carril en cada dirección, y la súbita proximidad de los altos edificios a ambos lados le hizo sentirse atrapado e incómodo. Decidió que no volvería a gritar. Por delante tenía aún más cuerpos, un grupo de ellos. O se trataba de una pandilla de cadáveres, se preguntó. ¿De un puñado? Consiguió pasar a su lado con una despreocupación que acababa de descubrir, reuniendo incluso el valor de empujar a uno de ellos que le cerraba el paso

cuando ése se atravesó tambaleándose en medio de su camino por casualidad.

Jack miró a la derecha, donde vio a una de las patéticas criaturas sentada a la sombra de la entrada de una tienda, sosteniéndose la cabeza con las manos. Parecía que se movían sin parar, y hasta el momento no había visto a ninguno de los cadáveres sentado. Se detuvo y se acercó un poco. Al acercarse, el cuerpo alzó la cabeza y lo miró, levantando las manos para hacer de visera sobre los ojos y protegerlos del brillante sol otoñal, que acababa de aparecer momentáneamente a través de un hueco en la espesa capa de nubes. La persona en la puerta, una niña, quizá de trece o catorce años, vestida con un uniforme escolar arrugado y desgarrado, se levantó con lentitud y empezó a caminar hacia él. A los dos les llevó casi un minuto darse cuenta y aceptar por completo el hecho de que ambos acababan de encontrar por fin a otro superviviente. Al principio, la niña se movía con una lentitud y una precaución comprensibles, pero de repente echó a correr, abrazó a Jack y empezó a sollozar. El la sostuvo con toda la fuerza que pudo, como si la conociera desde hacía cincuenta años y no la hubiera visto en los últimos diez. Finalmente había encontrado vivo a alguien más.

De repente Jack se sintió aún más expuesto que antes; miró a su alrededor con ansiedad y después cogió de la mano a la chica y la condujo hacia la entrada del edificio más cercano. Se trataba de una clínica dental; una consulta privada fría, oscura y claustrofómicamente pequeña que seguía oliendo ligeramente a antiséptico y enjuague bucal. Los dos se sentaron en las duras sillas de plástico en la sala de espera, junto con tres cadáveres inmóviles que habían estado esperando a que los visitase el dentista muerto desde el martes por la mañana. Una enfermera estaba desplomada sobre el mostrador a su derecha. La presencia de los cuerpos ya no parecía importar. Encontrarse en el interior y con alguien más ayudó psicológicamente a Jack, sin importar lo lúgubre y desolado que fuera este nuevo entorno.

Al principio ninguno de los dos supo qué decir.

—Me llamo Jack... —tartamudeó finalmente él con torpeza.

—Te he oído gritar —contestó ella, aún llorando—. No sabía dónde estabas. Te oía, pero no te podía ver y entonces...

—No importa —susurró él; le acarició el cabello y le besó con delicadeza la cabeza, esperando que a ella no le importase—. No importa.

—¿Has visto a alguien más?

—No, a nadie. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza, se alejó ligeramente de él y se enderezó en su asiento. El contempló cómo se limpiaba la cara.

—¿Cómo te llamas?

—Clare Smith.

—¿Y eres de por aquí, Clare?

Volvió a negar con la cabeza.

—No, vivo con mi madre en Letchworth.

—¿Y cómo has acabado en esta parte de la ciudad?

—Este fin de semana me he quedado en casa de mi padre. El lunes no teníamos clase, así que me quedé con él un día más y...

Dejó de hablar cuando no pudo seguir soportando los dolorosos recuerdos. Jack vio, impotente, cómo unos pocos sollozos se convertían en un torrente imparable de lágrimas.

—Mira —empezó Jack, intentando hacerle las cosas más fácil—, no tienes que contarme nada si no quieres. Si lo prefieres puedes simplemente...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella de repente, cortándolo y mirándolo por primera vez fijamente a la cara—. ¿Qué ha provocado todo esto?

Jack suspiró, se puso en pie y se empezó a alejar.

—Ni idea —respondió; se inclinó hacia delante y miró por encima del cuerpo de la enfermera a través de una ventanilla de cristal esmerilado, hacia el interior de una oficina pequeña—. Estaba de camino a casa cuando ocurrió. No vi nada hasta que fue demasiado tarde.

—Papá me estaba llevando en coche a la escuela —explicó Clare en voz baja, con la vista fija en el suelo—. Vive justo al otro lado de la ciudad, de manera que estábamos regresando a través del centro... —Se detuvo para limpiarse los ojos y aclararse la garganta—. Estábamos parados delante de un semáforo y papá empezó a ahogarse. Intenté ayudarlo, pero no hubo nada que pudiera hacer. Chocó contra el coche que teníamos delante, y el coche que teníamos detrás colisionó con nosotros. Papá siguió tosiendo y sacudiéndose hasta que murió, y yo no pude hacer nada para ayudarlo...

Clare empezó a llorar desconsoladamente. Jack se acercó unos pasos y se arrodilló delante de su silla. Ella lo agarró, y hundió la cara en su pecho. Jack aún se sentía un poco incómodo e inseguro, pero la abrazó de nuevo y la mecía con suavidad. Ella se limpió los ojos y siguió hablando entre sollozos.

—Bajé del coche para buscar ayuda, pero le había ocurrido a todo el mundo. Todo se había parado y todos estaban muertos. Estábamos atrapados en medio del mayor accidente de tráfico que hayas visto nunca. Parecía que había cientos de coches empotrados los unos contra los otros. Tuve que pasar por encima de ellos sólo para llegar al lado de la carretera...

—Ocurrió con mucha rapidez, Clare. Nadie tuvo tiempo de reaccionar.

—Entonces, ¿por qué seguimos aún con vida?

—Quién sabe. Yo sólo estaba sentado en el autobús, intentando llegar a casa y...

Dejó de hablar de repente.

—¿Y qué...? —le presionó Clare.

—¡Silencio! —siseó Jack, llevándose un dedo a los labios.

Estaba oyendo algo. Salió de la sala de espera, indicando a Clare que lo siguiera de cerca. Una escalera de caracol de madera conducía de la planta baja al resto de la clínica. En lo más alto de la escalera había tres puertas que daban paso a tres salas de consulta separadas. Jack empujó la puerta más cercana, que se abrió hacia dentro y dejó a la vista una habitación pequeña y cuadrada. Un paciente muerto estaba encorvado sobre un largo sillón de tratamiento, con el cadáver de una enfermera tendido a sus pies. Al otro lado de la habitación, el maquinal cuerpo de un dentista, con una bata que en su momento fue blanca y que estaba cubierta de manchas filtradas amarillas y marrones, e hilillos de sangre, estaba atrapado en un espacio limitado por el sillón, la enfermera muerta y un carrito de equipo médico caído en el suelo. El cadáver se tambaleaba impotente de un punto a otro, sin ir a ningún lado.

—Salgamos de aquí —propuso Jack en voz baja. Cogió a Clare de la mano y la condujo de vuelta a la calle.

A más de treinta metros por encima del centro de la ciudad, Donna contemplaba cómo el mundo a su alrededor empezaba lentamente a desmoronarse y descomponerse.

Aunque se sentía constantemente al borde del pánico, de alguna manera conseguía mantener un grado sorprendente de control y, en general, era capaz de seguir pensando y actuando de una forma relativamente racional y sensata. Se preguntaba si eso era así porque se encontraba en el lugar en el que solía trabajar. Se había acostumbrado a desconectar y a separarse de sus emociones en este ambiente gris y opresivo. De la misma forma en que se había pasado las últimas semanas y meses procesando instrucciones de clientes y papeleo, había descubierto que tenía que procesar los restos de su vida. Si hubiera estado en su casa, con sus recuerdos y comodidades de siempre, estaba segura de que a esas alturas ya se habría sentido abrumada por sus emociones.

El hambre y otras necesidades básicas la forzaban de vez en cuando a salir de la sala de formación en el extremo más alejado de la décima planta del bloque de oficinas. En algún momento (no sabía exactamente cuándo), había fallado la electricidad del edificio y de la zona colindante. Encontró varias lámparas de seguridad y linternas en un armario en el despacho del director del edificio, en la planta baja, que, supuso, estaban destinadas para casos de emergencia o para la evacuación del edificio. Añadió esas lámparas de la planta baja a la colección de equipos de iluminación que ya había reunido, y después, de forma lenta y metódica, las fue repartiendo por las ventanas de la décima planta, con lo que consiguió cubrir casi las tres cuartas partes del perímetro del edificio.

Sus acciones estaban impulsadas por una férrea voluntad que acababa de descubrir en sí misma.

Justo después de las siete de la tarde, cuando la luz del atardecer se empezaba a desvanecer con rapidez, encendía todas las lámparas y todas las linternas. Su plan era sencillo. Estaba desesperada por encontrar a otros supervivientes, pero no quería salir a buscarlos. Supuso que era muy probable que todos los que quedasen vivos en la ciudad se sentirían igual. En lugar de arriesgarse a salir y a buscar una aguja en un pajar, decidió que lo más sensato que podía hacer era quedarse allí y hacer que el resto del mundo supiera dónde se encontraba.

En la extrema oscuridad del cielo nocturno, las luces en las ventanas de un bloque de oficinas indicaban su localización como si fueran un faro.

Funcionó.

Paul Castle, el dependiente de una tienda de música, de veintipocos años, estaba dolorosamente hambriento, pero demasiado asustado para abandonar la tienda donde

había estado trabajando, y donde sus clientes y colegas habían muerto de forma dolorosa el pasado martes por la mañana. Había buscado por todo el edificio y, hasta el momento, había sido capaz de encontrar suficientes restos para comer y beber en las máquinas de autoventa diseminadas por las plantas. Durante todo ese tiempo había sabido que salir era inevitable, pero había hecho todo lo posible para retrasarlo. Había llegado a un punto en el que sabía que no tenía más alternativa que irse. Eso o morir de hambre.

Paul esperó a que estuviera oscuro antes de aventurarse a salir. Se imaginó que la oscuridad le ofrecería un poco de protección de los cuerpos vagabundos que había visto tambalearse sin rumbo fijo por las calles. En su estado actual no parecían una gran amenaza, pero el camuflaje adicional que le ofrecía la noche le proporcionaba un alivio y una seguridad que eran muy bienvenidos. Siempre que consiguiera obviar el hecho de que esos cuerpos habían yacido muertos a sus pies durante casi dos días para luego volverse a levantar, sería capaz de mantener bajo control sus frágiles emociones.

Bajo las sombras y la luz baja de última hora de la tarde, resultaba un poco más fácil ignorar la situación del resto del mundo. Desde el otro lado de la calle, un cuerpo muerto y tambaleante parecía casi igual que alguien que siguiese vivo y que aún poseyera control, coordinación e independencia de pensamiento. Había visto suficientes borrachos, adictos y colgados en el centro de la ciudad por las noches para ser capaz de convencerse de que lo que estaba viendo en ese momento era más de lo mismo. A pesar de su nerviosismo, su velocidad y agilidad hacían posible que se moviera entre los cuerpos como si fueran personas normales, atrapadas en una grotesca repetición de sus vidas a cámara lenta.

Existían pocos supermercados o tiendas de comestibles en el centro de la ciudad. Era un lugar en el que la gente había trabajado y comprado regalos y objetos de lujo, estudiado y salido de fiesta, y donde se habían entretenido en cines, teatros y discotecas. Paul bajó corriendo por una larga rampa de hormigón cercana a la tienda de música, después giró a la derecha y atravesó corriendo la calle en dirección hacia un quiosco y unos elegantes grandes almacenes, donde sabía que iba a encontrar una sección de alimentación muy bien provista.

Una vez en el exterior, descubrió que la oscuridad lo ponía inesperadamente nervioso. Le perturbaban tantos grandes escaparates y tantas decoraciones caras a oscuras y sin iluminación. No se lo había esperado. Incluso las farolas de las calles estaban apagadas. Se encontró corriendo a través de la oscuridad para penetrar en más oscuridad. Se detuvo durante un momento para recuperar el aliento y subió a lo más alto de una enorme pieza de hormigón y acero de arte callejero. Empezó a caer una fina lluvia mientras estaba allí de pie con las manos en las caderas, contemplando kilómetros y kilómetros de suburbios urbanos prácticamente a oscuras. Sin aliento,

oteó en la distancia tan lejos como pudo, desesperado por ver algo que le pudiera dar un poco de esperanza.

Sintiéndose vacío y atontado, Paul siguió adelante en dirección a los almacenes y se abrió paso hasta la puerta del edificio por encima de un montón de compradores muertos, que bloqueaban la entrada. Siguió los indicadores sin iluminar hasta la zona de alimentación, donde llenó numerosas bolsas de plástico con comida y bebida, y luego las cargó en un carrito de la compra. Se detuvo sólo para permitir que otro de los lastimosos cadáveres se tambalease por delante del edificio, luego rodeó los cuerpos en la puerta, empujó el carrito de regreso a la noche y emprendió, agobiado, el regreso a su tienda. Durante un rato pensó en intentar ir a su casa. Lo había pensado antes, pero le parecía demasiado lejos para ir solo mientras la situación siguiera siendo tan incierta. En realidad era un cobarde que buscaba excusas para no correr riesgos, pero no importaba. No quedaba nadie para criticarlo o condenarlo. Quizá podría encontrar un coche e intentar llegar a casa por la mañana, pero, claro, quizá no.

El carrito producía un ruido de traqueteo y repiqueteo metálico incómodamente alto mientras lo empujaba a lo largo de las calles pavimentadas con adoquines. Desorientado a causa de la oscuridad, se detuvo para situarse. Empujó el carrito hacia un lado y se recostó contra una parada de autobús para beber de un cartón de zumo de fruta que había cogido de la tienda. Abrió el cartón y bebió de él, sediento, y el fuerte sabor a limón lo revitalizó al instante. Prácticamente no había bebido nada durante todo el día y casi vació el cartón en unos pocos tragos. Fue cuando echó la cabeza hacia atrás para extraer las últimas y preciosas gotas del zumo cuando vio las luces.

Dios, pensó, veía luces.

Después de tirar el cartón vacío a una alcantarilla, se alejó unos pasos de la parada de autobús para tener una vista mejor. En el extremo más alejado de la calle adyacente que había estado siguiendo, podía ver el contorno de un alto edificio de oficinas, hasta entonces oculto por los demás edificios. Era imposible equivocarse al apreciar que casi a la mitad de la altura de una de las caras de la enorme torre, en medio de la oscuridad circundante, veía, sin lugar a dudas, luces. Y donde había luz, decidió con rapidez, tenía que haber gente.

De repente, con energía renovada, empujó el carrito de la compra un poco más hacia las sombras (planeando que lo recogería más tarde), lo dejó y corrió hacia el edificio de oficinas. Un cuerpo apareció de la nada; su camino aleatorio se cruzó casualmente con el de él. Sin pensárselo, Paul lo empujó a un lado, el cadáver tropezó y cayó al suelo, en silencio e imperturbable. Paul seguía corriendo a toda velocidad y recorrió la extensión de la calle en segundos, esquivando más cadáveres sin rumbo fijo. Miró hacia la parte alta del edificio que tenía delante, haciendo visera con la mano para protegerse los ojos de la lluvia, que le iba salpicando, y comprobó que aún

veía el brillo amarillo pálido que procedía de las ventanas en lo alto.

La puerta giratoria principal en la planta baja de la torre estaba bloqueada, pero una entrada lateral estaba despejada y empujó la puerta para penetrar en el interior. Paul subió a toda velocidad los tres primeros tramos de escalera, pero después redujo drásticamente el ritmo, porque su excitación, impulsada por la adrenalina, se vio pronto superada por los nervios y el cansancio. Con cada paso que daba en el edificio aumentaba su inquietud y su ansiedad. Pero no podía parar. Por primera vez desde que empezó todo, se le presentaba la oportunidad real de encontrar a alguien vivo.

Cuarta planta: nada.

Quinta planta: nada.

Sexta planta: cadáveres.

Paul pasó por encima de un cadáver que estaba despatarrado en el suelo, al pie de otro tramo de escalera, antes de alargar la mano hacia el pasamano cubierto de plástico e impulsarse hacia arriba. Su cabeza estaba comenzando a jugar con él. ¿Realmente había visto luz? ¿Sería capaz de encontrar la planta correcta? Se forzó a seguir subiendo.

Séptima planta.

Octava planta.

Novena planta.

Décima.

Era ésa. Vio la luz incluso antes de terminar de subir la escalera y llegar al descansillo. Un brillo amarillo y cálido relucía a través de las ventanitas en las puertas que separaban la oficina del resto del mundo. Resollando con fuerza a causa del esfuerzo de la frenética subida, Paul tiró y empujó con furia del pomo de la puerta, pero éste no cedió.

Dentro de la oficina, Donna se quedó helada. Se encontraba de nuevo de regreso en el aula de formación, envuelta en un saco de dormir y sentada en una cómoda silla giratoria en un rincón. Cada nervio y cada fibra de su cuerpo se tensaron de repente. No se atrevió a moverse.

Paul empujó de nuevo la puerta y la golpeó con el puño. No podía ver ni oír a nadie, pero no importaba; la luz por sí misma era razón suficiente para que siguiese intentando entrar. Al no realizar ningún progreso, se retiró un par de pasos y cargó con el hombro contra la puerta. Esta vibró y tembló en el marco, pero siguió sin abrirse.

El descansillo tenía casi seis metros de largo y un metro y medio de ancho, con acceso a través de puertas dobles a los dos extremos de la diáfana planta del espacio de oficina. Paul había torcido a la izquierda al llegar a lo alto de la escalera, hacia la fuerte de luz más potente, pero el aula en la que se había estado refugiando Donna se encontraba a la derecha. Cogió una linterna y con precaución se acercó de puntillas a

la entrada que tenía más cerca. Proyectó la luz a través de la ventanita y espió la oscuridad; estaba segura de que veía movimiento en el extremo más alejado del descansillo. Sintiéndose observado, Paul se dio la vuelta con rapidez. Donna apuntó rápidamente la linterna hacia el suelo, intentando no ser vista, pero Paul la había visto. Recorrió a la carrera toda la longitud del descansillo.

—Déjame entrar —chilló, golpeando la puerta con furia—. Por el amor de Dios, déjame entrar...

Paul se apoyó sobre la puerta y apretó la cara contra el vidrio, respirando con fuerza. Durante un momento, Donna no hizo nada. Después, lentamente, la realidad de la situación empezó a penetrar en ella. Los cuerpos que eran capaces de moverse no podían hablar, por lo que ella sabía. No podían tomar decisiones ni tampoco reaccionar con un mínimo de control. En consecuencia, la persona al otro lado de la puerta debía de ser un superviviente, ¿o no? Pasó su identificación ante el sensor en la pared, y la puerta se destrabó inmediatamente y se abrió hacia dentro. Paul entró a trompicones en la oficina y se derrumbó de rodillas delante de ella.

—¿Estás...? —empezó a decir Donna.

Paul levantó la mirada hacia ella, con las lágrimas corriéndole por la cara, y entonces se levantó y estiró los brazos hacia Donna. Atrapados en un abrazo extraño, incómodo, pero al fin y al cabo bienvenido, Paul y Donna se quedaron en silencio, ambos aliviados por la repentina proximidad de otro ser humano vivo.

Cuando Clare y Jack alcanzaron el centro de la ciudad la oscuridad ya era casi completa. Ninguno de los dos quería estar en el exterior durante la noche. En la última semana el mundo se había vuelto patas arriba y había quedado devastado, y nada podía darse por sentado. A la luz del día ya resultaba suficientemente difícil seguir lo que estaba ocurriendo a su alrededor. En la oscuridad iba a ser prácticamente imposible.

Jack empujó a Clare suavemente hacia los grandes almacenes Bartrams. Un edificio enorme e imponente en sus mejores momentos, hacía tiempo que era un foco de atención para los compradores urbanos. En ese momento, envuelto en una penumbra de color carmesí oscuro y entrecruzado por las sombras angulares que proyectaba la luna en lo más alto, sus paredes altas y grises y las ventanas cuadradas hacían que pareciera inquietantemente gótico, casi como una prisión.

—Esta noche podemos quedarnos aquí —susurró Jack, manteniendo la voz baja de forma deliberada—. Dentro habrá algo de comida y otras cosas. Aquí estaremos bien.

Clare no respondió. Exhausta y abatida, todo lo que podía hacer era poner un pie delante del otro y seguir avanzando hacia delante. No había dicho gran cosa desde que estaban juntos; unas pocas frases envueltas en lágrimas cuando se encontraron y algunas palabras gruñidas desde entonces había sido todo. Jack no la presionaba. Comprendía su dolor. El también estaba dolorido, pero él había sufrido antes una pérdida como ésa.

—Sé que es duro —había comentado tontamente un poco antes, mientras caminaba por los restos de la calle principal—. Mi esposa murió el año pasado. Sé cómo te sientes. Crees que duele tanto que nunca lo vas a superar, pero lo harás. Créeme, mejorará.

—¿Cómo va a mejorar? —le preguntó—. ¿Cómo puede mejorar si he perdido a mi madre y a mi padre y todo lo demás?

Jack ni siquiera había intentado responder. Ella tenía razón. Al menos, él sabía por qué había muerto Denise, y ambos habían sabido que iba a ocurrir. En contraste, la pérdida de Clare había sido completamente inesperada y sin ninguna causa aparente. Él la había contemplado mientras andaban juntos. ¿Hasta qué punto debía de estar aterrorizada? Pensó en su sobrino Georgie, que había cumplido cinco años hacía un par de semanas, y se preguntó si seguiría vivo. Quizás hubiera sobrevivido. O quizás fuera mejor que no lo hubiera hecho..., durante un segundo, Jack se lo imaginó solo en casa. A Georgie le había ido muy bien el primer curso en la escuela. Había aprendido a leer un puñado de palabras sencillas y sabía escribir su nombre. Se vestía solo, podía contar hasta veinte y, si se concentraba, podía atarse los cordones

de los zapatos con un doble lazo correcto. Pero Georgie no sabía cocinar. No sabía lo que le estaba ocurriendo ni sería capaz de encontrar un medicamento si caía enfermo. No podía encender un fuego para calentarse. No se podía defender de un ataque. Simplemente no podría sobrevivir solo...

La llegada a Bartrams ofreció a Jack la posibilidad de distraer sus pensamientos, cada vez más sombríos y desesperados. El gran almacén acababa de abrir cuando atacó el martes la enfermedad, el virus o lo que fuera (Jack había decidido que algún tipo de germen era la explicación más plausible). Una fila de grandes puertas de vidrio a lo largo de la parte delantera del edificio había quedado abierta, lo que permitió que la mayor parte de los clientes muertos y que posteriormente se habían levantado pudiesen salir tambaleándose a la calle.

Jack y Clare se abrieron cansadamente camino a través de la tienda, piso por piso. En la planta baja recogieron alimentos y algunas prendas de ropa. En la primera planta se hallaba un pequeño departamento de ferretería, donde encontraron linternas y lámparas. Utilizando las inmóviles escaleras mecánicas que atravesaban el centro del edificio, subieron a la sección de muebles en el segundo piso. Cuanto más subían, menos cadáveres encontraban. Los torpes cuerpos no podían subir escaleras, pero tenían tendencia a tropezar y caer por ellas. El solitario cadáver en movimiento que encontraron en el segundo piso (atrapado entre una cómoda, un armario y otro cadáver, en una exposición de muebles de dormitorio) no ofreció ninguna resistencia cuando Jack lo empujó hacia un armario de la tienda y le bloqueó la salida con unas literas.

Pasaron muchas horas juntos, sentados en un sofá de piel carísimo, picando de los alimentos que habían recogido y compartiendo algunas conversaciones breves y fragmentarias. Aunque era temprano, la oscuridad, el silencio y la inacabable tensión mental del día se combinaban para que les pareciese mucho más tarde. De repente era como si hacer cualquier cosa requiriese cien veces más esfuerzo que antes. Y además, hicieran lo que hiciesen les recordaba a ambos todo lo que habían perdido de repente. A la luz de una linterna, Jack hojeó una revista de programación de televisión que había encontrado en el bolso de una clienta muerta, sabiendo que ninguno de esos programas ya no se iba a emitir nunca más. Lo más probable era que todas las celebridades que aparecían en las páginas ilustradas estuvieran muertas. En cualquier caso, nada de eso importaba realmente. ¿Qué importancia tenían ya los actores, los presentadores y los famosos? ¿Qué importancia habían tenido nunca?

—Mañana tendremos más suerte, estoy seguro —le susurró a Clare, esperanzado (aunque no totalmente convencido).

—¿Qué quieres decir?

—Encontraremos a alguien más.

—¿Dónde?

—No lo sé. Mira, Clare, ésta es una ciudad muy grande. En alguna parte tiene que haber más personas vivas. Tú y yo no podemos ser los únicos que quedan, ¿no te parece?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, no hemos visto a nadie más, ¿no?

—Deben de estar refugiados. Yo me quedé en casa durante un tiempo antes de salir; me apuesto algo a que hay cientos de personas encerradas en sus casas esperando que ocurra algo. Tendrán que salir tarde o temprano para conseguir comida y bebida, y...

Clare no le escuchaba. Estaba llorando de nuevo. El sabía que no podía hacer nada para aliviar su pena y su miedo, pero como el único adulto en los alrededores, Jack no podía dejar de sentirse responsable de ella. Con mucho cuidado, le colocó la mano sobre el hombro, y entonces, al no reaccionar ella, la acercó. Medio esperando que retrocediera y lo alejara de un empujón, se sintió sorprendido cuando Clare hizo lo contrario y reclinó todo su peso contra él.

—¿Cuándo va a acabar todo esto? —sollozó, levantando las rodillas y empequeñeciéndose todo lo que pudo.

—No lo sé —respondió Jack con sinceridad, deseando poder ser más positivo y decir algo que la ayudara realmente—. Eh, ¿te gusta este sofá? —preguntó de repente, intentando deliberadamente hablar de algo trivial y sin importancia.

—No me importa, ¿por qué?

—¿Has visto el precio que tiene?

Clare estaba apoyada en la etiqueta con el precio. Se levantó y la miró.

—¿Eso es caro? Nunca he comprado un sofá.

—¿Caro? —replicó Jack, moviendo la cabeza y fingiendo incredulidad—. Es un verdadero atraco. Denise y yo amueblamos toda nuestra casa por sólo un poco más de eso hace tan sólo un par de años. Esta tienda —prosiguió— siempre ha sido para personas con dinero o para aquellos que querían aparentar que lo tenían.

—A mi madre le gustaba esta tienda —comentó Clare en voz baja y con una ligera sonrisa en el rostro—. Nos solía traer aquí cuando éramos pequeños.

—Creo que las madres de todo el mundo nos solían traer aquí.

—¿Qué, la tuya también?

—Sí, durante años éste fue su lugar preferido. Solía ser el único sitio de los alrededores que vendía uniformes escolares. Me arrastraba a la fuerza al final de las vacaciones de verano para equiparme para el curso. Aquí veías a todos tus compañeros con sus madres durante la última semana antes de empezar la escuela. Y también los zapatos. También comprábamos aquí los zapatos.

—Yo también.

—Lo odiaba. Mi hermano y yo lo odiábamos.

—Yo también.

—Podías ver que los otros chicos pasaban exactamente por lo mismo. Éramos un montón de niños alineados contra la pared para que nos midieran los pies. Y luego todos empezábamos el curso con los mismos zapatos...

Clare consiguió emitir una risa ahogada y reprimió más lágrimas.

—Estoy cansada —explicó en voz baja.

—Entonces vete a la cama —propuso Jack, iluminando con su linterna el otro lado de la tienda donde se alineaban siete camas de matrimonio para la venta.

Jack se levantó y se acercó a las camas, después cogió un edredón y unas almohadas de un expositor y rasgó los envoltorios de plástico. Clare se sentó en la cama en el centro de la fila de siete.

—¿Estarás bien aquí? —preguntó Jack mientras le pasaba una almohada.

—Sí —respondió ella—. ¿Y tú qué?

—Yo también —contestó él mientras abría más ropa de cama y la lanzaba sobre la que estaba al lado de la de Clare.

Jack arrastró una mesilla de noche desde el otro lado de la sala, la colocó entre las dos camas y puso encima una lámpara. El pequeño círculo de luz amarilla anaranjada era reconfortante.

—Así que ahí estaba yo —explicaba Paul Castle—, sentado en el tren mientras éste entraba en la estación, convencido de que algo no iba bien. Recuerdo que oí cómo las primeras personas a mi alrededor empezaban a ser presas del pánico, pero no podía pensar con calma. Sólo estaba pendiente de la velocidad. Quiero decir que nos encontrábamos a sólo unos minutos de la estación y el maquinista no había empezado a frenar. He hecho ese viaje cinco veces a la semana prácticamente todas las semanas durante el último año y medio, y sé en qué punto el tren debe empezar a reducir y dónde deben entrar en funcionamiento los frenos y...

Dejó de hablar y se volvió hacia la ventana para limpiarse una lágrima que le caía por el rabillo del ojo, con la esperanza de que Donna no se hubiera dado cuenta. Se hallaban sentados en el aula, ambos intentando habituarse al hecho de que ya no estaban solos.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—En aquel momento, la gente ya se estaba muriendo —prosiguió Paul—. Mirara donde mirase, estaban cayendo a mi alrededor. Pero sabía que íbamos a tener un accidente, y eso era en lo único que podía pensar. No estaba pensando en todos los demás, sólo me estiré en el suelo y me cubrí la cabeza con las manos y...

—¿Y...?

—Nos golpeamos contra algo, pero tuve suerte. Parecía que no ocurría nada durante toda una eternidad, pero entonces noté el impacto. Fue un golpe realmente jodido, ¿sabes? Me lanzó hacia delante y oí cómo el metal gruñía, se retorció y se rompía. Juro que habría salido muy malparado si no hubiera sido por los cadáveres. Había tantos... como si fueran un colchón a mi alrededor. Cuando se paró el tren conseguí salir, después de romper una ventanilla, y bajar a las vías. Habíamos colisionado con la parte trasera de otro tren, que seguía en el andén. ¡Dios sabe cómo no descarrilamos!

—¿Sufriste heridas?

—Me hice esto —contestó Paul, levantándose la camisa y dándose la vuelta para mostrarle su espalda. Aunque la luz era muy pobre, Donna vio con claridad un gran morado de color púrpura y marrón, que le corría en diagonal desde el omoplato derecho hasta el riñón izquierdo.

—¿Aún te duele?

—En realidad, no. La verdad es que casi no pienso en esto desde que ocurrió todo.

—¿Adonde fuiste?

—Me fui al trabajo. Dios, es como si estuvieras programado. No sabía qué otra cosa hacer. No podía volver a casa y no podía pensar en ningún otro sitio al que ir.

Me imaginé que si iba al trabajo, al menos encontraría un poco de refugio y protección. Allí sabía dónde estaba todo.

—Sé lo que quieres decir. Por eso sigo aún aquí.

—¿Trabajabas aquí?

Ella asintió.

—¿Qué hacías?

—Procesamiento de datos para un banco, aunque ahora ya no tiene importancia.

—Típico, ¿no te parece? —suspiró Paul—. Te pasas la mayor parte de tu vida intentando salir del trabajo, y luego acabas atrapado en él cuando todo se pone patas arriba.

—¿Había alguien más por ahí cuando venías hacia aquí?

—Había un montón de gente —contestó—, pero nadie estaba vivo. ¡Dios santo!, todas las personas con las que había estado trabajando el día anterior estaban muertas. Toda esa gente que había conocido durante siglos se había ido... Acabas conociendo a la gente con la que trabajas, ¿no te parece? Tenía colegas allí y salíamos a tomar unas copas los fines de semana, y ahora están...

Dejó de hablar y levantó la mirada hacia el techo para evitar el contacto visual antes de perder el control y empezar de nuevo a llorar. Donna se sentó y lo contempló desde el otro lado de un ancho escritorio gris. Ella ni dijo ni sintió nada. De alguna manera había conseguido distanciarse del dolor. Pensaba que quizá era el aturdimiento a causa de todo lo que había ocurrido. Quizá la caería sobre ella más tarde. Fuera cual fuese la razón, por dentro se sentía tan muerta como los miles de cuerpos que yacían pudriéndose en las calles, como si cada nervio de su cuerpo hubiera sido cauterizado. Al parecer ya no sentía nada. Sabía que probablemente eso era malo, pero no le preocupaba. Por el momento, ayudaba.

—Come un poco —sugirió, incapaz de pensar en nada más constructivo que decir. Empujó un paquete de galletas al otro lado del escritorio. Paul negó con la cabeza—. Realmente deberías comer algo.

—No, gracias.

—¿Algo de beber?

Ella le ofreció una botella de agua medio vacía. Paul asintió y se limpió la cara con la manga antes de tomar la botella que le ofrecía y beber sediento.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó mientras enroscaba el tapón de la botella y se la devolvía.

—Dímelo tú —contestó Donna con brusquedad.

—Quiero decir que no podemos quedarnos aquí sentados, ¿no te parece?

—¿Qué más podemos hacer?

—Dios santo, deberíamos hacer algo. Deberíamos salir y buscar a otras personas. Ver si encontramos a alguien que realmente sepa lo que está pasando...

—Maldita sea, Paul, no he visto a nadie vivo excepto a ti. No he encontrado a nadie más que siga respirando, ¿qué posibilidades tenemos de encontrar a alguien que sepa lo que ha ocurrido?

—Lo sé, pero...

—No quiero salir hasta que tenga que hacerlo —prosiguió Donna interrumpiéndolo—. Ahora mismo sólo quiero estar lo más lejos posible de esas malditas cosas de ahí fuera.

Su voz era fría, monótona y cansada, y el mensaje estaba claro. Paul no se molestó en discutir. Se levantó e improvisó una cama en un rincón con ropas y sábanas.

Se tendió en silencio y se quedó mirando la oscuridad durante horas. Donna se reclinó en su asiento e hizo lo mismo.

En el borde más alejado del centro de la ciudad, a menos de dos kilómetros del edificio de oficinas donde se refugiaban Donna y Paul, se levantaba un moderno campus universitario recientemente renovado. El campus era enorme y extenso, y su rasgo más destacado era un gran bloque de alojamientos de ladrillos rojos, de construcción reciente, cuya fachada seguía paralela a un tramo de la ronda de seis carriles que rodeaba el corazón de la ciudad. Partes de la universidad habían quedado absorbidas en el vecindario local. La facultad de medicina, por ejemplo, se alojaba al lado de uno de los principales hospitales de la ciudad. El propio hospital, con unidades especializadas en odontología, pediatría, dermatología y quemados, había sido fundamental durante muchos años para el aumento de la media de salud de los habitantes de la ciudad. Esa noche, sin embargo, sólo un médico seguía de servicio. Esa noche sólo quedaba un médico vivo.

El moderno edificio de alojamientos tenía suficientes habitaciones individuales para acomodar a varios centenares de estudiantes. Durante los días transcurridos desde el desastre, algo así como una cincuentena de supervivientes se había reunido allí; nadie estaba demasiado seguro de cuántos eran exactamente. Algunos habían encontrado el camino por casualidad; las luces mortecinas y las señales ocasionales de movimiento revelaban la presencia de los supervivientes al por otro lado vacío mundo exterior. Otros se hallaban en el hospital, en la universidad o sus alrededores cuando se inició la pesadilla. El doctor Phil Croft, el único que quedaba, acababa de empezar su ronda la mañana del martes. Las personas que ocupaban toda una sala habían muerto, y él había sido incapaz de ayudar a ninguna de ellas. Acababa de dar el alta a un chaval llamado Ashley, asegurándole que estaba totalmente sano después de una reciente apendicetomía. Segundos después de finalizar el examen del muchacho y de decir a sus padres que se lo podían llevar a casa, el chico yacía muerto a sus pies. Y no sólo habían sido los niños. También las enfermeras, los padres, los limpiadores, los auxiliares, los camilleros, sus compañeros médicos y especialistas; todos en la sala habían caído y estaban muertos pocos minutos después de la muerte del primero.

Pero incluso en ese momento, en el que el tamaño de la población se había reducido de millones a, según parecía, menos de un centenar, Croft seguía de servicio. Era algo que le resultaba natural; una respuesta instintiva, innata. Uno de los supervivientes necesitaba atención médica, y él sentía la obligación de proporcionársela.

Caminó con lentitud por el edificio incómodamente silencioso hasta la habitación en la que yacía la mujer que le necesitaba. El pasillo estaba oscuro, flanqueado por las puertas que daban a las habitaciones individuales de los estudiantes, parecidas a

las de un hotel barato. Con una linterna para orientarse, echó un vistazo a un par de habitaciones al pasar, y la luz inesperada provocó un leve pánico entre las personas que se escondían, en la oscuridad. Aparte de un puñado de personas que se habían empezado a unir, la mayoría de los supervivientes seguían allí arriba en un aislamiento temeroso, casi demasiado asustados para moverse o incluso para hablar.

El médico encontró la habitación en la que descansaba la mujer. Era muy atractiva: alta, bien proporcionada, fuerte y embarazada de nueve meses de su primer hijo. Croft se sentía extrañamente atraído por Sonya Farley. Su novia, Natasha, enfermera en una de las unidades de quemados, estaba muerta. En aquellos primeros y terribles minutos del martes por la mañana había corrido directamente desde su edificio hacia donde ella estaba de servicio y la había encontrado tendida en el suelo sin vida junto a todos los demás. Estaba embarazada de ocho semanas. Aún no habían tenido la oportunidad de comunicarle a nadie lo del bebé, ni siquiera a sus padres. Ellos mismos sólo acababan de superar la sorpresa del inesperado embarazo. Esa noche, Croft estaba descubriendo que centrar sus esfuerzos y atención en Sonya le ayudaba a moderar ligeramente el dolor constante y lacerante que sentía en su interior. De alguna manera, saber que aún era capaz de ayudar a Sonya a traer su bebé al mundo le hacía más fácil aceptar su pérdida. Y sólo Dios sabía que Sonya merecía su ayuda. Cuando todos los demás murieron, estaba en medio de un enorme atasco de tráfico en la autopista principal que salía de la ciudad. Cumplida desde hacía días, aterrorizada y desesperada por el dolor, había caminado sola a través de kilómetros de horror y devastación para llegar al hospital.

Croft comprobó cómo se encontraba Sonya y después, satisfecho de que estuviera bien y durmiendo profundamente, regresó escalera abajo a la gran sala de reuniones donde muchos de los supervivientes habían empezado a agruparse. Descubrió que la ausencia de cualquier ruido o conversación allí dentro era incluso más difícil de soportar que la soledad, y siguió andando, cruzando la sala en diagonal y abandonándola por otra salida. No podía soportar el silencio, pero lo comprendía muy bien. ¿De qué se podía hablar? ¿Esas personas tenían algo en común entre ellas excepto el hecho de que seguían vivas? Incluso si lo tenían, lo más seguro era que los intereses que hubieran podido compartir les resultaran banales. ¿De qué servía hablar con alguien de tus gustos sobre cocina, películas, música, libros o cualquier otra cosa? Y como todo superviviente que hablaba acababa descubriendo a su pesar, no importaba con quién hablastes o de qué intentases hablar, cualquier conversación empezaba y acababa con conjeturas sin sentido sobre lo que le había ocurrido al resto del mundo.

Croft necesitaba nicotina. Recorrió otro pasillo para realizar después un giro brusco hacia la derecha y sentarse en mitad de una corta escalera que conducía a la acristalada puerta de entrada. Esa zona pequeña y apartada se había convertido en

algo así como una zona de fumadores, y otras dos supervivientes (Sunita, una estudiante que vivía en el edificio en el que estaban refugiados, e Yvonne, una secretaria de un bufete de abogados del otro lado del cinturón de circunvalación) ya estaban allí, fumando y contemplando la oscuridad del exterior. Hacía cinco meses que Croft había dejado de fumar, pero el día anterior empezó de nuevo. Ya no parecía que importase. Encendió el cigarrillo y saludó a las dos mujeres, que se volvieron para ver quién era el que se les había unido.

—¿Te encuentras bien, doctor Croft? —preguntó Yvonne. Por alguna razón pensaba que no era apropiado utilizar su nombre de pila.

El asintió y espiró una nube de humo gris azulado hacia el aire quieto, justo delante de su cara.

—Estoy bien —contestó, con voz baja y cansada—. ¿Y vosotras?

Sunita asintió, pero no respondió de otra forma.

—A mi Jim —comentó Yvonne en voz baja, volviendo a mirar por la ventana— le gustaba la oscuridad. A veces, cuando no podía dormir, se levantaba y se sentaba en el ventanal de la parte posterior de la casa y contemplaba salir el sol. Le gustaba más cuando los pájaros empezaban a trinar. Si se sentía romántico, me despertaba y hacía que le acompañara a la planta baja. Pero eso no ocurría a menudo.

Yvonne sonrió fugazmente, después se quedó mirando el suelo, cuando el sonido del trino de los pájaros en su recuerdo fue engullido de nuevo por el silencio que lo devoraba todo, dejándole una sensación de vacío y soledad. Se limpió una lágrima. Tenía unos cincuenta y pocos años, pero la tensión de los últimos días hacía que pareciera mucho mayor. Su peinado, habitualmente impecable, estaba enredado y descuidado; su elegante traje, arrugado y sucio. Sunita notó su tristeza, le puso una mano sobre el hombro y se le acercó. Sabía que el marido de Yvonne había trabajado en una oficina al otro lado de la ciudad y que, la primera mañana, ella había ido hasta allí y lo había encontrado muerto en su escritorio, con la cara enterrada en una pila de papeles.

—Puedo soportar la oscuridad siempre que no esté sola —confesó Sunita—. Cuando estoy sola, la cabeza empieza a jugarme malas pasadas. Empiezo a convencerme de que hay alguien más conmigo.

—En estos días tendrás suerte si encuentras a alguien —comentó el médico—. En cualquier caso, a la mierda la oscuridad; ya tengo suficientes problemas para intentar soportar lo que ocurre a plena luz —admitió.

—¿Has conseguido averiguar qué está pasando? —preguntó Yvonne con inocencia, volviendo a mirar por la ventana.

Croft negó con la cabeza y no contestó. Mantuvo la boca cerrada para esconder su súbita frustración y fastidio. ¿Por qué asumía todo el mundo que, por el simple hecho de ser médico, iba a ser capaz de alguna manera de explicar esa situación imposible?

Dios santo, nadie se había tropezado nunca con nada como el virus o la enfermedad o lo que fuera que había matado a tantas personas en un período de tiempo tan corto, y según lo que sabía, tampoco nadie se había vuelto a levantar después de yacer muerto durante dos días. Se rió para sí mismo por lo estúpido que sonaba todo eso. Nunca había ocurrido nada parecido antes, de manera que no tenía ni idea de qué demonios lo había provocado. Como se sentía enfadado y frustrado, se forzó a morderse la lengua y a no decir nada. Tenía ganas de gritar a Yvonne y decirle que fuera a buscar las respuestas a sus estúpidas y jodidas preguntas en una jodida enciclopedia médica, pero sabía que con eso sólo iba a conseguir que una situación ya imposible se volviera aún más insoportable. En su lugar sólo respiró profundamente e inspiró otra buena calada de humo. Se recordó a sí mismo que Yvonne no estaba intentando molestarle. Sólo estaba tratando de pasar por eso como todos los demás.

—¿Has visitado a Sonya? —preguntó Sunita.

El asintió.

—Ahora mismo.

—¿Está bien?

—Lo está. Duerme.

—Qué afortunada —murmuró Yvonne en voz muy baja.

Croft terminó el cigarrillo, tiró la colilla incandescente al suelo y la apagó con el pie. Desde que había fallado la electricidad estaba tan oscuro dentro del edificio como fuera de él. Las luces más brillantes eran las ascuas de los cigarrillos de Sunita e Yvonne, que seguían humeando en el aire. Exhausto, el médico cerró los ojos e intentó sin éxito aclarar sus pensamientos.

—¿Has visto a ese niño que ha llegado esta mañana? —le preguntó Yvonne a Sunita—. Pobre chaval. Sólo debe de tener seis o siete años. Uno de los supervivientes lo vio corriendo por la ronda. Le dijo que su madre había muerto y que había venido a la ciudad para encontrar a su padre. No quiere reconocer que probablemente también está muerto. Dice que saldrá de nuevo a buscarlo por la mañana...

—¿Cómo se supone que le vamos a explicar todo esto a los niños? —suspiró Sunita—. Si nosotros no podemos encontrar ningún sentido a lo que está ocurriendo, ¿cómo se supone que vamos a hacer que lo comprendan ellos?

—Depende de la edad que tengan —intervino Croft, levantando la cabeza y alzando la vista.

—¿Por qué?

—Porque los niños de cierta edad aceptarán cualquier cosa que les digas —explicó—. Casi les envidio. Un niño de dos años crecerá pensando que esto siempre ha sido así, ¿o no? Maldita sea, imagina lo fácil que habrían sido los últimos días si no hubieras tenido que pasar horas y más horas intentando asumir todo lo ocurrido.

—Pero esos pobres niños —continuó Yvonne, que en realidad no estaba escuchándole—, imagina perder a tus padres y encontrarte solo de esta forma.

—Probablemente todos hemos perdido a nuestros padres —comentó Sunita.

—Lo sé, pero...

Las palabras de Yvonne se vieron interrumpidas por un golpe repentino cuando un cuerpo se estampó contra las puertas dobles de vidrio directamente delante de ella. Nerviosa, se echó hacia atrás. Croft se puso en pie de un salto y la sostuvo. Con una extraña curiosidad, se acercó un par de pasos cauteloso al cadáver. La cara hinchada y de varios colores se presionaba fuertemente contra el vidrio y se movía por él con lentitud de izquierda a derecha, dejando a su paso una larga mancha de grasa y un reguero de saliva de color marrón oscuro, llena de gérmenes. Cuando llegó al final de la ventana se dio la vuelta con torpeza y empezó a hacer lo mismo en dirección contraria.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—¿Qué ocurre? —preguntó Sunita.

Se quedó mirando a la criatura, con el rostro contraído por el asco. No parecía diferente a los miles de cadáveres que ya había visto, tan grotesco como cualquiera de ellos. Odiaba la forma en que sus caras estaban hinchadas, llenas de bultos y deformes; la piel cuarteada y descolorida; las bocas que les colgaban abiertas en un coro de gemidos silenciosos...

—No me gusta esto —admitió el médico. Se acercó aún más y estudió los movimientos torpes y entrecortados de la criatura—. Éste no es como los demás.

—¿Por qué?

—Porque no se va.

—¿Qué?

—Míralo. Ahora ya se debería haber dado la vuelta y largado por ahí. Es como si se quedase aquí por una razón. Es casi como si supiera que estamos aquí.

—Maldita sea —juró Sunita con rapidez—. Debes de estar bromeando...

—Entonces, ¿me puedes dar otra explicación? Señoras, les estoy diciendo que este cuerpo nos está mirando.

Como para probar su argumento, se acercó a un más al vidrio hasta que su cara se encontró a sólo unos pocos centímetros del cadáver. Se movió hacia su derecha y después, con una lentitud dolorosa, el cuerpo hizo lo mismo. Croft volvió al punto de partida y, después de unos pocos segundos de retraso mientras se volvía arrastrando los pies, el cadáver lo imitó. Sus ojos oscuros, cubiertos por una tela de un blanco lechoso, parecía que intentaban seguirlo.

—¿Y esto qué significa? —preguntó Yvonne desde el tramo superior de la escalera. Estaba mirando hacia abajo a través de los barrotes de la escalera, como si fuera una niña asustada a punto de irse a la cama.

—Hay dos posibilidades —contestó Croft, sin apartar los ojos del cuerpo en el exterior—, o éste de alguna manera se ha visto menos afectado que los demás, o...

—¿O qué? —le presionó Sunita con ansiedad.

—Están cambiando.

Paul se levantó cuando el sol empezaba a brillar a través de las ventanas del bloque de oficinas. No se quería mover, pero su cama era bastante incómoda y la presión en la vejiga se había vuelto imposible de soportar. Utilizando un pase de seguridad que Donna había cogido del cuello de un cadáver a principios de la semana, salió tambaleándose hacia el descansillo y bajó un tramo de escalera para alcanzar el lavabo más cercano. Tropezó con un cuerpo a causa de la poca luz, se cayó ruidosamente a través de la puerta y entró en el cuarto de baño, que era tan frío, oscuro y desagradable como había imaginado. Otro cuerpo yacía desplomado en el suelo en uno de los cubículos, sobre en un charco marrón que ya se había secado, con los pantalones alrededor de los tobillos hinchados. Del aire colgaba pesadamente un hedor estancado que hacía llorar los ojos.

Aún atontado por el sueño y con prisas por alejarse de los cuerpos y regresar a la comodidad relativa de la oficina, Paul volvió a tropezar al salir del lavabo después de terminar, cayendo torpemente y lanzando un cubo de la limpieza contra un radiador. El sonido de metal contra metal despertó el eco arriba y abajo del hueco inmenso de la escalera, de manera que durante un largo rato pareció que llenaba de ruido todo el edificio.

Cuando regresó a la décima planta, Donna estaba despierta. Más que eso, estaba levantada y alerta, cambiándose rápidamente de ropa e intentando recoger su largo cabello.

—¿Qué problema hay? —preguntó él, preocupado de inmediato. Donna no tenía ninguna razón para levantarse con tanta rapidez. No tenía ninguna buena razón para levantarse en absoluto.

—He oído algo —contestó ella sin aliento mientras se metía la blusa en los téjanos.

—¿Qué?

—No lo sé, por eso voy a mirar.

—Probablemente he sido yo —replicó Paul, nervioso—. Ahí fuera aún está oscuro. He tropezado con un cuerpo cuando bajaba la escalera y casi me lo como cuando subía. Me apuesto algo a que ha sido eso... —Dejó de hablar.

Donna seguía negando con la cabeza.

—No has sido tú. Era arriba. Justo encima de nosotros.

—Pero me dijiste que ya habías estado arriba. Dijiste que ahí no había nada.

—Excepto un par de cuerpos.

—Entonces, ¿qué es lo que has oído?

Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No lo sé. Probablemente no sea nada. Voy a echar un vistazo. Sólo serán un par

de minutos.

—He tenido que ser yo —siguió balbuceando Paul, desesperado por encontrar una explicación que no implicase a nadie o nada más—. Como he dicho, le pegué una patada a un cubo que se fue a estampar contra un radiador. Ha provocado un ruido de mil demonios.

Cansada de oírle hablar, Donna se dio la vuelta, alargó la mano hacia el pomo de la puerta y se quedó helada. A través del pequeño panel de vidrio de la puerta vio una cara que le devolvía la mirada. Aunque la luz era mortecina, pudo ver inmediatamente que se trataba de un rostro sin emociones, muerto. Esa maldita cosa estaba justo ahí, mirándola directamente.

—¡Dios santo! —exclamó mientras se tambaleaba hacia atrás por la sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—Uno de esos cuerpos —susurró, clavada en el sitio.

—¿Y?

—¡Esa maldita cosa me está mirando!

—¿De qué estás hablando?

Paul empezó a acercarse a Donna, pero frenó de repente cuando vio el cadáver al otro lado de la puerta. Completamente en silencio y prácticamente quieto excepto por un balanceo vacilante y ocasional, los ojos se le movían de un lado al otro, yendo de Donna a Paul. No parecía diferente de los otros que habían visto: era un hombre, algo encorvado y los hombros redondos, la piel decolorada y con algunas llagas, que brillaban con las señales supurantes de las primeras fases de la descomposición. No estaba por allí cuando él había regresado del lavabo hacía unos minutos, de manera que ¿era posible que lo hubiera seguido?

—¿Por qué no se va? —preguntó Donna—. Se tendría que ir como hacen todos los demás. ¿Por qué se queda aquí?

Paul se acercó para verlo mejor. Movié la mano delante del vidrio, pero no se produjo una respuesta inmediata.

—¿Crees que nos está mirando? —preguntó—. Quizá sea...

La criatura se lanzó contra la puerta, silenciándolo de forma inmediata. Paul y Donna retrocedieron por instinto y siguieron mirando mientras el cadáver lo repetía una y otra vez: retrocediendo pesadamente un paso para tambalearse hacia delante y precipitarse contra las maderas de la puerta.

—Voy a dejarlo entrar —dijo Donna, con la boca seca y el pulso desbocado.

—¿Qué? ¿Te has vuelto completamente loca? No sabes lo que puede hacer si lo...

—Y tú tampoco lo sabes. Por el amor de Dios, está intentado llegar a nosotros. Necesita ayuda, de verdad. Es diferente de los demás...

—Pero no puedes asumir por las buenas...

Las palabras de Paul fueron una pérdida de tiempo porque Donna ya había

tomado una decisión. El cuerpo del hombre que tenía delante parecía tan malsano como todos los demás, sus movimientos tan lentos y trabajosos como los del resto, pero parecía que había retenido un nivel básico de control, y eso lo separaba de todos los demás cadáveres que había visto hasta el momento. El cuerpo en el pasillo seguía golpeándose contra la puerta y tambaleándose hacia atrás. Donna deslizó el pase ante el sensor que se encontraba a su derecha y abrió la puerta. El cuerpo se detuvo.

—Ves —le dijo Paul, aliviado—. Te lo dije...

La criatura se precipitó sobre ella, haciéndola perder el equilibrio y lanzándola de espaldas contra la pared, donde produjo un ruido sordo. Con una energía repentina, descoordinado, pero inconfundiblemente salvaje en su intención, los restos en descomposición del hombre de cincuenta y dos años agarraron y arañaron a Donna, agitando sus débiles extremidades en el aire alrededor de la cara de ella. Paul corrió hacia el detestable cadáver y lo agarró desde atrás, estremeciéndose de asco a medida que apretaba; sintió su frialdad y la piel apergaminada, que cedía bajo la presión creciente de sus dedos. Con un esfuerzo sorprendentemente leve alejó de golpe el cuerpo y lo lanzó al suelo. A pesar de lo que acababa de hacer, era poco más que un cascarón: una cáscara humana vacía.

—Maldita cosa —escupió Donna. Empujó a Paul fuera de su camino y se cernió sobre el cadáver, que ya estaba intentando levantarse de nuevo. Éste se inclinó hacia un lado y con unas manos torpes e hinchadas intentó agarrarla de nuevo.

—Lo vamos a tener que matar.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? —chilló Donna, empujándolo de nuevo al suelo con el pie—. Esta jodida cosa lleva muerta desde el martes.

—¡No lo sé! —le respondió Paul a gritos.

Colgado en la parte baja de la pared justo al lado de la puerta de entrada se encontraba un extintor. Lo cogió con rapidez, lo retiró de los soportes y lo sostuvo por encima de la cabeza de la criatura. Donna le pisó con más fuerza el pecho huesudo, clavándolo contra el suelo. El cadáver no tenía suficiente fuerza para luchar contra ella.

—Hazlo. ¡Por el amor de Dios, hazlo!

Paul sostuvo el extintor muy por encima del cadáver, pero no le golpeó. Con una mezcla de asco y fascinación, contempló mientras el muerto agitaba la cabeza incasablemente de un lado a otro. La piel, de un color amarillo verdoso y marcada de viruela, parecía hundida y flácida, y la enorme boca negra se abría y cerraba sin cesar, produciendo sólo un ligerísimo sonido ronco y rasposo.

—¡Hazlo! —volvió a chillar Donna.

Paul no se movió. Helado. Aterrorizado. El cuerpo intentó incorporarse de nuevo, y ese movimiento repentino forzó finalmente a actuar a Paul. Con los ojos fuertemente cerrados, le golpeó en la cabeza con la base del cilindro de metal.

Alcanzó un lado de la cara con un ruido sordo y un chasquido al fracturarse el pómulo. Con un poco más de confianza, pero también con el gusto nauseabundo de la bilis subiéndole por la garganta, levantó de nuevo el extintor y volvió a golpear, esta vez alcanzando de lleno la parte trasera del cráneo. El cuerpo se quedó finalmente quieto.

—Vamos a sacarlo de aquí —propuso, dejando caer el extintor ensangrentado, que se alejó rodando.

Donna mantuvo abierta la puerta mientras él sacaba a la criatura arrastrándola por los pies, dejando a su paso un espeso rastro de sangre de color rojo oscuro, casi negra, sobre la moqueta de un violeta pálido. Lo sacó a través de la puerta del descansillo y lo lanzó hacia la escalera, demasiado asustado para ir más lejos. Se dio cuenta de que había más cuerpos en la escalera. Dios santo, podía ver otras tres de esas malditas cosas: una bajando a trompicones hacia él desde el piso de arriba, y dos más subiendo a rastras desde el piso inferior. Corrió de regreso a la oficina. El muerto más cercano consiguió atravesar bamboleante la puerta del descansillo detrás de él antes de que se cerrase completamente.

Durante más de una hora estuvieron demasiado asustados para moverse o incluso para producir el más mínimo ruido. Escondidos detrás de una barricada de mesas levantada con rapidez en el aula de formación, Donna y Paul estaban sentados muy juntos. De vez en cuando, uno de ellos reunía el valor suficiente para volver a mirar hacia la oficina principal. Podían ver un poco del descansillo a través de las puertas cerradas que los separaban del resto del mundo. Aunque de forma confusa y poco clara, veían un movimiento constante en el exterior.

Donna se enderezó sin levantarse y miró por la ventana en dirección al cielo gris y de nubes veloces que rodeaban el bloque de oficinas; intentó encontrar algún sentido a su situación imposible. Paul estaba en la moqueta a su lado, enroscado como si fuera una pelota.

—¿Por qué te ha atacado? —murmuró éste, cuando finalmente consiguió hablar sobre lo que había visto.

—No sé si lo ha hecho.

—¿De qué estás hablando? ¡Por supuesto que te ha atacado!

—¿Estás seguro? Es posible que sólo quisiera conseguir nuestra ayuda. ¿Cómo sabes si...?

—De acuerdo, de acuerdo —gimió Paul, cubriéndose la cabeza con las manos—. Lo que sé es que nunca deberías haber abierto la maldita puerta.

Se produjo otro golpe y un ruido amortiguado en el exterior. Sonaba como algo cayéndose por la escalera, ¿quizá el cubo de la limpieza que Paul había golpeado antes? Paul decidió que uno de los cuerpos debía de haber tropezado con él.

—Es como si volvieran a la vida —comentó Donna en voz baja.

—¿Qué?

—Murieron el pasado martes. Sé que es así porque presencié cómo ocurría y comprobé los cuerpos de bastantes de mis amigos para saber que todos estaban muertos. Y después se empezaron a mover. Es como si empezaran a funcionar de nuevo. El jueves andaban y ahora...

—¿Ahora qué?

—¿Cómo supieron que estábamos aquí?

—¿Quizás aquél me vio?

—Creo que los molestaste cuando fuiste al baño.

—Pero habíamos salido antes de esta planta, ¿o no? ¿Por qué no reaccionaron entonces ante nuestra presencia? Yo pasé al lado de cientos de esas malditas cosas fuera en las calles, y ninguna de ellas reaccionó de esta forma...

—Lo sé —lo interrumpió Donna con rapidez, cada vez más consciente del nerviosismo creciente de Paul—, y eso es exactamente lo que estoy diciendo. No se podían mover, y ahora pueden andar. No tenían control ni coordinación, y ahora parece que lo han mejorado. No nos podían oír, y no sé si antes nos podían ver, pero ahora parece que pueden.

—Entonces, ¿por qué te ha atacado? —volvió a preguntar Paul, repitiendo la pregunta que había formulado antes.

—Si su control es tan limitado, ¿qué otra cosa podía hacer? No me podía pedir ayuda, ¿no te parece? Dios santo, Paul, mira lo que les está ocurriendo. Sus cuerpos se están empezando a descomponer y pudrir. Imagina el dolor que deben sentir.

—¿Pueden sentir algo?

—No lo sé. Si se pueden mover, supongo que deben de ser capaces de sentir algo. Paul se sentó y se apretó las rodillas contra el pecho.

—Entonces, ¿qué es lo siguiente que va a ocurrir? ¿Qué vamos a hacer?

La cabeza de Donna le estaba dando vueltas. No quería pensar en ello hasta que se viera obligada a hacerlo.

—Por ahora, lo único que podemos hacer es esconder la cabeza y no dejarnos ver. No recordarles que estamos aquí.

La música despertó a Jack de su sueño ligero e intermitente. Al principio pensó que se lo estaba imaginando, pero no, ahí estaba de nuevo: distante, débil y ligera, pero por primera vez en los últimos días podía decir sin dudar que estaba oyendo música. Una vez estuvo completamente despierto, tardó un par de segundos en recoger sus pertenencias. Miró a su alrededor y dejó que los ojos se le acostumbraran con lentitud a la mortecina luz matinal. Los grandes almacenes parecían muy diferentes a la luz del día; de hecho, completamente diferentes a como los había visto cuando llegaron a última hora de la tarde. Recordó que estaba con Clare, de manera que se sentó con rapidez y miró a su alrededor, buscándola.

—Aquí —gritó Clare desde el otro lado de la planta.

Entumecido y dolorido, Jack sacó las piernas por un lado de la cama, se levantó y lentamente fue arrastrando los pies hasta la exposición de muebles de comedor donde estaba sentada Clare. Se sentó en el extremo opuesto de la mesa de caoba, larga y rectangular, comprobando instintivamente la etiqueta con el precio. Clare había puesto música. No le dijo nada, pero le habría gustado que la apagase. No era que estuviera especialmente alta; sólo le parecía que lo estaba porque todo lo demás estaba silencioso.

—¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Estoy bien —contestó Clare—. No pretendía despertarte. Espero que no te importe el ruido, pero no podía soportar el silencio. He conseguido la música en la sección de electrodomésticos, al otro lado de las camas.

Jack miró hacia atrás por encima de su hombro y vio una gran exposición de pantallas de televisión sin vida a corta distancia, detrás de la fila de camas donde habían pasado la noche. Aún adormilado, se puso de nuevo en pie y se acercó al lugar donde había dejado sus pertenencias. Después de rebuscar en la mochila, encontró un poco de comida que había traído desde su casa. Regresó junto a Clare y se volvió a sentar. Abrió una fiambarrera de plástico y sacó un poco de chocolate y fruta, que colocó entre los dos encima de la mesa.

—¿Hambrienta? —preguntó. Ella negó con la cabeza y se rió—. ¿Qué es tan divertido?

—¡Has traído una comida fría hasta el fin del mundo!

El frunció el ceño.

—No es una comida fría y no se trata del fin del mundo.

—¿No lo es?

Jack la ignoró.

—Deberías comer algo. Ambos deberíamos.

Clare tomó una barrita de chocolate y la mordió. Estaba sorprendentemente

buenas. Su sabor y su olor le resultaban familiares y reconfortantes. Casi no había comido nada desde el martes. Después de días de no sentir nada más que vacío, dolor y una desorientación constante, la comida era una distracción muy bienvenida.

—Me gusta esta canción —comentó Clare cuando empezó a sonar otra melodía.

Clare masticó pensativa el chocolate y subió el volumen. Cerró los ojos y, durante unos segundos de gran felicidad, intentó imaginar que se encontraba en cualquier otro sitio. Jack no estaba impresionado. Para él, esa canción no sonaba diferente ni menos procesada y manufacturada que la última melodía insulsa que había escuchado. Recordaba los buenos viejos tiempos, cuando la música la interpretaban músicos de verdad que utilizaban instrumentos reales, y cuando el talento importaba más que la apariencia y... y pudo oír algo más. Apagó la música.

—Eh...

—Chitón...

Jack retiró la silla, se levantó y caminó hacia las escaleras mecánicas que serpenteaban a través del centro de los grandes almacenes, seguro de que oía movimiento en el piso de abajo. Con precaución miró por encima del pasamano y vio que a sus pies se había reunido una gran multitud de cuerpos. La luz era débil, pero pudo contar que había más de diez y que, increíblemente, bastantes de los cadáveres habían empezado a intentar subir por la escalera paralizada en dirección hacia él. Tropezaban con expositores caídos, clientes muertos y otros obstáculos mientras intentaban avanzar. Clare apareció a su lado, dándole un susto.

—¿Qué está pasando?

—Mira —contestó Jack, haciendo un gesto hacia las formas del piso inferior.

Jack había concentrado su atención en el cuerpo apestado que había progresado más hacia el segundo piso. En ese momento se encontraba casi a la mitad de la escalera, pero se había visto obligado a detenerse porque el camino estaba bloqueado por una sillita de bebé caída. Aunque la noche anterior había sido considerablemente más oscura, para Jack y Clare había resultado bastante fácil sortear estos obstáculos. Los movimientos forzados y torpes de las criaturas en el piso inferior no eran en absoluto tan controlados y precisos como los suyos. Se agacharon juntos y contemplaron cómo el grupo a sus pies se empezaba a disolver poco a poco. Los cuerpos que se encontraban en la parte exterior del grupo comenzaron a alejarse vacilantes. Los cadáveres que se hallaban a media escalera perdieron el equilibrio y cayeron hacia atrás, después se volvieron a levantar y se fueron en otras direcciones.

—¿Ha sido la música? —preguntó Clare.

—Ha debido de ser.

—Pero ¿por qué?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ayer y el día anterior me pasé una eternidad gritando pidiendo ayuda, y

ninguno de ellos reaccionó. No creía que nos pudieran oír.

Jack pensó en lo que acababa de decir Clare, y se dio cuenta de que tenía razón. Recordaba el primer cuerpo en movimiento con el que se había cruzado: la macabra mujer en la calle frente a su casa. El resto del mundo se encontraba en silencio y en aquel momento no existía ninguna otra distracción, pero ella no lo había oído, ni había reaccionado cuando le había hablado.

Clare pasó alrededor de Jack y bajó un par de escalones por la escalera mecánica.

—No bajes...

Se detuvo delante de la sillita caída y recogió un sonajero. Lo agitó y pareció que todo el edificio se llenaba rápidamente con el sonido del feo triquitraque. En el piso inferior, los cuerpos se dieron la vuelta con lentitud y se empezaron a desplazar de nuevo hacia el pie de la escalera mecánica. Clare miró durante un poco más, y después, con la esperanza de distraerlos, tiró lejos el sonajero. Las figuras indolentes siguieron el ruido.

Clare corrió hacia Jack, pero éste no estaba. Lo encontró de regreso a las camas, guardándolo todo frenéticamente en la mochila.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Clare, mientras instintivamente empezaba a reunir sus cosas.

—Salir de aquí —contestó Jack con una voz que era sólo un susurro rápido y aterrado—. Me voy a alejar de esas cosas.

—Pero están por todas partes. ¿Adónde vas a ir?

Jack no contestó. Clare dejó lo que estaba haciendo y se sentó de nuevo a la mesa, mirándolo.

—Pero no pueden subir aquí, Jack. Ya los has visto.

—Dales tiempo y lo harán. Quién sabe lo que pueden llegar a hacer.

—Podemos bloquear la escalera, ¿no te parece? Podemos utilizar algunos de estos muebles. Nunca serán lo suficientemente fuertes para apartarlos, ¿o sí?

Su sencilla lógica fue calando en él. Dejó de meter cosas en la mochila y se la quedó mirando, intentando buscar una respuesta. Tenía la garganta seca y notaba cómo las gotas de sudor frío y nervioso le bajaban por la espalda.

—Es posible que tengas razón, pero...

—¿Pero, qué?

—Pero no podemos estar seguros, ¿no te parece?

—Estoy aterrada, Jack —admitió—. No quiero ir a ninguna parte.

Jack dejó caer la mochila y se sentó pesadamente sobre el borde de la cama. Ella tenía razón. ¿Iba a ser cualquier otro sitio más seguro que éste?

Al cabo de un rato, Jack se había calmado lo suficiente para acercarse en silencio hasta el extremo superior de la escalera mecánica y atisbar de nuevo hacia abajo. No pudo ver ningún cuerpo. En el silencio de la mañana se habían ido.

Justo antes de mediodía, el rugido inesperado de un motor en el exterior rompió el silencio. Clare y Jack saltaron de sus asientos y corrieron hacia la ventana del gran escaparate en la parte delantera de los grandes almacenes, que ofrecían una panorámica sobre la principal calle comercial de la ciudad. Presenciaron cómo un coche se abría paso en medio de una calle abarrotada, chocando contra cuerpos que se movían al azar y lanzándolos a los lados o simplemente aplastándolos bajo las ruedas.

—Recoge todas tus cosas —ordenó Jack con una voz sorprendentemente tranquila y controlada antes de darse la vuelta y atravesar la sala en una carrera frenética, desesperado por salir del edificio antes de que desapareciera el coche.

Dentro del vehículo, Bernard Heath y Nathan Holmes miraban con ansiedad de un lado a otro, intentando desesperadamente ver algo a través de la muchedumbre en descomposición que se dirigía hacia ellos desde todas las direcciones. Desde su baja perspectiva parecía que no tenían fin los cientos de cuerpos que les rodeaban.

—¿Adonde demonios vamos a ir? —maldijo Nathan, un guardia de seguridad bajo y fornido con la cara llena de *piercings*, desde detrás del volante.

—No lo sé —replicó Bernard, que sonaba educado, bien hablado y completamente superado por la situación. Hasta que el mundo se había vuelto loco la semana anterior, había sido profesor universitario. Más de veinte años pasados casi exclusivamente en compañía de estudiantes y otros profesores le había dejado mal preparado para el peligro físico repentino y el conflicto con el que había descubierto que se tenía que enfrentar.

—Justo allí delante hay un par de restaurantes —informó Nathan—. Habrá comida.

Bernard no dijo nada. Estaba paralizado por el horror absoluto que veía alrededor del coche. Por todos lados sólo había sangre, muerte y descomposición. Los días que había pasado sentado en el aislamiento y la seguridad relativa del bloque de alojamientos universitario, con el resto de los supervivientes, no le habían preparado para nada de esto. Sabía que debía mantener la calma y no dejarse llevar por el pánico o perder los nervios. Todo lo que tenían que hacer era llenar la parte trasera del coche con comida y cualquier otro suministro útil que pudieran encontrar, y después regresar con los demás. Debía recordar que, por muy grotescas que pudieran parecer estas criaturas, individualmente eran débiles y se podían apartar con facilidad. Pero había miles de ellas y parecía que llegaban más con cada segundo que pasaba.

—¿Cómo demonios ha ocurrido esto? —preguntó Nathan mientras luchaba por conseguir que el coche siguiera avanzando.

Heath se alzó sobre el asiento para intentar ver en la distancia, por encima de la masa de cuerpos.

—No creo que esto vaya a funcionar —comentó nervioso—. ¿Qué estábamos pensando cuando decidimos venir aquí? ¡Dios santo!, a este paso no seremos capaces de bajarnos del maldito coche.

Nathan no respondió. En su lugar, a medida que se acercaban a los semáforos apagados de lo que en su momento había sido uno de los cruces con más tráfico de la ciudad, giró con fuerza el volante hacia la izquierda e hizo virar el coche, derribando otra oleada de criaturas con la parte trasera del coche. Apretó el pie sobre el acelerador e hizo una mueca de asco mientras colisionaban con un cuerpo tras otro. Físicamente débiles, no era difíciles sacarlos del camino. Pero el golpeteo constante de carne sin vida y huesos contra los laterales del coche le ponía enfermo. Bernard intentaba respirar profundamente para calmar los nervios, pero con eso sólo conseguía que sus pulmones se llenaran con mayor rapidez del hedor creciente a putrefacción.

—¿Adónde vamos ahora? Creía que habías dicho que nos dirigíamos a un restaurante.

—He tenido una idea mejor —respondió Nathan, gruñendo mientras forzaba al coche a pasar por encima de otro cuerpo sin vida en la calzada y subir la pronunciada rampa de entrada a un aparcamiento de varias plantas construido sobre un centro comercial—. Solía venir mucho por aquí —explicó mientras conducía a lo largo de la curva cerrada y en subida del acceso en espiral—, conseguiremos lo que necesitamos.

Bernard se relajó por el momento en su asiento. Al dejar la calle principal, el número de cuerpos se había reducido sustancialmente. Aún había muchos en los niveles inferiores del aparcamiento, pero cuando llegaron arriba del todo, sólo un puñado de cuerpos seguían cerca. El alivio que sintió fue inmenso.

Nathan detuvo el coche justo enfrente de la puerta que daba a la escalera que bajaba al centro comercial. Mientras salía del coche, Bernard se permitió mirar brevemente por encima de la barandilla del aparcamiento hacia el caos que llenaba las calles a sus pies. Una masa enorme de formas oscuras y sin rasgos distintivos empezaba a avanzar lentamente por la empinada rampa de acceso, en persecución del coche. Aunque se había pasado largas horas contemplando los restos del mundo a través de las ventanas de la universidad, ver desde esta perspectiva cómo todo había sido inexplicablemente saqueado y destruido aturdió a Bernard. Parecía que nada se había librado de la destrucción.

—Vamos —gritó Nathan. Ya estaba de camino hacia la zona comercial.

Bernard lo siguió de cerca porque no quería quedarse atrás.

—Lo primero que deberíamos buscar es comida —indicó, jadeando ya por el esfuerzo, mientras bajaba corriendo por los escalones oscuros, fríos y húmedos, intentando no perder de vista al hombre más joven y mucho más en forma que llevaba delante—. Concéntrate en las cosas esenciales.

Nathan no lo estaba escuchando. Atravesó un par de pesadas puertas dobles al pie de las escaleras y recorrió a la carrera el pasillo corto y con suelo de mármol que llevaba a las tiendas. Se detuvo ante un segundo juego de puertas para que Bernard redujera un poco la distancia, antes de atravesarlas.

El centro comercial estaba en silencio. A poca distancia pudo ver unos pocos cuerpos bamboleantes, pero, excepto eso, no había nada más, ni movimiento ni sonido. Todo estaba sorprendentemente oscuro. Al encontrarse en el centro de una ciudad ajetreada y activa, antes del desastre, el centro comercial siempre había estado muy iluminado. Era la primera vez que los dos ponían el pie en un lugar semejante sin que estuviera abarrotado de legiones de compradores y sin el beneficio de la luz artificial, el aire acondicionado y el trasfondo constante y molesto de la música y los anuncios del sistema de megafonía.

—Hay un supermercado en aquella esquina de allí —jadeó Bernard, aún en proceso de recuperar el aliento después del esfuerzo físico de bajar corriendo la escalera.

Desde las sombras de una joyería sin escaparate que se encontraba a su espalda se abalanzó sobre él un cuerpo y lo derribó. Bernard chilló de sorpresa y asco, e intentó alejar de un empujón a la repugnante criatura. El cuerpo se aferró a él con los tiesos dedos enganchados en su ropa, y lo hizo caer. Nathan apartó el cuerpo de un tirón y lo lanzó al suelo. Le golpeó en un lado de la cabeza y después le pisoteó la cara, sintiendo cierta satisfacción irracional cuando se quedó tendido a sus pies ensangrentado y maltrecho, dando espasmos.

Los dos hombres corrieron hacia el supermercado. Detrás de ellos, el cuerpo roto intentaba levantarse del suelo y seguirles.

—Tienen que estar en algún sitio ahí dentro —susurró Jack mientras avanzaba sigilosamente hacia el centro comercial con Clare a su lado.

Habían perdido de vista el coche en cuanto salieron de los grandes almacenes. Afortunadamente, el reguero de destrucción y la gran masa de cuerpos desesperados que se alejaba tambaleándose en la misma dirección les ayudó a deducir la ruta que habían tomado. Incluso alejados unos pocos centenares de metros de la calle, podían ver que un número enorme de cadáveres apestados se estaban apelotonando en la entrada de un edificio de aparcamientos de varias plantas.

—Han debido de entrar en el centro comercial —sugirió Clare en voz baja.

En silencio, los dos supervivientes se abrieron camino hacia la multitud de cuerpos, inmensa y aún en crecimiento, haciendo todo lo posible por actuar como ellos y no levantar sospechas. Los acontecimientos de la mañana les habían permitido deducir con rapidez que las criaturas reaccionaban sobre todo ante el sonido. Después de prepararse para una especie de lucha sangrienta en cuanto salieran a la calle, descubrieron que siempre que permanecieran en silencio e imitasen el paso

dolorosamente lento de los muertos, no parecía que atrajeran ninguna atención indeseada. Rodear lentamente los cadáveres en descomposición y pasar por encima de los restos de aquellos que habían sido golpeados por el coche les obligó a desplegar un mayor autocontrol y determinación de los que Jack o Clare se creían capaces. El paso tortuoso les hacía sentir constantemente expuestos y vulnerables. Un movimiento en falso, seguía pensando Jack, sólo un movimiento en falso...

Un trayecto que les habría llevado treinta segundos se extendió durante más de quince minutos. Aún en silencio, y atreviéndose sólo a comunicarse con movimientos sutiles de la cabeza y miradas fugaces, llegaron finalmente al centro comercial. Su asco y su miedo aumentaba a medida que la multitud a su alrededor se volvía cada vez más densa, pero se abrieron paso a través de la muchedumbre y empezaron a subir por el camino de entrada que conducía al aparcamiento.

—¿De qué color era? —preguntó Jack, permitiéndose el lujo de un susurro, ya que se habían alejado de la mayoría de los muertos.

—¿Qué?

—El coche. ¿De qué color era el coche que hemos visto?

—Creo que rojo oscuro —respondió Clare en voz baja—. No lo pude ver bien.

Sólo habían conseguido vislumbrar el vehículo durante unos segundos, y únicamente habían conseguido ver bien el techo. Había estado rodeado por una masa de cuerpos que hacía que fuera casi imposible ver nada con claridad. No sabían las dimensiones, la forma, la marca, el modelo o el estilo del automóvil, y había cientos de coches en el aparcamiento.

—Esto no tiene sentido —gimió Clare—. Ya se habrán ido.

Jack negó con la cabeza.

—No, los habríamos oído.

—No me gusta estar aquí fuera, Jack. ¿Qué ocurrirá si esas cosas en la calle empiezan a...?

—¡Silencio! —la interrumpió; se volvió y se llevó un dedo a los labios—. Tienen que estar por aquí, en alguna parte. Tienen que estar.

Jack siguió adelante. La misma lógica que lo había guiado la noche pasada hasta el piso superior de los grandes almacenes hacía que se dirigiese hacia el piso superior del aparcamiento. Le parecía sensato suponer que los supervivientes habrían subido lo más alto que pudiesen, sabiendo que los cuerpos de más abajo les iban a seguir con dificultad.

—Ese es —exclamó de repente cuando dieron la vuelta a una esquina y alcanzaron el piso superior del aparcamiento.

Se acercó a un coche aparcado al lado de la escalera. Resultaba evidente que era el que habían visto en la calle. Además de que el motor seguía caliente y que estaba aparcado junto a la puerta, la sufrida carrocería estaba cubierta de pequeñas

abolladuras, y salpicada de sangre y restos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperaremos a que regresen.

Se acucillaron juntos en las sombras, escondidos detrás de un gran todoterreno.

—Ya es suficiente —protestó Bernard—. Vamos, Nathan, nunca vamos a conseguir subir tantas cosas por la escalera.

Nathan no le estaba escuchando. Estaba muy ocupado cargando más comida y bebida en cajas y bolsas, que después colocaban en numerosos carritos de la compra. Moviendo la cabeza con desesperación, Bernard siguió vaciando en una caja de cartón el contenido de una estantería de alimentos deshidratados. Acercó la carga a Nathan y se detuvo para quejarse de nuevo cuando se dio cuenta de que el otro había llenado la mayor parte de las cajas con latas de cerveza.

—¡Anda ya!, hemos venido a coger comida. Podemos llevarnos algo de bebida si hay espacio suficiente, pero...

Holmes se inclinó hacia delante hasta que tuvo la cara a unos pocos centímetros de la de Bernard, intimidándolo y silenciándolo de inmediato.

—Cierra el pico —siseó—. Soy yo el que se está jugando el cuello para conseguir esto. Si quiero cerveza, me llevaré cerveza. Y si me olvido algo que quiera cualquiera de los otros gilipollas, bueno, se pueden subir al coche y venir aquí a cogerlo en persona, ¿o no?

Le dio la espalda a Bernard y empezó a empujar el primer carrito fuera del supermercado y de regreso a la escalera. Bernard lo siguió, empujando un carrito delante de él y tirando de otro por detrás. Se quedó mirando la gran pila de suministros que habían reunido e intentó deducir qué parte podrían meter realmente en el coche y cómo iban a poder subirlos por la escalera.

—Vamos —le gritó Nathan mientras cogía en cada mano varias bolsas muy cargadas y empezaba a subir la escalera de cemento gris de regreso al piso superior del aparcamiento. Holmes estaba justo detrás de él, en apariencia disfrutando de obligarlo a moverse—. Muévete de una jodida vez.

Con las piernas y los brazos doloridos por el esfuerzo, Bernard trató de subir por las escaleras la mitad de la carga en el doble de tiempo. Finalmente pasó a través de la puerta, desembocó en el aparcamiento y dejó caer las bolsas al suelo al lado del coche. Nathan hizo lo mismo y empezaron a meter los suministros en el maletero y en el asiento trasero. Escondida detrás del todoterreno, Clare se empezó a levantar.

—Espera —le advirtió Jack, contemplando como Holmes desaparecía de nuevo escaleras abajo para subir más. Bernard le siguió, pero muy pronto estuvieron de regreso.

—Va, Jack —susurró Clare, empujándolo hacia delante.

Jack se levantó nervioso y se dejó ver.

—Eh —dijo, aclarándose la garganta—. ¿Estáis...?

Nathan reaccionó al instante ante la inesperada presencia; se movió antes incluso de que Jack pudiera acabar la frase. Que ese cuerpo le estuviera hablando no le penetró en el cerebro. Bajó el hombro y cargó contra Jack, derribándolo sobre el sucio suelo del aparcamiento.

—¡Idiota! —gritó Clare; se levantó de un salto, empujando a Nathan y se colocó entre él y Jack—. ¿Por qué has hecho eso?

Finalmente, Nathan se dio cuenta; se quedó mirando a Jack mientras éste se revolvía en el suelo, gimiendo y retorciéndose a causa del dolor. Bernard pasó a su lado y ayudó a Jack a levantarse.

—Subid al coche —le ordenó a Clare.

Ella hizo lo que le habían dicho. Aún muy dolorido, pero demasiado aliviado para preocuparse por ello, Jack se derrumbó pesadamente en el asiento al lado de ella, apretándose el pecho.

Bernard paseaba ansioso de arriba abajo por delante del coche. Nathan había vuelto a desaparecer. Muy pronto volvió a surgir de la escalera, llevando más provisiones, incluidas, como se dio cuenta Bernard, su preciosa cerveza. Cargaron el maletero hasta que ya no cupo nada más, después Nathan le pasó más bolsas a Clare para que colocara todas las que pudiera a su alrededor. Le colocó dos cajas de cerveza sobre su regazo, y el peso le aplastaba las piernas.

Bernard se sentó en el asiento delantero y metió más suministros a sus pies; se agarró con fuerza cuando Nathan cerró su puerta de golpe y arrancó el motor. Mientras Nathan daba marcha atrás en una curva rápida y cerrada para encarar de nuevo la rampa, Bernard intentó mirar por encima del hombro para hablar con Jack y Clare.

—Me llamo Bernard Heath —se presentó.

—Jack Baxter —contestó Jack, respirando aún con dificultad— y ésta es Clare. Gracias por...

—¿Sólo vosotros dos? —interrumpió Nathan.

—Sólo nosotros. ¿Y vosotros?

—Somos unos cuarenta —contestó Bernard con rapidez.

—¿Sabe alguien lo que ha pasado? —preguntó Jack esperanzado.

Bernard negó con la cabeza.

—Ni la más mínima idea —replicó, y terminó abruptamente la breve conversación.

Todos se agarraron a los bordes de los asientos cuando Nathan aceleró a lo largo de la última parte de la rampa de entrada y salió a la calle a toda velocidad, penetrando en la multitud de cuerpos y golpeando a todos los que podía.

Nathan condujo el coche en dirección contraria por el cinturón de circunvalación, evitando más cuerpos y los restos abandonados de incontables vehículos accidentados. Frenó de repente, giró bruscamente hacia la derecha y siguió por una estrecha vía de servicio que penetraba entre dos imponentes edificios universitarios hasta alcanzar la parte trasera del bloque de alojamientos de ladrillos rojos. Allí el número de cuerpos era considerablemente menor. Clare levantó la mirada y vio a personas que contemplaban su llegada desde las ventanas de la primera planta del enorme edificio.

Nathan detuvo el vehículo en un arcén de hierba arrancada a corta distancia del edificio, junto a un campo de fútbol de hierba artificial vallado. En silencio y con rapidez, los cuatro supervivientes bajaron del coche y cogieron del maletero cubierto de sangre todas las bolsas y cajas que podían cargar. Peleándose con lo que llevaban, siguieron a Bernard hacia una discreta puerta azul, que otro hombre sostenía abierta. Nathan corrió de regreso al coche una vez dejados los suministros, sin intención de dejar atrás su preciosa cerveza después de haber corrido tantos riesgos para conseguirla. Cerró de golpe la puerta del coche, corrió de regreso al edificio, entró y cerró la puerta justo unos segundos antes de que lo alcanzaran los cinco cuerpos que se estaban acercando.

—Más tarde vendremos a buscar todo esto —comentó Bernard mientras dejaba caer al suelo otra bolsa.

Jack le siguió de cerca mientras penetraban en las entrañas del edificio. Dentro estaba oscuro, frío y en silencio, pero aun así parecía seguro y extrañamente acogedor en comparación con los otros lugares en los que habían estado recientemente. El entorno era lo de menos, decidió, lo que le importaba era estar de nuevo con otras personas.

—¿Cuánta gente has dicho que hay aquí? —preguntó Jack.

Ya se lo habían dicho, pero habían ocurrido tantas cosas y tan deprisa que no había sido capaz de retenerlo todo. Menos de una hora antes estaba sentado en los grandes almacenes con Clare, demasiado asustado para moverse. Hasta entonces, ella había sido la única persona viva que había visto.

—Unos cuarenta, creo —contestó Bernard—. No estoy totalmente seguro. La mayor parte de esta zona del campus era alojamientos de estudiantes. Aquí hay un centenar de habitaciones individuales, y hasta el momento parece que la mayoría de la gente quiere mantenerse aislada. Muchos de ellos simplemente encontraron una habitación, cerraron la puerta a su espalda y nadie los ha visto desde entonces. Unos cuantos de nosotros hemos empezado a trabajar juntos para organizar un poco las cosas, pero somos una minoría.

—Todos estamos en esa minoría —replicó Jack.

Un hombre alto y esbelto, llamado Keith Peterson, conducía al grupo por el edificio. Con el cabello largo atado en una coleta suelta y sucia, y vistiendo muchas capas de ropa holgada, parecía tan desaliñado y despeinado como cualquiera de los cadáveres que rondaban por las calles. Tenía la cara pálida y no reflejaba ninguna emoción. No los había saludado, ni había mostrado ningún interés o sorpresa cuando el coche regresó con dos pasajeros adicionales. Jack intentó captar su mirada para tratar de establecer al menos algún tipo de contacto, pero resultaba evidente que Peterson no estaba interesado. Como todos los demás, estaba preocupado: seguían intentando encontrar algún sentido al infierno en que se había convertido de repente su vida, con anterioridad organizada y normal.

Subieron un corto tramo de escalera que conducía a la parte principal de la planta baja. Jack y Clare miraban ansiosos de un lado a otro mientras los conducían por una amplia zona de recepción, con un lado cerrado por puertas de vidrio. Una apretada multitud de cuerpos se aplastaba contra todos los centímetros cuadrados de vidrio disponibles. No podían escapar, porque los empujaban desde atrás más y más criaturas deformes, que lentamente seguían arrastrándose desde el centro de la ciudad y acercándose a la universidad. El resto del mundo se había vuelto casi silencioso, y el ruido que emitía el grupo de supervivientes, por muy leve e insignificante que les pudiera parecer, era suficiente para atraer la atención indeseada de las hordas de no vivos. A lo largo de las últimas veinticuatro horas, poco más o menos, Bernard había observado cómo se desarrollaba una preocupante reacción en cadena. A medida que los cuerpos habían reaccionado ante los supervivientes, más cadáveres habían acudido ante su reacción, y así habían continuado. Las implicaciones resultaban terroríficas. Corrían el riesgo de convertirse en un imán para los muertos.

—Ves a ese montón —indicó Bernard en voz baja, gesticulando hacia los cuerpos detrás de los vidrios—, se empezaron a reunir aquí ayer por la noche. Ya deben de ser más de un centenar. Creo que las malditas cosas nos pueden oír.

—Lo sé —contestó Jack; de repente tuvo la sensación de encontrarse en un zoo, donde los cadáveres lo estaban mirando—, lo hemos descubierto esta mañana.

—Sólo Dios sabe lo que está pasando, pero si hoy pueden oírnos y vernos, ¿qué serán capaces de hacer mañana? Por eso hemos salido a buscar suministros. Vamos a bajar las persianas durante un rato. Menos mal que os encontramos cuando lo hicimos.

Clare se sintió aliviada cuando empezaron a recorrer otro pasillo más oscuro y sin ventanas, que les alejaba de la mirada de los muertos. Al final del pasillo se encontraba la entrada a una gran sala de reuniones. Los ojos se le abrieron cuando entraron y vio que había personas diseminadas por todos los rincones del salón: personas vivas y que respiraban, no cascarones vacíos como esas malditas cosas del

exterior. La sala estaba en silencio. El único ruido procedía de una pareja de niños muy pequeños que jugaban juntos en el rincón más alejado, alegremente ignorantes del dolor y el miedo que estaba carcomiendo a todos los demás.

Nadie pareció interesado en su llegada. La mayoría de los supervivientes estaban sentados en silencio y miraban al vacío. Un hombre estaba tendido de lado en el suelo, cubierto por una sábana gris muy fina y se mecía sin descanso. Tenía los ojos oscuros abiertos como platos. Clare pensó que parecía demasiado asustado para cerrarlos.

Después de cruzar la sala en diagonal, salieron por una puerta de emergencia abierta y atravesaron un pequeño patio de cemento. En el exterior había unas cuantas personas. Una anciana sentada en un banco de madera, envuelta en un abrigo muy grueso, hizo un gesto y lanzó una media sonrisa a Clare mientras seguía a los demás.

—Estas son las habitaciones que estamos utilizando —explicó Bernard cuando entraron en la otra parte del edificio.

Parecía y olía mucho más nuevo que el resto del edificio. Subieron otro corto y empinado tramo de escalera y siguieron después por un pasillo largo y estrecho con una serie de habitaciones pequeñas a cada lado.

—Los que nos encontramos aquí el primer día limpiamos todo el lugar —prosiguió Bernard, quedándose de nuevo un poco sin aliento—. Aquí no vais a encontrar cuerpos. Afortunadamente, no había empezado el trimestre, de manera que no había demasiada gente por aquí, sólo unos cuantos estudiantes supervisores que habían regresado pronto.

Aún al frente del grupo, Keith Peterson se detuvo de repente. Se dio la vuelta para mirar a Clare y Jack y, por primera vez, habló.

—La mayoría de nosotros estamos en esta planta —murmuró, con voz plana y monótona—, así que buscad una habitación vacía. Os sugiero que os quedéis a este lado del edificio —recomendó, señalando con la cabeza hacia la izquierda.

Jack asintió agradecido mientras el hombre delgado y apagado seguía adelante y desaparecía en una habitación en el extremo más alejado del pasillo. Bernard contempló cómo se alejaba antes de hablar de nuevo.

—Instalaros —sugirió—. Yo vuelvo a la sala. Id allí cuando estéis preparados y os conseguiremos algo de comer, si tenéis hambre.

—Realmente estamos muy agradecidos —replicó Jack; la voz se le llenó de repente de una emoción evidente, pero aun así completamente inesperada—. Estaba empezando a pensar que no íbamos a encontrar a nadie...

Bernard sonrió y le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro.

—Eso no es un problema. Sé exactamente cómo te sientes —suspiró—, igual que todos y cada uno de los pobres cabrones que han sido lo suficientemente desafortunados como para quedar aquí atrapados con nosotros.

El profesor se detuvo durante un momento y reflexionó concentrado, como si fuera a decir algo de gran importancia. Pero las palabras no llegaban y en su lugar se dio la vuelta y empezó a recorrer el pasillo en dirección contraria, cansado y con ganas de descansar.

—Gracias, Jack —dijo Clare—. No sé lo que hubiera hecho si no nos...

Sus palabras se vieron truncadas de repente por un repentino chillido de dolor que procedía de algún lugar del edificio. Parecía que venía del piso de arriba.

—Maldita sea —maldijo Jack—. ¿Qué ha sido eso?

—Nada de lo que preocuparse —explicó Bernard, deteniéndose y dándose la vuelta—. Tenemos una señora en el piso de arriba que está a punto de tener un bebé. El médico cree que es posible que nazca antes de que acabe el día.

Otro grito. Jack miró a Clare, preocupado porque el ruido de la mujer la pudiera alterar.

—Pobre chica —rezongó él en voz baja—. Menudo momento para pasar por eso. Quiero decir que en la mejor época ya es toda una prueba, pero ahora... —Dejó que sus palabras se perdieran en el silencio.

—Mirad, os voy a dejar solos —comentó Bernard—. Os veré luego, ¿de acuerdo?

Con eso desapareció, y Jack y Clare se quedaron solos. Estaban juntos en medio del pasillo y durante unos pocos segundos ninguno de los dos se movió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jack al fin.

—Estoy bien —contestó ella—. ¿Y tú?

Jack asintió.

—Estoy bien. Tendríamos que encontrar esas habitaciones.

Las habitaciones eran estancias pequeñas, compactas y funcionales, que contenían sólo una cama estrecha, un armario ropero, un par de armarios pequeños, un escritorio, dos sillas y un lavabo. Consiguieron encontrar dos habitaciones adyacentes a la mitad del pasillo. Jack dejó su mochila en una punta de la cama, sin molestarse en vaciar su contenido. No parecía que tuviera mucho sentido. Aunque el bloque de alojamientos parecía un lugar seguro y sensato para refugiarse y esconderse, no se imaginaba que se fueran a quedar durante mucho tiempo. Había tanta incertidumbre y miedo que ya nada se podía dar por supuesto.

Cuando los chillidos de la mujer embarazada levantaron de nuevo ecos a través del edificio, Clare se sentó en la dura silla junto a la ventana de su habitación y se quedó mirando al vacío. Quería llorar, pero no podía. La presión incesante de su extraña situación parecía actuar como una especie de freno, suprimiendo sus emociones. La habitación era fría y como de hospital, y su sensación de desconcierto y extrañeza era sobrecogedora. Levantó las piernas, se encogió todo lo que pudo y se quedó mirando la pared.

Después de quedarse solo en su habitación durante poco más de diez minutos,

Jack se puso en pie y cruzó el pasillo hacia otra habitación vacía que estaba justo delante. La vista panorámica de la ciudad desde la ventana era, durante al menos unos pocos segundos, impresionante, y durante un momento se distrajo intentando descubrir en aquella línea del horizonte dónde solía vivir. Pero después se permitió ir bajando los ojos hacia la calle cercana a la universidad, e inmediatamente deseó no haberlo hecho. Una inmensa muchedumbre de cadáveres descompuestos y tambaleantes rodeaba la parte delantera del edificio, mucho más grande que cualquier otra multitud que hubiera visto hasta el momento. Intentó estimar cuántos eran, pero le resultó imposible. Era difícil diferenciarlos y se movían continuamente.

El resto de la ciudad parecía sin vida y silenciosa, y podía ver cómo cada vez más de esas malditas cosas salían arrastrándose de las sombras y se iban acercando.

—No lo puedo hacer —exclamó Paul de repente. Era la primera vez que Donna o él hablaban en más de una hora.

—¿Qué es lo que no puedes hacer?

—Quedarme aquí de esta forma. No lo puedo soportar. No me puedo quedar sentado sabiendo que están ahí fuera esperándonos...

—Bueno, pues tendrás que soportarlo, ¿no te parece? No tienes alternativa.

Escondidos aún en el aula en la que habían permanecido desde el ataque, ya hacía horas, los dos supervivientes sabían que ya había muchos más cuerpos en el descansillo. Podían oír cómo arrastraban los pies y se daban golpes. Donna no llegaba a comprender por qué seguían allí. ¿Se habían quedado atrapados en el descansillo porque se habían cerrado de golpe las pesadas puertas, o habían decidido esperar hasta que Paul o ella volvieran a salir de su escondite? ¿Tenían capacidad para tomar decisiones? Era imposible decirlo.

Si el sonido había sido lo primero que les atrajo, Donna había llegado a la conclusión de que se había producido una especie de efecto dominó que había provocado que tantos muertos se hubieran reunido en la décima planta. Parecía lógico suponer que el ruido que produjo el primer cuerpo intentando forzar la entrada había atraído a los demás, y éstos a su vez a otros más, hasta que una corriente continua se había convertido en una oleada de podredumbre que amenazaba con llenar todo el descansillo, si no todo el edificio.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —musitó Paul.

Dios santo, estaba empezando a irritar realmente a Donna.

—Dios, Paul —suspiró—, yo qué sé.

—No podemos quedarnos aquí sentados para siempre, ¿no te parece?

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Pero nos encontramos a diez pisos de altura. La única forma de salir es bajar por la escalera, y si aparecen más de esas cosas vamos a tenerlo muy jodido para pasar a través de ellos si necesitamos salir, ¿o no?

Tenía razón. Donna no se molestó en dársela, pero tenía que admitir que estaba en lo cierto. La opción más fácil seguía siendo permanecer escondidos en la oficina, pero sabía que de acuerdo con su anterior línea de reflexión, era muy posible que cada vez más cuerpos pudieran subir por las escaleras hasta que les resultara imposible atravesarlos y salir. Las alternativas empezaban a tener un aspecto cada vez más negro: correr el riesgo ahí arriba con los no vivos agolpándose o quedarse sentada y esperar a que desaparecieran, acompañada de este hombre que más bien parecía un ratón que no dejaba de lloriquear. No tardó mucho en tomar una decisión.

—Tienes razón —le dijo—, deberíamos hacerlo. Saldremos de aquí e

intentaremos encontrar un lugar más seguro, si es que existe alguno, claro.

La expresión de Paul cambió de inmediato. Parecía aterrorizado. Aunque había sido él quien había sugerido que se debían ir, quedaba claro que no había pensado en todo lo que implicaba.

—Pero ¿ahora? —tartamudeó nervioso—. ¿Cómo vamos a pasar por su lado? No sabemos cuántos son y...

—Los distraeremos —le interrumpió Donna—. Hay puertas a ambos lados del descansillo, ¿recuerdas? Los atraeremos hacia un extremo de la oficina y después nos iremos por el otro lado.

—De acuerdo —accedió Paul, aunque seguía muy poco convencido—, ¿adónde iremos cuando estemos fuera?

—No lo sé. Por lo que he visto, tenemos a nuestra disposición casi toda la ciudad, quizás incluso el campo.

—Podemos encontrar un coche e irnos...

Donna negó con la cabeza.

—Eso puede que no sea una buena idea. Si esas cosas de ahí fuera reaccionan ante el ruido, lo que haremos será llamar aún más su atención. Lo que necesitamos es encontrar algún lugar seguro, como este sitio, pero con más de una salida.

—Debe de haber miles de lugares así por los alrededores. ¡Por el amor de Dios, esto es el centro de la ciudad!

—Para empezar, tenemos la principal comisaría de policía a la vuelta de la esquina. Después está el hospital, la universidad, las tiendas, los bares...

—Necesitamos un sitio en el que podamos encontrar comida y bebida...

—Dios, podría matar por un trago...

—¿Y una cama? ¿Qué tal si encontramos un sitio con camas de verdad? Maldita sea, una casa con unas dimensiones decentes sería suficiente, ¿no te parece?

—No hay demasiadas casas por los alrededores —respondió Donna, que se empezaba a sentir ligeramente más positiva sobre su situación—, pero tienes razón, cuando estemos preparados nos podemos encaminar hacia los suburbios, quizás incluso más lejos.

Paul se paró a pensar de nuevo.

—Hay algo que no estamos tomando en consideración.

—¿Qué es?

—Los cuerpos. Ambos vimos lo que intentó hacerte uno de ellos. Vamos a ser patitos de feria en cuanto salgamos...

—No parece que se estén atacando los unos a los otros, ¿no te parece?

—¿Cómo van a saber que no somos como ellos si actuamos como los muertos? Somos más fuertes y tenemos un aspecto bastante mejor que el suyo, pero después de todo lo que les está ocurriendo, ¿realmente serán capaces de valorar la diferencia?

—No estoy seguro. ¿Nos podemos permitir correr ese riesgo?

—¿Podemos permitirnos no correrlo? Tienes razón, Paul, podemos terminar atrapados si no hacemos algo. Es posible que dentro de unas pocas horas haya aquí miles de esas cosas, incluso que ya haya esa cantidad ahí fuera. No tenemos demasiadas alternativas.

—Entonces, ¿cuándo? ¿Ahora?

—Esta noche.

—¿Por qué esperar?

—Si nos basamos en el hecho de que sus sentidos son pobres, entonces debemos esperar hasta que caiga la noche. Si no nos pueden ver bien a plena luz del día, ¿qué posibilidades tienen de hacerlo en la oscuridad?

Para cuando la ciudad estuvo de nuevo envuelta en la oscuridad, Donna y Paul habían decidido lo que iban a hacer. Planearon distraer a los cuerpos en el descansillo como habían acordado y después intentarían escapar. Esperaban que su fuerza y coordinación les diera ventaja suficiente para pasar a través de la muchedumbre ante las puertas de la oficina. A medida que transcurría la tarde y se acercaba el atardecer, su sencillo plan fue ganando lentamente en intención y dirección, pero sabían que debían actuar con rapidez.

Bajo el resplandor opresivo del día moribundo, Donna reunió sus cosas y se puso la mayor parte de la ropa que había reunido, sin llegar a resultarle incómoda. Las lámparas alrededor de la planta de oficinas estaban apagadas, pues ambos habían decidido permanecer a oscuras hasta que hubiese llegado el momento y estuvieran listos para poner en práctica su plan. La noche era fría para la estación, y aunque se encontraban en el interior, el aliento de Donna se condensaba, formando nubes alrededor de la boca y la nariz.

—Tenemos que atraerles al otro extremo de la oficina —dijo en voz baja—. Tenemos que hacer suficiente ruido para que pasen a través de las puertas del extremo más alejado.

—¿Y después regresamos a este lado? —preguntó Paul ansioso.

Sabía muy bien lo que habían planeado hacer, pero necesitaba tranquilizarse. Donna asintió.

—Abriremos las puertas en el otro extremo y los dejaremos entrar. Volveremos aquí y esperaremos un par de minutos hasta que haya entrado la mayoría de ellos. Entonces saldremos. Se seguirán los unos a los otros como ovejas.

—¿Estás segura?

—Todo lo segura que puedo estar. En cualquier caso, sólo hay una forma de descubrirlo con toda seguridad, ¿no te parece? Ahora sé útil y reúne todas las lámparas.

Donna se dio la vuelta y salió del aula, dejando a Paul sentado solo en la oscuridad. Durante unos pocos segundos se quedó donde estaba, de repente demasiado asustado para moverse. No importaba el tiempo que hubieran dedicado a discutirlo, una vez llegado el momento de actuar sólo quería acurrucarse de nuevo y esconderse. Al darse cuenta de que Paul no se había movido, Donna regresó.

—¿Algún problema?

Paul tenía la boca seca y no pudo contestar.

—Yo... —empezó, sin saber qué estaba intentando decir.

—¡Levanta tu jodido culo y muévete! —maldijo Donna. Esperó durante un segundo, pero él seguía sin reaccionar—. ¡Ahora! —chilló.

Paul se puso en pie con dificultad, sobre todo porque el volumen de la voz de Donna había provocado un estallido de actividad frenética en el descansillo, cuando los cuerpos empezaron de nuevo a apelotonarse contra las puertas, intentado inútilmente forzar la entrada.

Paul y Donna avanzaron sigilosa y rápidamente a lo largo del perímetro de la oficina, recogiendo las linternas y las lámparas que Donna había colocado previamente. Después las reunieron sobre un escritorio en el rincón más alejado de la sala, a plena vista de los cuerpos que se encontraban detrás de la puerta.

—¿Preparado? —preguntó Donna cuando las luces estuvieron finalmente colocadas.

Paul tragó con fuerza.

—Eso creo.

—Bien —replicó Donna, y empezó a encender las lámparas y las linternas.

Se detuvo después de encender sólo cuatro. Las criaturas en el descansillo empezaban a agitarse de nuevo, porque la súbita aparición de una luz brillante en un rincón de la sala les había provocado un nuevo frenesí. Donna miró hacia atrás y vio los empujones constantes en el exterior.

—Maldita sea —gimió Paul—. ¡Todo lo que has hecho es encender unas malditas lámparas y míralos! ¿Qué demonios estamos haciendo?

—Lo que tenemos que hacer —replicó Donna, y volvió su atención a la tarea que tenía entre manos—. Ahora cállate y sigue adelante.

Temblando a causa de los nervios, Paul prendió una cerilla y empezó a encender las lámparas de gas. La sala se llenó con rapidez de más luz, el olor ligeramente ácido del gas y el rumor sordo de los quemadores en funcionamiento. El ruido en el descansillo se incrementó.

—Mierda —exclamó Paul—, escúchales. Esas malditas cosas se van a volver locas ahí fuera.

—Estupendo, eso es lo que queremos. Cuanto más excitados estén, mayor será la distracción y más fácil será salir.

Paul no estaba convencido. El rincón más alejado a la derecha de la oficina estaba iluminado por una luz brillante y por una calidez extrañamente reconfortante que hacía que se quisiera quedar.

—De acuerdo —susurró Donna, regresando de nuevo a las sombras—, vamos allá.

Paul empezó a andar hacia atrás.

—¿Estás completamente segura de esto? ¿Qué ocurrirá si salimos ahí fuera y...?

Donna se dio la vuelta y se lo quedó mirando, su rostro fuertemente iluminado desde la derecha. Su enfado era totalmente evidente.

—Deja de quejarte y muévete. Ahora ya es demasiado tarde para echarse atrás,

por si no te habías dado cuenta. Vuelve al otro extremo y ten preparadas las bolsas.

Obedientemente, Paul se alejó hacia el otro extremo de la oficina.

—Y mantente fuera de la vista —gritó detrás de él—. No dejes que te vean. Si la jodes, estamos apañados.

Respirando profundamente para intentar calmar sus nervios crispados, Donna se alejó de la luz y se acercó a las puertas. A través de los pequeños paneles de vidrio podía ver que las criaturas en el exterior seguían reaccionando ante su presencia, de manera que la más cercana seguía empujando para acercarse a ella. La ferocidad de sus movimientos aumentó a medida que se acercaba, y Donna pudo ver que la reacción se extendía hacia la parte trasera de la multitud. El descansillo estaba lleno de movimiento y Donna se preguntó si pasaría algo, cualquier cosa, por sus cerebros en descomposición. ¿Ella los asustaba? ¿Querían hacerle daño? ¿O lo que querían era que les ayudase a terminar con sus sufrimientos? Fuera cual fuese la razón, sabía que en última instancia no importaba. Lo único que contaba era la autoconservación. Respiró hondo y abrió la puerta, utilizando el extintor cubierto de sangre para mantenerla abierta.

Durante una décima de segundo no pasó nada. Después, la fuerza de la masa de cuerpos en el descansillo y en las escaleras provocó que la multitud avanzase, invadiendo la oficina y derribando a una multitud de cadáveres, que tropezaron y cayeron delante de ella. Donna se apartó de un salto del camino de la marea repentina de apestosa descomposición. La claridad de la luz en el rincón de la sala era, por suerte, una atracción mayor que ella, y en la relativa oscuridad fue pudo darse la vuelta y regresar al aula.

—¿Todo bien? —susurró Paul—. ¿Está funcionando?

—Mantén la boca cerrada —le cortó enfadada—. Si nos oyen, empezarán a venir hacia este lado.

Lo empujó hacia delante y salieron en silencio del aula, en dirección a las puertas del otro extremo del descansillo. Al otro lado de la oficina vieron una gran masa de cuerpos que seguían diseminándose por la sala, todos ellos dirigiéndose hacia la luz. Los más avanzados extendieron las manos y agarraron curiosos las lámparas. Incapaces de coger bien con dedos poco hábiles, uno de ellos derribó una lámpara; el cristal de protección se rompió exponiendo el quemador en llamas. En unos pocos segundos, la moqueta y una pila de papeles estaban ardiendo.

—Maldita sea —exclamó Donna en voz muy baja mientras contemplaba cómo el fuego se extendía con rapidez.

—Vámonos.

—No, espera. Esto es mejor que lo que habíamos planeado. Vamos a darles un poco más de tiempo.

La luz en el otro extremo de la planta iba cambiando de un blanco amarillento

estable a un naranja rojizo parpadeante, a medida que se extendía el fuego y crecían las llamas. Algunas de las lastimosas criaturas se precipitaron hacia el fuego, ignorantes del calor y del peligro. Sus ropas harapientas estaban tan secas como la yesca, y empezaron a arder con rapidez.

—Nos tenemos que ir —insistió Paul—. Dios santo, el fuego se va a extender por todo el edificio. Y cuando las bombonas de gas de las lámparas empiecen a...

—Lo sé —le interrumpió Donna; se puso en pie y recogió sus cosas.

Ya había numerosos cuerpos ardiendo (pero aun así se seguían moviendo), y el escritorio, la silla y la persiana de una ventana también se habían incendiado. Un humo marrón y espeso se estaba elevando hacia el techo y se empezaba a desplazar hacia ellos siguiendo el techo bajo, iluminado por las llamas.

Donna deslizó su pase de seguridad despreocupadamente por el panel de control a un lado de la puerta y la abrió en silencio. Incluso en ese momento, después de que los cuerpos estuvieran inundando la sala desde hacía bastantes minutos, seguía habiendo muchos en el descansillo, avanzando desesperadamente hacia las puertas abiertas de la oficina en el extremo opuesto. Donna miró hacia atrás durante un instante para comprobar que Paul iba con ella y después fueron hacia la escalera. En silencio avanzaron por el descansillo con la espalda contra la pared, aterrorizados ante la idea de que las hordas putrefactas los pudieran ver, que seguían avanzando hacia el calor y la luz. Donna se detuvo justo delante de la puerta abierta que daba a las escaleras.

—¿Preparado? —articuló en silencio.

Paul asintió.

—No te pares hasta que salgamos. Nos encontraremos en el aparcamiento.

Tras esperar a que otro cuerpo pesado y torpe consiguiese pasar por la puerta, Donna se volvió y se abrió paso hacia las escaleras. Empezó a bajar a oscuras, empujando cuerpos a un lado y a otro en su carrera hacia la planta baja, mientras apartaba incontables manos engarfiadas que intentaban agarrarla. Las pesadas pisadas de los supervivientes despertaron ecos a lo largo de todo el edificio muerto, mientras corrían escaleras abajo, daban un giro de ciento ochenta grados al pie de cada corto tramo de escalera y afrontaban el siguiente. Numerosos cuerpos seguían surgiendo de la oscuridad, algunos atrapados en los descansillos inferiores y en los lavabos, incapaces de subir, pero la fuerza bruta, la velocidad y el miedo, tanto de Donna como de Paul, era demasiado para que ningún cadáver pudiera resistirlos. Los apartaban a golpes y caían al suelo como muñecas de trapo deshechas.

Cruzaron otra puerta y alcanzaron la recepción, mientras que aún más cuerpos avanzaban en su dirección. Donna condujo a Paul por un tramo final de escaleras y penetraron en el aparcamiento de las oficinas por una entrada del sótano. El aparcamiento estaba prácticamente vacío de cadáveres. Bajo la seguridad de los

sombras y de la oscuridad, finalmente se pudieron parar.

—¿Estás bien?

Donna asintió, temblando y respirando pesadamente.

—Estoy bien —contestó—. ¿Y tú?

—Bien.

Donna avanzó unos pasos hacia el centro del aparcamiento y levantó la mirada. Podía ver la planta de la que acababan de escapar, con las ventanas a lo largo de dos tercios de su longitud iluminadas por feroces llamas. Incluso desde donde se encontraban, muchos metros por debajo, oían los crujidos y los estallidos del fuego a medida que consumía la oficina y los cientos de cuerpos que seguían pasando por las puertas. El estallido repentino y apagado de la explosión de un cilindro de gas y el crujido de un vidrio hizo que ambos retuvieran el aliento.

Sin decir ni una palabra, Paul y Donna abandonaron el aparcamiento y se dirigieron hacia el centro de la ciudad.

El ambiente en el bloque de alojamientos universitarios era tenso y expectante. Los supervivientes que habían decidido salir de sus habitaciones individuales se habían agrupado en la sala de reuniones, donde permanecían sentados en silencio y esperaban. La mayor parte del tiempo a todos ellos les resultaba imposible descansar o dormir, pero esta noche era especialmente difícil. En lo más hondo de las entrañas del edificio, Sonya Farley estaba llegando a la fase final de un largo y difícil parto. Su dolor se podía oír y sentir en todos los rincones de las habitaciones, habitualmente silenciosas.

La sala de partos de la planta superior estaba brillantemente iluminada. En realidad, brillante en comparación con el resto del edificio a oscuras. Numerosos supervivientes habían entregado voluntariamente linternas para permitir que Phil Croft, la única persona con experiencia médica, pudiera atender el parto del bebé de Sonya. Phil estaba nervioso e inquieto. Llevaba algún tiempo sin hacer nada parecido y se trataba sólo del tercer parto en el que participaba de forma activa. Paulette, la señora alta y sorprendentemente brillante y entusiasta que tenía a su lado, había presenciado tres veces más partos y más de la mitad de esos nacimientos habían sido los de sus propios hijos. Croft estaba encantado de tenerla allí. Al haberse encontrado no menos de cinco veces en la nada envidiable posición de Sonya, esa noche, Paulette era esencial para el bienestar de la madre primeriza. Aunque Croft conocía todos los términos técnicos y podía controlar y reaccionar ante los signos vitales de la madre y del bebé, Paulette era capaz de hacer algo mucho más importante. Podía tranquilizarla. Podía hablar con Sonya. Podía indicarle cuándo empujar y cuándo relajarse, cuándo inspirar y cuándo espirar. Comprendía por lo que estaba pasando, y podía anticipar y explicar el dolor, y podía decirle lo bien que lo estaba haciendo y cuánto le quedaba por hacer. Croft admiraba su habilidad para, de alguna forma, olvidar durante un rato sus temores personales y su pérdida, e ignorar la devastación más allá de los muros de la universidad, para concentrarse totalmente en la joven tendida a su lado sobre una cama, empapada de sudor y padeciendo.

—Vamos, querida —la animó Paulette en voz baja, acariciándole con suavidad la frente a Sonya, y al mismo tiempo sosteniéndole con fuerza la mano—. Ya no falta mucho. Este bebé nacerá dentro de nada.

El rostro de Sonya se contrajo por el dolor cuando le asaltó otra contracción. Croft estaba agachado al final de la cama, sintiéndose por el momento prescindible e inútil, y deseando haber podido utilizar parte del equipo de monitorización del hospital. Pero como había fallado la electricidad, las máquinas eran inútiles. Le administraba los medicamentos que podía, pero parecía que surtían poco efecto. Sonya estaba totalmente dilatada. Ya llegaba a ver los primeros mechones del cabello

oscuro y grasiento en la coronilla de la cabeza del bebé.

—Casi está aquí —informó él en voz baja.

Sonya se relajó por el momento al desaparecer el dolor. Excepto por el dolor y la emoción del nacimiento, se sentía sorprendentemente tranquila. Era como la comadrona le había dicho que sería, en las clases de preparación al parto a las que había asistido. Aunque dolía más que cualquier dolor que hubiera sentido antes, de alguna manera se sentía bien. Era un dolor positivo, y ella sabía que eso era lo correcto. Nada de lo que quedaba de su vida tenía sentido excepto eso. Su marido se había ido. Sus amigos y su familia estaban casi con toda seguridad muertos. Había perdido su hogar y sus bienes, y ya no le quedaba nada más que esa preciosa personita en su interior, que estaba a punto de nacer. Y parecía que era lo correcto. Por primera vez desde que había empezado esta pesadilla, algo estaba ocurriendo de la forma en que se suponía que debía ocurrir.

Otra fuerte contracción. Se estaban volviendo insoportables. Sonya chilló de dolor y apretó la mano de Paulette con tanta fuerza que la mujer bizqueó a causa del dolor.

—Vamos —la consoló Paulette, con la voz tranquila, agachada de forma que su cara quedaba muy cerca de la de Sonya—. Ahora el bebé está a punto de llegar.

Treinta y cinco minutos más tarde llegó el momento. El dolor de Sonya aumentó de nuevo en un *crescendo* casi insoportable antes de sentirse completamente aliviada cuando su bebé nació con una liberación repentina de la presión y con un estallido de actividad y emoción. Croft bajó el niño con seguridad hasta la cama entre las piernas de su madre, y con suavidad le limpió la sangre y los fluidos corporales de la cara. Pinzó y cortó el cordón umbilical, y después se llevó el bebé con rapidez hacia la cuna improvisada que habían preparado. Su rostro era la imagen de una concentración intensa mientras reconocía las señales vitales del niño y esperaba ansioso a que respondiese.

El silencio era ensordecedor.

—Lo conseguiste, cariño —susurró Paulette, besando a Sonya en la coronilla bañada en sudor.

Sonya contemplaba con un nerviosismo sobrecogedor cómo Croft trabajaba en su hijo. Recordaba a su madre explicándole, cuando se hubo quedado embarazada, que ésa era la peor parte: la espera para comprobar que el bebé había nacido bien, y para que empezase a respirar y a reaccionar por sí mismo. Había intentado prepararse, pero era imposible. Cada largo segundo de silencio le pareció una hora. Y entonces ocurrió al fin: un grito repentino, estridente y agudo, de sorpresa y comprensión, procedente del niño en la cuna. Croft miró a Sonya y sonrió.

—Una niñita perfecta —informó—. Muy bien hecho.

Durante unos instantes nada más importó. Con unos ojos grandes, muy abiertos y

llenos de lágrimas de alegría y alivio, Sonya contempló cómo el médico envolvía a su bebé en una sábana suave y atravesaba con ella la habitación. Sin pensar en el dolor y la incomodidad que sentía, se incorporó en la cama y cogió el pequeño fardo en brazos. Dejó fuera al resto del mundo, y se quedó mirando un rostro bonito, arrugado y lleno de manchas azules y rosadas. Acarició la mejilla del bebé con un dedo y se deleitó con la calidez, el movimiento y el ruido que esta niña minúscula había traído inocentemente a su mundo, por otra parte sin vida.

—¿Cómo la vas a llamar? —le preguntó Paulette, mirando por encima del hombro de la madre.

—No lo sé —respondió Sonya en voz baja—. Teníamos algunas ideas, pero no habíamos decidido nada definitivo.

—Tómate tu tiempo y descubre el nombre correcto. Siempre digo que es más fácil ponerles nombre cuando ves cómo son y los conoces. Hasta entonces...

Paulette se calló de repente. El bebé había dejado de llorar. La habitación se quedó en silencio. Los tres adultos en el cuarto se intercambiaron miradas nerviosas. Las dos mujeres miraron a Croft pidiendo una explicación. Cuando él siguió en silencio, Sonya bajó la mirada y apretó con suavidad la mano de la pequeña. Nada. Y entonces el bebé abrió mucho la boca y dejó escapar un grito repentino y ronco. El grito se convirtió en un resoplido de impotencia y después pasó a una tos aguda. Después otra tos, y otra y otra hasta que el ruido se convirtió prácticamente en un chillido constante de dolor impotente. Sonya apretó a su hija contra su pecho, desesperada por ayudarla, pero sabía que no había nada que pudiera hacer. Croft intentó coger el bebé, pero ella no lo dejó. Sabían lo que estaba ocurriendo.

El contagio mortal seguía aún muy presente en el aire.

Sólo unos minutos después de haber nacido, el bebé de Sonya estaba muerto.

Croft llevó la noticia a los pocos supervivientes que quedaban en la sala de reuniones y luego regresó al piso superior para cuidar a su paciente, fuertemente sedada. La variedad de fármacos que tenía a su disposición era desesperantemente limitada, pero había atiborrado a la destrozada muchacha de todo lo que había podido encontrar, hasta que finalmente ésta dejó de llorar y cayó en la inconsciencia.

Jack Baxter estaba sentado con Bernard Heath en un rincón de la sala. Clare estaba tendida a su lado sobre un fino colchón de espuma. Habían estado hablando de forma intermitente durante unas pocas horas, pues ninguno de los dos hombres podía pensar ni siquiera en dormir. Durante ese tiempo, Jack tuvo finalmente la oportunidad de plantear algunas de las preguntas que se le repetían incesantes en la cabeza desde el pasado martes por la mañana. Bernard, por supuesto, no fue capaz de contestar ninguna de ellas, pero aun así parecía que la conversación les había ayudado.

Al saber la noticia de que el bebé había muerto, Bernard empezó a llorar. Parecía avergonzado por mostrar en público sus emociones e intentó sin éxito esconder sus lágrimas.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —preguntó con voz temblorosa después de unos pocos minutos de un silencio incómodo.

—¿Qué? —replicó Jack.

—Significa que esto es definitivamente el fin.

—¿Por qué lo dices?

—Es lo más lógico. A estas alturas ya debería haber pasado, ¿no te parece? Sólo quedamos un puñado, Jack, y si no nos podemos reproducir, entonces me parece que éste es el fin de la raza humana.

Jack se quedó mirando la oscuridad.

—No puedes estar seguro —contestó en voz baja.

—No podemos estar seguros de nada, pero tendrás que admitir que no tiene buena pinta, ¿no te parece? Había empezado a pensar que podría haber un poco de esperanza. Había estado pensando que lo que sea que hace que personas como tú y yo seamos inmunes, haría inmunes a nuestros hijos o a nuestros hermanos o...

Las lágrimas siguieron cayendo por su rostro cansado.

—Aún puedes tener razón.

Bernard negó tristemente con la cabeza.

—Yo tengo un hijo —explicó, limpiándose de nuevo los ojos—. Yo tenía un hijo —se corrigió—. Vivía en Australia. Mi esposa se fue para estar con ellos. Voló hace tres semanas para ver a los nietos. Sé que está...

—Probablemente ahora esté con ellos y bien —le interrumpió Jack, anticipando lo que iba a decir y expresando instintivamente lo opuesto—. Por lo que sabemos,

todos podrían encontrarse perfectamente. Es posible que sólo esté afectado este país. Podríamos...

—Sé que están muertos —le interrumpió Bernard con tristeza—. No importa lo que digas, sé que están muertos.

Jack se restregó los ojos y miró hacia el techo. No tenía sentido discutir, pero lo intentó de todas formas.

—Hasta que no estemos seguros... —empezó.

—No pierdas el tiempo, Jack —le interrumpió Bernard, enderezándose y mirando al otro hombre directamente a la cara—. No tiene sentido albergar esperanzas o sueños o ideas medio elaboradas o...

—Pero no puedes rechazarlo todo de un simple plumazo...

—Puedo. Escucha, ¿te das cuenta de lo insignificantes que somos tú y yo en este momento?

Jack lo miró, sorprendido e indignado.

—No, pero yo...

—¿Puedes decir realmente que te has parado a valorar la magnitud de lo que ha ocurrido aquí? —Se calló en espera de una respuesta que no llegó—. Yo no lo he hecho. Pero hace un par de días se me ocurrió algo que lo puso todo en perspectiva. ¿Tienes coche?

—Nunca he aprendido a conducir —respondió Jack, sorprendido por la pregunta—. ¿Por qué?

—Recuerdo cuando conduje a casa mi primer coche. Mi madre pensaba que era una trampa mortal, y mi anciano padre se pasó todo el día intentando ajustar el motor. Nunca lo he podido olvidar...

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuántos coches accidentados has visto desde que ocurrió? ¿Cuántos coches abandonados has visto por los alrededores?

—Cientos. Probablemente miles. ¿Por qué?

—Porque alguien era el propietario de cada uno de esos coches. Cada uno de ellos era el orgullo y la alegría de alguien.

—No estoy seguro de comprender lo que estás diciendo...

—¿Y tu casa? ¿Eras propietario de tu casa?

—Sí.

—¿Recuerdas la sensación cuando cogías la llave y entrabas en ella? ¿Recuerdas tu primera noche en ella, cuando se había convertido en tu casa y podías cerrar la puerta y olvidarte de todo lo demás?

Una ligera sonrisa recorrió el rostro de Jack mientras recordaba cómo había amueblado la casa con su querida Denise.

—Dios santo, sí —respondió en voz baja—. Nos reímos tanto. Casi no teníamos

nada. Nos sentamos sobre las cajas de embalaje y comimos patatas fritas de una bolsa directamente con las manos y...

—Piensa ahora en que alguien tiene recuerdos como éstos de cada una de las casas ante las que has pasado, y lo más probable es que ahora estén todos muertos. Cientos de ellos. Millones de ellos.

—No vale la pena pensar en eso.

—Pero debemos hacerlo. ¿Y tus hijos? ¿Tenías hijos, Jack?

El negó tristemente con la cabeza.

—No, los queríamos, pero...

—Cada uno de los cadáveres que sigue tendido y pudriéndose en las calles, y cada una de esas malditas cosas que vagan por el exterior de este edificio, una vez fueron alguien. Fueron el hijo o la hija, o el hermano o la hermana, o la madre o el padre de alguien... —Bernard se detuvo de nuevo. Más lágrimas le corrieron por el rostro cansado—. Este es el fin —concluyó—. No hay la más mínima duda, Jack, éste es el fin.

El cansancio físico y emocional habían vaciado a Sonya hasta llevarla casi al borde del colapso. El cóctel de fármacos prescritos deprisa y corriendo por el doctor Croft la habían dejado fuera de combate durante casi cuatro horas, dando tiempo a que su cuerpo recuperase un poco de fuerza. Cuando se despertó pasaban pocos minutos de las cinco de la madrugada y estaba oscuro, excepto por los primeros rayos de luz matinal que se empezaban a filtrar tímidamente en la habitación. Seguía tendida en la cama en la que había dado a luz, con las sábanas aún empapadas de sangre. El cuerpo de su bebé yacía en la cuna a su lado, envuelto en una sábana muy blanca. En cuanto hubo recuperado la conciencia, alargó los brazos, cogió a la pequeña y la sostuvo con fuerza, ofreciéndole seguridad. Instintivamente, aunque ya no tenía sentido, seguía queriendo proteger a su hija sin vida.

Cualquier movimiento que hiciera le producía dolor, pero el dolor físico y los efectos secundarios del parto no eran nada en comparación con la angustia y la agonía que sentía por dentro. Se sentía vacía, como si todo lo que tenía valor en su interior se lo hubieran arrancado y tirado a la basura. Se sentía distante de su entorno, casi como si se estuviera viendo y contemplando desde fuera. No sabía si tenía calor o frío. No sabía si estaba cansada o muy despierta. Se sentía como si todo, su habilidad para comunicarse, para tomar decisiones, para reír o llorar, para reaccionar o retirarse, hubiera desaparecido. Su cuerpo dolorido estaba lleno nada más que de dolor sin fin, teñido de rabia y amargura. ¿Por qué había tenido que ocurrir eso?

Croft estaba dormido en una silla en el pasillo, delante de la habitación. Sonya podía verle los pies a través de la puerta medio abierta.

El dolor que sentía dentro parecía aumentar con cada segundo que pasaba. Gimiendo a causa del esfuerzo y la incomodidad, se incorporó y sacó las piernas por el lado de la cama. Sangraba con fuerza y tuvo que esperar a que parase la hemorragia antes de ponerse en pie. El suelo bajo sus pies era duro y frío. Cogió un albornoz de toalla de un colgador en la parte interior de la puerta e intentó ponérselo mientras seguía acunando a su hija sin vida. Primero un brazo, después el otro, y después se envolvió a sí misma y a su bebé con la gruesa tela.

El pasillo estaba aún más frío.

Arrastrando los pies, Sonya pasó lentamente al lado del doctor Croft. Pudo oír a Paulette moviéndose en la habitación contigua. Excepto por los movimientos apagados de la mujer y el sonido de otra alma solitaria que sollozaba en otra planta, el edificio estaba en silencio. «Qué sabrás tú del dolor», lanzó Sonya en silencio a quien fuera que estuviera llorando. Si supieran cómo se sentía ella...

La escalera estaba aún más fría.

Sonya tuvo dificultades para subir los escalones. Estaba cansada, dolorida y sentía

náuseas. El médico le había dado todas las drogas que había sido capaz de encontrar para ayudarla a soportar el parto, el alumbramiento y, después, la pena. Eso, combinado con la pérdida de sangre, la somnolencia y el agotamiento, hacía que se sintiese descompuesta y débil. Pero de alguna forma consiguió prescindir de todo y seguir en movimiento.

El quinto piso, después el sexto, a continuación el séptimo. No estaba segura de la altura del edificio, pero tenía claro que se encontraba cerca del último piso. En cualquier caso, ése ya valdría. Se detuvo y recorrió un pasillo, dejando a su paso un reguero de gotas de sangre, y probó unas cuantas puertas hasta que una de ellas se abrió. Daba paso a una habitación pequeña y cuadrada, copia exacta del cuarto en el que había pasado la noche.

En una esquina se encontraba una cama individual con una maleta encima, a su lado un escritorio barato de fórmica. Sobre el escritorio había una colección de cartas y un par de fotografías de un grupo de personas felices y sonrientes, posando en un jardín bañado de sol en alguna parte. Presumiblemente, las imágenes eran del ocupante, ya fallecido, de la habitación y de su familia muerta.

Sonya acunó con ternura el bebé contra su pecho y bajó la mirada hacia el rostro gris, pero aún hermoso. Estaba de pie en el centro de la habitación, acunándola con suavidad, tranquilizando instintivamente a su hija muerta. Con lentitud abrió el albornoz y se alzó al bebé hasta la cara. La besó en lo alto de la fría cabeza, le acarició el cabello revuelto y entonces la depositó con cuidado en la cama junto a la maleta. Antes de seguir, le echó encima las sábanas para mantenerla caliente.

Cogió una silla de metal y la lanzó a través de la ventana.

El mundo silencioso se llenó de repente con el ruido del cristal al romperse y la silla sobre la multitud en descomposición que se encontraba abajo. De inmediato, se despertó su indeseado interés, y miles de criaturas se aproximaron de nuevo al edificio. Sonya no las miró, ni siquiera pensó en ellas. De repente pudo oír a otros supervivientes en los pisos inferiores, corriendo frenéticamente, intentando buscar con desesperación el origen del ruido, aterrorizados porque la seguridad de su refugio se había visto comprometida.

Indiferente al pánico repentino que había desencadenado, tanto dentro como fuera del edificio, Sonya arrastró otra silla hasta la ventana rota. Recogió a su hija de la cama y entonces, apretándola de nuevo con fuerza contra su pecho, subió a la silla, se sentó en el alféizar y se volvió hacia fuera. Con las piernas desnudas colgando y oscilando en el frío aire matinal, se quedó sentada en silencio e inspeccionó lo que quedaba de su mundo y de su población devastada. A sus pies se extendía una enorme multitud de cuerpos, las cáscaras vacías de personas normales como ella, que la semana anterior habían caído y muerto antes de que algo las hiciera levantar de sus indignos lugares de descanso. Los miró y se preguntó si se sentirían como ella. Y más

allá de ellos había millones de cadáveres, tendidos y pudriéndose donde se hubieran desplomado aquella primera mañana. Pero ninguno de ellos importaba. Incluso los cuerpos de las personas que Sonya había conocido y querido, y que debían de estar allí fuera, ya no importaban. No importaba nada.

Sonya presionó los pies con fuerza contra la pared exterior, se inclinó hacia delante y se impulsó fuera de la ventana. Cayó de cabeza, dando tres cuartos de vuelta mientras volaba pesadamente a través del aire cargado de gérmenes; se estampó de espaldas contra el techo de un coche aparcado y se mató al instante.

Los cadáveres más cercanos instintivamente dieron unos pasos lentos y pesados hacia el cuerpo de Sonya. Con ojos apagados y nublados se quedaron mirando los restos aplastados, y después se alejaron, sin que eso despertase su interés. A pesar de la fuerza del impacto, Sonya seguía sosteniendo firmemente al bebé.

El sonido de la rotura de la ventana despertó ecos por toda la ciudad vacía. Paul y Donna lo oyeron y los impulsó a seguir adelante. Habían pasado las últimas tres horas y media sentados en una pizzería con un gran ventanal frontal, situada en un tercer piso, después de alejarse sólo una corta distancia del bloque de oficinas. Su suposición inicial de que los movimientos lentos y el silencio serían suficientes para evitar atraer la atención de los cuerpos en movimiento había resultado correcta, gracias a Dios, pero lo que no habían tenido en cuenta era el esfuerzo mental continuo que se requería para mantener ese paso lento y tedioso en la estrecha proximidad de un peligro tan impredecible. El instinto les impulsaba constantemente a esconderse de los cuerpos o a destruirlos, pero no podían hacer ni lo uno ni lo otro. Las criaturas eran antinaturales, repelentes y, por lo que sabían Paul y Donna, potencialmente letales, pero no podían dejar que sus emociones se apoderaran de ellos. Para Paul, caminar a través de la multitud era como si lo forzasen a meter la mano en una olla de agua hirviendo e ignorar el dolor. Después de pasar varias horas en el exterior, expuestos y vulnerables, Donna y él se habían refugiado en el restaurante para tranquilizarse y descansar un rato.

La mitad del restaurante había quedado destruida por el fuego, y las llamas habían destrozado y derretido las mesas y las sillas de plástico. Una explosión en la cocina había abierto un agujero del tamaño de un coche pequeño en el muro del edificio, y fue a través de ese agujero que oyeron el ruido de la ventana al romperse. Agarrándose en los restos retorcidos y ennegrecidos de un gran horno para no perder el equilibrio, Paul se inclinó hacia el exterior del edificio y miró arriba y abajo de la desolada calle que se extendía a sus pies. La luz de la primera hora de la mañana era mortecina, y un cuerpo aislado que se movía a lo lejos fue todo lo que pudo ver al principio. Gradualmente, los ojos se le fueron acostumbrando a la luz y fue capaz de enfocarlos en la penumbra. Y entonces vio el borde de la multitud. Cientos, posiblemente miles de cuerpos reunidos en una zona de la ciudad a poco menos de un

kilómetro. Le llevó unos segundos darse cuenta de la verdadera importancia de su descubrimiento.

—¡Dios santo! —exclamó mientras se impulsaba rápidamente hacia el interior.

—¿Qué?

—Se ha formado una multitud —explicó—. Cientos de esas malditas cosas.

—¿Dónde?

—Al borde del cinturón de circunvalación. Creo que hacia la universidad.

—Entonces por la mañana iremos en dirección contraria.

Cansada, Donna se removió en el asiento e intentó acomodarse. Necesitaba dormir.

—Deberíamos ir hacia allí —sugirió Paul con una certidumbre y seguridad sorprendentes en la voz.

Sabía que lo que estaba diciendo era lo correcto, pero también que correrían un riesgo inmenso.

«Reemplaza lo de meter la mano en una olla de agua hirviendo —pensó, recuperando su anterior analogía—, por tirarte de cabeza a una piscina llena de ella».

—¿Por qué? —preguntó Donna.

—Porque si a estas cosas las atrae el sonido y el movimiento —explicó—, entonces es que por allí hay algo que las mantiene interesadas.

Mantén la calma, no pierdas el ritmo y sigue moviéndote.» Donna se repetía una y otra vez ese mantra silencioso mientras caminaba con Paul en medio de la gran masa de cuerpos. Con cada paso que daban, aumentaba en ambos el nerviosismo y la aprensión que sentían. Estaban penetrando en la guarida del león. Rodeados por todas partes de cuerpos en descomposición, sabían que un solo movimiento inesperado o un sonido mal interpretado podía ser suficiente para iniciar una reacción en cadena de la muchedumbre, que podía engullirlos y arrastrarlos, dejándolos sin ningún medio de escape. Por sí mismos los cuerpos eran débiles y hasta el momento habían sido más un inconveniente que una amenaza. Sin embargo, en una multitud de este tamaño, el peligro era innegable y no existía ninguna salida.

El hedor era insoportable. Desde que habían salido al exterior fueron conscientes de un sabor asfixiante y nocivo en el aire, que había ido aumentando paulatinamente a medida que se acercaban a la masa de cuerpos en descomposición. Una combinación de enfermedad, corrupción y destrucción, un olor rancio parecía impregnarlo todo. Luchando por controlar los nervios, Donna contempló por el rabillo del ojo el cadáver que tenía más cerca. En su momento había sido una chica, más o menos de su estatura y quizá de su misma edad, pero estaba prácticamente irreconocible. Incluso era posible que hubiera conocido a la patética criatura antes de que se hubiera visto afectada por lo que fuera que había destruido el mundo hacía menos de una semana. La luz matinal seguía siendo mortecina, pero iluminaba lo suficiente para que Donna fuera capaz de distinguir lo que quedaba de los rasgos de la chica. Su piel, que había sido pálida y suave, iba desapareciendo paulatinamente, devorada por la podredumbre y la descomposición, que daba a su carne un tinte antinatural de manchas azules verdosas. Llagas devastadoras y purulentas le habían surgido alrededor de la boca y la nariz. La boca le colgaba abierta, y un espeso hilo de saliva sanguinolenta le goteaba constantemente por un lado de la cara. Su ropa, que había sido bonita y bien ajustada, estaba muy manchada, y se estrechaba o ensanchaba en las zonas en las que el cuerpo en descomposición se había hinchado y distendido. Donna se forzó a darse la vuelta y bajar la mirada hacia el pavimento. Debía controlar los nervios y prescindir de las grotescas imágenes a su alrededor. Reaccionar en ese momento habría sido un suicidio.

Poco a poco, Paul se había ido hacia delante, el flujo desigual de los muertos lo había hecho avanzar a un ritmo ligeramente superior. Se encontraba a un par de metros por delante de Donna, y había numerosos cuerpos entre ellos. El tamaño de la multitud, de la que formaban parte, era extraordinario; su enormidad sólo resultó evidente cuando se encontraron en medio de ella.

«Debe haber una razón para que se encuentren aquí», pensó Paul, y sin ninguna

otra indicación de dónde podrían encontrar ayuda y seguridad, todo lo que podían hacer era seguir el movimiento de la masa de cadáveres. El sol empezaba a alzarse sobre el horizonte a su derecha, y a medida que la brillante luz anaranjada se derramaba en silencio sobre la ciudad, miró hacia delante y creyó vislumbrar movimiento en las ventanas de un edificio grande y moderno al otro lado del cinturón de circunvalación. Se lo quería decir a Donna, pero se obligó a sí mismo a no reaccionar.

Unos pasos más atrás, Donna dejó que la cabeza le colgase pesadamente sobre los hombros, imitando a las apáticas criaturas a su alrededor. Levantar la mirada y moverse con control la habría marcado como diferente. Durante todo el tiempo que le era posible intentaba mantener los ojos centrados en la parte trasera de las piernas de Paul, tratando desesperadamente de seguir sus movimientos. Cuanto más caminaban, más apretada se estaba volviendo la multitud, y la fuerza, la velocidad y el nerviosismo que necesitaba para igualar el paso lento y extraño de los cadáveres resultaba cada vez más difícil. Aunque todos se movían en la misma dirección, la pobre coordinación motora de las criaturas significaba que con frecuencia se daban la vuelta, tropezaban o se tambaleaban a un lado o al otro, colisionando al azar con otros o con ella.

Paul se permitió mirar de nuevo hacia delante. Una luz solar brillante y anaranjada se reflejaba en las ventanas de un extremo del edificio, haciéndole daño en los ojos. ¿Quizá fuera eso todo lo que había visto? Quizá no había existido ningún movimiento, sólo la luz del sol reluciendo en las ventanas con cristales tintados. Pero un momento... no, ahí estaba de nuevo. Consciente del riesgo que corría al mantener en alto la cabeza, se quedó mirando el edificio hasta que volvió a ver movimiento. Dios santo, había personas en las ventanas. Seguían a un centenar de metros, pero ya las podía distinguir con claridad. A diferencia de los miles de cuerpos que lo rodeaban a él y a Donna, supo al instante que las personas en las ventanas eran diferentes. Estaban agrupados en numerosas habitaciones y en su mayor parte permanecían quietas. Tenían control sobre sus movimientos. Se comunicaban entre ellos. Estaban mirando hacia los cuerpos y los restos de la ciudad, y estaban pensando y hablando, señalando y planificando, y... y parecía imposible. Paul no fue totalmente capaz de aceptar lo que estaba viendo hasta que estuvo lo suficientemente cerca para que fuera innegable. ¡Esas personas estaban vivas! Sin pensárselo, reaccionó. Incapaz de contenerse, se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Donna. Se quedó quieto como una roca en medio de la corriente, los cuerpos le pasaban a trompicones por ambos lados. Cuando ella estuvo lo suficientemente cerca para cogerla, le agarró el brazo.

—Allí arriba —le indicó, señalando a las personas en las ventanas—. ¡Mira!

Donna lo miró incrédula, sin escuchar lo que estaba diciendo, asombrada de que fuera tan estúpido como para destruir el camuflaje que habían conseguido mantener

durante tanto tiempo. Consciente de que los cuerpos más cercanos estaban empezando a reaccionar, aunque fuera con lentitud, dejó caer de nuevo la cabeza y siguió andando.

—Sigue moviéndote —siseó, su voz con el tono justo para que él la oyera.

—Pero Donna... —empezó a decir.

Dejó de hablar cuando se dio cuenta de que bastantes de los cadáveres que les rodeaban también se habían detenido. De repente, Donna y él se encontraban solos en medio de una zona inesperadamente vacía. Los muertos se revolvieron, arrastrando y volviendo sus torpes pies para darse la vuelta y quedar cara a ellos. Paul intentó seguir adelante arrastrando los pies, pero era demasiado tarde.

—¡Corre, jodido idiota! —le gritó Donna cuando el primer cuerpo se abalanzó sobre ella.

Sin esperar a que él reaccionase, bajó el hombro y empezó a correr hacia el edificio que tenía delante. Colisionó con un cuerpo detrás de otro y con cada impacto enviaba a una de las débiles criaturas al suelo como si fueran bolos, provocando que cada vez reaccionasen más de ellos.

La gran masa de cuerpos que se agolpaba contra la parte frontal del edificio que tenía delante, hacía que la entrada principal pareciese infranqueable desde la distancia. Tragando aire con desesperación, Donna miró ansiosa a su alrededor buscando otra opción mientras corría. Se encontraba rodeada de cuerpos por todos lados, que o se abalanzaban sobre ella o le bloqueaban el paso. Ella siguió moviéndose, con la esperanza de que su fuerza la haría pasar a través de la multitud. Sentía que tenía a Paul muy cerca, pero no se molestó en comprobarlo. Tendría que ocuparse de sí mismo. Jodido idiota.

Donna había llegado al cinturón. Pasó por encima del bordillo alto y empezó a atravesar a la carrera la ancha extensión de asfalto, y de alguna manera siguió apartando cuerpos a empujones mientras evitaba los restos de los coches y de cuerpos putrefactos esparcidos al azar a lo largo de su camino. La multitud seguía a su alrededor inmutable, moviéndose con lentitud, casi como si fuera una sola masa parecida a un líquido espeso y viscoso. Al pasar por encima de la mediana supo que casi había llegado. Podía oír muy cerca a Paul, gruñendo y resollando a causa del esfuerzo, a medida que se abría paso a través de una marea aparentemente interminable de carne muerta.

—¡A la derecha! —le oyó gritar, e inmediatamente cambió de dirección.

El edificio que tenía delante era largo y estrecho, y se encontraban mucho más cerca del extremo derecho que del izquierdo. Parecía que lo más lógico era intentar llegar a la parte trasera, pero ¿quién podía decir que no había una multitud el doble de grande detrás del edificio? Donna siguió corriendo y al dar la vuelta a la esquina vio, para su gran alivio, que allí había pocos cuerpos, porque la mayoría de los muertos se

habían aproximado a la parte delantera desde el centro de la ciudad. Pasó agachada por debajo de una barrera de entrada con rayas rojas y blancas, se volvió a enderezar, respiró hondo, empujó a otros dos cuerpos fuera de su camino y siguió corriendo.

—¡Súbete a algo! —oyó que gritaba Paul desde algún punto muy cercano a su espalda—. Sal del camino.

Donna miró impotente a su alrededor, sin estar segura de qué esperaba él que hiciera. Paul pasó a su lado a toda velocidad y se dirigió hacia un gran camión de reparto que se había empotrado contra un lateral del edificio. Se impulsó sobre la parte delantera del vehículo, colgándose de los retrovisores, para subir hasta el techo de la cabina, lejos de las manos engaritadas que quedaban abajo. Colgándose de un lateral del techo, le extendió la mano a Donna.

—Vamos —le chilló.

Exhausta, Donna se abrió paso hasta el camión, le cogió la mano extendida y subió. Cuando consiguió llegar al techo de la cabina, Paul ya estaba recorriendo la extensión del remolque del vehículo en dirección a la parte trasera. Donna le siguió unos pasos, pero entonces se detuvo y cayó de rodillas en cuando estuvo segura de que no corría peligro.

—¡Socorro! —chilló desesperada, rezando por que alguien la oyese.

Paul siguió adelante. El extremo trasero del camión se encontraba a menos de un metro de la pared exterior del edificio. Justo por encima de su cabeza y ligeramente hacia la derecha se encontraba un pequeño balcón cerrado. Sin pararse a pensar en los riesgos, saltó y se agarró a la barandilla de metal que rodeaba el balcón. Hizo una mueca de dolor cuando el peso de su cuerpo amenazó con descoyuntarle los hombros. Lentamente y con mucho esfuerzo consiguió alzarse y pasar las piernas. Donna contemplaba desde el techo del camión cómo Paul escalaba hasta el estrecho balcón y empezaba a golpear furiosamente las ventanas de vidrio doble con los puños.

Donna se dejó caer y rodó sobre la espalda, levantando la mirada hacia el gris cielo matinal que tenía por encima. El ruido que hacía Paul se fue difuminando, así como el rumor constante de la multitud de cuerpos que se arremolinaban alrededor de la parte delantera del edificio y del camión sobre el que ella estaba tendida. Se quedó mirando las nubes que se movían sobre su cabeza y contempló cómo pasaban de izquierda a derecha, intentando con desesperación aislarse de cualquier otra cosa.

«Si miro hacia arriba y sigo mirando —se dijo—, entonces todo parecerá normal. Si no miro hacia abajo, entonces puedo pretender que nada de esto es real. Sólo durante unos pocos segundos puedo pretender que nada de esto está ocurriendo».

Después de localizar la habitación y la ventana de la que procedía el ruido, Keith Peterson la abrió y ayudó a entrar a Paul. Utilizando una escalera plegable de metal para cubrir el hueco entre el edificio y la parte posterior del camión, se atrevió a salir con precaución a la mañana fría e inhóspita, y llevó a Donna al refugio.

Mediodía.

Donna había conseguido dormir durante un par de horas. Era la primera vez en casi una semana que tenía una cama en condiciones y, aunque era un lugar frío y desconocido, la hacía sentir tranquilizadamente cómoda y segura. Un hombre al que no había visto antes pasó por delante de la habitación y, al ver que estaba despierta, se detuvo para hablar con ella.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Como una mierda —contestó Donna con una honestidad brutal.

—Soy Bernard Heath —se presentó él, mientras daba un par de pasos vacilantes y entraba en la habitación.

—Donna.

—¿Tienes hambre? Tenemos comida en la planta baja y...

Donna estaba de pie antes de que pudiera terminar la frase. Estaba hambrienta. Bernard la condujo por el pasillo y bajaron por las escaleras.

—Maldita sea —exclamó Donna en voz muy baja cuando entró en la sala de reuniones. Empezó a llorar, y consciente del espectáculo que estaba dando, se limpió las lágrimas. No podía evitarlo. La habían llevado allí antes, cuando Paul y ella acababan de llegar, pero estaba tan cansada y aterrorizada que no se había dado cuenta de lo que había visto. Casi había perdido la esperanza de volver a ver a tanta gente junta. Contó al menos diecisiete. En un rincón, un puñado de niños muy poco animados jugaban en silencio. La gente estaba sentada alrededor del borde la sala, en silencio.

Bernard le llevó a Donna algo de comida de un almacén cercano. Al quedarse de pie sola en medio de la sala con una bandeja en las manos, se sintió de repente expuesta y vulnerable. Miró a su alrededor para encontrar un lugar más discreto para sentarse, y vio a Paul Castle sentado y hablando con otro hombre. A pesar de que aún tenía ganas de darle un puñetazo por la proeza estúpida que había cometido aquella mañana, era la única persona que conocía. Cansadamente se sentó a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó Paul.

Ella asintió y gruñó, pero no respondió del todo. Empezó a comer los biscotes y el queso para untar que le habían dado. Las manos le temblaban mientras intentaba extender el queso con un endeble cuchillo de plástico.

—Este es Richard —continuó Paul, presentando al hombre sentado a su lado—. Rich, ésta es Donna.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó cansadamente Richard, consiguiendo esbozar una media sonrisa.

Donna logró emitir otro gruñido.

—¿Sabes?, Rich dice que aquí hay casi cincuenta personas —susurró Paul—. ¡Gracias a Dios que encontramos este lugar! Dice que la mayoría de ellos no salen de sus habitaciones y...

—Encontrarlo no fue difícil —replicó Donna, tragando un bocado de comida seca y reuniendo la energía suficiente para obligarse a hablar—, entrar fue la parte más dura. No habría sido demasiado problema si no hubiera sido por ti, maldito estúpido idiota.

—¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—Podrías haber intentado mantenerte en silencio y seguir andando, como habíamos acordado.

—Llegamos, ¿o no?

—No gracias a ti.

Paul le dio la espalda y se puso de cara a Richard, intentando ignorar su enfado.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó—. ¿Qué es lo siguiente? ¿Nos quedamos aquí o...?

—Por lo que yo sé, no existe ningún plan, colega —contestó Richard, su voz sonaba tan cansada y monótona como se sentía realmente.

—Aunque lo hubiera, seguro que lo fastidiarías —intervino Donna.

Paul la ignoró de nuevo.

—No creo que nadie sepa lo que tenemos que hacer —prosiguió Richard—. Nada parece tener demasiado sentido, ¿o no? Parece que será igual de malo vayas donde vayas, así que más vale quedarse aquí. Aunque un par de nosotros tenemos algunas ideas, ¿verdad, Nathan?

Nathan Holmes estaba cruzando la sala de regreso a su habitación. Al oír mencionar su nombre se detuvo y se dio la vuelta. Agradecido por la distracción, acercó una silla y se sentó delante de Richard y Paul.

—Le acababa de decir a Paul que hemos establecido nuestras prioridades.

Nathan desplegó una amplia sonrisa de complicidad.

—Desde luego —repuso.

—Entonces, ¿qué vais a hacer? —preguntó Paul.

—Cuando esas cosas ahí fuera se empiecen a alejar —explicó—, saldremos por la ciudad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nos vamos a encerrar en uno de los clubes de los alrededores y vamos a celebrar la jodida fiesta más grande que hayas visto nunca. Vamos a acabar con todas las bebidas y con todas las drogas que encontremos. Y cuando se vayan acabando y se empiece a pasar el efecto del colocón, nos iremos al siguiente club y volveremos a empezar. ¡La maldita ronda de bares más grande de la historia!

—Suená bien —asintió Paul, aunque lejos de estar convencido.

—Habéis visto demasiadas películas —intervino Donna—. Ése es el tipo de cosas que la gente cree que va a hacer cuando llegue el fin del mundo. Probablemente vais a pasar el tiempo encerrados aquí dentro como todos los demás.

Nathan la ignoró y prosiguió.

—Vamos a por esta ciudad y...

—¿Has estado fuera recientemente? —lo interrumpió Donna de nuevo.

Nathan se recostó en la silla para mirarla detenidamente. No la había visto antes por allí.

—Sí, ayer estuve fuera. ¿Por qué?

—Porque el mundo está muerto, por eso —suspiró Donna.

—Exactamente. Y por eso lo vamos a hacer. Nada tiene importancia cuando llevas unas cuantas copas.

Ella meneó la cabeza con tristeza y devolvió su atención a la comida. Nathan se inclinó hacia delante y se sirvió un biscote.

—¿Te importa?

—En absoluto —replicó él con una voz petulante y engreída—. No recuerdo haber visto tu cara —comentó, masticando la comida—, ¿cuándo has llegado?

—Esta mañana.

—¿Has estado ahí fuera todo este tiempo?

—Sí.

—Tienes razón. Es deprimente, ¿verdad?

Donna asintió. No quería hablar con Nathan. Realmente no quería hablar con nadie y mucho menos con ese hombrecito descarado e irritante. A pesar de lo mucho que había ansiado la compañía y la conversación, todo lo que quería en ese momento era un poco de espacio y de tiempo a solas. Una vez había encontrado un lugar relativamente seguro para refugiarse, estaba empezando a ser dolorosamente consciente de toda la enormidad de lo que le había ocurrido al resto del mundo. Aún no quería discutirlo, o hablar de forma interminable e inútil sobre los porqués. Tener a otras personas cerca era alivio suficiente, pero lo que más necesitaba era estar sola.

—Te lo digo en serio —continuó Nathan, completamente ajeno a la falta de interés de Donna en él—, no existe ninguna razón para que me quede aquí sentado con toda esta panda durante mucho más tiempo. En cuanto esté preparado, saldré. Tenemos ahí fuera todo el maldito país esperándonos, ¿no es verdad, Rich?

Richard asintió.

—Toda la jodida razón.

Donna miró incrédula a los dos hombres. ¿Emborracharse era realmente todo lo que les quedaba por hacer? Con el mundo destrozado, ¿no tenían ninguna otra prioridad? Por un lado parecía una forma razonable de olvidar todo lo que había ocurrido y disfrutar del tiempo que les quedase, pero esa sugerencia ¿podía ser

realmente la única alternativa? Mirando la cara estúpida y sonriente de Nathan, supo que debían existir opciones mejores que la huida sórdida, egoísta y peligrosa que estaba planeando ese tipo.

—Te puedes terminar esto —le sugirió Donna mientras se levantaba y le lanzaba al regazo la bandeja con la comida.

El se la quedó mirando mientras se alejaba.

—¿Adónde vas? —le preguntó Nathan, levantándose y yendo detrás de ella.

—A cualquier parte.

—¿Dónde está cualquier parte?

—Algún sitio lejos de tipos como tú.

—Tengo algunas malas noticias para ti, ricura —le informó mientras andaba a su lado—, tipos como yo es todo lo que queda.

Donna se detuvo y se volvió para encararse con él.

—Si eso es verdad, entonces estamos realmente jodidos.

—Vamos, cariño...

—Escucha —replicó Donna en voz baja; no quería que todo el mundo lo oyese, pero en realidad no le importaba—, tengo veinticuatro años, soy una mujer y rubia. He tenido que tratar con jodidos idiotas como tú desde que puedo recordar. He visto a cientos de tu tipo: sois todo boca, pero no tenéis pelotas. Si realmente eres todo lo que queda, entonces me pasaré sola el resto de mi tiempo. ¡Y ahora esfúmate!

—Entonces te veré por ahí —replicó Nathan con una sonrisita mientras se alejaba rápidamente.

Donna se perdió en el bloque de alojamientos. Las diferentes plantas, pasillos, escaleras y habitaciones parecían todos iguales. Recordaba que su habitación era la tercera o la cuarta desde las escaleras, pero no podía recordar si era en el segundo o en el tercer piso. Abrió una puerta en la tercera planta que le resultaba vagamente familiar. Al instante quedó claro que estaba equivocada: en la cama estaba sentado un joven oriental, mirando al vacío.

—Lo siento —murmuró instintivamente—, habitación equivocada...

El la miró y sonrió. Parecía perdido, impotente y aterrorizado.

—¿Estás bien? —preguntó Donna.

El asintió.

—Creo que estoy en la puerta de al lado —comentó ella con lentitud, señalando hacia el pasillo y con la esperanza de que estuviera en lo cierto—. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

El siguió sonriendo y mirando sin comprender.

—No inglés —dijo simplemente.

Otro asentimiento y otra sonrisa, y Donna dejó al hombre solo y regresó a su habitación. Se tendió en la cama y cerró los ojos. Durante un rato no pudo sacarse el

rostro del chico de la cabeza. Como si lo que había ocurrido no fuera ya lo suficientemente duro, ese pobre diablo tenía que sobrellevarlo todo sin la capacidad de comprender ni una sola palabra de lo que le dijeran los demás supervivientes. Si ella se sentía ajena y sola, pensó, ¿cómo demonios debía de sentirse él?

Pensamientos sombríos llenaron la mente de Donna, y cuanto más se alargaba el silencio en su habitación, más sombríos se volvían.

Jack Baxter abandonó su habitación y anduvo hasta el final del pasillo. No iba a ningún sitio en particular (tampoco era que tuviera algún sitio al que ir), sólo necesitaba cambiar de entorno. Como la mayoría de los otros individuos que se refugiaban en la universidad, el silencio opresivo y la falta de distracciones en el edificio lo dejaban sin nada más que hacer que pensar en el infierno vacío en que se había transformado su vida. Había pasado la mayor parte del día sentado al borde de la cama pensando. Ni siquiera podía recordar en qué.

En el extremo más alejado del pasillo había un descansillo estrecho y rectangular que daba a las escaleras. Unas ventanas que iban del suelo al techo dejaban que se filtrase en el interior una luz gris y otoñal. Jack se quedó de pie a corta distancia de la ventana más cercana y contempló la apiñada masa de cuerpos oscuros y podridos que se seguía arrastrando hacia la universidad y, en especial, hacia el bloque de alojamientos. ¿Por qué seguían allí?, se preguntó. Dio un precavido paso al frente. Estaba demasiado lejos y demasiado alto para que lo pudiera ver cualquiera de los cuerpos, pero aun así instintivamente quería permanecer fuera de la vista. Sentía terror ante la idea de que uno de ellos lo pudiera ver y empezase a reaccionar, y que eso pudiera provocar que otros hicieran lo mismo. Se imaginaba el efecto de esa reacción individual recorriendo de forma descontrolada a través de la multitud. Durante ese día ya había ocurrido unas cuantas veces: una ligera alteración en una parte de la masa se extendió a través de ella como una onda de choque. Había ocurrido antes, cuando la mujer había saltado de la ventana buscando la muerte. Podía ver de refilón su cuerpo destrozado desde el lugar en que se encontraba. Pobre mujer, pensó. No podía dejar de pensar que estaba mejor allí donde se encontrara.

—Maldito caos, ¿no te parece? —comentó una voz inesperada justo a su espalda.

Jack se dio rápidamente la vuelta para descubrir que se trataba de Bernard. Jack se había dado cuenta de que Bernard parecía tener un serio problema con el hecho de estar solo. Con frecuencia se le podía ver paseando por el edificio en busca de alguien con quien hablar. Jack encontraba un poco agobiantes sus reiteradas preguntas y charlas, pero sabía que sólo era su forma de poder asumir lo que ocurría.

—Lo siento, Jack —continuó Bernard—, no quería molestarte. Sólo que te he visto aquí de pie y pensé en comprobar que te encontrabas bien.

—Estoy bien —contestó Jack con rapidez.

Bernard dio unos pasos al frente y se quedó mirando la multitud putrefacta.

—Supongo que todos estos empezarán a desaparecer tarde o temprano —comentó con un tono de inesperado optimismo en la voz—. En cuanto ocurra algo en otra parte que capte su atención, se irán.

—¿Como qué? —preguntó Jack—. Ese es el problema, ¿no te parece? Ahí fuera

no ocurre nada más.

—Te voy a decir lo que está empezando a enervarme —comentó Bernard, ya sin ningún rastro de optimismo; pero su voz sonaba tranquila, cansada y sincera—, la lentitud con la que parece que ocurre todo por aquí. Quiero decir que he estado sentado en la planta baja con los otros y nadie pronuncia palabra. Cada vez que miro el reloj parece que han pasado horas, pero sólo han transcurrido un par de minutos...

—Por eso estoy aquí —le interrumpió Jack, sin apartar los ojos de la muchedumbre a sus pies—. Estaba sentado en mi habitación mirando a la pared, volviéndome loco.

—¿Has intentado leer?

—No, ¿y tú?

—Yo sí —respondió, rascándose un lado de su barba desigual—. Solía dar clases aquí. Hace un par de días regresé a mi despacho y recogí unos cuantos libros. Los traje aquí y me senté a leer, pero...

—¿Pero qué?

—No pude hacerlo.

—¿Por qué no?

Bernard no respondió de inmediato. Jack levantó la vista de los cuerpos y la clavó en su rostro cansado.

—No lo sé —admitió él finalmente—. Empecé a leer una novela, pero sólo conseguí pasar unas pocas páginas antes de tener que parar. Todo lo que hacía era acordarme de lo que había ocurrido y lo que hemos perdido, y...

Dejó de hablar; de repente se notó incómodo y un poco avergonzado por dejar que sus sentimientos se mostrasen de nuevo con tanta claridad.

—Entonces, ¿qué va a ocurrir? —se preguntó Jack, sintiendo el dolor de Bernard y haciendo un esfuerzo consciente para cambiar el centro de su conversación e intentar mirar hacia delante, no hacia atrás.

Bernard hizo como si se lo pensara detenidamente durante unos instantes, pero en realidad no tenía sentido: había pasado la mayor parte de la última semana valorando interminables variaciones de la pregunta que le acababan de plantear, y en todo ese tiempo no había conseguido encontrar una sola respuesta.

—Nos quedamos sentados y esperamos —respondió al fin.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Los dos hombres se quedaron uno al lado del otro en silencio, y contemplaron el mundo desolado y muerto. Los dos querían hablar de nuevo, pero ninguno de ellos pudo pensar en nada que decir. Minutos después, Bernard se fue, seguido muy pronto por Jack, que, desanimado, regresó a su habitación. No estaba cansado, pero se tendió en la cama e intentó dormir, porque el sueño era prácticamente la única forma que le

quedaba de alejar la pesadilla durante un rato.

SEGUNDA PARTE

En el cascarón desolado, muerto y apestado de la ciudad, muy poco cambiaba de un día para otro. Miles de cadáveres seguían arrastrándose incasables por las calles, sus cuerpos pudriéndose gradualmente, pero con un grado de fuerza y control mental que de alguna manera iba regresando con lentitud. Aunque los supervivientes permanecían en silencio y normalmente fuera de la vista, la casi total ausencia de cualquier sonido o distracción en toda la zona seguía atrayendo hacia el campus de la universidad a una multitud enorme e indeseada de cuerpos harapientos y tambaleantes. En el interior de su refugio, el grupo de personas asustadas y desesperadas seguía sentada, miraba y esperaba. Durante dos semanas dolorosamente lentas e interminables, no cambió nada.

Sin aviso previo, un domingo frío, gris y húmedo, unos diecinueve días después de que todo hubiera cambiado, el precario equilibrio se vio de nuevo perturbado.

A unos cincuenta kilómetros al oeste de la ciudad donde se refugiaban los supervivientes, en un campo inhóspito y anodino a kilómetros de ningún lugar de importancia, se encontraba la entrada oculta de un búnker militar. Bajo tierra dentro del vasto complejo de hormigón, escudados y protegidos del muerto mundo del exterior por unos muros inmensos, numerosas capas de diferentes aislantes y sistemas de purificación de aire, había casi trescientos soldados. Tan cansados, asustados y desorientados como los desconcertados supervivientes que estaban en el exterior, también ellos tenían que luchar para asumir la incertidumbre constante de su situación. Dentro del bunker, nadie sabía lo que había ocurrido. Desde el oficial superior de la base hasta el último recluta incorporado a filas, nadie tenía nada más que unos pocos retazos de información sin confirmar en los que basarse. Habían actuado siguiendo órdenes que se les habían dado a toda prisa cuando se habían reunido aquella primera mañana, y no habían oído nada de nadie desde que habían cerrado y sellado el búnker. Las comunicaciones habían fallado o simplemente habían cesado, nadie sabía qué había pasado en realidad. Surgieron incontables rumores para explicar la reclusión de los soldados: un ataque terrorista, una enfermedad que había mutado, un accidente industrial, una nueva cepa de supervirus, y un centenar de variaciones sobre otro centenar de ideas; pero no disponían de hechos concretos que sustentasen cualquiera de ellas, o que confirmasen o negasen las habladurías. En realidad, los hombres y las mujeres en el búnker no necesitaban conocer los detalles de lo que había ocurrido, y lo cierto era que los oficiales al mando de la base tampoco. Todo lo que sabían era que tarde o temprano no les quedaría más alternativa que enviar tropas a la superficie para tomar el control de lo que hubiese quedado.

Finalmente, esas órdenes fueron despachadas por el comandante de la base. Finalmente, había llegado el día en que saldrían las primeras tropas.

A pesar de los años de abnegado servicio y de destinos en algunos de los lugares más peligrosos y dejados de la mano de Dios, cuando Cooper oyó que iba a salir a la superficie se sintió aterrorizado.

Los soldados llevaban diecinueve días bajo tierra, con el tiempo ocupado rutinariamente por ejercicios sin sentido, innecesarias tareas de mantenimiento, obligaciones domésticas regulares, formación prescindible y poco más. Los oficiales hacían todo lo que podían para mantener a la tropa distraída y ocupada, pero aun así, a los soldados les quedaba demasiado tiempo para pensar y preguntarse sobre lo que estaría ocurriendo en el exterior y a la gente que habían dejado atrás. Ante la ausencia de cualquier explicación fiable, un millar de rumores incontrastables e historias fantasiosas recorrieron la base, aumentando en gran medida la tensión y la incomodidad. Por lo general, Cooper conseguía pasar de los rumores y no hacer caso de las especulaciones sin fundamento, pero ante la ausencia de una explicación genuina para lo que indudablemente había sido un acontecimiento sin igual y a una escala sin precedentes, le resultaba imposible.

Antes de abrirse las puertas del bunker tuvo lugar una sencilla reunión informativa. Los oficiales superiores explicaron a los soldados que estaban a punto de salir todo lo que sabían sobre las condiciones en la superficie, pero eso era lo mismo que nada. Cooper descubrió que lo que no decían era mucho más inquietante que lo que decían. Había una ausencia total de detalles y especificaciones. Hablaron en términos vagos y genéricos sobre algún tipo de enfermedad o virus, pero no sabían nada de los síntomas o los efectos del contagio. Los únicos hechos de los que podían informar con cierta certidumbre era que la base no había sido capaz de mantener el contacto con nadie más, civiles o militares, y que había que asumir que el germen seguía en el aire, esperando como un depredador mortal y dispuesto a atacar. El equipo de protección total se debía vestir en todo momento. Horas, quizá días de descontaminación seguirían a la misión de reconocimiento cuando regresasen.

Sintiéndose menos un soldado y más un chivo expiatorio, Cooper recogió su equipo del almacén, se puso la protección y comprobó y volvió a comprobar sus armas, después se sentó y esperó la llamada. A veces, en momentos como ése, se preguntaba por qué ponía su vida continuamente en peligro. Aunque siempre imperturbablemente leal y profesional, la tentación de dejar las armas y desertar del ejército fue más fuerte que nunca. Ese día, sin embargo, no tenía alternativa. Según todas las noticias, no había ningún sitio al que huir. Podía morir luchando, o morir huyendo.

El silencio del campo se vio perturbado cuando se abrieron las puertas del búnker y un transporte blindado salió a toda velocidad hacia la luz mortecina de una tarde

fría y húmeda de otoño. La pesada y poderosa máquina rugió por la rampa de acceso, subió la empinada cuesta y después siguió el camino que la alejaba de la base oculta.

A las tropas les llevó más de una hora recorrer los cerca de cincuenta kilómetros hasta la ciudad. Siguieron una ruta directa a lo largo de carreteras principales cubiertas por las carcasas de coches accidentados y los restos putrefactos de incontables cadáveres. De vez en cuando aparecían personas a corta distancia y a los lados de la carretera, pero eran letárgicas y dolorosamente lentas, de manera que parecía que se arrastraban con un esfuerzo considerable. Los soldados no se detuvieron para ofrecer asistencia o investigar. El conductor del transporte tenía sus órdenes, y dichas órdenes eran ir directamente hasta el centro de la ciudad más cercana. En cualquier caso, no parecía que tuviera importancia. ¿Qué podían hacer por esa pobre gente? ¿Qué podían hacer quince soldados para ayudar a los millones de víctimas de la plaga?

Cooper se volvió para mirar a Mark Thompson, que estaba sentado a su lado. Thompson parecía asustado. Incluso a través de los visores tintados de las máscaras pesadas e incómodas que le cubrían toda la cara, Cooper podía ver que el otro hombre estaba aterrorizado. Lo podía advertir en su expresión: la forma en que la cabeza permanecía perfectamente inmóvil y hacia delante, pero los ojos no dejaban de moverse frenéticos por todo el interior del transporte, sin atreverse a fijarse en ningún objeto en particular por miedo a llamar la atención de lo que fuera que lo estaba aterrorizando. Y ése era precisamente el problema, decidió Cooper, la incertidumbre. Los habían entrenado para ocuparse del día después de una guerra nuclear, de una guerra convencional, del terrorismo y de otros muchos tipos de conflictos, amenazas o ataques, pero eso era diferente. Los detalles de las causas y los efectos eran escasos, pero ya estaba claro que nadie había sido entrenado para ocuparse de algo a una escala tan enorme.

Dentro del traje de protección hacía un calor incómodo. Cooper sabía que su vida dependía de la protección, por supuesto, pero el calor opresivo bajo las capas de material recauchutado no le ayudaba a calmar los nervios. La inyección inicial de adrenalina que había sentido al abandonar el búnker se había desvanecido y en ese momento se sentía claustrofóbico, y en realidad quería regresar a la base, desesperado por volver al lugar del que tanto había deseado escapar durante cada minuto de las últimas dos semanas y media. Tenía la boca seca y necesitaba beber, pero no iba a arriesgarse a poner en peligro el traje. Comer, beber, ir al baño y muchas otras actividades sencillas y ordinarias iban a ser difíciles y arriesgadas hasta que estuvieran de vuelta. Quitarse cualquier parte del traje, aunque sólo fuera durante un segundo, podría ser suficiente para dejar entrar al virus invisible que, si la información que tenían sus oficiales era correcta, acabaría rápidamente con su vida. A juzgar por el número de cuerpos tendidos en el suelo encontrados mientras

atravesaban los suburbios y penetraban en la ciudad, ésa era una enfermedad que había matado a muchos millones más de los que había respetado.

Una fuerte lluvia repiqueteaba constantemente sobre el techo metálico por encima de las cabezas de los soldados, levantando ecos en el interior del transporte. No se mantenían conversaciones, sólo las breves y repentinas explosiones de estática y voces en de la radio, seguidas de informes igualmente breves a la base.

Los soldados estaban sentados en dos filas a lo largo de los laterales del transporte, todos ellos mirando hacia el centro. Thompson se levantó de repente de su asiento, se colgó de un pasamano y se inclinó en el interior del vehículo para mirar a través de una pequeña ventana cuadrada entre las cabezas de los dos soldados que estaban sentados enfrente de él.

—Maldita sea —exclamó lo suficientemente alto para que lo oyesen los demás.

Se produjo una agitación repentina por todo el vehículo cuando los demás soldados se reunieron inmediatamente alrededor de él para ver lo que había vislumbrado su camarada en las profundidades de la tarde de un color gris sucio. Podían ver movimiento a su alrededor. Era lento y trabajoso, pero no cabía la menor duda de que era movimiento.

Habían alcanzado lo que Cooper pensó que eran los «suburbios interiores» de la ciudad: un anillo de pequeñas áreas comerciales y calles mayores que en algún momento habían sido pueblos por derecho propio, pero que, a lo largo de los años, habían sido gradualmente engullidas e integradas en la ciudad, siempre en expansión. Esas áreas eran los primeros reductos de civilización que habían visto los soldados desde que salieron de la base. Allí había muchos más cuerpos en el suelo y muchas más personas moviéndose por las calles.

—¿Por qué no han hecho aún nada con los cuerpos? —preguntó otro de los soldados, con la voz amortiguada por la máscara.

—¿Y qué demonios están haciendo en el exterior? —planteó otro, mirando a través de la ventanilla trasera mientras una multitud, que crecía con rapidez, de personas en movimiento se arrastraba inútilmente por la calle detrás del transporte, sin la más mínima esperanza de alcanzarlo—. Si esa gente está enferma, ¿qué están haciendo aquí fuera a cielo abierto? Por el amor de Dios, esto es una locura.

—¿Quién ha dicho que estén enfermos? —preguntó Thompson—. Se supone que éstos son los supervivientes, ¿o no?

—¿Has visto su estado? —replicó nervioso el otro soldado, con la boca seca—. ¡Dios, míralos! Van vestidos con unos jodidos harapos y parece que no han comido durante semanas. Maldita sea, tienen tan mal aspecto como el de los muertos del suelo.

Cooper se volvió para mirar a través de la ventanilla más cercana. La temperatura en el exterior era muy baja para la estación, y el grueso vidrio se estaba cubriendo de

condensación. Lo limpió con la parte posterior de la mano enguantada y miró hacia la tarde en penumbra.

—Dios santo... —musitó en voz muy baja.

El mundo al otro lado de la ventanilla parecía como si lo hubieran regado con lejía, como si lo hubieran drenado casi completamente de todos los colores. Quizá de una forma ingenua había esperado encontrar una escena urbana desorganizada y sucia, pero en otros aspectos relativamente normal; después de todo, pensó, no se habían producido combates en las calles, ¿o no? Eso no sonaba como si se hubiera producido una guerra o una batalla que pudiera causar daños en los edificios y en las propiedades. Pero donde había esperado ver miles de colores familiares, en su lugar vio miles de matices mortecinos diferentes de gris, negro y marrón. Y lo mismo servía para describir también a las personas. Desprovistas de toda energía, se arrastraban con un esfuerzo doloroso y una falta total de velocidad o coordinación. Parecía que habían perdido toda esperanza.

En pocos minutos alcanzaron el centro de la ciudad y las coordenadas de su objetivo. El conductor apretó los frenos y durante un segundo el único sonido que se pudo oír en el interior del transporte fue la lluvia martilleando el techo de metal. Los soldados se volvieron a hundir en sus asientos y esperaron órdenes.

—De acuerdo —chilló Williams, el oficial al mando, desde su posición cerca de la parte delantera del poderoso vehículo—, os quiero a todos fuera, ahora. Formad un perímetro alrededor del transporte. ¡Moveros!

El soldado más cercano abrió la pesada puerta blindada de la parte trasera del vehículo y dejó que los demás salieran. En una maniobra bien ejecutada, se desplegaron y formaron un círculo abierto alrededor del transporte, equidistantes los unos de los otros. El conductor permaneció detrás del volante, preparado para sacarlos de allí con rapidez, mientras que Williams permanecía hombro con hombro con los hombres y mujeres bajo su mando.

Cooper se quedó quieto y contempló la ciudad. La lluvia torrencial empapaba la lúgubre escena como si fuera niebla. Vio cómo corría el agua hacia él a través de una alcantarilla. A poca distancia de sus pies yacían numerosos cuerpos en descomposición. El mundo parecía completamente extraño y desconocido. Había estado muchas veces antes en esa ciudad, había conducido por esa misma calle, pero ese día le resultaba irreconocible.

Algunas de las personas se estaban aproximando, surgiendo lentamente de la penumbra. Al principio fueron difíciles de ver a causa de las malas condiciones y también por su apariencia pálida y demacrada, pero se movían de forma silenciosa y extraña en dirección a los soldados. Dios santo, pensó Cooper, prácticamente eran incapaces de moverse en línea recta.

—¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? —preguntó nervioso Lance Jackson,

un soldado de veintidós años que no aparentaba más de diecisiete. Inquieto, cambiaba el peso de un pie al otro, y sostenía el fusil automático con fuerza contra el pecho. Williams le perdonó su falta de disciplina. Él también estaba asustado, aunque no lo demostraba.

—Controla los nervios, hijo —lo calmó desde justo detrás de él, colocando una mano tranquilizadora en el hombro de Jackson—. Sólo tienes que recordar que esa gente querrá de nosotros ayuda y respuestas, y no estamos en disposición de proporcionarles ninguna de las dos. Mantén la calma y sigue alerta y...

Sus palabras se perdieron al contemplar los primeros cuerpos que se acercaban tambaleándose. Estaban lo suficientemente cerca para que los soldados fueran capaces de distinguir sus caras destrozadas, sus rasgos desfigurados por la enfermedad y la descomposición. Cada uno de los soldados parecía concentrado en alguna de las criaturas que tenía más cerca. Williams contempló cómo una oficinista muerta se tambaleaba vacilante hacia él. Lo que quedaba de lo que había sido una mujer bien vestida alzó la cansada cabeza para mirar en su dirección. Parecía que se fijaba en él con una mirada fría y sin emociones de sus ojos oscuros y hundidos.

—Mierda —maldijo William, bajando la guardia y perdiendo los nervios por primera vez en diecisiete años de servicio activo.

Los cuerpos se siguieron tambaleando en dirección a los soldados cada vez más inquietos. Amanda Brice, que se encontraba a cuatro hombres de distancia a la derecha de Cooper, alzó el fusil y apuntó. Otros hicieron lo mismo. Cooper se aclaró la garganta y preparó su arma.

—Deténganse —gritó Williams a través del megáfono en dirección a la gente que se acercaba—. Quédense donde están. Estamos aquí para ayudarles, pero tienen que hacer exactamente lo que les digamos.

Los cuerpos se acercaron aún más. Williams se preguntó si en realidad podrían oírle.

—Repito —chilló de nuevo Williams—, quédense donde están y no les ocurrirá nada...

Seguía sin haber respuesta.

El cuerpo más cercano se encontraba ya a sólo un par de metros de Brice. Aterrorizada por el aspecto antinatural y sin expresión de la cara escuálida y pálida, apuntó el fusil al aire a unos pocos centímetros por encima de la cabeza del hombre y apretó el gatillo. Ignorando el peligro, el hombre siguió tambaleándose hacia delante. El cabrón ni siquiera había parpadeado, pensó Brice.

—Dios santo —maldijo en voz baja—. ¿Qué demonios les pasa?

Los cuerpos se cernían sobre el círculo de soldados. Desconcertada, desorientada e intentando no dejarse llevar por el pánico, Brice apuntó al cuerpo que tenía delante y disparó una sola bala que impactó en la carne muerta justo por encima de la rodilla

derecha de la criatura. Ésta se derrumbó y cayó al suelo, pero inmediatamente empezó a levantarse de nuevo, aparentemente ajena a la herida. Brice se quedó mirándole la cara. No había expresión de dolor o ninguna muestra de cualquier otra emoción, pero era difícil ver nada a través de la decoloración y la desfiguración. Bajó la mirada hacia la pierna herida y vio sangre espesa goteando a coágulos, no fluyendo, del agujero de bala. Le volvió a disparar una y otra vez, el cuerpo se sacudía hacia atrás con cada impacto, pero entre disparos se seguía acercando.

—Volved adentro —ordenó Williams, ya de camino hacia el interior del vehículo—. No hay nada que podamos hacer. Salgamos de aquí.

Los soldados se dieron la vuelta y corrieron. A Thompson lo agarraron del brazo cuando las criaturas más avanzadas extendieron las manos y trataron de atraparlo. Empezó a pegarles, alejándolas con los puños y con la culata del fusil. Sin embargo, con la misma rapidez con la que conseguía soltarse, más manos se aferraban a su traje.

Al descubrir de repente que era el único soldado que seguía en el exterior, Cooper intentó ayudar a su camarada y consiguió que lo soltaran. Por el rabillo del ojo vio que los demás habían desaparecido en la parte trasera del transporte, seguidos de cerca por una multitud de criaturas grises. Nubes de humo negro surgieron del tubo de escape del vehículo mientras el conductor se preparaba para irse.

—Vamos —le gritó a Thompson—, ¡muévete!

Desorientado por la masa de caras asquerosas y podridas a su alrededor, Thompson se dejó llevar por el pánico e intentó abrirse paso a través de una muchedumbre cada vez más numerosas, alejándose del transporte. Cooper intentó de nuevo hacerlo volver. Moviendo aún los puños con furia, el primer soldado se abrió camino a golpes a través de las hordas putrefactas; su fuerza encontró poca resistencia. Se abrió camino con rapidez a través de la masa de cadáveres y alcanzó una zona donde eran considerablemente menores en número. Aún rodeado, Cooper miró hacia atrás por encima del hombro y vio que el transporte había quedado prácticamente engullido por muchas más de las repugnantes criaturas. Consciente de que su camino de regreso al vehículo blindado había quedado cortado, Thompson golpeó muchas más veces con la culata del fusil y después se abrió paso por lo que quedaba de la multitud, corriendo hacia las oscuras sombras de los edificios del centro de la ciudad.

—Mierda —explotó Cooper.

El transporte empezaba a abrirse camino a través de la multitud putrefacta y se alejaba con el rugido de su poderoso motor, llenando de ruido el aire de la tarde. Más y más cuerpos se arrastraron detrás de él cuando empezó a acelerar. La situación era peligrosamente impredecible. Cooper sabía que los otros no iban a esperar y que, llegado el caso, tanto Thompson como él eran prescindibles. La prioridad de

Williams sería regresar a la base e informar, como le habían ordenado, y no importaba cuántos de ellos regresasen. Siempre que alguien consiguiera volver, se habrían alcanzado los objetivos de la misión. Cooper empezó a correr hacia el vehículo cuando éste comenzó a acelerar, pero ya era demasiado tarde. Dejó de correr incluso antes de alcanzar el borde exterior de la masa de civiles enfermos, sin atreverse a acercarse más, y todo lo que pudo hacer fue contemplar cómo desaparecía el transporte bajo la lluvia torrencial.

Detrás de Cooper, Thompson chillaba de rabia y miedo. Cooper se dio la vuelta y vio cómo el soldado derribaba al suelo a otro cuerpo, después se volvía y corría de nuevo. Maldito idiota, pensó mientras se libraba de otros dos cuerpos que no dejaban de agarrarle. Sin posibilidad de alcanzar el transporte, supo que no tenía más alternativa que seguir a Thompson hacia el centro de la ciudad, con la esperanza de encontrar algún lugar seguro para refugiarse y decidir una forma de regresar. Corrió detrás de él, contemplando cómo seguía alejando a golpes a muchas más de las criaturas débiles y torpes a ambos lados de su camino, y empezó a elaborar planes de huida. Conocía las vías de salida de la ciudad y la ruta hacia la base. Sólo sería cuestión de encontrar un coche o cualquier otra forma de transporte y... ¿qué demonios estaba haciendo Thompson? Había estado corriendo por el centro de una calle en pendiente, flanqueada por tiendas y cafés en ruinas, pero de repente se había frenado. Muchas de las grotescas criaturas avanzaban hacia él desde diferentes direcciones. Sabía que estaban allí, pero no parecía que les prestase atención.

—Por el amor de Dios —le gritó Cooper, con la voz amortiguada por su equipo de respiración, pero lo suficientemente alta para que el otro hombre pudiera oírlo—, ¿qué demonios estás haciendo?

Thompson se arrancó la máscara.

—No voy a volver —le gritó, con el rostro aterrorizado completamente enrojecido—. Mira este maldito lugar, Cooper, es una jodida pesadilla. No voy a volver para enterrarme bajo tierra. Voy a intentar regresar a casa y...

Dejó de hablar abruptamente y se llevó una mano enguantada a la garganta.

—¿Thompson? —le gritó, pero Thompson no respondió. Se quedó parado y se balanceó durante un momento, rodeado por los cadáveres, que se abalanzaban sobre él, pero a los que no prestaba atención; después cayó de rodillas como si alguien le hubiera golpeado en las piernas, y empezó a toser y a convulsionarse con violencia. Doblando sobre sí mismo por un dolor repentino y abrasador, se agarró el cuello cuando los tejidos de la garganta se le empezaron a hinchar y a llagar, cortando las vías de respiración. Cuando Cooper llegó a su lado, ya se estaba asfixiando con la sangre que le corría por la tráquea y le anegaba los pulmones. Yacía sobre el suelo sucio, y se agitaba y convulsionaba cerca de los pies de Cooper, escupiendo sangre carmesí sobre el asfalto mojado. Levantó la mirada hacia él con unos ojos grandes,

saltones e impotentes y entonces se quedó inmóvil, aunque sus miembros se agitaban ocasionalmente.

Cooper levantó la mirada y vio que ya estaba rodeado; los cuerpos se arrastraban hacia él desde todos los ángulos posibles. Le dio un golpecito a Thompson con la bota y entonces, seguro de que su compañero estaba muerto y de que no podía hacer nada por él, reinició la carrera hacia las profundidades de la ciudad.

La lluvia caía con más fuerza que antes, cubriendo todos los sonidos a su alrededor, golpeando el suelo con tanta dureza que parecía que volvía a saltar desde el pavimento. Cooper subió corriendo por una cuesta hacia una galería comercial pequeña y cuadrada, llena de tiendas devastadas y restos humanos en descomposición. Allí había aún más de los sorprendentes supervivientes (si realmente era eso lo que eran), pero sus reacciones fueron uniformemente lentas: entorpecidos y retrasados por lo que fuera que les hubiese ocurrido dos semanas antes. Cuando Cooper se abría camino a empujones a través de ellos, todo lo que podían hacer era darse dolorosamente la vuelta y tambalearse detrás de él, intentando agarrar el aire donde él acababa de estar. Como soldado, su deber era defender y proteger a esa gente, pero estaba claro que se encontraban más allá de cualquier esperanza. «Olvida el uniforme», se dijo mientras corría. Como ser humano, sus prioridades se habían vuelto infinitamente más simples y más egoístas. Jode a todo y a todos... Necesitaba alejarse del infierno irreconocible en que se había convertido la ciudad y cuidar sólo de sí mismo. Su propia seguridad era la única preocupación que le quedaba.

Un brusco giro a la derecha le condujo por un callejón estrecho y oscuro entre dos altos edificios de oficinas y un complejo igualmente alto de pisos de lujo en el centro de la ciudad. En este espacio tan reducido, la lluvia parecía resonar con mayor fuerza que antes. Tenía por delante a algunas personas, que avanzaban hacia él. El callejón era estrecho, y Cooper sabía que iba a ser difícil pasar a través de ellas, pues su número representaba un problema importante. Una mirada rápida por encima del hombro reveló que aún más le habían seguido desde la otra dirección. Estaba atrapado, y aunque las lastimosas criaturas parecían individualmente débiles y poco importantes, había demasiadas para no considerarlas como una amenaza. Sin embargo, por la misma razón, no tenía ningún deseo de causarles daño. Era evidente que ya habían sufrido lo suficiente. Estaban débiles y mal alimentadas, víctimas inocentes que no habían hecho nada malo. Había pasado tiempo suficiente en diversas zonas de guerra por todo el mundo para reconocer el daño causado a la población local siempre que se veían envueltos los militares.

A medio camino del callejón, en un entrante, se encontraba un gran cubo de la basura, metálico y de forma cilíndrica, al que se subió Cooper. Desde allí pudo alcanzar una escalera de incendios metálica. Subió hasta una ventana del primer piso, que rompió con una patada de sus pesadas botas. Con cuidado, pasó a través del

crystal roto («vigila el maldito traje», se gritó a sí mismo) y se encontró en una oficina grande y diáfana. Había más personas silenciosas en el interior, todas en las mismas condiciones que las que vagaban por las calles empapadas de lluvia. Inmediatamente se dieron la vuelta y empezaron a moverse hacia él, siguiendo todos sus movimientos con sus ojos oscuros y velados. ¿Por qué seguían estas personas en el trabajo? ¿Por qué no se habían ido a casa para estar con sus amigos y con sus familias? ¿Realmente llevaban allí casi tres semanas...?

—Miren —empezó a decir, intentando averiguar qué les podría decir—, por favor, no tengan miedo. No les voy a...

Era inútil. Las personas en el edificio estaban en una situación tan terminal y catatónica como las que se encontraban en el exterior. Cooper miró con un horror creciente a la cara de la más cercana. En su momento había sido una atractiva becaria, pero la piel ampollada, purulenta y desgarrada de la mujer estaba cubierta de un tono azul verdoso antinatural. Mechones de su larga cabellera habían desaparecido de un lado del cráneo. Cooper bajó la mirada hacia uno de los cadáveres sin vida desplomado sobre un escritorio cerca de él. Aunque estaba mirando a través de un visor tintado, se le ocurrió que los cuerpos que se seguían moviendo y los que no lo hacían parecían estar en las mismas condiciones físicas. Lo había visto antes cuando se encontraba en el campo de batalla en servicio activo. Se trataba de la apariencia inconfundible de la muerte. Dios santo, esa gente se estaba pudriendo...

Con un pánico creciente y el sabor de la bilis subiéndole por la garganta, Cooper atravesó la sala corriendo en diagonal, subiéndose a los muebles y saltando de escritorio en escritorio para evitar el contacto con las enigmáticas criaturas que comenzaban a agitarse a su alrededor. Saltó al suelo y pasó en tromba a través de una pesada puerta cortafuegos que daba a un pasillo a oscuras. Pasó junto a otro cuerpo andante, llegó a una escalera e instintivamente empezó a subir. Se movió con toda la rapidez que pudo hasta que alcanzó el último piso y no pudo seguir adelante. Después de intentar abrir tres puertas cerradas, forzó la entrada a un pequeño almacén cuadrado. Cerró la puerta de golpe a su espalda y la bloqueó con una estantería metálica para evitar que entrase la gente que había fuera.

Veinte minutos más tarde, cuando Cooper hubo recuperado el aliento y conseguido calmarse un poco, atravesó la habitación hasta la única ventana y contempló los restos del mundo exterior. Podía ver grandes cantidades de cuerpos tambaleándose sin rumbo por las calles desiertas de la ciudad. También podía oír cómo se movían por otras partes del edificio.

Este entorno sombrío no era la mayor preocupación de Cooper. Había un asesino invisible moviéndose en el aire, un germen que lo iba a atrapar de una forma u otra: ya fuera envenenándolo y matándolo o forzándolo a ahogarse y morirse de hambre dentro de la maldita máscara y el traje protector. Había sido testigo de la velocidad

con la que había atacado y destruido a Thompson. Cooper sabía que mientras estuviera allí fuera, su vida dependía de su traje. Y que sería así hasta que consiguiera regresar al búnker.

El mundo muerto había estado en silencio durante lo que había parecido una eternidad. Incluso el ruido más leve viajaba a grandes distancias, transportado durante kilómetros por rachas de viento que no se veían perturbadas por nada más. El movimiento de los soldados en su potente transporte había provocado que la población de no vivos reaccionara a lo largo de todo su trayecto: desde las colinas suaves y aisladas alrededor del propio búnker hasta el corazón desolado de la ciudad devastada. En un espacio de tiempo terroríficamente corto, la multitud alrededor de la universidad se había convertido en una masa furiosa de movimiento y hostilidad. Oleadas de cuerpos intentaban alejarse de los edificios en busca de la fuente del ruido, mientras que otros seguían avanzando hacia ellos, aún a la caza de los supervivientes allí refugiados y que sabían cercanos.

En el bloque de alojamientos de la universidad, cada uno de los supervivientes se había visto estimulado y animado por los sonidos del exterior. Más que cualquier golpe al azar o sonido inexplicable, como los que habían oído muchas veces antes, los ruidos que les llegaban en esos momentos a través de la lluvia eran diferentes. Eran sonidos decididos, intencionados y mecánicos. Eran sonidos que sólo los podían haber producido otras personas como ellos. Y los disparos y los gritos que siguieron habían confirmado, más allá de toda duda que, ese día, había habido personas vivas en la ciudad.

Las personas que vivían en el complejo se sentían encerradas dentro de los muros de su escondite. Rodeadas por los muertos y demasiado asustadas para abandonar la seguridad relativa del edificio, las más valientes habían subido hasta el tejado, a pesar de las pésimas condiciones atmosféricas, para mirar hacia la ciudad. Desde su punto de observación elevado y precario, no habían sido capaces de ver a las otras personas, pero habían presenciado cómo un gran número de cuerpos en descomposición había empezado a penetrar en la ciudad, reaccionando ante la presencia de los recién llegados. Aunque parecía que miles se habían alejado, otros muchos se habían quedado atrás.

Algunos de los vivos se animaron por la facilidad con la que se habían distraído los cuerpos. Otros lo vieron como una victoria temporal y vacía, y supusieron que esos mismos cadáveres volverían inevitablemente antes de que pasase mucho tiempo. La gente se empezó a dar cuenta de que si querían que otras personas supieran dónde estaban refugiados, tendrían que estar preparados para correr el riesgo de atraer aún más muertos a la zona de la universidad. Ese fue el dilema que amenazó con dividir el grupo en dos.

—No voy a estar de acuerdo con nada que haga regresar a esas malditas cosas — bufó Bernard Heath. La fuerza y el volumen sorprendente de su voz reforzaba la idea

de que el miedo era la única razón de que se opusiera a la idea que se había planteado.

—Por el amor de Dios, Bernard —suspiró Donna, frustrada por su beligerancia—, ¿no puedes comprender lo que estamos diciendo? Sabemos que cualquier cosa que hagamos hará regresar a los cuerpos, pero lo más probable es que también atraiga a quienquiera que sea que está ahí fuera. ¿De verdad crees que nos podemos permitir quedarnos aquí solos durante mucho más tiempo?

—Pero no estamos solos, ¿verdad? —argumentó Bernard—. Somos más de cuarenta.

—Puede ser, pero ¿cuántos estamos ahora en esta sala? ¿A cuántas personas ves realmente en un día?

Bernard miró alrededor de la sala de reuniones prácticamente vacía. Donna tenía razón, menos de la mitad del número total de personas del edificio se encontraba en esos momentos en la sala. Era raro ver reunidos a más de diez, y sólo había sido la actividad en el centro de la ciudad lo que había sacado ese día a la mayoría de ellos de sus habitaciones. Otros muchos seguían escondidos en silencio en sus espacios individuales, y salían únicamente cuando necesitaban comida o agua.

—Pero ¿has visto cuántos se ha ido cuando oyeron los ruidos?

—¿Y has visto cuántos se quedaron? —respondió Donna con rapidez—. ¿Qué ocurrirá si el tamaño de la multitud se reduce a la mitad, Bernard? Seguirán siendo demasiados para que los podamos controlar. Seguiremos en la misma situación. El número de esos cabrones de ahí fuera sólo es una cuestión académica.

—Ocurra lo que ocurra, terminaremos atrapados aquí —intervino Phil Croft desde el otro lado de la sala—. Entiendo lo que está diciendo Bernard, dales un par de semanas más y un par de miles de cuerpos más, y nuestro refugio se acabará convirtiendo en una prisión.

—No importa lo que hagamos, esos cuerpos regresarán aquí —prosiguió Donna—. El resto de la ciudad es una tumba. No podemos evitar atraer su atención sobre nosotros, ¿no os parece?

—Lo podemos intentar —protestó Bernard—. Podemos...

—¿Qué podemos hacer? ¿Encerrarnos en habitaciones individuales en el último piso y aguantar la respiración para que no nos oigan?

—No, sólo creo...

—¿Has visto cómo se empiezan a comportar esas cosas? —preguntó Donna, con voz cansada—. Cada día se vuelven más activos y más violentos. Sé que individualmente no son demasiado fuertes, pero mira la cantidad a la que nos enfrentamos.

—Y nos guste o no, tendremos que salir pronto a buscar suministros —interrumpió Croft—, estoy ya con las últimas cajetillas de cigarrillos.

—Entonces, vete —replicó Bernard enfadado.

Croft meneó la cabeza.

—No me toques las narices, Bernard. Lo que estoy diciendo es que a medida que pase el tiempo, tendremos que alejarnos cada vez más para conseguir los suministros. Tendremos que pasar más tiempo en el exterior y correr más riesgos, a menos que hagamos algo ahora. Donna tiene razón. Es necesario que hagamos saber a quienquiera que esté allí fuera que estamos aquí.

—Nos tenemos que empezar a organizar —continuó Donna—. Establecer algún tipo de rutina y orden en lo que estamos haciendo. Tenemos que encontrar una forma de hacer saber a esa gente que estamos aquí, sin excitar de nuevo a los cuerpos.

—Te contradices —comentó Bernard—. ¿Cómo vamos a atraer la atención de nadie sin atraer a más cuerpos?

Sentado en un rincón de la sala, Nathan Holmes se levantó y pasó justo a través del centro del grupo para alcanzar la salida, moviendo la cabeza.

—Sois un hatajo de jodidos idiotas —exclamó. Las demás personas en la sala se volvieron para mirarle—. Miraros. ¿Qué estáis intentando hacer? Pensáis que vais a construir un jodido mundo nuevo o...

—Sólo estamos intentando sobrevivir y... —empezó a decir Donna antes de que la interrumpiera Nathan.

—Esto es inútil. Todo es inútil. Ni siquiera deberíais perder el tiempo hablando de ello. En cuanto pueda, saldré de aquí y voy a...

—Todos sabemos exactamente lo que vas a hacer —le cortó Donna enfadada—, no dejas de explicárnoslo. Vas a beber hasta perder el sentido para poder olvidarlo todo, todos te hemos oído repetirlo miles de veces. Me gustaría que te fueras y lo hicieras, en vez de quedarte aquí, molestando. No te importa nadie más que tú mismo.

—Desde luego que no. ¿Por qué debería?

—¿No eres capaz de ver cómo mejoran nuestras posibilidades si trabajamos juntos? —le preguntó Croft.

Nathan miró el techo desesperado.

—Pero ése es precisamente mi argumento, ¿qué posibilidades tenemos? Todo el mundo en este maldito edificio lo ha perdido todo. Si hay otras personas ahí fuera, lo último que necesitan es encerrarse aquí con vosotros. Salir de aquí e intentar olvidar el jodido caos en el que estamos todos es la mejor opción para cualquiera al que le quede un mínimo grado de sensatez.

—Estás confundiendo sensatez con egoísmo —le explicó Donna.

—Mira —intervino Croft, cada vez más impaciente—, de lo que estamos hablando es de establecer algún tipo de faro temporal, de manera que si esa gente vuelve, cuando lo haga, se den cuenta de que estamos aquí. No estamos intentando

establecer grandes planes para el futuro, porque, Nathan, creo que tienes razón. ¡No sabemos si ninguno de nosotros tiene un jodido futuro!

—Pero vuestro faro atraerá a los cuerpos —protestó Bernard.

—Por el amor de Dios, hombre, cambia de disco —replicó Croft furioso—. ¿No puedes ver que se trata de un riesgo a corto plazo que nos veremos obligados a correr?

Jack Baxter había asistido al desarrollo, cada vez más tenso, de la conversación.

—¿Y si ponemos el faro en el techo? —sugirió—. Pensad en ello, si ponemos algún tipo de hoguera en lo más alto, no será evidente de inmediato para los cuerpos, pero un superviviente...

—Un superviviente sabrá que cualquier cosa en un tejado probablemente la habrán colocado de forma intencionada —completó Donna, dándose cuenta de lo que Jack estaba proponiendo—. Si estamos hablando de encender un fuego, entonces un superviviente sabrá que cualquier incendio se habría iniciado en algún punto del interior de un edificio y que después iría ascendiendo, pero no empezaría en el tejado, ¿no os parece?

—Lo comprendo —intervino Bernard—, pero si esas personas vienen aquí, cuando vengan, traerán consigo más cadáveres, ¿o no? No importa lo cuidadosa que seas con tu maldito faro, ¿no crees?

Donna se quedó mirando desesperada al aterrorizado profesor. Comprendía lo que estaba diciendo, pero no podía entender por qué era tan importante para él. Para ella, la solución del problema y los potenciales efectos colaterales eran evidentes e inevitables. Tenía la oportunidad de establecer contacto con más supervivientes, personas que tenían transporte y armas, y que, según parecía, eran capaces de moverse por el exterior sin quedarse encerrados y confinados como ellos. Y si establecer contacto con ellos significaba aumentar temporalmente el número de cuerpos alrededor de la universidad, entonces le parecía un precio que valía la pena pagar.

A poco menos de cincuenta kilómetros de la ciudad, y a varios kilómetros de la entrada del bunker subterráneo, dos supervivientes se mantenían en un silencio casi constante. Escondidos en una autocaravana relativamente bien equipada, que habían conseguido sólo unos días antes a las afueras de otro pueblo muerto, la pareja había conducido hasta la zona de campo más aislada y abierta que habían encontrado.

Desde que se vieron forzados a abandonar la granja en la que se habían refugiado juntos, Michael Collins y Emma Mitchell vivían de lo que encontraban, como animales carroñeros, trasladándose de un lugar a otro y escondiéndose en las sombras hasta que el número de cuerpos a su alrededor alcanzaba una masa crítica. Cinco días antes, el edificio en el que se habían escondido con relativa seguridad durante más de una semana se vio finalmente asaltado por cientos de cuerpos vagabundos, atraídos por su presencia, remota y en todos los sentidos discreta, por la actividad y los sonidos que habían producido con su simple existencia. Habían tomado muchas precauciones para alejarse de los restos putrefactos de la población no viva, pero todos sus esfuerzos habían sido, al final, en vano. Michael y Emma habían aprendido a un coste muy amargo que no era posible escapar a la atención indeseada de cientos y cientos de cadáveres desesperados, putrefactos y cada vez más feroces.

La pareja había oído en la distancia el motor cuando los soldados emergieron de su base oculta a primera hora de la mañana. Al principio les había parecido imposible de creer: desde que habían abandonado la granja ninguno de los dos había visto el más mínimo indicio de otras personas vivas; ni un solo sonido o movimiento que pudiera haber señalado la existencia de otros supervivientes. Pero el ruido del motor había sido claro e inconfundible, y les había llenado a ambos de una esperanza repentina e inesperada donde antes sólo habían sentido miedo y vacío.

Cuando salieron de la autocaravana, el sonido se había ido apagando y el mundo volvió a estar en silencio. Sin embargo, tropezaron con un camino recto de grava al pie de una colina cercana a donde habían estado aparcados. El camino parecía conducir a ninguna parte y, en ausencia de cualquier otra carretera o sendero en kilómetros a la redonda, podría ser el punto de partida lógico para su búsqueda. Michael había supuesto que alguien más que intentase sobrevivir en ese mundo brutal e inhóspito habría podido encontrar una base similar a la granja donde Emma y él se habían escondido al principio. De ello se deducía que si esa gente estaba saliendo de su base, en búsqueda de suministros, habría bastantes probabilidades de que regresase en poco tiempo.

Tenía razón.

La oscuridad de la noche acababa de engullir las últimas luces de la tarde mortecina cuando oyeron de nuevo el ruido del motor. Distante y tenue al principio,

aumentó rápidamente de volumen. Sin importarles el peligro de encontrarse en el exterior y expuestos, Michael abrió la puerta de la autocaravana y saltó las escaleras. Corrió a través de la hierba larga y empapada de lluvia, y se agachó tras un pequeño afloramiento rocoso, desde el que tenía una visión relativamente clara de un largo tramo del camino que quedaba por debajo. Y entonces lo vio: un transporte militar grande y potente que rodaba desafiante. No podía ver al conductor del vehículo o cuántas personas había en su interior, pero no importaba. Más que encontrar a otros supervivientes, sabía que esa gente era fuerte y estaba bien organizada. Y si realmente eran militares, ¿qué podría significar? ¿Cuántos cientos más podría haber en los alrededores?

El transporte desapareció en la oscuridad. Michael se puso en pie y bajó corriendo por la ladera de la colina, siguiendo al vehículo hasta que lo perdió totalmente de vista. ¿Adónde conducía el camino? Miró en la distancia y pensó en lo que había visto durante un momento antes de recordar el peligro de encontrarse en el exterior; luego volvió corriendo a la autocaravana.

—¿Y bien? —preguntó Emma cuando entró en el vehículo.

—Un transporte militar jodidamente grande. No sé exactamente qué era, pero...

—¿El ejército?

—Eso parece —contestó Michael sin aliento mientras cerraba la puerta con llave y corría las gruesas cortinas que utilizaban para evitar que se filtrase la más mínima luz, que en la noche podría revelar su localización al resto del mundo.

—¿Adonde ha ido?

Michael frunció el ceño. Emma tenía la desquiciante costumbre de plantear preguntas que sabía que él no podía responder.

—Seguía el camino que encontramos antes, de manera que supongo que iban a alguna parte.

—¿Y eso dónde es?

—Maldita sea, Emma, ¿cómo lo voy a saber? Mañana lo investigaremos.

—¿Esta noche no?

—Demasiado peligroso. Casi no hay luz. Tendremos más posibilidades de encontrarlos por la mañana.

Cooper sentía cada vez más claustrofobia dentro del traje confeccionado a base de capas de nailon recubierto de caucho y otros materiales no tan fácilmente identificables, además de evitar que penetrase cualquier contaminación también impedía que alguna cosa pudiera salir y era incómodamente caluroso. Había decidido que debería moverse dentro de poco, pero, por el momento, quería descansar y prepararse para el viaje de regreso a la base. No le entusiasmaba la idea de tener que abrirse paso luchando para salir de la ciudad. ¿Y qué ocurriría si no podía tener acceso a la base cuando finalmente consiguiera regresar? ¿Qué pasaría si no le dejaban entrar porque el proceso de descontaminación ya se había iniciado para los demás? ¿Qué ocurriría si ni siquiera habían conseguido volver? ¿Qué pasaría si el proceso de descontaminación no funcionaba? Se imaginaba teniendo que esperar solo en el exterior durante días, incapaz de comer o beber, o incluso de respirar aire fresco.

Dios santo, ¿qué le había pasado al mundo?

Comprensiblemente, había estado preocupándose por su propia situación desde que se había quedado aislado, tanto que el destino del resto del mundo se le había pasado por alto. Los efectos del virus habían sido devastadores más allá de cualquier comparación, eso estaba claro, pero ¿qué había hecho la enfermedad mortal? ¿Por qué habían sobrevivido algunas personas mientras tantas habían muerto? Esas personas, ¿habían sobrevivido? Su piel mostraba los mismos signos de descomposición y putrefacción que los cadáveres en el suelo, y sus movimientos y reacciones eran antinaturalmente lentos y torpes. Se detuvo y reflexionó. ¿Qué estaba diciendo en realidad? Cooper movió la cabeza, rió y reclinó la cabeza contra la pared. Esas personas que lo habían seguido, ¿estaban muertas? Era imposible. ¿Quizá en el aire no circulaba un virus, sino alguna sustancia alucinógena especialmente efectiva que, de alguna manera, había traspasado la protección del traje? ¿Quizá nada de lo que había creído ver había pasado realmente? Por el momento, ésa era una explicación mucho más plausible de los extraños acontecimientos del día.

A esa hora, el mundo exterior estaba totalmente a oscuras (no se había encendido ni una sola luz), y Cooper se preguntó si sería mejor moverse en ese momento, protegido por la oscuridad. Fuera lo que fuesen las personas con las que se había cruzado (supervivientes contaminados o cadáveres reanimados, no estaba demasiado seguro de eso), estaba claro que él era más fuerte y rápido que cualquiera de ellos. También tenía la ventaja de estar entrenado para luchar y sobrevivir en las condiciones más extremas. Estaba convencido de que salir de la ciudad no iba a ser un problema.

El estómago le gruñó enfadado con punzadas de hambre. Había hecho todo lo que había podido para ignorar el creciente dolor durante el último par de horas, pero

estaba empeorando. Los suaves ruidos se habían convertido en dolorosos retortijones que hacían que se le formaran nudos en las tripas. Para empeorar la incomodidad, tenía la vejiga al tope de su capacidad, a pesar de que no había bebido nada durante horas y tenía la garganta reseca. Necesitaba una distracción, pero, aparte de abandonar el almacén y arriesgarse con la población enferma, no podía pensar en nada más.

En un intento desesperado por mantener la mente ocupada durante un rato, Cooper empezó a mirar las estanterías metálicas que le rodeaban. Incluso un lápiz y un papel serían suficiente: podía preparar su última voluntad y testamento, escribir una carta final a las personas que le importaban, redactar una lista de todas las cosas que siempre había querido hacer y no había hecho, esbozar un dibujo, jugar al tres en raya o hacer algo que lo distrajera hasta que llegase el momento de salir. Utilizando la luz de una pequeña linterna que llevaba unida al cinturón, miró desanimado hacia el círculo brillante.

En lo alto del lado opuesto de la habitación pudo ver numerosas cajas de cartón cubiertas de polvo. La mayor parte del resto de los estantes estaban cargados de papeles, archivadores, suministros básicos de oficina y papelería, pero desde donde se encontraba no podía distinguir lo que podían contener esas cajas. Una mezcla de curiosidad y simple aburrimiento le llevaron a encaramarse y mirar. Resultó decepcionante que sólo contuvieran cartuchos de impresora usados y cables de ordenador descartados con apariencia de espaguetis.

Cooper bajó el pie para descender, pero perdió el equilibrio cuando la estantería (que no estaba atornillada a la pared con la fuerza que había supuesto) cedió ligeramente. Cayó pesadamente y aterrizó con un fuerte golpe en la espalda encima de una fotocopidora, produciendo un ruido que, en el silencio de la noche, resonó desmesuradamente alto. Sin resuello y haciendo muecas a causa del dolor y la sorpresa, rodó para bajar de la máquina, se dio contra el suelo con un salto descoordinado, la cara contra más estanterías mientras caía. Atontado por el golpe y respirando pesadamente, permaneció durante un momento tendido donde había caído, escuchando los otros sonidos que, de repente, se habían ido despertando por todo el edificio. El ruido que había producido había provocado de nuevo la reacción de los demás ocupantes de la oficina. Con un esfuerzo, consiguió levantarse lentamente e intentó ajustarse el equipo.

Notó aire en la cara.

Presa de un pánico desesperado, Cooper gateó en la oscuridad buscando la linterna. La encendió e iluminó el cuarto, y bajo la luz vio que el visor de su máscara estaba dañado. Con el corazón golpeándole en el pecho, siguió con los dedos la ruta de la grieta zigzagueante que recorría el visor desde la parte inferior izquierda a la esquina superior derecha, donde vio que el vidrio de protección, perspex o lo que

fuera de que estaba fabricada la máscara, se había rajado.

Un helado terror se apoderó del soldado cuando se dio cuenta de las implicaciones de lo ocurrido. Su traje estaba dañado. Había visto la rapidez y la virulencia con la que Thompson se había infectado y muerto. Se dejó llevar por el pánico, cubriendo la zona rajada en el visor con la mano, con la esperanza de evitar que penetrase la enfermedad, mientras revisaba el cinturón en busca de una goma o una cinta o algo que pudiera utilizar para intentar arreglar el daño. Con cada segundo que pasaba aumentaba su miedo. Sabía muy bien que, con toda probabilidad, sus pulmones ya estaban llenos del germen mortal. Todo lo que podía hacer era esperar a que ocurriese lo inevitable.

Cooper cerró los ojos con fuerza y esperó.

Contuvo la respiración todo lo que pudo, con la esperanza de prolongar su vida unos pocos y preciosos segundos, sabiendo que la próxima vez que respirase podría ser la última.

Unos segundo más y se quitó la máscara. Ya estaba contaminado, de eso no cabía la más mínima duda. Así que decidió que podría respirar libremente sus últimas bocanadas, y no a través de los filtros del aparato de respiración del ejército.

Se reclinó contra la ventana, aspirando profundas bocanadas del frío aire otoñal, y esperó.

Y esperó.

Al cabo de cinco minutos se empezó a preguntar por qué no estaba muerto. ¿O lo estaba? ¿Era así como se había visto afectada la gente que aún era capaz de moverse? No se sentía diferente. No dolía. No se estaba ahogando o asfixiando o escupiendo sangre como había hecho antes Thompson.

Unas cuantas horas más tarde, Cooper tuvo que aceptar finalmente que, de alguna manera, no le había afectado lo que fuera que había acabado con el resto del mundo.

Deben de estar en algún punto del camino —comentó Michael, mientras se acababa el resto de una taza de café tibio—. Pueden estar a un par de kilómetros o a veinte, pero tienen que estar en algún punto de ese camino.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Emma, inclinándose sobre la mesa de melanina; contempló las sombras que danzaban sobre el rostro de Michael bajo la luz mortecina de la parpadeante lámpara de gas.

Estaba cansada. Llevaban hablando sobre eso desde hacía horas, sin dejar de dar vueltas.

—Encontrarlos —respondió Michael con sencillez.

—Pero ¿es eso lo más inteligente?

—¿Por qué no lo iba a ser?

—Si se trata realmente del ejército o de la fuerza aérea o de lo que sea, ¿queremos vernos envueltos con ellos?

—¿Tenemos alguna alternativa? Estén donde estén, resulta evidente que están bien organizados. Puede haber centenares de ellos. Nunca se sabe, podrían tener un antídoto o algo.

—Pero nosotros no necesitamos un antídoto.

—Lo sé, lo que estoy intentando decir es que la situación puede que no sea tan desesperada como pensamos...

—Y en cualquier caso —continuó Emma, sin prestar atención a todo lo que Michael acababa de decir— todo el mundo está ya muerto. Tendría que ser un antídoto la hostia de bueno para ayudar a los pobres cabrones de ahí fuera.

—De acuerdo —suspiró Michael, enojado por su falta de interés y su clara reticencia a ver nada bueno en los acontecimientos del día—, ya has expuesto tu argumento.

En el silencio que siguió, Emma se quedó mirando la autocaravana abarrotada en la que había pasado prácticamente todos los minutos de los últimos días. Esperaba de todo corazón que el optimismo de Michael estuviera justificado. Después de semanas de correr desesperadamente y esconderse, con hora tras hora repletas de confusión y miedo, la posibilidad de que algo parecido a la normalidad pudiera estar a punto de volver a sus vidas era algo bienvenido e inesperado. Pero era tan inesperado que no iba a permitirse creer que era cierto hasta que tuviera pruebas concretas.

—¿Estás bien? —preguntó Michael, preocupado porque de repente Emma se habría quedado en silencio y meditabunda.

—Sí.

—¿Estás segura?

Ella negó con la cabeza y se quedó mirando la mesa.

—No —murmuró.

Michael se removió molesto en su asiento, sintiéndose incómodo y tímido. Había pasado varias semanas a solas con Emma, pero con frecuencia seguía existiendo una gran distancia entre ellos. Momentos como ése resultaban incómodos. Eran dos extraños unidos por el desastre y el azar. Ninguno de los dos sabía demasiado sobre el otro excepto lo que había ocurrido desde que el mundo había quedado destruido. Michael no sabía qué decir. No sabía cómo aliviar su dolor.

—¿Qué ocurre?

Ella se limpió los ojos y lo miró.

—Lo siento —sollozó—, no lo puedo evitar. La mayor parte del tiempo estoy bien, pero entonces, a veces, yo...

—¿Qué?

Emma miró alrededor de la caravana, buscando las palabras para expresar lo que sentía.

—Sólo quiero que esto se acabe —explicó—. Me gustaría acostarme esta noche y despertarme por la mañana, y descubrir que todo vuelve a ser como antes. Y si eso no va a ocurrir, entonces despertarme y descubrir que los cuerpos se han ido y que han desaparecido la incertidumbre, el miedo y...

—Calla... —le susurró Michael. Emma iba alzando la voz, y Michael temió que la pudieran oír desde fuera—. Escucha, sabes tan bien como yo que lo único seguro por aquí es que las cosas nunca van a volver a ser normales, ¿no te parece?

Ella asintió.

—Sí, pero...

—Esta es nuestra nueva normalidad, y si esto es todo lo que nos queda, entonces tenemos que aprovecharlo al máximo. Nos acostumbraremos a vivir así y...

—Pero esto no es vivir. Esto es únicamente existir, por el amor de Dios. Míranos, Mike. Mira lo que nos está ocurriendo. Olemos. Estamos sucios. No nos hemos lavado desde hace semanas. Nuestras ropas están mugrientas. Ambos necesitamos un buen corte de pelo, y tú necesitas un afeitado. No comemos bien ni bebemos lo suficiente ni hacemos ejercicio ni...

—Lo estamos haciendo bien y saldremos adelante —la interrumpió—. Y mejoraremos. Cuando podamos, encontraremos algún sitio donde vivir, y nos podremos relajar y cultivar nuestros propios alimentos. Conseguiremos ropa nueva, nos daremos un baño y nos construiremos un maldito palacio en alguna parte, ¿de acuerdo?

Ella se sorbió más lágrimas y casi rió.

—De acuerdo.

—¿Me crees?

—Te creo.

Michael se quedó mirado su cara cubierta de lágrimas. Emma tenía razón, desde luego, pero ¿qué podían hacer? Por lo que sabía no existía una salida inmediata a la situación en la que se encontraban. Debían seguir moviéndose, y prescindir de algunas necesidades básicas con el objetivo de sobrevivir. Creía realmente que las cosas acabarían cambiando. Tenían que hacerlo. Los cuerpos se acabarían pudriendo por completo con el tiempo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Michael, intentando encontrar la forma de distraerla.

Emma asintió y se volvió a hundir en el asiento.

—Un poco.

—Te prepararé algo.

Emma contempló cómo él se levantaba y recorría la corta distancia de la autocaravana hasta la abarrotada zona de la cocina. La autocaravana era segura aunque algo agobiante. Podría haber soportado el limitado espacio si se hubiera atrevido a salir fuera de vez en cuando. Pero en las circunstancias actuales se sentía atrapada y cada vez más claustrofóbica.

Michael regresó a la mesa con más café y dos tarros de plástico de platos preparados deshidratados. El vapor se elevaba en el aire desde la parte superior de cada uno de los recipientes.

—¿Ternera con tomate o agri dulce? —preguntó Michael.

Habían encontrado todo un cargamento de estas comidas en el almacén de una tienda pequeña que habían saqueado a principios de la semana. El sabor de la comida era horrible, pero estaba caliente, era fácil de preparar y razonablemente nutritiva.

—No soporto lo agri dulce —respondió Emma—, pero es mejor que la ternera con tomate.

El le pasó el recipiente y un tenedor. Aún sorbiéndose las lágrimas, Emma empezó a comer con hambre y sin quejarse más.

—Creo que volverán —comentó Michael entre bocados sin gusto.

—¿Quién? —preguntó Emma.

—Quienquiera que fuera que vi antes —suspiró.

—Otra vez no...

—Tenemos que hablar de eso.

—No hemos hecho nada más que hablar sobre eso. Escucha, lo siento —replicó Emma en voz baja—, estoy cansada. Sé lo importante que es esto, pero...

—¿De verdad?

—Sí, por supuesto.

—¿Te has parado a pensar de dónde podrían ser esas personas o cuántas podría haber? Es posible que esto no esté tan extendido como pensamos. Quizá sólo sea este país el afectado.

Michael dejó de hablar, consciente de que Emma había dejado de lado el tenedor y que lo estaba mirando fijamente.

—No lo hagas —le pidió en voz baja; pasó la mano sobre la mesa y acarició la de él con suavidad—. Por favor, no dejes que tu imaginación se desborde. Hasta que no sepamos nada, mantengamos los pies en el suelo y aceptemos cada día como venga. No quiero empezar a pensar que las cosas van a cambiar sólo para descubrir que estamos de vuelta en el maldito caos y que no ha ocurrido nada. ¿Sabes lo que intento decir?

—No, en realidad no.

Ella suspiró y le volvió a acariciar la mano.

—Por lo que a mí respecta, tú eres todo lo que me queda. Eres en lo único en lo que puedo confiar. Mi familia y mis amigos se han ido. No tengo un hogar y no poseo nada más que lo que hay en esta caravana. Eres lo único que parezco capaz de conservar y no quiero hacer nada que signifique el menor riesgo de perderte.

Sunita se había quedado sin cigarrillos. Una cosa era tener que pasar todo el tiempo encerrada en la maldita universidad en la que había estudiado durante los dos últimos años, pero estar ahí atrapada sin cigarrillos era algo totalmente diferente. Abrigada para combatir el frío, metió las manos en los bolsillos y salió sigilosamente por la parte trasera del bloque de alojamientos.

«Hazlo antes de que se vaya totalmente la luz», se dijo a sí misma.

Allí no había cuerpos, y era seguro estar en el exterior. Durante las dos últimas semanas de confinamiento, el grupo había conseguido aislar unas cuantas salidas y bloquear un par de senderos para hacer un poco más accesible el resto del campus. Esta parte de las instalaciones, al encontrarse completamente rodeada de edificios, se había declarado oficialmente «libre de cadáveres». En realidad, pocas personas se molestaban en salir. La mayoría de ellas, Sunita incluida, elegían entre permanecer en sus habitaciones individuales o merodear alrededor de la sala de reuniones, donde siempre tenían a mano a otros supervivientes.

Sunita se sentía incómoda al encontrarse sola en el exterior, pero su ansia de nicotina era demasiado fuerte para pasarla por alto. Una parte de ella se sentía mal por mantener en secreto su suministro personal, a la otra parte le importaba una mierda. Todos los fumadores habían tenido cigarrillos suficientes hasta el momento, y si resultaba imprescindible les explicaría a los demás lo de la máquina. En cualquier caso, sólo se trataba del doctor Croft, de Yvonne y de quizás uno o dos más. No les iba a negar un par de pitillos.

Se acercó al exterior del edificio de la asociación de estudiantes y sintió que se le aflojaban las piernas a causa de la emoción y los nervios repentinos. El contraste entre lo que veía en ese momento y lo que recordaba de antes era muy fuerte. Esta parte del campus siempre había sido un foco de actividad, un centro social lleno de luz, ruido y estudiantes, veinticuatro horas al día, siete días a la semana durante la época de clases. En ese momento estaba frío, silencioso y vacío, como en todas partes. Sunita subió los escalones, abrió con cuidado la reja de metal, que no dejó de chirriar, y desapareció en el interior. Atravesó el vestíbulo grande y de techo alto, pasó de largo el supermercado interior, con sus estanterías expoliadas de todo lo que podía ser útil durante los primeros días del desastre. Siguió por delante de las oficinas de orientación estudiantil; de la papelería y de la sala de fotocopias; de la oficina de la sociedad de gays y lesbianas, donde ejercía de voluntaria de vez en cuando; de la cafetería y entró en el bar. ¡Dios santo, el tiempo (y el dinero) que había malgastado ahí durante los dos últimos años! Era tan diferente, iluminado sólo por la poca luz que se filtraba a través de la puerta por la que acababa de entrar. Miró alrededor del espacio grande y escasamente decorado... La barra en la que se había apoyado en

tantas ocasiones; los espejos que decoraban las paredes; los carteles fluorescentes que anunciaban acontecimientos que hacía mucho tiempo que se habían celebrado o que nunca iban a tener lugar; el reservado tranquilo en el rincón más alejado, donde se había sentado por primera vez con Monique aquella noche y habían hablado, hablado y hablado...

Y allí estaba, al fondo del bar. La máquina de cigarrillos. Nathan Holmes y su colega Richard se habían llevado todo el alcohol poco después de llegar a la universidad, pero habían pasado por alto el expendedor. Ella sabía que estaba ahí porque había sido una clienta habitual y había tenido que comprar cigarrillos de madrugada en más de una ocasión. A pesar de todo lo que había ocurrido en las últimas semanas, sus prioridades y su moral habían cambiado, se seguía sintiendo incómoda al abrir el frontal de la máquina con un gran destornillador y sacar un paquete de pitillos. No era robar, se dijo a sí misma, mientras se metía un par de paquetes más en los bolsillos del abrigo para evitar volver durante unos días. De hecho, decidió, como posiblemente era la última estudiante que quedaba, estaba autorizada a hacerlo.

Sunita no podía soportar la idea de regresar con los demás. Había tenido que reunir todo su valor para ir allí, pero una vez lo había hecho, no quería volver de inmediato. En vez de eso se sentó en el reservado de Monique y ella, y recordó el breve período de tiempo que habían pasado juntas. Encendió un cigarrillo, le dio una calada larga y lenta, después expulsó el humo a un ritmo constante e intentó relajarse. Recordó lo mucho que había deseado volver a ver a Monique. Cuando pensaba en lo que seguramente le había ocurrido, se sentía insoportablemente vacía por dentro. Debía parar y salir de esta depresión. No ayudaba en nada. Aún sin ganas de regresar con los demás y encerrarse de nuevo, miró a su alrededor en busca de una distracción.

Detrás de la barra había una puerta que no había visto antes. Bajo la luz mortecina sólo podía ver el contorno y el pomo. Se puso en pie y se acercó a ella, preguntándose si al otro lado podría descubrir una reserva de bebida ignorada hasta entonces o quizás algo de comida. La puerta estaba atrancada. Tiró y empujó muchas veces antes de que se abriera al fin.

Esperó y escuchó. Silencio total. Una única ventana en una pared permitía la entrada en el cuarto de un poco de la luz de última hora de la tarde, y Sunita dio un par de pasos hacia el interior. A su izquierda se encontraba un escritorio con un ordenador sin vida, su teclado enterrado bajo una pila de papeles cubiertos de polvo. Al otro lado de la pequeña habitación había una pila alta de cajas de cartón y de productos de limpieza, a las que se acercó deprisa con la esperanza de encontrar una olvidada botella de cerveza o de vino. Inmediatamente quedó claro que eso sólo eran los restos descartados de la última visita de Nathan Holmes y que no quedaba nada que valiera la pena llevarse. Durante un segundo creyó que acababa de ver una

botella de algo (Dios santo, en ese momento se bebería cualquier cosa), y se inclinó para apartar una de las cajas inferiores. Tiró de una solapa de cartón húmeda, que se le quedó en las manos; el impulso hizo que se tambaleara de espaldas hasta el otro lado del cuarto. Tropezó con algo, y cuando bajó la mirada vio que era la palma de una mano vuelta hacia arriba. Chilló de asco y sorpresa, y se alejó de un salto. Pisó el palo de una escoba olvidada y se cayó contra una caja de botellas de cerveza vacías, llenando la habitación de un ruido inesperado.

«No hay nada de qué preocuparse —se dijo, intentando no perder la calma—. Sólo es un cadáver. No es nada de lo que preocuparse...»

Sunita respiró hondo de nuevo, intentando recuperarse. Había conseguido no perder el cigarrillo e inspiró una bocanada más del humo relajante mientras miraba hacia el otro lado del cuarto para ver mejor el cadáver del suelo. No podía ver gran cosa desde donde se encontraba, sólo los dedos extendidos de una mano masculina engarfiada, escasamente visible entre las sombras. ¿Sería alguien que conociera? ¿Sería Sam, el tipo que trabajaba detrás de la barra y que había tenido su habitación a unas pocas puertas de la suya? ¿O sería aquel tío australiano que la solía hacer reír cada vez que entendía mal lo que le pedía...?

De repente pudo oír algo más. ¿Alguno de los otros habría salido a buscarla? Imaginándose que debería empezar a regresar, cerró la puerta (para ofrecer a Sam, el chico australiano o a quienquiera que fuera, un poco de intimidad innecesaria), cogió un par de paquetes de cigarrillos más y el destornillador, y emprendió el camino de regreso.

¿Qué era eso?

Sunita oía un extraño ruido de correteos y rasguños. Se dio la vuelta y vio que el suelo detrás de ella parecía que se estuviera moviendo. Al acercarse la negra oleada de movimiento repentino vio que se trataba de un montón de ratas y cuando los roedores se deslizaron alrededor de ella, gritó e intentó alejarlos a patadas. Con el corazón desbocado, atravesó el vestíbulo a la carrera y se aplastó contra la pared más cercana, contemplando cómo las horribles alimañas desaparecían escaleras abajo, como una breve cascada de piel sarnosa y cubierta de gérmenes.

Pero aún podía oír algo más. Apretó con fuerza el destornillador.

«Si ese jodido Nathan Holmes me ha seguido hasta aquí —decidió—, le voy a meter esta maldita cosa por el culo».

—¿Hay alguien ahí? —gritó, y su voz despertó ecos en el espacio vacío.

Estaba de pie en el centro del vestíbulo cuando una forma oscura avanzó con torpeza hacia ella. Por los movimientos desequilibrados y el sonido de arrastre y succión que emitía, dedujo que era una criatura. Su velocidad le sorprendió y empezó a retroceder. ¿Cómo había podido entrar? La parte delantera del edificio de la asociación era segura, de manera que el no vivo había tenido que encontrar otra

forma de entrar. Había otras entradas al otro extremo del edificio, y un pasillo que conectaba el edificio de la asociación con otras partes del campus, pero no se trataba de una ruta directa y los muertos no habían entrado nunca antes por este lado. ¿Cómo había conseguido llegar aquí ese cadáver y, lo que era más importante, por qué? ¿Había entrado por casualidad o...?

Dios santo. Más cuerpos. Muchos más.

Una masa repentina avanzaba hacia ella, moviéndose con una velocidad y determinación inesperadas. Sunita se dio la vuelta y corrió, deteniéndose sólo para cerrar la verja de seguridad que cubría la entrada a la asociación. Forzó el pestillo para que encajara en su lugar, apartando los dedos con rapidez cuando el primero de los cadáveres se precipitó contra el metal. Segundos más tarde había cuerpos que presionaban contra toda la anchura de la barrera, extendiendo los brazos apestados por los huecos del enrejado de metal, intentando alcanzarla. Hacía más de una semana que no había estado tan cerca de ningún cadáver, y el cambio dramático en su comportamiento la estaba aterrorizando. La última vez casi no la habían visto, en ese momento casi parecía que la habían estado buscando. Ya no eran torpes y letárgicos, las criaturas se estaban volviendo cada vez más rápidas y peligrosas.

Sunita corrió de vuelta al bloque de alojamientos, se metió en el interior y se dirigió directamente a su habitación.

Cooper se despertó.

No podía recordar que se hubiera quedado dormido. Se acordaba de la pasada noche sentado junto a la ventana, mirando hacia la oscuridad y disfrutando con el ruido de la lluvia golpeando el cristal, pero, aparte de eso, nada. Su pie tropezó en el suelo con la máscara que había tirado, y retazos de lo que había ocurrido le fueron volviendo. Instintivamente se realizó una revisión y tuvo que admitir que se encontraba bien. Seguía respirando y aún tenía pulso. Por lo que veía seguía en forma, sano y vivo. Seguramente la enfermedad ya le habría afectado.

La mañana en el exterior era seca y, a pesar de que el cielo estaba pálido y muy nublado, relativamente brillante. El olor pesado a muerte y descomposición se cernía sobre la ciudad como una densa nube de polución, impregnándolo todo con su horrible hedor. Sin el aparato de respiración, el hedor era insoportable. Aun así, decidió que era preferible al aire procesado y reciclado que se había visto forzado a respirar durante la mayor parte de las últimas dos semanas y media. Se recordó que se encontraba en medio de una gran ciudad que había estado densamente poblada, y que el aire estaría, con toda seguridad, más limpio y respirable en cualquier sitio donde hubiera menos cuerpos. No cabía duda de que habría lugares mejores que ése.

Durante un rato permitió que su mente divagara. Instintivamente pensó de nuevo en el viaje de regreso a la base. Ya había establecido los planes y los preparativos mentales básicos antes de que le asaltara la idea de que, en realidad, no tenía por qué volver. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué diferencia podían representar trescientos soldados en el mundo actual? El ejército era tan inútil y caduco como parecía serlo todo lo demás.

Durante un rato, Cooper alternó entre sentirse libre y sentirse obligado a cumplir con su deber. Se quedó mirando el callejón bajo la ventana y contempló cómo una figura harapienta y solitaria iba tropezando de un lado a otro como un borracho, rebotando contra las paredes. ¿Debería hacer algo para intentar ayudar? ¿Realmente podía desaparecer como un egoísta y dejar que todos y todo lo demás se pudriese? Fue la inmensidad de la escala del desastre lo que lo convenció al fin de que no podía hacer nada.

Sintiéndose más fuerte y más confiado, Cooper decidió marcharse. No sabía a dónde iba a ir o qué iba a hacer, sólo sabía que no iba a pasar más tiempo encarcelado en ese almacén estrecho y abarrotado. Aún sudaba a mares en su pesado traje (que lo había mantenido caliente durante la noche que acababa de terminar), así que se lo quitó y lo dejó caer al suelo, retirando todo el equipo útil. Sintió frío y el efecto de la caída repentina de la temperatura fue aleccionador. Durante un momento consideró la posibilidad de volver a casa e intentar buscar a sus amigos y su familia. Por mucho

que le doliera, sabía que lo mejor era creer que ya los había perdido. Si iba allí y los encontraba, todas las posibilidades apuntaban a que estarían muertos o moribundos, y él no podría hacer nada por ellos. Pero entonces, siguió pensando, él parecía haber sobrevivido al desastre, ¿por qué no les podría haber pasado lo mismo? ¿Y si su inmunidad estaba relacionada con su constitución genética? Le resultaba extraño pensar que su supervivencia hasta esa mañana se debía sólo al resultado de cierta combinación del ADN que le habían transmitido sus padres sin que él fuera consciente de ello.

Con precaución, retiró la estantería metálica que bloqueaba la salida y, con el fusil por delante, abrió la puerta de un suave empujón y se quedó mirando el pasillo. Echó un vistazo a izquierda y derecha y, cuando estuvo seguro de que no había nadie, salió de las sombras. Sus pisadas resonaron muy fuertes en el suelo de linóleo, y muy pronto oyó sonidos apagados en las cercanías. En algún lugar en el edificio algo ya estaba reaccionando a sus movimientos.

Cooper bajó por las escaleras, un escalón cada vez, con cuidado en que cada paso no emitiera el más mínimo sonido. Años de entrenamiento le permitían moverse por el edificio con un sigilo y silencio relativos. Pasó muy cerca de numerosas figuras en descomposición, atrapadas dentro de la oficina, y se quedó completamente en silencio y aplastado contra una pared cuando uno lo rozó al pasar a su lado sin percatarse de su presencia. Al final abrió de un empujón una pesada puerta de vidrio y salió a la calle.

La mañana era nublada y fría, aunque las nubes grises, que antes habían sido muy densas, se estaban empezando a romper, permitiendo que de vez en cuando aparecieran entre ellas manchas de cielo azul. Ver la luz del día y sentir de nuevo el viento en la cara le produjo una sensación estimulante. Salir el día anterior del búnker había estado bien, pero eso era mil veces mejor. Por primera vez en semanas era libre. Cooper casi volvía a sentirse humano.

Se volvió hacia el corazón de la ciudad y siguió su camino en la misma dirección en la que había corrido el día anterior. Otra criatura apática y harapienta se acercaba hacia él de una forma extraña, con el rostro y los rasgos difuminados por la brillante luz del sol otoñal, que de repente bañaba la calle. Cooper reflexionó durante un momento y consideró sus opciones, sin estar seguro de cómo debía reaccionar. ¿Debía atacarla antes de que le atacase? La patética criatura parecía tan débil y cansada que no podía imaginarse que pudiera suponer una verdadera amenaza para él. Mantuvo en alto la guardia, se quedó quieto y la observó con atención mientras la criatura se acercaba cada vez más. Permaneció anclado en el sitio, oculto entre las sombras, moviendo sólo los ojos. El cuerpo pasó tambaleándose, aparentemente ajeno a su presencia. El sol desapareció detrás de otra nube cuando la lastimosa criatura se encontraba a su altura. A pesar de la repentina penumbra aún era capaz de

ver claramente el alcance de su deterioro. La piel descolorida parecía que había sido estirada sobre el cráneo en algunos puntos, pero en otros estaba suelta y colgaba. En una de las mejillas se veía un agujero profundo y oscuro, que, se dio cuenta Cooper, no parecía haber sangrado.

En cuanto estuvo libre el camino, Cooper reemprendió la marcha. Siguió un tramo de calle larga y ligeramente curvada, y al final se encontró ante la escalinata de acceso a una gran plaza pública. Había estado por última vez en la ciudad durante un cálido día de verano hacía un par de años, pero no había tenido para nada ese aspecto. La plaza rodeada de gradas había sido un lugar de reunión muy popular y un hito urbano muy conocido. Recordaba que se había sentado con sus amigos en la terraza de un bar mientras estaba de permiso, bebiendo, riendo y perdiendo el tiempo. Ese día, el bar estaba en silencio y parecía una tumba, con las ventanas oscurecidas por una capa de polvo y suciedad. Recordaba a niños jugando alrededor de una fuente grande y moderna en lo más alto de la plaza, de la que caía el agua en cascadas por una serie de peldaños, para desembocar en un estanque grande, circular y poco profundo. Esos mismos peldaños estaban secos, y la cascada y la fuente envueltas en un silencio inquietante. La última vez que había estado allí el agua era transparente y brillante; en ese momento, los sedimentos que quedaban estaban estancados y eran de un color gris verdoso. Había un cuerpo hinchado flotando boca abajo en la parte más profunda del estanque.

Se dio cuenta de que había numerosas criaturas en los alrededores e inició de nuevo la marcha. Parecía que siempre que igualara su velocidad cansina y no se acercase demasiado, no llamaba la atención sobre sí mismo. Esa gente estaba catatónica: de alguna manera se seguían moviendo, pero no pensaban ni reaccionaban ante nada que no fueran los estímulos más obvios. De vez en cuando, las palomas se posaban en la plaza con un revuelo repentino e inesperado de aleteo y ruido. La llegada de los pájaros provocó que los cuerpos se volviesen de una forma extraña, se tambaleasen y arrastrasen los pies inútilmente en dirección a las aves, pero sólo conseguían avanzar sólo un par de pasos antes de que las palomas volvieran a desaparecer. Podría haber sido cómico, si no fuera tremendamente aterrador.

Cooper se empezó a sentir extrañamente invencible. Su aparente inmunidad ante la enfermedad, el virus o lo que fuera, parecía colocarlo por encima de cualquier otra persona que hubiera visto hasta el momento, y su fuerza y velocidad reforzaban esta ventaja. Había permitido que estos pensamientos le distrajeran peligrosamente; tropezó con uno de los grandes escalones de hormigón y dejó caer el fusil, que aterrizó en las piedras del pavimento con un fuerte repiqueteo que rompió el silencio.

—Mierda —maldijo mientras se inclinaba para recoger el arma.

Antes incluso de levantar la cabeza fue consciente de que lo rodeaban. Emergiendo de las sombras desde todas las direcciones aparecían hordas de criaturas

putrefactas y demacradas. Durante un segundo, Cooper se quedó quieto y miró a su alrededor, incrédulo ante la cantidad de cuerpos que de repente se arremolinaban en los bordes de la plaza y se acercaban a trompicones. Parecía que había menos cuerpos a su derecha, de manera que corrió hacia allí abriéndose paso con brutalidad entre los más cercanos. Miró por encima del hombro y vio que le perseguían cada vez más de esas malditas cosas. La velocidad no era un problema, pero sí su gran número y su determinación, aparentemente inquebrantable. Luchó por contener el ataque de pánico que le iba invadiendo, mientras apartaba a otro puñado de cadáveres. Corrió por instinto, aunque sabía que sus rápidos movimientos no le ayudarían a esconderse. Había edificios a ambos lados, pero la aparición de más cuerpos le impedía acceder a ellos con facilidad. Desesperado, abrió la puerta de una cabina de teléfonos y se metió dentro. Apartando las manos putrefactas que intentaban alcanzarle, cerró la puerta y se dejó caer al suelo. Con la espalda aplastada contra uno de los laterales de la cabina y los pies fuertemente apoyados contra la puerta para evitar que se abriese, levantó la mirada y contempló con disgusto cómo los no vivos se precipitaban contra el pequeño cubículo de vidrio. En unos segundos se encontró en una oscuridad casi total, la luz exterior bloqueada por la masa de carne en descomposición que se apretaba contra todos los lados de la cabina telefónica. Cooper dejó caer la cabeza, cerró los ojos y se tapó las orejas.

Michael se despertó sobresaltado.

—Escucha.

Aún medio dormida, Emma se incorporó sobre el codo.

—¿Qué?

—Escucha —repitió. En la distancia y desapareciendo con rapidez se oía el sonido de un motor—. Lo mismo que ayer —comentó Michael, mientras saltaba de la cama e intentaba encontrar los pantalones, la chaqueta y las botas en la penumbra para vestirse—. Voy a salir para ver adonde van.

—¿Por qué?

—Una pregunta de lo más estúpida —le replicó con brusquedad—. Sabes por qué. Son supervivientes. Esa gente podría...

—Esa gente se está yendo —le explicó Emma, con la voz aún cansada y espesa por el sueño—. Ahora no tiene sentido salir corriendo detrás de ellos. Todo lo que conseguirás es ver cómo desaparecen.

—Eso es mejor que quedarse aquí sentado.

—¿Por qué no esperar? Ayer regresaron, ¿o no? Seguramente también volverán hoy.

—No necesariamente —respondió Michael, mientras se subía los pantalones y se ajustaba el cinturón.

—No, no necesariamente, pero es probable.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

Michael dejó de hacer lo que tenía entre manos. Desalentado, lanzó la chaqueta sobre la cama delante de ella y se sentó al lado de sus pies. Sabía que Emma tenía razón. En el tiempo que le había llevado ponerse los téjanos y los calcetines, el ruido exterior ya había desaparecido.

—Ven aquí —le dijo Emma en voz baja.

Veía que Michael estaba tratando de mantener el tipo. A pesar de lo fuerte, resistente y valiente que intentaban ser ambos el uno para el otro, cada vez resultaba más difícil pasar los días. La falta de noticias, orientación y propósito los estaba matando lentamente, y ésa era la razón por la que Michael había reaccionado ante el sonido del motor de la forma que lo había hecho. Hasta la última fibra de su cuerpo quería creer que los supervivientes que habían oído traerían consigo el fin de la deprimente y despiadada pesadilla en que se habían convertido sus vidas.

Michael se tendió en la cama al lado de Emma y descansó la cabeza en la almohada muy cerca de la de ella. Emma se volvió de lado y se quedó mirándole con atención. El contemplaba el techo de la autocaravana, excitado por el sonido que

había oído, pero a la vez frustrado porque no estaba más cerca de descubrir quiénes eran esas personas y de dónde procedían. Sabía que probablemente no tardaría mucho en obtener las respuestas a sus preguntas, pero lo quería saber ya.

Emma lo abrazó y lo atrajo hacia sí. El pudo sentir su aliento a un lado de la cara. Eso lo relajó. Por un momento hizo que se desvaneciera la importancia de lo que estaba ocurriendo en el exterior.

—Sabes que volverán —le susurró de nuevo, insuflando en su voz una fe y una convicción reales. Michael sabía que probablemente tenía razón—. Estoy segura. Sólo debes tener un poco de fe. Es demasiada coincidencia que los oigamos dos días pasar a toda velocidad. Deben de tener su base por los alrededores.

—Lo sé —admitió él.

—Deberíamos mover la caravana. Colocarla en algún punto desde el que pudiéramos vigilar el camino.

Michael asintió.

—Supongo.

—Mira, eso es lo que vamos a hacer —propuso Emma con suavidad, intentando que Michael siguiera centrado y positivo—. Atravesaremos las colinas hasta que encontremos un sitio en el que tengamos una visión clara del camino y esperaremos allí. Nos podemos sentar en la parte delantera y vigilar, y en cuanto los veamos, los seguimos hasta donde tengan su lugar de origen.

Sus palabras, bien seleccionadas, aunque pronunciadas más por deber que por una convicción genuina, fueron bien recibidas. Michael sabía que tenía suerte de tener a Emma. La miró, alzó la mano y le apartó un mechón del cabello que le había caído sobre la cara. Ella sonrió y se acercó aún más a él, de manera que sus rostros casi se tocaban. El la besó con suavidad en la mejilla y después la volvió a besar antes de echarse ligeramente hacia atrás y mirarla a los ojos. Por mucho que ambos ansiasen la calidez, la comodidad, la protección y tantas otras cosas, estar seguros y tan cerca el uno junto al otro era suficiente por el momento.

Agotado por el esfuerzo mental de moverse en silencio a través de la devastada ciudad y evitar a los cuerpos putrefactos, Cooper seguía adelante a rastras. A pesar de su entrenamiento para trabajar en entornos hostiles, le resultaba cada vez más difícil seguir avanzando. Cada paso requería un esfuerzo de concentración más grande de lo que cabía esperar. Cada vez que volvía la cabeza veía algo más que le horrorizaba, repelía, disgustaba o aterrorizaba. Las calles grises estaban cubiertas con los restos de cuerpos rotos y en descomposición: los restos de miles de víctimas inocentes y desprevenidas de la plaga. Si entrecerraba los ojos e intentaba no pensar en los cuerpos repugnantes y tambaleantes que vagaban sin rumbo a su alrededor, entonces tenía la sensación de que estaba paseando por una extraña foto fija. Era como si el mundo se hubiera quedado congelado en un instante del tiempo, y que cada parte padeciera la muerte más lenta y dolorosa imaginable. No podía ver nada bueno a su alrededor, nada positivo. Muerte, descomposición y destrucción imperaban allá donde mirase.

Había alcanzado el cinturón de circunvalación que rodeaba el perímetro del centro de la ciudad. Su geografía local y el conocimiento de la zona eran buenos, pero distaban mucho de ser completos. Miraba esperanzado cada señal de tráfico cuando pasaba a su lado, intentando encontrar el nombre de un suburbio o de un pueblo cercano que pudiera reconocer, o que al menos le recordase a algo. Para él tenía sentido dirigirse hacia algún punto más allá del extrarradio de la ciudad, a algún sitio en el que los edificios se extendieran sobre una zona más amplia en lugar de apelotonarse, como ocurría en los distritos del centro. Tenía mucho tiempo para pensar sobre lo que iba a hacer, pero las distracciones constantes a su alrededor habían evitado que llegase a algo que se pudiera parecer a un plan de acción coherente. Todo lo que realmente quería era encontrar algún lugar relativamente seguro y cómodo donde poder descansar durante unos cuantos días, y hacerse a la idea de todo lo que había ocurrido. No esperaba ser capaz de dar sentido a nada de ello, pero para conservar la cordura necesitaba una oportunidad para respirar hondo y al menos intentar comprender por qué de repente se había convertido en el último hombre vivo.

A la izquierda de Cooper, mientras caminaba lentamente por el centro del cinturón de circunvalación, se encontraba el centro de la ciudad propiamente dicho y, justo delante y hacia la derecha, los primeros edificios del complejo del hospital y la universidad. La carretera emprendía una suave pendiente y giraba ligeramente hacia la izquierda, y al seguirla se dio cuenta de algo extraño y, al principio, inexplicable, que hizo que se le helase la sangre. Por delante, a unos cuatrocientos metros según sus estimaciones, se encontraba una inmensa multitud de cuerpos, con una apariencia

que no había visto antes. El instinto le urgía a darse la vuelta y alejarse en la dirección opuesta, pero no se atrevió a realizar ningún movimiento.

Se acercó a los cuerpos con la intención inicial de moverse sigilosamente alrededor del borde exterior de la gran concentración y salir de la ciudad. Sin embargo, al acercarse se empezó a preguntar por qué se habrían reunido tantos en un solo lugar. La respuesta, se le ocurrió, era sencilla. Había visto cómo los muertos reaccionaban ante él cuando bajó la guardia. Parecía que las criaturas carecían de prácticamente todas las capacidades cognitivas y que sólo reaccionaban ante los estímulos más básicos. Eso quería decir que allí estaba ocurriendo algo, tenía que ser eso. Algo les atraía a ese lugar.

La ancha carretera estaba cubierta por los restos de la última hora punta de la ciudad, lo que dificultaba que Cooper pudiera estimar con precisión el número de cuerpos que tenía por delante. Parecía que se dirigían hacia un edificio grande y de aspecto moderno al otro lado de la carretera, cada uno de ellos avanzando paso tras paso, hasta que el número de criaturas fuertemente apelotonadas evitaba que se acercasen más. Cooper realizó una alteración muy sutil de su trayectoria de manera que se siguió deslizando hacia el extremo más alejado de la vía, donde había menos cuerpos. Miró hacia atrás y se dio cuenta de que a su espalda seguían apareciendo constantemente nuevos cadáveres, surgidos de las sombras del centro de la ciudad.

La enorme multitud estaba en su mayor parte en silencio, salvo por el lento y constante arrastrar de los pies putrefactos sobre el suelo. Sin embargo, por encima de este ruido de fondo, Cooper creyó oír algo más. Receloso de atraer la atención sobre sí mismo si levantaba la cabeza y alzaba la mirada, siguió con los ojos fijos en el suelo delante de él y se concentró para tratar de distinguir e identificar el nuevo sonido. Sonaba como el crujido y el estallido de madera ardiendo. ¿Eso era todo?, se preguntó. ¿Sólo otro edificio en llamas? Ya había numerosas edificaciones que habían sido devoradas por el fuego como consecuencia, quizá, de la rotura de una canalización de gas, la comida que había quedado olvidada en un horno encendido, estufas que no se habían apagado o luces que habían quedado encendidas o cualquiera de las miles de razones posibles. Esos accidentes habían sido inevitables, decidió, dada la falta repentina de tantas personas cuando ocurrió lo que fuera que hubiese sucedido. ¿Y eso también era lo mismo? Con resignación, empezó a planear la mejor forma de cambiar de nuevo de dirección y hacia dónde debería dirigirse.

Pero entonces oyó algo más. ¿Era alguien gritando? Sólo duró uno o dos segundos, y fue completamente ininteligible. ¿Lo había imaginado? Se había convencido a sí mismo de que era el único que quedaba; entonces, ¿se trataba de su mente gastándole una broma? Incapaz de contener su curiosidad o su deseo de ver a otras personas vivas y que respirasen como él, levantó con precaución la cabeza y alzó la mirada. Se dio cuenta de que una cortina de humo gris sucio se elevaba

lentamente desde lo alto de uno de los grandes edificios a la derecha de la ancha carretera. Entornó los ojos y vio movimiento en el tejado. ¡Personas! Aunque sólo se atrevió a mirar durante unos pocos segundos, estaba seguro de que había varias y, a pesar de que sólo las había visto durante un instante, supo que eran como él.

Contra su sentido común, Cooper penetró en la muchedumbre. No se atrevía a gritar a las personas en el tejado para indicarles su presencia, consciente de que, por el contrario, su única opción era acercarse con lentitud al edificio hasta que pudiera ingeniar una forma de entrar. Sin embargo, unos pocos pasos más adelante quedó engullido por la multitud putrefacta. Cadáveres en descomposición colisionaban con él constantemente al azar y muchos más se apretaban desde atrás, y lo único que pudo hacer fue controlar los nervios y seguir moviéndose. El hedor a putrefacción era espantoso. Había estado alrededor de muertos un montón de veces durante sus años de servicio, pero nunca en nada como eso. El olor dulzón y pegajoso de la descomposición lo cubría todo como una sábana asfixiante. Mantener el control de su estómago empezaba a requerir casi el mismo esfuerzo y concentración que mantener el control de su paso y de los nervios.

La repentina densidad de la multitud aumentó la confusión de Cooper. Se hallaba completamente rodeado de cuerpos bamboleantes. Aunque las criaturas estaban pálidas y encorvadas, y eran relativamente ligeras, había tantas y estaban tan apelotonadas que era imposible ver con claridad en cualquier dirección. Sabía que debía seguir moviéndose con el flujo lento de la masa repugnante y esperar que la suerte lo llevase al final en la dirección correcta. A diferencia de sus incómodos encuentros anteriores con los muertos, esta vez le prestaron poca atención. Y la razón de ello, se dio cuenta, era que había algo mucho más interesante por delante: una distracción mucho más grande que un soldado cansado y confuso que vagaba agotado por la ciudad.

Cooper intentó convencerse durante un rato de lo contrario, pero no se le escapaba el hecho de que, después de unos pocos minutos, prácticamente no había avanzado. No había casi nada que pudiera hacer para remediarlo. Sintió que lo empujaban y zarandeaban lejos de la fachada del edificio, hacia su derecha, a lo largo del cinturón de circunvalación en la dirección de la que acababa de llegar. Todo lo que podía hacer era seguir moviéndose y esperar que al final se dirigiesen hacia el otro lado. Tropezó y pasó por encima de un cuerpo destrozado en el suelo. Incluso cuando sus botas aplastaban huesos y resbalaban a través de la carne putrefacta y grasienta se forzaba a seguir concentrado, sin emociones y no reaccionar.

Un pasaje subterráneo.

Lo vio por el rabillo del ojo. Justo a su derecha vislumbró la entrada a un pasaje subterráneo que, según supuso, proporcionaba una conexión peatonal entre el resto de la ciudad y los edificios del otro lado del cinturón, que en su momento había tenido

mucho tráfico. Ese día estaba demostrando que era bastante difícil atravesarlo, pero, antes de que todo el mundo muriese, había sido imposible cruzar esa carretera a pie. Aun sin moverse con rapidez, Cooper decidió aprovechar la oportunidad de dirigirse hacia el paso. Aunque lo más seguro era que debía de haber más cuerpos atrapados allí abajo, estaría más oscuro y también, suponía, sería más seguro. Con precaución, viró hacia la resbaladiza entrada de hormigón, aumentando su nerviosismo y aprensión a medida que contemplaba la oscuridad y empezaba a bajar por la rampa. Al difuminarse la luz, el hedor se intensificó. Nervioso, empezó a sudar copiosamente cuando el espacio repentinamente cerrado le recordó el momento de entrar en el búnker, en aquella mañana de hacía casi tres semanas.

Dentro del pasaje, la oscuridad era prácticamente total, mucho más de lo que había esperado. Era consciente de cierto movimiento a su alrededor, pero parecía que la mayoría de los cuerpos ya había conseguido arrastrarse hasta la superficie, atraídos, sin duda, por la luz y el sonido de allí arriba, y por los movimientos del resto de la multitud.

A poco más de veinte metros, Cooper tropezó inesperadamente con un cruce en forma de T, donde un segundo túnel atravesaba el que estaba recorriendo. Los ojos se le estaban acostumbrando con lentitud a la penumbra, pero cuando penetró en el segundo túnel (dirigiéndose, o eso esperaba, hacia el edificio con el fuego en el tejado) la luz fue cada vez menor. Si el olor en el exterior era insoportable, allí abajo era horroroso: el hedor penetrante y húmedo de carne ulcerosa y fermentada que había quedado atrapado bajo tierra, incapaz de salir al aire más fresco de la superficie. Podía ver sombras difuminadas y movimientos a su alrededor, y a veces parecía como si las oscuras paredes del túnel subterráneo fueran cambiando constantemente de forma. Se tambaleó hacia delante un paso cada vez, arrastrando los pies por el suelo y abriendo un sendero con sus pesadas botas a través de los interminables restos en descomposición. Estaba seguro de que el túnel por el que iba lo conducía a lo largo de la carretera, más cerca de la parte delantera del edificio que pretendía alcanzar.

Una colisión repentina e inesperada hizo que Cooper cayera pesadamente al suelo. Había chocado con uno de los cuerpos tambaleantes y, aunque el impacto casi no tenía fuerza, la sorpresa le había hecho perder el equilibrio. Cayó con torpeza, aplastando el pecho de otro cadáver imposible de distinguir, que se colapso completamente bajo su peso, y hundiendo la mano derecha enguantada en sus entrañas.

—¡Mierda! —maldijo instintivamente mientras intentaba ponerse en pie.

Sus toscas botas resbalaron sobre los charcos de fluidos pegajosos, y perdió de nuevo el equilibrio antes de encontrar la pared con una mano extendida y recuperar el equilibrio. Respirando con dificultad, se quedó completamente quieto en medio del

túnel subterráneo, con la esperanza de permanecer invisible y pasar desapercibido en la oscuridad. No necesitó ver para saber que ya no importaba lo quieto y callado que estuviera. El daño ya estaba hecho. Su caída y la exclamación habían atraído la atención indeseada de cada uno de los cuerpos que se encontraban en el túnel. Podía oír cómo se movían con torpeza en la oscuridad, arrastrándose hacia delante, empujándose entre ellos para acercarse a él.

Las primeras garras intentaron cogerlo. Se las quitó de encima con facilidad y por instinto preparó el fusil que llevaba colgado del hombro. No sabía si las balas tendrían algún efecto sobre las criaturas, sólo fue una reacción primaria. En otro movimiento igualmente instintivo bajó el hombro y corrió hacia delante. Medio ciego e impulsado por el pánico, recorrió el túnel a toda velocidad, apartando a golpes cuerpo tras cuerpo. Intentó notar el camino que tenía por delante con la punta del fusil, temeroso de irse, en la oscuridad, de cabeza contra una pared o cualquier otro obstáculo, pero sabía que no tenía otra alternativa que seguir en movimiento. Eso o arriesgarse a quedar atrapado bajo tierra en una oscuridad casi total, enterrado bajo el peso del creciente número de cuerpos putrefactos que se removían a su alrededor.

El extremo del fusil atravesó sin esfuerzo el torso de otro cadáver como una bayoneta, y después golpeó una pared, enviando a Cooper una repentina sacudida por todo su cuerpo. Había alcanzado otro cruce en forma de T. Debía tomar una decisión inmediata: ¿derecha o izquierda? Ambos pasillos eran igual de oscuros. Aunque desorientado, su sentido de la orientación sugería la derecha y, como no tenía más información para fundamentar su decisión, eso fue lo que hizo, apartando el cadáver de la punta del fusil y forzando su camino a través de más cuerpos endebles hacia donde creía que encontraría el edificio y los supervivientes.

Otro cuerpo chocó con él, después otro y otro más. Con el hombro aún bajo y la cabeza gacha, cargó hacia delante; las botas le resbalaban en el fango, pero estaba decidido a seguir avanzando a toda costa a través del mar de carne putrefacta, aterrorizado ante la idea de lo que podría ocurrir si se atrevía a pararse o incluso a frenar el ritmo. Levantó la mirada y vio una rendija de luz delante, que se filtraba a través de un hueco entre más criaturas tambaleantes, y empezó a correr aún con más determinación y velocidad.

Visible sólo durante unos instantes fugaces entre sombras en movimiento y bultos desgarrados y horripilantes, la luz era en lo único que tenía que concentrarse Cooper. Apretó el gatillo del fusil y disparó una ráfaga corta, lo suficiente para apartar a más cuerpos de su camino. Con la senda parcialmente despejada, aumentó la velocidad de su carrera, y la luz fue aumentando de forma paulatina hasta que finalmente Cooper se encontró de nuevo en el exterior. Aliviado, se detuvo durante una fracción de segundo. Se protegió los ojos de la luminosidad repentina y miró ansioso de un lado a otro. Había hordas de cascarones putrefactos que ya avanzaban hacia él, despertado

su interés por el ruido de los disparos que habían levantado ecos a lo largo de todo el pasaje subterráneo. Cooper tenía la boca seca, el corazón le latía a toda velocidad y sentía las piernas pesadas, pero sabía que tenía que seguir en movimiento. Tenía el edificio justo delante de él.

Más cuerpos surgieron del subterráneo en su persecución, y manos engarfiadas lo intentaron agarrar desde atrás. Con el fusil aún cogido con fuerza, levantó el cañón del arma hacia lo alto y disparó otra ráfaga. Después de horas intentando pasar desapercibido, estaba dispuesto a hacer todo lo que pudiera para señalar su presencia.

—Aquí —gritó, mirando a un lateral del alto edificio de ladrillos rojos que tenía justo delante de él—. ¿Me puede oír alguien?

Desde la calle, al solitario soldado le resultaba imposible saber si sus gritos habían sido suficiente para provocar una respuesta. Sin embargo, en el tejado del edificio, la segunda ráfaga de disparos había provocado una repentina oleada de actividad ansiosa. Muchas personas se acercaron con precaución al borde del tejado y empezaron a mirar, con la esperanza de ver al que había disparado el fusil. Muy por debajo de ellas, Cooper se acercaba al edificio, buscando una entrada, una ventana abierta o alguna otra manera de entrar. Veía un montón de puertas, pero estaban cubiertas de cuerpos que se aplastaban contra ellas. También había muchas ventanas, pero sabía que romper cualquiera de ellas no sería una buena idea. Le permitiría entrar en el edificio, pero al mismo tiempo estaría abriendo la vía para una inundación de cuerpos que le seguirían a través de ella.

—Ve a la parte de atrás —le gritó una voz ronca y sin dirección precisa.

Cooper no perdió el tiempo intentando localizar la fuente del sonido, sino que se alejó corriendo de la parte delantera del edificio, como le habían indicado, apartando a empujones a más cadáveres en su camino, sosteniendo el fusil por el cañón y blandiéndolo como si fuera un garrote.

Dentro del bloque de alojamientos, la frenética actividad continuó cuando los supervivientes que habían estado en el tejado bajaron en estampida por la escalera más cercana para llegar a la planta baja. Un puñado, entre ellos Donna Yorke y Phil Croft, continuaron hasta la parte trasera del edificio, donde abrieron una puerta y salieron corriendo a la luz del día. Utilizando palos y otras armas rudimentarias, empezaron a golpear a los cuerpos que ya se abalanzaban sobre ellos.

Resbalando y tropezando por un repecho empinado y cubierto de hierba húmeda, a corta distancia de la puerta, Cooper los oyó antes de verlos.

—¡Por aquí!

—Allí está —gritó Richard Stephens, que se había encontrado en el lugar equivocado en el momento más inoportuno y se había visto empujado por los demás.

Richard blandía un palo de billar como si fuera una espada de samurái; golpeó en el cuello a otro cadáver y lo derribó. Phil Croft se atrevió a avanzar un poco más,

intentando abrir camino para el soldado con una horca de jardín; se estremeció de asco cuando le atravesó el pecho a una mujer muerta. Con la culata del fusil, Cooper golpeó la mandíbula de un cadáver, que se tambaleaba en su camino, antes de pasar junto al médico y desaparecer en el interior del edificio. Richard se encontraba justo detrás de él.

—Está dentro —gritó Donna, intentando arrastrar a Croft (que seguía intentando arrancar su horca del cadáver atravesado) hacia el interior—. ¡Cierra la maldita puerta!

Croft tiró la horca y corrió de regreso a la puerta. Dos muertos, que se habían colgado de él con sus manos putrefactas y engaritadas, trataron de retenerlo, y los arrastró al interior, penetrando por el estrecho pasillo gris antes de intentar librarse de su despiadada sujeción. Cuando Donna cerró la puerta con llave, Richard Stephens agarró al más cercano de los dos cadáveres y lo apartó.

—Mierda —maldijo mientras mantenía a la criatura fuertemente agarrada por las delgadas muñecas y se quedaba mirando el rostro pálido e inexpresivo. Su mirada vacía lo dejó helado hasta los huesos. La carne putrefacta de las muñecas tenía el tacto de la masilla húmeda bajo la fuerza de sus manos, que aumentó de forma instintiva y nerviosa.

—Líbrate de él —propuso Croft.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Cooper apartó el cuerpo de Richard y lo empujó contra la pared. Levantó el fusil y le metió una sola bala en la cabeza, justo entre los ojos. Mientras el cadáver se deslizaba por la pared (dejando tras de sí un rastro de sangre de color rojo muy oscuro y fragmentos de huesos astillados), el soldado se dio la vuelta e hizo lo mismo con el segundo cuerpo. Los restos de un vicario muerto cayeron a sus pies.

El sonido del último disparo despertó el eco a lo largo del pasillo y se perdió en la distancia, sólo para que lo sustituyera el ruido del golpeteo incesante, cuando la horda de cuerpos desesperados se empezó a precipitar contra el otro lado de la puerta, intentando alcanzar a los supervivientes que se encontraban dentro.

—Entonces, ¿de dónde demonios vienes tú? —exigió saber Nathan Holmes cuando el agotado soldado, Donna, Croft y los demás llegaron a la sala de reuniones.

—Una base a las afueras de la ciudad —respondió Cooper. Estaba de pie en medio de la gran sala, mientras la sangre y otros fluidos goteaban de su sucio uniforme—. Mirad, ¿hay alguna posibilidad de conseguir...?

—¿Fuiste tú el que disparaste ayer? —le interrumpió Nathan.

—Yo no, pero...

—Y el motor que oímos, ¿también fuiste tú?

Cooper asintió, exhausto. Comprendía por qué lo hacían, pero ese interrogatorio repentino era lo último que necesitaba.

—Fuimos nosotros.

—¿Nosotros?

—Eso es.

—Entonces, ¿dónde están los demás?

—Espero que de vuelta en la base.

—¿Y por qué estás aún aquí?

—Nos separamos.

—¿Cómo es que puedes respirar?

—¿Cómo es que puedes respirar tú? Supongo que sólo hemos tenido suerte.

—¿Los otros son inmunes?

Cooper negó con la cabeza.

—Lo dudo. No lo sé seguro. Yo lo descubrí por casualidad. Por favor, ¿alguien me puede explicar exactamente qué ha ocurrido? He estado fuera de circulación durante...

—¿No eres tú el que nos deberías explicar a nosotros lo que ha ocurrido? —replicó Donna. Atravesó la sala y se situó directamente entre Nathan y el soldado.

—No lo sé —contestó Cooper—. Ninguno de nosotros sabía nada. Oímos rumores, pero nada concreto.

—¿Qué rumores? —preguntó Jack Baxter, acercándose también.

—Como he dicho, nadie sabía demasiado. Oímos hablar de una enfermedad. Sabíamos que se había extendido y que probablemente había matado a miles, pero nada como lo que he visto ahí fuera.

—Entonces, ¿dónde estabas cuando ocurrió?

—¿Qué?

—Si no sabías que eras inmune hasta que llegaste aquí, ¿dónde has estado escondido las últimas semanas? ¿Cómo es que no se ha infectado el resto de vosotros?

—Estábamos en un búnker. Nos enviaron allí cuando empezó todo.

—Deberías dar gracias por no haberlo visto —intervino Bernard Heath en voz baja, y se sentó a poca distancia de los demás.

—¿Perdón?

—Decía que deberías estar agradecido de haber estado fuera de circulación cuando ocurrió —continuó Bernard—. Han muerto miles de personas, millones. Millones de personas cayeron muertas donde estaban. Dios santo, no tengo esperanzas de que ni siquiera mil personas sigan vivas.

—Entonces, ¿qué ocurre con los que están fuera? ¿Están...? —Cooper dejó que se perdieran sus palabras. No importaba lo que había visto en la calles, no se atrevía a plantear la pregunta que le había estado rondando por la cabeza desde que llegó a la ciudad.

—Están muertos —respondió Jack—, y si no lo hubiera visto con mis propios ojos no lo habría creído. Murieron la primera mañana. Un par de días después empezaron a moverse de nuevo.

—Pero eso es imposible.

—Ve a decírselo a ellos.

—No sabemos lo que lo ha provocado —intervino Phil Croft—. Para ser sincero, ni siquiera vale la pena pensar en ello. Ahora no le iba a servir de nada a nadie.

—¿Tú sabes lo que lo ha causado? —le preguntó Paulette a Cooper.

La mujer, habitualmente extrovertida, había estado pendiente de cada palabra de la difícil conversación, esperando respuestas. Su voz, normalmente alegre y enérgica, sonaba extrañamente baja y apagada. Cooper negó con la cabeza.

—No.

—Pero debes de tener alguna idea —protestó Bernard—. Debes saber por qué os enviaron al búnker. ¿No hicisteis preguntas?

—Órdenes son órdenes.

—Sí, pero ¿fuimos atacados? ¿O fue un accidente, o...?

—Realmente no lo sé —contestó Cooper—. Dudo que fuera un ataque directo, porque habríais visto u oído algo. Yo habría oído algo.

—¿Y qué pasa con la velocidad con la que se propagó? —preguntó Donna antes de que Cooper pudiera responder—. Yo estaba en la novena planta. Vi cómo atravesaba la ciudad matando a todo el mundo. ¿Cómo pudo ocurrir?

—Me estoy empezando a preguntar si no estaría ya aquí —intervino Croft—. No hay forma de que una enfermedad o un virus se puedan extender con tanta rapidez, ¿o no?

—Realmente no sé nada —suspiró Cooper—. Mirad, aquí estamos todos en el mismo barco. No tengo ninguna razón para ocultaros nada, y juro que si supiera algo, os lo diría.

Cansado, Cooper se derrumbó en una silla. Donna le entregó una botella de agua y empujó otra silla para sentarse frente a él. Su rostro mostraba una concentración intensa. Quería saber lo que había ocurrido tanto como los demás, pero tenía que plantearle otras preguntas. Su mente ya estaba trabajando de forma frenética, analizando lo que él había dicho y preguntándose si ese desconocido sería capaz de proporcionar cierta estabilidad y seguridad a su mundo, cada vez más peligroso. Parecía que había llegado a la ciudad desde un oasis protegido.

—¿Cuántos erais allí? —le preguntó.

Cooper dejó seca la botella de agua, se limpió la boca y se aclaró la garganta antes de responder.

—¿Dónde? ¿Cuántos estábamos ayer ahí fuera o...?

Ella negó con la cabeza.

—En esa base tuya. ¿Cuántos erais en la base?

—Unos dos centenares, creo. No estoy totalmente seguro. Como mucho trescientos.

—¿Y hay más? ¿Más bases?

El asintió.

—Se supone que sí, pero no sé si alguien consiguió llegar a ellas. Ni siquiera estoy seguro de dónde están. Se supone que hay una cerca de la capital.

—Debes de tener alguna idea.

—¿Por qué? Juro que no sabía dónde se encontraba nuestra base hasta que estuve en ella. Mira, se trata de ese tipo de sitios a los que no sabes que has llegado hasta que estás justo encima. He oído que algunos de estos búnkeres se encuentran en el centro de las ciudades, otros en lugares más lejanos. Dios santo, es posible que hayas vivido durante los últimos diez años al lado de uno y no sepas nada de él.

Phil Croft se sentó al lado de Donna.

—Entonces si pudiéramos llegar a tu base —empezó a preguntar, el tono de su voz era indeciso e inseguro—, ¿nos podrías facilitar el acceso?

—Estáis completamente locos si pensáis que me voy a enterrar bajo tierra con el ejército —estalló Nathan desde cierta distancia—. Completamente locos.

Croft lanzó una mirada rápida y decepcionada en su dirección, y después se volvió de cara al soldado.

—¿Nos dejarían entrar? —preguntó de nuevo.

Cooper no podía responder con seguridad.

—Podrían, pero también podrían no hacerlo. Dios santo, es posible que ni siquiera me dejen entrar a mí. Supongo que depende de si funciona el proceso de descontaminación. Yo salí de la base, pero no pude regresar, y éramos los primeros en salir a la superficie. Los demás que estaban conmigo es posible que no pudieran volver a entrar. Si no han podido eliminar todo rastro de contaminación, entonces los

habrán dejado en la superficie. Por lo que sé, podrían haber dejado entrar lo que sea cuando salimos. Todo el maldito grupo podría estar muerto.

—¿Lo dices en serio? ¿Dejarían a alguien fuera de esa manera?

—Si estuviera contaminado.

—Para morir.

—Supongo. La vida de unos pocos frente a la vida de cientos. Resuelve la operación.

—¿Y sabías eso cuando te ordenaron que salieras?

—Nadie lo dijo claramente, pero no hace falta ser un genio para deducirlo, ¿no te parece?

—No me sorprende que no tengas prisa por volver.

—Forma parte del trabajo —replicó Cooper con tranquilidad—. Esos son los riesgos que corres. Es lo que aceptas cuando te alistás.

—¿Y sigues de servicio? —bromeó Croft.

El soldado negó con la cabeza.

—Lo he dejado —respondió inexpresivo—. Lo dejé en el momento que descubrí que podía seguir respirando. No hace falta pasar mucho tiempo aquí fuera para darte cuenta de que todo el planeta está jodido. Imagino que puedo aprovechar al máximo la poca libertad que me queda. En cualquier caso, lo más probable es que crean que estoy muerto.

Sin pensar en los peligros potenciales de encontrarse solo en el exterior, y con una sensación de engreída satisfacción que lo reconfortaba frente a la fría brisa de finales de otoño, Michael se agachó entre la hierba alta en la cima de una colina y contempló cómo otro camión lleno de soldados traqueteaba por el sendero cubierto de vegetación. Había vuelto a encontrar el camino a primera hora del día y lo había seguido a pie todo lo que se había atrevido antes de regresar a la seguridad relativa de la autocaravana. Emma y él habían conducido entonces hasta el punto en el que terminó su caminata. Michael tenía la sensación que estaban cerca de encontrar la base, y ver a las tropas en el transporte era una prueba de que se estaban acercando. Sintiendo más optimista que en los últimos días, se dio la vuelta e hizo un gesto con los pulgares hacia arriba, como un saludo a lo que le parecía una victoria pequeña pero significativa. La luz de la tarde se estaba desvaneciendo y empezaba a llover con fuerza. Desde la calidez y la comodidad relativas de la auto-caravana, a poca distancia, Emma lo miraba y le devolvía el saludo, reconociendo su logro.

Antes de darse la vuelta y regresar al interior, Michael siguió mirando el camino durante un rato más. En ese momento un cuerpo andaba por allí, un cadáver solitario, patético, putrefacto y descompuesto que se arrastraba inútilmente detrás del transporte que hacía rato que había desaparecido. Michael contempló a la criatura solitaria con una mezcla de miedo, odio y lástima. Aunque habían permanecido lo más alejados posible de la devastación, entrar en contacto con los cadáveres era inevitable, ocurría todos los días. En los días inmediatamente posteriores a la muerte de millones de personas, habían analizado el cambio en el comportamiento de los muertos. Al principio, los espionaron desde la protección que les brindaba la granja, pero desde entonces habían visto cómo esos cambios seguían en aumento. Al principio, los muertos no eran más que cascarones vacíos, pero últimamente los cuerpos mostraban un mayor grado de emociones y control. Parecía como si sus cerebros hubieran quedado anestesiados por la enfermedad y el embotamiento se estuviera disipando poco a poco. Torpes, vacíos e insensibles al principio, en los últimos días daba la impresión de que los cuerpos habían desarrollado un propósito. La capacidad para interpretar y responder a estímulos básicos había sido lo primero, después algo parecido a las emociones básicas. ¿Les impulsaría la necesidad de protegerse? ¿Estaban buscando una forma de terminar con su dolor? Más recientemente, Michael había sentido una curiosidad malsana por los cuerpos, lo que con frecuencia se había manifestado en forma de ira y odio.

En el exterior hacía mucho frío y no estaba seguro. Corrió de regreso a la autocaravana.

—¿Y bien? —preguntó Emma después de dejarlo entrar, cerrar con llave y

oscurecer la puerta a su espalda.

—Hay más —respondió sin aliento.

—Estamos cerca, ¿verdad?

Michael asintió y se sacudió el agua de la cara y el pelo.

—Debemos de estarlo.

Michael se quitó la chaqueta mojada y las botas embarradas. Una vez seguro en el interior, Emma se ocupó de lo que se había convertido en un ritual nocturno: cubrir cada una de las ventanas, respiraderos y puertas con tablas de madera y lonas negras. Sabían que el más leve resplandor de luz podía ser suficiente para atraer a los cuerpos. A Emma no le importaba la oscuridad. Le ayudaba a olvidar las condiciones en las que se veían obligados a vivir.

—Mañana por la mañana deberíamos intentar acercarnos aún más —propuso Michael en voz baja mientras se sentaba frente a ella en la pequeña mesa—. No importa lo que tardemos. Un paso cada vez...

—¿Y estás seguro de que esto es lo mejor?

—Por supuesto que sí, ¿por qué? —Michael estaba sorprendido por su comentario.

—No olvides que se trata del ejército —le explicó—. ¿Crees que nos van a recibir con los brazos abiertos? Es posible que aún no se hayan tropezado con ningún superviviente. Y míranos. Probablemente creerán que estamos muertos y que sólo...

—¿Realmente crees eso? —Suspiró, movió la cabeza y se quedó mirando a la mesa.

—No lo sé —le contestó ella, insegura—. Nosotros somos los raros por estos alrededores, ¿no te parece? No van a esperar...

—No van a esperar que ningún jodido cadáver aparezca en una autocaravana y llame a su puerta, ¿o no?

—No, pero...

—¿Pero qué? Verán la caravana, nos verán a nosotros y todo irá bien.

—¿Qué ocurrirá si te ven a pie?

—Suena como si estuvieras intentando encontrar razones para no hacer esto.

—¡Anda ya, eso no es justo! Sólo me preocupa que no funcione bien.

—Funcionará.

—Hay cientos de razones para que no lo haga. Me dijiste que creías que llevaban trajes de protección. Ni siquiera pueden andar en el exterior. No pueden respirar el aire, porque les hará lo que le hizo al resto de la población.

—Sí, y ésa es nuestra ventaja, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir?

—Si no funciona como queremos, simplemente nos podemos ir andando.

—¿Crees que nos dejarán?

—¿Crees que tienen elección?

—¿Y si nos quieren cortar a trocitos? ¿Fabricar una vacuna con nuestra sangre o algo por el estilo? Es posible que nos quieran usar como ratas de laboratorio.

—Estás diciendo tonterías.

—¿Seguro? Lo siento, Mike, no estoy intentando ser negativa. Sólo creo que necesitamos plantearnos toda esta situación con mucho, mucho cuidado.

Sabía que iba a tener problemas para intentar contener el ansia y la excitación de Michael. Su repentino punto de vista amable y su aparente falta de preocupación le inquietaban. Ambos sabían lo que estaba en juego. Ya habían perdido casi todo lo que tenían. En la granja habían luchado para construir un refugio que los protegiera del resto del mundo y, a pesar de su superioridad física y mental sobre las incontables víctimas de la plaga, lo habían perdido todo de un plumazo. Un error fue todo lo que hizo falta. Y aunque estar sentados en una fría autocaravana en medio de la nada estaba muy lejos de ser ideal, al menos habían conseguido recuperar cierto nivel de control. Emma tenía la incómoda sensación en la boca del estómago de que estaban peligrosamente cerca de perderlo todo.

Cada noche parecía durar una eternidad. Las horas de oscuridad no tenían fin. Sin distracciones ni entretenimientos, Michael y Emma intentaban no mortificarse con los problemas que quedaban al otro lado de la delgada puerta de metal. De vez en cuando, la situación se volvía algo más soportable. Sin embargo, la mayor parte del tiempo el pesado ambiente que gravitaba sobre la autocaravana era tenso y apabullante.

La conversación siguió siendo escasa y difícil durante toda la velada. Como la pareja había descubierto en muchas ocasiones, había pocas cosas sobre las que pudieran hablar y que, de alguna manera, no les condujeran a discutir sobre todo lo que habían estado intentando olvidar. Irse a la cama proporcionaba a veces un alivio temporal, pero en la mayoría de los casos era de poca ayuda. O bien se tendían inquietos, incapaces de dormir, o conseguían perder la conciencia sólo para verse catapultados de nuevo a su extraña realidad por medio de una oscura pesadilla o un ruido repentino procedente del otro lado de las paredes, delgadas como papel, de la autocaravana.

El único alivio que había encontrado Michael en los días y en las noches desde que su vida había dado un vuelco había sido Emma. Cuando se tendían juntos en la cama, abrazándose con fuerza, manteniendo el calor de ambos, se relajaba en la comodidad de su proximidad. Le gustaba el sonido de su voz susurrándole en el oído a altas horas de la noche, y la suave caricia de su aliento sobre la mejilla, de alguna forma le hacía recordar que, no importaba como se sintiese, seguía estando aún vivo. Su aroma, la sensación de su cuerpo contra el suyo, la calidez que proporcionaba a las noches largas y frías, todo ello le ayudaba a confirmar que el esfuerzo de sobrevivir

valía la pena y que, a pesar de todos los obstáculos que tenían en contra, seguían siendo un trémulo rayo de esperanza de que la situación acabaría mejorando. Se aferraba a la idea de que, algún día, los dos serían libres para pasear de nuevo por el exterior sin temor. Sabía que podía ocurrir. Los cuerpos se estaban deteriorando y no podían seguir así de forma indefinida, ¿o no?

Eran las dos y veinte de la madrugada. El viento estaba golpeando un lado de la autocaravana, la lluvia caía a mares y resonaba sobre el techo de metal por encima de sus cabezas; podían oír los pasos tambaleantes y chapoteantes de un cuerpo solitario, que tropezaba y resbalaba en el barro del exterior. Durante unos momentos preciosos nada de esto le pareció importar a Michael. Estaba junto a Emma y, de alguna manera, era capaz de olvidar por un rato todo lo demás.

Ocho supervivientes estaban sentados en la semioscuridad de una de las salas de conferencias de la universidad y comían una cena preparada a toda prisa. El ambiente del edificio había cambiado notablemente desde la imprevista llegada de Cooper ese mismo día. Para muchas de las personas desesperadas y aterrorizadas que estaban refugiadas en el bloque de alojamientos, su aparición había traído a sus vidas un ligero e inesperado rayo de esperanza. Para un número similar, sin embargo, su presencia en el edificio había aumentado su incomodidad y su ansiedad. Por muy claustrofóbico, monótono e incómodo que se hubiera vuelto su mundo, con el país reducido a ruinas, eso era todo lo que tenían, y la repentina aparición del soldado había resultado inquietante.

—Deberíamos salir de aquí ahora —propuso Donna, con la boca medio llena de comida.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo Sunita. No era habitual que estuviera presente en discusiones como ésta, y aún menos frecuente que realizara alguna aportación—. Nos deberíamos ir.

—¿Esto tiene algo que ver con lo que pasó en el edificio de la asociación la pasada noche? —preguntó Croft.

Ella le había explicado lo de los cuerpos cuando él había subido a su habitación a gorrearle un cigarrillo y la había descubierto sentada en un rincón, sollozando. Donna la miró sorprendida.

—¿Por qué? ¿Qué pasó ayer por la noche?

—Fui a buscar pitillos —empezó Sunita, deteniéndose cuando se dio cuenta de que todo el mundo la estaba mirando—. Había estado en la asociación un montón de veces antes y nunca había tenido problemas. La pasada noche había cuerpos dentro. Me oyeron...

—Eso no es extraño —intervino Bernard Heath—. Quizás, en primer lugar, no deberías haber ido sola.

Ella negó con la cabeza.

—Esto fue diferente. Me sentí como si me estuvieran cazando. Eran más rápidos que antes, más agresivos...

—No estaban contentos antes cuando intentaron entrar —comentó Cooper. Tenía razón, el ruido y la conmoción que había acompañado su llegada había provocado en los cuerpos del exterior un frenesí desconocido hasta entonces. Incluso en ese momento, muchas horas después, las criaturas seguían luchando por acercarse al edificio, golpeando inútilmente con sus puños putrefactos las ventanas y las puertas desprotegidas—. ¿Crees que se están volviendo peores?

—Más violentos —respondió Donna, asintiendo con la cabeza— y menos

predecibles. Si se van a convertir en un problema más grave, entonces no ganamos nada con quedarnos aquí. Deberíamos salir y regresar a la base con Cooper.

—¿Qué hay allí para nosotros? —preguntó Bernard ansioso.

—Más de lo que hay aquí —replicó Donna antes de devolver su atención al resto de comida que le quedaba en el plato.

—¿Quién ha dicho que voy a regresar a la maldita base? —preguntó Cooper, lo suficientemente alto para que todos lo oyeran.

—Vayamos o no a esa base —intervino de repente Jack, dejando de lado su plato de comida fría y tomando un sorbo de una lata de bebida—, ¿no ha llegado el momento de que tomemos algunas decisiones? No nos podemos quedar sentados y esperar indefinidamente, ¿no os parece?

—Lo podemos hacer si queremos —discrepó Bernard—. Tiene sentido que nos quedemos sentados y quietos y esperemos a...

—¿Esperar a qué? —le preguntó Donna.

Sentada en silencio en la silla a su lado, Clare miraba de cara en cara bajo la luz mortecina. Primero Bernard, después Jack, después Cooper, después Donna y entonces de vuelta a Bernard. Esperó a que dijera algo. En la penumbra parecía demacrado, aventajado y cansado, como si llevase sobre los hombros los problemas de todo el mundo. Intentaba aparentar tranquilidad y control, pero Clare podía ver el miedo en sus ojos. No había abandonado el edificio desde la mañana en que Nathan y él los encontraron a ella y a Jack.

—Lo que quiero decir es... —tartamudeó Bernard. Quedaba claro que no sabía lo que quería decir.

—¿A qué estás esperando, Bernard? —preguntó de nuevo Donna—. ¿Qué es exactamente lo que crees que va a ocurrir si nos quedamos aquí sin hacer nada?

Claramente incómodo y deseando haberse quedado callado, Bernard jugó con la comida y cogió una servilleta de papel que había reducido a una pequeña bola antes de lanzarla al plato. Se hundió en la silla y levantó la mirada en busca de una inspiración que no le llegó.

—Según lo veo yo, al final ocurrirá algo, ¿no creéis? —comentó Jack.

—¿Como qué? —preguntó Cooper.

—Bueno, las cosas no pueden seguir así para siempre, ¿verdad? Nada permanece igual durante demasiado tiempo. Quiero decir que tú apareciste hoy, ¿o no? Habrá más como tú y...

—Hay más como yo —lo interrumpió Cooper—, pero por lo que a ellos respecta, éste es un lugar muerto. No supongas que vayan a volver.

—Podrían hacerlo.

—Sí, podrían, pero probablemente no lo hagan. Por lo que sé, nos enviaron en una misión de reconocimiento y eso es todo. Si los otros consiguieron regresar a la

base e informar de lo que habían encontrado, entonces sabrán que no existe una razón para que nadie vuelva por aquí.

—Entonces, ¿qué crees que harán? —preguntó Donna—. No importa adonde vayan, lo más probable es que encuentren lo mismo en todas partes.

—Realmente no lo sé. Como os he dicho antes, se supone que existen otras bases. Si consiguen establecer contacto con alguna de ellas es posible que se intenten reagrupar. Pero también es posible que se queden donde están, bajo tierra.

—Dios santo, imagina pasarte el resto de tu vida en un bunker —murmuró Phil Croft en voz baja, realizando un intento desganado para unirse de nuevo a la conversación.

—Es mejor que no tener un resto de tu vida —aclaró Clare.

—¿Realmente lo crees? —preguntó Cooper—. Tú no has visto lo que es. Y en cualquier caso, no tenemos la seguridad de que éstas sean las únicas alternativas. Es posible que lo que ocurrió aquí no ocurriese en todas partes. Creo que sí pasó, pero siempre es posible que existan algunas zonas seguras a las que pueda ir la gente.

—Lo dudo —dijo Croft.

—Pero ¿ves lo que estaba diciendo? —continuó Jack, creando un bucle en la conversación y retomándola en el punto en que había hablado por última vez—. Estáis hablando de todas estas situaciones diferentes, pero lo fundamental es que resulta inevitable que las cosas cambien, ¿o no? Es jodidamente improbable que no ocurra nada. La ley de probabilidades dice que las cosas nunca son iguales.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Richard Stephens desde su asiento en la oscuridad.

Baxter miró hacia el otro lado de la habitación, pero estaba demasiado oscuro para ver dónde estaba sentado.

—¿Has mirado recientemente el exterior? —preguntó Jack, su voz de repente fría y tremendamente seria.

—Intento evitar mirar por las ventanas —respondió Richard con una sonrisita—. Demasiado lúgubre para mi gusto.

—Hazte un favor y echa una mirada desde la fachada. Ahora hay miles de esas malditas cosas en el exterior, y ninguna de ellas se va a ir a ninguna parte. Por la razón que sea, se sienten atraídas hacia nosotros, y cada hora que pasa llegan más y más. Y como acabamos de oír, parece que están cada vez más furiosas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Richard.

—Me parece que está llegando el momento de que el volumen de los que están fuera va a empezar a causarnos problemas de verdad.

—¿Por qué? ¿Crees que pueden entrar? —preguntó Bernard, en una voz baja y nerviosa.

—Es posible —contestó Jack—, pero no creo que sea muy probable. Lo que

ocurrirá es que nosotros necesitaremos salir. En algún momento tendremos que ir a buscar suministros, ¿no os parece? Sólo tenemos lo que pudimos almacenar, y no existe ningún sitio cercano en el que los podamos conseguir.

—Tiene razón —estuvo de acuerdo Donna.

—Por mucho que me gustara encerrarme en mi habitación y no volver a salir, cuanto más lo pienso, más me convengo de que deberíamos coger todo lo que podamos y salir de aquí ahora mismo —continuó Jack.

—También se puede decir mucho a favor de quedarse sentado en silencio y esperar —añadió Phil Croft—. ¿Adónde iremos? ¿Estaremos mejor en cualquier otro sitio?

—Jack tiene razón —intervino Cooper.

—Pero los cuerpos se están descomponiendo, ¿no es así? —aportó Bernard—. Cada vez serán una amenaza menor, no mayor. No importa lo decididos o persistentes que sean esas malditas cosas, llegará un momento en el que físicamente no serán capaces de seguir haciendo lo que hacen.

—¿Y cuánto tiempo será ése? —preguntó Donna, mirando directamente a Croft en busca de una respuesta—. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en pudrirse por completo?

El se encogió de hombros.

—Seis meses —sugirió, aunque estaba muy lejos de estar seguro.

—Lo podemos conseguir —concluyó Bernard—. Podemos resistir aquí durante seis meses.

—Seguimos necesitando comida y agua, Bernard —le recordó Jack.

—Seis meses es lo que supongo —continuó Croft—. Pero pueden ser más. También puede ocurrir en la mitad de ese tiempo. Aquí nos enfrentamos a un montón de factores desconocidos.

—¿Como cuáles?

—Para empezar, la propia enfermedad. No sabemos qué efectos puede tener en el proceso de descomposición. Y después el hecho de que están al aire libre. Probablemente se pudrirían con mayor rapidez si estuvieran enterrados, pero también podría ser al contrario, que esta exposición a los elementos y el esfuerzo físico de moverse por ahí acabe con ellos a un ritmo más rápido. No lo sé seguro.

Donna se puso en pie de repente. Los otros supervivientes se la quedaron mirando.

—Entonces sólo necesitamos encontrar un lugar seguro donde escondernos hasta que se hayan descompuesto totalmente —fomentó.

—Quedarnos aquí —sugirió Bernard de inmediato—. Nos podemos quedar aquí hasta que sea seguro desplazarnos.

—No has estado escuchando, ¿verdad? —suspiró Jack.

—No, necesitamos algún lugar mejor que éste, algo más seguro y más aislado —
propuso Donna.

—Necesitas la base —anunció Cooper, su voz llena de resignación.

No sabía cómo había dejado que pasase. En pocos minutos había experimentado toda una serie de emociones olvidadas: desde la comprensión, la alegría y el sentirse realizado, hasta la vergüenza, la total desesperación y el arrepentimiento. Todos los sentimientos que Michael se había forzado a reprimir durante semanas, habían salido a la superficie en un momento de locura súbita y se habían revelado. La situación en la que se encontraba era dolorosamente extraña e inesperada. Se sentía frustrado y avergonzado, expuesto y desnudo.

Era primera hora de la mañana. Michael ya no llevaba reloj, porque creía que no tenía ningún sentido, pero sabía por los escasos rayos de luz que se empezaban a filtrar a través de la claraboya en el techo de la autocaravana que eran alrededor de las cinco o las seis de la madrugada, quizás un poco más tarde. Había conseguido dormir durante un rato, pero, al final, la noche había sido tan larga e interrumpida como la mayoría de las noches que habían pasado en la autocaravana. Sin embargo, las últimas horas habían sido sutilmente diferentes. Tendido al lado de Emma (que parecía que había dormido relativamente bien) se había pasado las horas contemplándola. Ella se había vuelto hacia el otro lado en la oscuridad. Instintivamente, él se había acercado a ella por detrás y la había abrazado. Le había acariciado el pecho con la mano. Ambos estaban totalmente vestidos, pero la sensación inesperada y la ligera caricia de su seno cálido y suave habían sido excitantes, y le habían recordado en un instante las sensaciones de deseo y lujuria que había enterrado muy hondo durante lo que le parecía una eternidad. Se había arrimado más a ella en la oscuridad, apretándose contra su cuerpo, rezando para que no se despertase, pero, al mismo tiempo, deseando que ella respondiese. Le habría gustado que se hubiera dado la vuelta y lo hubiera abrazado, besado y acariciado, y que le hubiera dicho que todo iba a ir bien.

Durante mucho tiempo, Michael había luchado con su conciencia. ¿Cómo se podía permitir pensar en el amor y el sexo cuando el mundo exterior estaba muerto? ¿Qué tipo de ser humano era para considerar su propio placer y deseo sexual por encima de la devastación que había tenido lugar más allá de las frágiles paredes de la autocaravana? Pero sin importar cuánto le gritaran su cerebro y su conciencia que se comportase, su corazón y otros instintos más básicos y carnales lo empujaban a obrar de forma diferente.

En la semioscuridad, metió la mano bajo las sábanas y se desabrochó el pantalón. Nervioso al principio, empezó a tocarse de una forma que no había hecho desde antes de empezar la pesadilla. Inseguro al principio, con cada segundo que pasaba su excitación aumentaba gradualmente y pronto se estaba moviendo con rapidez, disfrutando de la inesperada libertad y abrazando a Emma con toda la fuerza que se

atreví. Ella era la razón de que estuviera haciendo eso. Sabía que no se podía arriesgar a explicarle los sentimientos que albergaba hacia ella y cómo la deseaba pero, por primera vez, admitió y aceptó la profundidad de sus sentimientos por la única persona que quedaba en el mundo.

Los movimientos de su mano se volvieron más veloces, cada vez más rápidos hasta alcanzar el momento. La precaución y el control dieron paso al estremecimiento y el placer. No podía parar. No quería parar. Sabía que el silencio y el movimiento lo podrían traicionar, pero no le importaba. Tenía una necesidad, un deseo físico, que debía satisfacer. Y entonces ocurrió. El movimiento se detuvo. Una décima de segundo de pausa y después una oleada imparable de placer seguido por la relajación.

De repente avergonzado, Michael se subió los pantalones e inmediatamente empezó a elucubrar cómo iba a limpiar las sábanas y sus ropas sin que Emma descubriera lo que había hecho. Un sentimiento que le resultaba familiar, de arrepentimiento posteyaculación, que bordeaba el asco, le invadió. ¿Qué había hecho? Dios santo, millones de personas muertas en el exterior y ahí estaba él, masturbándose bajo las sábanas como cualquier colegial. Se sentía avergonzado, y esa vergüenza aumentó hasta el infinito cuando Emma se dio la vuelta. Estaba despierta. Peor aún, podía leer en sus ojos (aunque no se atreviera a mirarlos durante más de medio segundo) que llevaba un rato despierta.

—¿Estás bien?

Avergonzado, Michael asintió.

—Bien —respondió incómodo—. ¿Y tú?

Ella sonrió y se tendió de espaldas. Un pesado silencio descendió sobre la autocaravana, y a Michael le pareció que duraba horas, aunque, en realidad, sólo se mantuvo durante unos segundos. Cubriéndose las ingles húmedas con la mano y con una camiseta sucia, se levantó con rapidez y se encaminó hacia el diminuto espacio del cuarto de baño, donde empezó a limpiarse, estremeciéndose a causa del frío cuando pasó una esponja con agua embotellada por encima de la ropa. ¿Cómo había podido dejar que ocurriera? ¿Sabía Emma lo que había hecho? ¿Era un crimen tan grande? ¿Había hecho algo malo? ¿Ella podría seguir confiando en él o lo despreciaría? ¿Pensaría que era algún tipo de perverso? ¿Un violador en potencia? Todas esas preguntas recibieron respuesta cuando finalmente consiguió reunir el valor suficiente para volver a la otra habitación.

—Está bien, ¿sabes? —le dijo Emma con suavidad.

Más avergonzado de lo que estaba antes, Michael se sentía totalmente humillado.

—¿Qué? ¿Quieres decir...? —tartamudeó.

—Es natural —respondió ella, levantándose de la cama y atravesando el cuarto para acercarse a él.

—Yo sólo... —empezó, sin saber en realidad lo que estaba intentando decir.

Sabiendo que la conversación iba a ser difícil, Emma se abrazó a Michael y hundió el rostro en el pecho de él durante un momento antes de mirarlo a los ojos y después besarle con delicadeza en la mejilla sin afeitar. Le recorrió con las manos la espalda arriba y abajo, y lo acarició con fuerza.

—Comprendo.

—¿De verdad?

Ella le besó en los labios. Lo había besado antes, pero esta vez el contacto entre los dos era innegablemente más fuerte. Emma lo miró a la cara.

—Sé cómo te sientes.

La enorme multitud delante del edificio universitario seguía aumentando. Incluso en ese momento, semanas después de la hecatombe, muchos más cuerpos indolentes y deteriorados se arrastraban a través de las ruinas del centro de la ciudad para dirigirse hacia el complejo universitario. Para los supervivientes reunidos allí resultaba imposible apreciar lo normal que se había vuelto su presencia. Los alrededores permanecían en un silencio casi total. Los únicos sonidos que se oían eran naturales o accidentales: retazos del trinar de los pájaros, el ruido del viento soplando a través los árboles de ramas quebradizas, o cuerpos torpes y tambaleantes colisionando con objetos al azar y tirándolos con estrépito al suelo. En este ambiente denso incluso la más mínima perturbación se veía amplificada y las reacciones que provocaban eran igualmente exageradas. La población de la ciudad superaba el millón de habitantes antes de caer en masa. De todos los muertos, más de un tercio se había empezado a mover de nuevo, y cada uno de ellos había recuperado con lentitud la capacidad de reaccionar y responder a estímulos básicos. La reacción de un cuerpo ocasionaba que otro se encaminase instintivamente detrás del primero, y después otro y otro y otro. Un único sonido inesperado provocaba, con frecuencia, que más de un centenar de las patéticas criaturas tomaran curiosas la misma dirección. Los supervivientes, con sus ruidos no intencionados y las fogatas de señalización, habían conseguido atraer la atención de una multitud putrefacta que ya debía de estar formada por unos diez mil cuerpos.

Desde la fachada acristalada de un rellano a tres pisos de distancia del tejado del edificio, Yvonne, la antes tan correcta y formal secretaria, estaba de pie al lado de Bernard, y miraba hacia abajo a la multitud que se encontraba a sus pies. Era primera hora de la mañana y ninguno de los dos podía dormir.

—¿Qué vamos a hacer, Bernard? —le preguntó en voz baja, apretando el grueso abrigo a su alrededor para alejar el frío.

A medida que se acercaba el invierno sentía cada vez más la bajada de las temperaturas. Sin electricidad ni gas, no había calefacción en el edificio, y había perdido peso como consecuencia de vivir con poco más de unas migajas de comida durante casi un mes. Tanto Bernard como ella rondaban la cincuentena, y el esfuerzo físico de este suplicio se estaba volviendo dolorosamente evidente. Yvonne, en especial, parecía demacrada y pálida, casi tanto como algunos de los cadáveres del exterior. Por ninguna razón aparente que no fuera la similitud en edades, ambos se sentían próximos y habían pasado mucho tiempo juntos durante los últimos e interminables días.

—Cada día te digo lo mismo —contestó Bernard con tristeza, mirando fijamente la interminable multitud que se extendía a sus pies—. No lo sé.

—¿Crees que tienen razón los que dicen que deberíamos irnos? No soporto la idea. No puedo concebir estar de nuevo ahí fuera con esas cosas. Son cientos y cientos. ¿Cómo se supone que vamos a atravesarlos?

Bernard no contestó. Rememoró la conversación de la pasada noche, pero no quiso decir nada. En su lugar, se inclinó hacia delante y descansó la cabeza contra el vidrio frío. Afuera estaba lloviendo, una lluvia intensa y continua que lo empapaba todo y que hacía que el mundo pareciera aún más oscuro, más frío e incluso más vacío. ¡Dios santo, estaba tan cansado! No había realizado actividad física alguna para sentirse así. Intentar vivir en esta pesadilla ya suponía una tensión que requería un esfuerzo constante.

A sus pies, los cuerpos seguían acercándose al edificio. Habían llegado tantos que los que se encontraban en primera fila, porque llevaban allí casi desde el primer día, habían quedado casi completamente aplastados por el peso del extraordinario volumen de cadáveres que había detrás de ellos. A pesar de los huesos rotos, la atroz descomposición y la falta de espacio físico, las criaturas aplastadas contra las puertas y las ventanas seguían intentando avanzar aún más. No tenían la fuerza ni el espacio, o la capacidad para entrar en el edificio, pero continuamente intentaban abrirse paso para llegar a los supervivientes al otro lado de los muros de la universidad.

—¿Tienes hambre, Bernard? —preguntó Yvonne.

El negó con la cabeza.

—No. Y aunque la tuviera, no queda nada que valga la pena comer.

Tenía razón. Las reservas de alimentos se estaban reduciendo de forma alarmante. Habían saqueado cada centímetro cuadrado del campus universitario, y hasta el momento habían conseguido sobrevivir con lo que habían sacado de cantinas, restaurantes y máquinas de venta. Aunque se habían aventurado con frecuencia por la ciudad durante los primeros días para conseguir provisiones, los riesgos habían aumentado sustancialmente desde entonces, y las salidas se habían detenido. Incluso hombres como Nathan Holmes, al principio llenos de bravuconería barata y desprecio por los cuerpos, se habían vuelto reticentes a dar un solo paso en el exterior.

Cuanto más contemplaban Bernard e Yvonne la masa putrefacta a sus pies, más claro les quedaba el horror y lo completamente desesperado de su situación. A la derecha se encontraba el cuerpo de Sonya Farley, que de alguna manera seguía sosteniendo lo que quedaba de su bebé. El cuerpo de Sonya se estaba descomponiendo con la misma rapidez que los cadáveres que la rodeaban. En el centro de la repugnante muchedumbre, en el punto en el que los cuerpos que aún eran capaces de avanzar alcanzaban a los que se apretaban con fuerza contra los muros del edificio, se empezaban a mostrar instintos animales más básicos. Yvonne contemplaba con asco cómo, de vez en cuando, un cadáver rasgaba y arrancaba trozos de los que se encontraban a su alrededor para poder pasar, desesperado por

acercarse al edificio. Nunca había tenido estómago para contemplar escenas de violencia, y eso la ponía enferma.

Bernard también estaba mirando el comportamiento de los cuerpos. Como habían dicho los demás la pasada noche, cambiaban constantemente y se preguntó por qué reaccionarían de esa forma. Él era un hombre inteligente y, por mucho que confusas emociones como el miedo y la desesperación habían cambiado su visión de la realidad, sabía que el comportamiento de las criaturas seguía una pauta lógica. Mientras miraba hacia el mar de cuerpos tambaleantes y destrozados por la enfermedad que se encontraba a sus pies, consideró la cronología de su declive. Había pensado en esto incontables veces antes, pero había llegado a pocas conclusiones. Los cadáveres se estaban descomponiendo, eso resultaba evidente incluso desde esa distancia, pero parecía que algo dentro de ellos había sobrevivido al virus o a la enfermedad. Era como si sus cerebros se hubieran quedado de alguna manera congelados y luego hubieran empezado gradualmente a descongelarse. La capacidad de moverse había sido la primera señal, seguida muy pronto por la habilidad de reaccionar ante los estímulos externos. Otras necesidades básicas seguían sin cubrirse, al parecer no tenían ningún deseo de comer o beber o de todo lo demás, ni comían carne, como en las películas que solía ver su hijo, pero en su lugar parecían existir en un estado permanente de animación constante e inútil.

Pero ya se estaba manifestando otro cambio.

Bernard se había dado cuenta de que se había empezado a desarrollar durante los últimos días, quizás desde la última semana, y los comentarios que había oído la noche anterior habían confirmado sus sospechas. Los cuerpos eran más agresivos que antes. Disponían de una nueva energía y determinación. Físicamente proseguía su deterioro, pero mentalmente estaban cambiando. Miró hacia abajo, a la zona que ocupaba la muchedumbre apelotonada, donde los cuerpos estaban luchando de nuevo entre ellos. Más que la maldita determinación ciega que había señalado Yvonne, algunas de las criaturas estaban empezando a luchar de verdad.

—¿Ves lo que están haciendo? —preguntó en voz baja—. Sólo obsérvalos.

Bernard se dio la vuelta y vio que Yvonne se había ido. No la había oído marcharse. Sin preocuparse, volvió a mirar por la ventana y devolvió su atención a los muertos. Donde antes había prevalecido una apatía fría y sin emociones, en ese momento se estaban empezando a mostrar nuevas energías. Los cuerpos estaban exhibiendo auténticas señales de furia e ira. Hasta el momento se habían arremolinado alrededor de los supervivientes porque, según presuponía, no había otras distracciones, pero Bernard se preguntó si no querían más. ¿Sentían dolor? ¿Era la violencia una consecuencia de notar que sus cuerpos se estaban descomponiendo? Recordó cómo respondía él mismo ante el dolor. La primera reacción era con frecuencia maldecir, algunas veces incluso estallar de rabia y

golpear una pared o tirar algo. ¿Era posible que fuera eso lo que estaba viendo en las calles a sus pies? ¿Quizá su ira creciente era una reacción directa a su sufrimiento?

Ahí afuera había más de diez mil de esas malditas cosas. ¿Hasta qué punto estas criaturas se iban a volver violentas e impredecibles?

A medida que se arrastraba el largo día, la tensión empeoró por las muchas horas de argumentos y contraargumentos, que provocaron que las frustraciones salieran a la superficie. El ambiente en la sala de reuniones se estaba deteriorando con rapidez. A última hora de la tarde quedaba ya poca paciencia.

—¿Habéis mirado recientemente por la ventana? —gritó enfadado Jack, habitualmente tranquilo—. ¿Sabéis lo que está pasando ahí fuera?

—Más aún —añadió Donna—, ¿habéis visto lo que nos queda aquí? ¿Habéis comprobado la cantidad de suministros? Sólo os digo que no vamos a durar mucho si no hacemos algo ahora...

—Tiene razón —la apoyó Cooper desde el otro lado de la sala, desde donde había sido testigo de cómo empeoraba la situación—. Quedarse aquí ya no es una alternativa.

—¿Y qué demonios sabes tú? —le chilló Nathan, con la voz ronca de ira. Este argumento se había estado esgrimiendo durante la mayor parte de la última hora con, lo que parecía, mucho veneno dirigido personalmente en contra de Cooper—. Estoy seguro de que sabes mucho más de lo que nos estás contando. Me apuesto algo a que sabes lo que provocó todo este jodido caos.

—Ya me gustaría saberlo —contestó el soldado, esforzándose por permanecer profesional y tranquilo—, entonces al menos sabría qué hacer.

Caras asustadas espiaban desde todos los rincones de la sala, iluminada por numerosas velas, linternas y lámparas. La luz en la sala era mortecina y desigual, y dejaba a muchas personas ocultas en la oscuridad. Por una vez, casi todos los supervivientes refugiados en el edificio se habían reunido, incluso los más solitarios habían surgido de su escondite a causa de los acontecimientos que rodeaban la llegada reciente del soldado. Seguir solos en sus habitaciones se había vuelto cada vez más difícil para la mayoría. Mejor arrancar unos pocos instantes de sueño en compañía de los demás que pasar horas interminables solo en la oscuridad, despierto y al borde de la locura. Las únicas personas que no prestaban atención eran los niños, que dormían o seguían jugando, y un hombre en la esquina, que estaba tendido bajo una manta y se mecía como siempre.

—Mira —continuó Donna—, Phil considera que en un plazo de seis meses los cuerpos se habrán descompuesto hasta no quedar en nada. ¿No es así, Phil?

Donna escrutó la oscuridad, intentando encontrar al médico. Estaba sentado en el suelo a sólo unos pocos metros, pero pretendía evitar que lo arrastraran a la conversación.

—Algo así —asintió Phil, reticente —poco más o menos...

—Entonces esperaremos aquí durante seis meses —anunció Nathan.

Donna movió la cabeza desesperada. En su momento, había estado cargado de prepotencia machista, pero ese hombre detestable ya estaba dejando ver de qué madera estaba realmente hecho. Sus planes de salir del edificio y tomar lo que quisiese de la ciudad muerta hacía tiempo que se habían olvidado. Estaba tan aterrorizado como todos los demás, pero no tenía la inteligencia o la madurez de aceptar sus sentimientos. Su miedo se manifestaba como antagonismo y rabia.

—¿Qué parte de todo esto no comprendes, Nathan? —preguntó Donna—. No tenemos suficientes reservas para aguantar seis días más, mucho menos seis meses. Tenemos que volver a la ciudad ahora.

—Tiene razón —la apoyó Jack, surgiendo de las sombras, a las que se había retirado a medida que se iba calentando la discusión—. No tenemos alternativa. Si paras y...

—¿Qué demonios sabrás tú? —chilló Nathan.

Donna lo intimidaba, pero Nathan sabía que podía manejar a Jack Baxter. Negándose a ponerse a su altura, Jack se pasó los dedos por el cabello y se lo quedó mirando a través de las sombras.

—Sé lo mismo que tú, Nathan —replicó con calma—, pero si te olvidas de cómo te sientes y miras la situación en conjunto, parece que no tenemos alternativa.

Muchas horas después, las voces que habían llenado la sala estaban temporalmente silenciadas. Nathan Holmes había desaparecido en las profundidades del edificio, y con él también se había ido la mayor parte de la hostilidad. Excepto por algunas conversaciones en susurros y el ruido apagado, pero siempre presente, de los cuerpos en el exterior, la sala de reuniones estaba prácticamente en silencio. Jack, sentado con la espalda apoyada en la pared, estaba intentando fundirse con el fondo anodino y discreto. Lo mejor de la oscuridad, pensó para sí mismo, era que te podías esconder sin necesidad de moverse. Podía observar lo que ocurría a su alrededor a una distancia prudencial.

Jack estaba sentado en un rincón de la sala, cerca de Cooper, Croft y Donna. Clare estaba tendida a su lado en una cama improvisada formada por sábanas dobladas. Estaba durmiendo relativamente bien. Con frecuencia, la observaba mientras dormía, sintiéndose responsable de ella, quizá por ser quien llevaba más tiempo a su lado. Era una chica guapa con unos rasgos suaves y delicados que, por una vez, parecía despreocupada y relajada. No resultaba frecuente que tuviera esa apariencia y...

—¿Qué piensas tú, Jack? —oyó que le preguntaba Phil Croft. A la mención de su nombre levantó con rapidez la mirada—. ¿Qué?

—No estabas con nosotros, ¿verdad? —comentó Donna.

—No tengo nada contra vosotros —contestó—, pero me gustaría estar en cualquier otro sitio en lugar de aquí.

—Estamos hablando de irnos a la base de Cooper y ver si nos dejan entrar.

—El problema es —explicó Croft, recapitulando para poner al día a Jack— que probablemente llevamos encima lo que sea que provocó todo esto. Si fue una enfermedad, estamos cargados de ella. Puede estar en los pulmones o en la sangre. No nos dejarán entrar si existe la más mínima posibilidad que la llevemos con nosotros.

—Entonces dependerá de lo bueno que sea el proceso de descontaminación, ¿no te parece? —añadió Cooper.

—¿Y tú crees que será lo suficientemente bueno?

—Era soldado, no científico.

—Por supuesto, existe otro problema —añadió Croft, ahogando un bostezo. Estaba increíblemente cansado, pero sabía que no iba a poder dormir.

—¿Qué es? —preguntó Cooper.

—¿Cómo vamos a llegar allí?

—¿Cuántas personas hay aquí?

—Entre cuarenta y cincuenta —contestó.

—¿Y cuántos se vendrán con nosotros?

—Ni idea. Trabajemos con la teoría de que lo harán todos, supongo.

—Tendremos que ver qué podremos encontrar en la ciudad —intervino Donna.

—¿Como qué? —preguntó Cooper—. Tenemos que ser conscientes de esto. No vamos a poder salir tranquilamente de la ciudad en un convoy de coches, ¿no te parece?

—Entonces, ¿cómo llegaste tú aquí? Lo oímos, pero no lo vimos.

—En un transporte blindado de reconocimiento. Probablemente podría conducir uno si lo tuviéramos, pero no vas a encontrar nada igual por aquí cerca...

—Te podrías llevar una sorpresa —lo interrumpió Donna.

—¿Tienes algo en mente?

—No demasiado lejos se encuentran unos juzgados.

—¿Y?

—Y en la parte trasera hay un muelle de carga.

—¿Un muelle de carga? —murmuró Croft, sin saber muy bien adonde quería ir a parar Donna.

—Lo podíamos ver desde la oficina en la que trabajaba. Solíamos verlos descargar cuando estaba en marcha un gran juicio —explicó Donna—. Los vehículos penitenciarios solían entrar por la parte trasera y marcha atrás para entregar y recoger a los prisioneros.

—¿Y?

—Piensa en ello. Los vehículos penitenciarios están diseñados para llevar personas. Más que eso, son fuertes y seguros. Son lo más cercano a tu maldito transporte blindado de reconocimiento que vamos a conseguir.

—¿Hay allí alguno de estos vehículos?

—¿Cómo lo voy a saber? Es bastante probable. Todas las mañanas podías ver llegar al menos uno. Lo más normal es que haya alguno.

—Conozco los juzgados —intervino Jack—, pero ¿cómo vamos a llegar allí? Están a un buen trecho de aquí. No veo cómo vamos a pasar a través de la multitud de ahí fuera. E incluso si consiguiéramos atravesarla, ¿cómo se supone que vamos a volver? Dios santo, imaginad lo que les provocará el ruido de un montón de furgonetas penitenciarias.

Cooper tomó un trago de la taza de café negro que se había servido hacía al menos una hora. Hizo una mueca por su regusto amargo.

—Me parece que hagamos lo que hagamos los vamos a volver locos —comentó —, pero no tenemos alternativa.

—Podríamos salir de noche —sugirió Croft.

—No es una buena idea —replicó Cooper—. Sé lo que quieres decir, pero tendrías que sumar los riesgos y valorarlos en conjunto, ¿no te parece? Hagamos lo

que hagamos, lo más seguro es que llamemos la atención aunque sólo sea por el ruido que hagamos. Si salimos a oscuras nos lo pondremos más difícil. Seguirán reaccionando ante nuestra presencia, de manera que podemos salir a plena luz del día y darnos la mayor cantidad de oportunidades posibles.

—Si realmente lo vamos a hacer —continuó Donna—, entonces nos lo tenemos que pensar con mucho cuidado antes de poner un solo pie ahí fuera. Nos tenemos que llevar todo lo que necesitamos en un solo viaje.

—Lo podemos conseguir —insistió Cooper—. Sólo tenemos que salir de aquí los suficientes de nosotros, coger lo que necesitamos y después volver lo más rápido posible.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Donna miró a su alrededor y vio a Nathan Holmes de pie a su espalda. Estaba sentada en un banco de madera en un pequeño patio cerrado justo al lado de la sala de reuniones. Con frecuencia se sentaba allí a solas para pensar, y después de las largas conversaciones de las últimas horas necesitaba un cambio de ambiente y aclararse la cabeza. Los cinco metros cuadrados de hormigón profundamente enterrados entre los edificios universitarios eran lo más cerca que podía estar con seguridad del aire libre sin salir afuera. Esta noche no quería la compañía de nadie, y mucho menos la de Nathan Holmes, de manera que le volvió a dar la espalda. Impertérrito y sin que lo invitasen, se sentó a su lado.

—¿Qué quieres, Nathan?

—Nada. Sólo pensé en venir a decir hola.

—¿Y por qué ibas a hacer algo así? Son las tres de la madrugada, por amor de Dios.

Él se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—¿Por qué no? No tenía nada mejor que hacer —contestó, reclinándose y levantando la mirada hacia un trozo de cielo oscuro y nublado que se veía entre los altos edificios que rodeaban el patio.

—No tengo nada que decirte —murmuró Donna.

—Antes tenías mucho que decir.

—Tú también. En cualquier caso, lo estabas pidiendo a gritos. Eres un gilipollas.

Holmes movió la cabeza simulando su desaprobación.

—No sé por qué la has tomado conmigo. Sólo porque hablo por mí mismo y no quiero arriesgarme...

—Tu jodido problema —le cortó Donna, poniéndose en pie y alejándose de Holmes— es que no piensas en nadie más que en ti mismo. Y peor que eso es que todo lo que dices y las decisiones que tomas se fundamentan en el miedo. Estás demasiado aterrorizado para ni siquiera pensar con cordura.

—No sabes de lo que estás hablando —gruñó él. El tono de su voz había cambiado. Sonaba enfadado y a la defensiva. Resultaba evidente que Donna le había tocado la fibra—. No sabes nada de mí.

—Y ya te he dicho antes —continuó ella— que así es como quiero que siga. Seamos sinceros, la única razón por la que estás armando tanto jaleo para que nos quedemos aquí es que estás demasiado asustado para irte. No te puedes enfrentar a la perspectiva de...

—Tonterías —le cortó—. ¿Lo dices en serio? La razón por la que sigo aquí es...

—La razón por la que sigues aquí es porque no tienes huevos de irte a ninguna

otra parte.

—No quiero que me ataquen miles de malditos cuerpos muertos, por eso no me muevo.

—Basura.

—Como des un solo paso en el exterior te tragarán. Son miles, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Entonces, ¿qué harás si consiguen entrar?

—No lo harán.

—Lo podrían conseguir.

—Entonces me ocuparé de eso cuando ocurra. Ahora te digo de nuevo que no voy a arriesgar mi cuello hasta que no tenga otra alternativa.

—Me parece que ninguno de nosotros tiene más opciones.

—Yo decidiré cuándo haré mi jugada. Nadie me va a decir lo que debo hacer.

—Entonces no lo harás nunca. Eres un maldito cobarde, Nathan. Te quedarás aquí sentado y te pudrirás hasta...

—Cierra la puta boca o te...

—¿Qué es lo que harás? Va, hombretón, ¿qué es exactamente lo que vas a hacer? Seguirás aquí sentado cuando el resto de nosotros se haya ido. Morirás en este jodido lugar.

Nathan saltó del banco y se abalanzó sobre Donna. Ella se tambaleó hacia la puerta que conducía a la sala de reuniones y chocó con Phil Croft, que estaba de pie en el quicio de la puerta, mirando.

—¿Va todo bien? —preguntó, cogiendo a Donna por los hombros.

Ella recuperó el equilibrio, se dio la vuelta y pasó a su lado.

—Bien —respondió, y desapareció en la oscuridad.

Nathan y el médico intercambiaron miradas antes de que Croft se diera la vuelta y siguiera a Donna de regreso al interior.

El sonido de manos pesadas y putrefactas golpeando los lados de la autocaravana despertó a Michael. Había ocurrido antes, quizá tres o cuatro veces en los últimos días, y se había acostumbrado a librarse con rapidez de los cadáveres asquerosos y molestos. La mayoría de las veces se trataba de un cuerpo solitario que tropezaba con el vehículo por casualidad, pero esta mañana podía oír al menos a dos de ellos en el exterior. Cansado y helado, se sentó al borde de la cama y se puso las botas.

A través de un estrecho hueco en uno de los pesados cortinajes vio que fuera el día era radiante. Decidió que por eso habían aparecido los cuerpos. Con frecuencia parecía que se sentían atraídos por la autocaravana cuando había pocas nubes y brillaba el sol. Michael había deducido que el sol reflejado en el metal y el vidrio les llamaba la atención. Estaban aparcados al borde de un gran campo y no había ningún otro objeto obra del hombre que pudiera atraer o distraer a los muertos.

Emma se estaba moviendo en la cama, el ruido también la había molestado. Se cubrió la cabeza con una almohada para amortiguar el golpeteo mientras Michael descorrió la cortina y miró hacia fuera. Apretó la cara contra el vidrio, intentando localizar los cuerpos. Uno de ellos estaba cerca de la puerta (lo podía ver de refilón desde donde estaba) y por la dirección del ruido supuso que el otro se encontraba en la parte delantera de la autocaravana, golpeando incansable el capó. Bostezando, se levantó y se acercó a la puerta, deteniéndose a coger una palanca que había dejado al lado de un hornillo de gas en la abarrotada zona de cocina.

—Ten cuidado —advirtió Emma, sentándose con rapidez cuando se dio cuenta de que estaba a punto de salir.

—No pasará nada —contestó Michael mientras abría la puerta y salía al exterior.

El aire matutino era tonificante y fresco. El cielo era profundo, de un azul claro y muy brillante. Michael se cubrió los ojos para protegerlos del sol.

El primer cuerpo se encontraba a menos de dos metros y ya se tambaleaba hacia él, torpe y desganado, pero aun así desplazándose a una velocidad preocupante. Michael se quedó quieto y lo miró durante un instante. Parecía que había sido joven cuando murió. Un hombre blanco de cabello castaño rojizo (pensó), cubierto con los restos harapientos del mono de trabajo de un obrero de la construcción; su cara era fría y vacua, y la piel azul verdosa estaba muy estirada sobre los huesos.

—Buenos días —saludó Michael mientras levantaba la palanca y la hundía profundamente en la sien derecha del cuerpo. Sintió cómo cedía la carne fina como el papel sin ofrecer apenas resistencia. Al igual que el tiempo transcurría lentamente, pensó Michael, las criaturas putrefactas se estaban volviendo cada vez más débiles y eran más fáciles de destruir. Su empuje y obsesión aumentaba de forma ominosa, pero con cada día que pasaba los cadáveres vacíos se estaban volviendo más

inestables y frágiles.

El cuerpo trastabilló hacia atrás, meciéndose sobre los talones y después se quedó quieto durante un instante antes de caer de rodillas delante de él. Michael le arrancó la palanca del cráneo y después lo golpeó en la parte trasera de la cabeza. La figura descompuesta se derrumbó en la hierba empapada de rocío, con el cuello retorcido en un ángulo antinatural.

El segundo cuerpo era más pequeño (había sido un niño, pero Michael se obligó a no pensar en ello). Su interés se había despertado con los ruidos que acompañaron la brutal eliminación del otro cadáver, le hizo desplazarse con torpeza alrededor del capó de la autocaravana y se acercó tambaleándose. Michael caminó con rapidez hacia él, despachándolo con un solo golpe en el lado de la cabeza con la pesada palanca de metal.

Destruir a los muertos se estaba volviendo perturbadoramente fácil. Sólo lo hacía cuando no tenía más remedio, pero lo podía hacer siempre que lo necesitaba, sin dudar. Tan sólo la semana pasada aún le había sido difícil. A pesar de su condición y por muy peligrosos, repulsivos y extraños que se hubieran vuelto estas cosas, resultaba difícil no seguir pensando en ellas como personas. Pero su situación estaba cambiando y la vida que habían llevado antes del desastre se estaba difuminando rápidamente en la memoria. Esta existencia incómoda y carroñera se había convertido en la nueva normalidad. Su sencilla existencia anterior, con todas sus ceremonias, rutinas y trivialidades le parecía distante y a veces casi incomprensible. Se dio cuenta de que cuanto más lejanos sentía estos recuerdos, más débiles se volvían sus lazos emocionales con los cuerpos. Ya no significaban nada. Sólo eran un inconveniente, una amenaza ocasional.

Arrastró los cadáveres fuera del camino, los dejó al pie de un árbol al otro lado del campo y después regresó hacia la autocaravana. Estaba a punto de subir los escalones y entrar cuando oyó el motor. Emma también lo oyó.

—Voy a comprobarlo —comentó.

Emma asintió. Una rápida carrera hasta el camino que habían seguido durante los últimos días, y Michael fue capaz de ver y seguir el trayecto de otro transporte lleno de soldados. Se estaban alejando de donde creía que debía de estar la base. Sin duda regresarían más tarde. Los estuvo mirando hasta que desaparecieron.

«Hoy es el día —decidió—. Hoy los seguiremos a la vuelta».

Croft, Donna, Jack y los demás casi no habían dormido. La conversación acerca de resistir o intentar algo positivo les había forzado a entrar en acción. Durante la mañana que estaba llegando a su fin, varias de las ideas y sugerencias que se habían discutido en la oscuridad de la pasada noche poco a poco fueron adquiriendo forma y empezaron a encajar en algo que tenía la apariencia de un plan coherente. Los que se habían presentado voluntarios para tomar parte activa conocían los riesgos, pero también sabían que lo que les quedaba de vida no valdría la pena si no aprovechaban la oportunidad. Cooper lo había dejado claro cuando les explicó antes que sus opciones eran simples: a) esperar a que los cuerpos entrasen en el edificio, b) quedarse quietos y morir lentamente de hambre, o c) arriesgarlo todo (y posiblemente ganar) en el intento de salir de la ciudad. Y con el número de cuerpos en el exterior en constante aumento, las probabilidades de que su refugio se viera finalmente asaltado aumentaban con el paso de las horas.

Donna estaba lista. Se encontraba en la oscuridad del quicio de una puerta y miraba hacia el otro lado de la recepción en dirección a los vidrios de las puertas de entrada al edificio. Ya nadie iba por allí, y resultaba evidente el porqué. Un millar de caras muertas le devolvieron la mirada. Sabía que no la veían, y por eso se quedó donde estaba y estudió la horrible masa de criaturas que se encontraban en el exterior. Era una escena infernal. En cualquier momento, una puerta o una ventana en alguna parte cedería inevitablemente bajo la presión. Pensó que lo que ocurriría entonces sería demasiado horrible para considerarlo. El edificio se llenaría en pocos segundos de una oleada imparable de cadáveres desesperados y tambaleantes. Donna sabía que estaban haciendo lo correcto al intentar salir. Contemplar a la putrefacta multitud le hizo reafirmarse en su convencimiento.

La muralla de cuerpos impedía la entrada de la luz natural que, en condiciones normales, podía haber bañado la recepción. Era difícil distinguir caras y rasgos entre el interminable mar de carne gris verdosa en descomposición; si miraba una zona concreta durante el tiempo suficiente, a veces podía vislumbrar algo reconocible. Era el movimiento lo que la perturbaba en realidad. La masa descolorida parecía que se agitaba constantemente. A pesar de estar contra los vidrios, los cuerpos aplastados no dejaban de agitarse y balancearse continuamente: ojos en movimiento, labios burlones, lenguas negras colgando, bocas abiertas... Donna se obligó a apartar la mirada.

El plan que había decidido el grupo parecía claro y simple. Seis supervivientes abandonarían la universidad por la salida posterior, donde solía haber menos cuerpos. A través de los pasajes subterráneos que había usado Cooper para entrar (en la confianza de que los movimientos serían lentos y la ocultación de las emociones

serían suficientes para engañar a los cadáveres), regresarían a la ciudad en dirección al edificio de los tribunales. Allí tendrían que forzar la entrada, encontrar el muelle de carga, conseguir los vehículos que pudieran y después regresar a la universidad a la mayor velocidad posible.

¿Y si no funcionaba? Todos sabían que había mil cosas que podían ir mal. ¿Y si el subterráneo estaba bloqueado? ¿Y si entraban en el edificio de los juzgados y descubrían que no había ninguna furgoneta penitenciaria? ¿Y si las furgonetas no arrancaban? No había nada que pudieran hacer ante cualquier imponderable que ocurriera y tuvieran que enfrentarse al fracaso. Salir seguía siendo el mayor riesgo. El resto de la ciudad era teóricamente suya en cuanto llegaran allí, y como cada vez más cuerpos se encontraban alrededor de la universidad, había sugerido Jack, menos quedarían en otro sitio. Si no encontraban lo que necesitaban en los juzgados, seguirían adelante y buscarían en otro lugar. Había sido una población grande y extensa, y Donna confiaba en que al final podrían conseguir lo que necesitaban.

Lentamente se encaminó hacia la sala de reuniones, mareada a causa de los nervios. Intentó seguir siendo positiva y centrarse en su parte del plan. Habían acordado que en cuanto los otros hubieran regresado con suficientes transportes, aparcarían los vehículos en el interior del complejo universitario, lejos de la masa de cuerpos, en un campo de fútbol de hierba artificial rodeado por una alambrada muy alta. La responsabilidad de Donna era organizar al resto de los supervivientes de manera que pudieran salir del edificio y subir a los vehículos con la mayor rapidez y seguridad posibles.

Iba a resultar difícil mover a esas personas. Donna atravesó la sala, mirando a cada uno de los silenciosos supervivientes sentados a lo largo de los bordes de la habitación. Un poco antes, Cooper y Croft habían anunciado el plan al resto del grupo, pero se habían producido pocas reacciones. Ella no sabía cuántos tenían intención de abandonar la universidad y cuántos se quedarían en el edificio, paralizados por el miedo y la incertidumbre, e incapaces de moverse. No podían forzar a nadie a marcharse. Se llevaban a los niños, porque no parecía correcto dejarlos allí, pero los demás eran libres de tomar su decisión.

A Donna le pareció que muchas de las personas que se escondían en el edificio se estaban pareciendo cada vez más a los cuerpos del exterior. Carcomidos por el dolor amargo y la rabia sin objeto, exentos de toda energía y atrapados en una existencia aparentemente inútil e interminable, algunos de los vivos tenían un aspecto poco mejor que el de los muertos.

Tras diversos retrasos y salidas en falso, al final estaban dispuestos y había llegado la hora. Los seis supervivientes voluntarios se encontraban en el exterior de la parte posterior del bloque de alojamientos, en un cuartucho pequeño y protegido donde se guardaban numerosos cubos de basura rebosantes y apestosos. En los alrededores no se veían cuerpos. Diversas alas de los edificios, muros, vallas y otros obstáculos parecían impedir que las criaturas encontraran una forma de entrar.

—¿Listos? —preguntó Phil Croft.

Los demás parecían muy poco seguros. El médico cerró la cremallera de la chaqueta polar que llevaba puesta. Aunque lucía el sol, amenazaba lluvia y el fuerte viento arrastraba espesas nubes desde el este.

—Supongo —respondió Paul Castle cuando nadie más lo hizo—. Nunca habrá un buen momento para hacer esto, ¿no os parece?

—Si no lo puedes soportar, vuelve adentro —replicó Jack nervioso—. Deja de lamentarte.

—No me estoy lamentando, sólo...

—De acuerdo, ya es suficiente —cortó Cooper, elevando la voz para que lo pudieran oír por encima del viento racheado—. Dejad de refunfuñar y callaos. Si uno solo habla y llama la atención en cuanto estemos ahí fuera, estamos listos. Os lo repito, esos cuerpos no son rápidos ni fuertes individualmente, pero si hacéis algo estúpido y acabáis con un centenar de ellos encima, vais a tener un problema de verdad.

Jack metió las manos en lo más profundo de los bolsillos de su chaqueta y se recostó contra la pared de ladrillos rojos. Estaba aterrado. Quizás ésa fuera la razón de que hubiera reaccionado de forma desproporcionada cuando Paul había hecho su comentario. Había estado a punto de arrojar la toalla a causa de los nervios antes de que abandonasen el edificio. No se lo había dicho a los demás, por supuesto, porque pretendía mantener el aire de seguridad. Todos estaban tan seguros del plan cuando lo habían discutido la pasada noche y esa mañana... Hacerlo había parecido una buena idea hasta que habían tenido que salir al exterior.

Un cuerpo solitario se tambaleaba por un sendero peatonal a corta distancia. Los seis supervivientes se lo quedaron mirando en silencio, aguantando la respiración y quedándose quietos, contemplándolo con atención hasta que se alejó con torpeza. Steve Armitage, un camionero con sobrepeso, que casi no había hablado con nadie hasta ese día, pero que se había presentado voluntario porque sabía conducir un camión y porque no podía seguir soportando estar atrapado en el interior, se lamió los labios secos y nervioso encendió un cigarrillo.

—Apaga esa maldita cosa —le recriminó Croft—. Estamos intentando

camuflarnos, jodido idiota. ¿A cuántas de esas malditas cosas has visto fumando?

Steve tiró el cigarrillo y lo aplastó con el pie.

—Lo siento —murmuró disculpándose—. No lo he pensado. Estoy un poco nervioso.

El entrenamiento militar de Cooper se puso de manifiesto. Aunque era posible que estuviera tan asustado como los otros cinco hombres, no se le notaba en absoluto. Permanecía tranquilo y controlado, como si eso fuera algo que hiciera todos los días.

—No te preocupes, Steve —comentó, haciendo todo lo que podía para tranquilizar al dubitativo camionero—. Lo podemos conseguir, sabes. Todo lo que tenemos que hacer es controlar los nervios y seguir juntos. Tomaos vuestro tiempo, no hagáis nada estúpido y todo irá bien.

Bernard Heath era, sorprendentemente, el sexto y último superviviente que se había atrevido a salir al exterior. Aunque su cobardía y sus nervios habían ido aumentando durante los días y semanas de confinamiento, en el fondo seguía siendo un hombre inteligente y racional. Poco a poco había llegado a aceptar que sus protestas y exigencias de que debían quedarse en el interior habían estado impulsadas más por el miedo que por cualquier proceso de pensamiento racional. Por mucho que siguiese prefiriendo la idea de continuar encerrado en el bloque de alojamientos, comprendía que ya no era una alternativa viable y, quizás intentado enmendar el conflicto y las discusiones que recientemente había ayudado a prolongar, se había presentado voluntario para salir. Miró a su alrededor los rostros de los demás antes de que Cooper los condujera en dirección al centro de la ciudad. Iniciaron el desplazamiento hacia el corazón muerto de la ciudad en una lenta y vacilante fila india.

La puerta por la que habían salido estaba escondida en la parte trasera del edificio. Como la gran mayoría de los cuerpos habían llegado a la universidad desde la dirección de la ciudad, los supervivientes se cruzaron al principio con pocos de ellos. Los cuerpos que vieron estaban golpeando y arañando sin pausa los lados del edificio para entrar. Cooper mantuvo la cabeza agachada, haciendo todo lo que podía para imitar los movimientos cansinos y lentos de los muertos. Sin su entrenamiento y después de llevar bastante tiempo encerrados en el interior, los otros hombres eran incapaces de igualar su autocontrol inculcado por los militares y les resultaba difícil suprimir sus emociones a flor de piel. No podían evitar mirar la escena de pesadilla hacia la que se estaban encaminando.

El ruido fue lo primero que notaron. El mundo exterior no sonaba como esperaban. Dentro de la universidad habían estado aislados y se habían acostumbrado al silencio. En el exterior, sin embargo, las cosas eran muy diferentes. Continuaba un silencio inquietante y vacío donde antes se podía oír el ruido del tráfico, de las charlas y las quejas de miles de personas, y del resto de la vida cotidiana, pero en su

lugar el aire estaba lleno de un rumor y unos gruñidos bajos y constantes: el sonido de los cuerpos arrastrando los pies por el suelo y el zumbido de millones de insectos atiborrándose en la proliferación repentina de carne putrefacta. El olor de los cuerpos en descomposición era sobrecogedor. Jack sintió que la bilis le subía desde el estómago. No sabía si iba a ser capaz de soportarlo.

Cooper se fue tambaleando en dirección al subterráneo que había utilizado para llegar a la universidad. No le hacía ninguna gracia la idea de desaparecer de nuevo en ese agujero oscuro y ominoso. La enorme multitud se había extendido hasta tal punto que resultaba difícil estar seguro de dónde se encontraba la entrada. De hecho, al verlo más de cerca, parecía que tanto la entrada al subterráneo como su salida habían sido engullidas por los cuerpos. Sabía que no tenía más alternativa que atenerse al plan original. No podía hacer nada sin hablar con los demás, y no se podía arriesgar a comunicarse con ellos allí fuera.

—Dios santo —oyó que decía alguien a corta distancia detrás de él.

La voz no era alta, pero en este entorno peligroso e impredecible incluso un susurro era demasiado. Cooper intentó volverse con mucho cuidado para advertir a los demás del peligro, pero lo que vio le dejó helado de horror. Los cuerpos estaban reaccionando. Demasiado alejados para haber oído las voces, los cadáveres estaban empezando a realizar movimientos claros y conscientes hacia los seis supervivientes. Los que se encontraban en el límite más cercano de la abarrotada multitud habían levantado las cabezas putrefactas y estaban mirando la fila de hombres que serpenteaban lentamente hacia el pasaje subterráneo. Unos cuantos cuerpos ya habían empezado a separarse del grupo principal y se bamboleaban directos hacia ellos. El repentino cambio de dirección atrajo la atención de los demás, y después, en segundos, se desencadenó una reacción en cadena mortal e imparable.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Phil Croft, olvidándose de todo. El sonido de su voz aterrorizada fue suficiente para que cientos de las asquerosas criaturas se alejaran de la masa principal de la multitud y empezaran a avanzar en su dirección—. Dijiste que no se fijarían en nosotros si actuábamos como ellos.

Cooper sabía que no había tiempo de pararse a discutir. El comportamiento de los cuerpos había estado cambiando constantemente desde el día que fueron infectados, e incluso en el corto espacio de tiempo que llevaba fuera de la base había visto cómo se habían vuelto más agresivos. Unos pocos días antes, los movimientos lentos y un fingido letargo habrían sido suficiente para engañar a los muertos, pero ya no. Aunque seguían siendo lentos y torpes, en ese momento se movían con una velocidad y un propósito terroríficos.

—Corred —ordenó Cooper—. Id hacia los malditos juzgados, ahora.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y empezó a correr hacia el centro de la ciudad. Abría el camino, pero al no conocer bien la ciudad, corrió sin una dirección

definida.

—Por aquí —chilló Paul Castle, alejándose a la carrera hacia la izquierda del soldado.

Los otros lo siguieron, flanqueados a ambos lados por enjambres de cuerpos cada vez más grandes. Paul miró hacia atrás por encima del hombro mientras se alejaba corriendo de la masa principal de la multitud putrefacta. Aterrorizado y moviéndose con rapidez, era imposible distinguir los detalles precisos. Sólo era consciente de la masa oscura de cadáveres en constante crecimiento que lo seguía. Aterrado, siguió adelante y golpeó un cadáver al azar, lanzándolo al suelo, y luego tropezó con sus piernas extendidas.

Paul, Cooper y Croft eran relativamente jóvenes y con una salud razonablemente buena. Jack y Bernard, aunque algo más mayores, también fueron capaces de seguir el ritmo. Steve, sin embargo, se estaba quedando atrás. El obeso camionero golpeaba a las numerosas figuras que se tambaleaban hacia él e intentaban agarrarlo, su tamaño era suficiente para mantener a distancia a la mayoría de ellas. Pero le resultaba difícil mantener a la vista el resto del grupo que llevaba delante, tan grande era el número de cuerpos harapientos que se cruzaban constantemente en su camino y se aferraban a él con manos cansadas y podridas.

Al alcanzar una zona despejada, Cooper se dio la vuelta para buscar a los demás. No veía a Steve, pero podía saber dónde estaba por el número de cuerpos que gravitaban a su alrededor.

—Por allí —les gritó a los demás señalando a su derecha.

Necesitaba encontrar un refugio. No importaba qué o dónde, sólo quedar fuera de la vista de las criaturas durante un rato y desaparecer hasta que se disipase el interés de la multitud. Abrió de un empujón la puerta de entrada a una pequeña librería con la fachada de vidrio y la mantuvo abierta para los demás.

—Id atrás —ordenó a Paul, Croft, Bernard y Jack cuando éstos se precipitaron sin aliento a su lado.

Cooper corrió hacia donde estaba luchando Steve y empezó a apartar los cuerpos a patadas. Pensando que era uno de los cadáveres, el camionero le envió un puñetazo. Cooper le agarró el brazo y lo empujó de espaldas hacia la librería, haciéndolo pasar por la puerta.

—Escóndete.

Croft cruzó a rastras una estantería y una mesa de lectura baja para bloquear la puerta en cuanto Cooper y Steve estuvieron dentro. Los cuerpos se lanzaron contra las ventanas, una miríada de caras grotescas y putrefactas se apretaban ya con fuerza contra el vidrio, intentando alcanzar a los supervivientes que se encontraban dentro. Cooper empujó a Croft hacia el interior del local y encontró a los demás esperando en una oficina cuadrada, pequeña y sin ventanas.

—¿Qué demonios vamos a hacer ahora? —preguntó Bernard ansioso—. Estamos jodidos.

Miró a Steve desesperado. El hombre, con la cara completamente roja, estaba derrumbado sobre un escritorio en medio de la habitación, empapado de sudor, esforzándose por respirar. Nunca conseguirían llegar a los juzgados.

—Seguiremos adelante —intervino Croft—. No tenemos alternativa. O damos la vuelta y nos abrimos paso a través de una multitud jodidamente grande de cuerpos para terminar donde empezamos, o hacemos lo que hemos venido a hacer aquí fuera: organizar algún tipo de transporte y después abrimos camino a través de una multitud jodidamente grande de cuerpos.

Su intento de ser gracioso no fue apreciado. Aun así, los otros hombres sabían que tenía razón.

—¿Dónde estamos exactamente, Paul? —preguntó Cooper—. Quiero decir en relación con los juzgados.

Paul, de pie con las manos en las caderas y respirando con fuerza, movió la cabeza.

—No demasiado lejos —contestó—, probablemente será más rápido si salimos por la parte de atrás de este local. Quizás a unos cinco minutos. Algo menos de un kilómetro.

—Bien —replicó Cooper—. ¿Estamos listos?

Steve levantó incrédulo la mirada.

—Danos un minuto —se quejó.

—Podrás descansar cuando estés sentado detrás del volante, ¿de acuerdo?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jack.

Steve asintió y se puso en pie.

—Tú nos guías, Paul —ordenó Cooper.

Paul los llevó por la parte trasera del local y se detuvo cuando llegó a la zona de carga común que compartían una serie de tiendas vecinas. Una vía de servicio estrecha recorría la extensión posterior de los edificios y después giraba para desembocar en la calle principal. Hasta donde alcanzaba a ver, no había cuerpos.

—Vamos a ir directamente por aquí —susurró a los demás, amontonados en el quicio de la puerta—. Serán unos centenares de metros en cuanto lleguemos a la calle.

—De acuerdo —asintió Cooper—, vamos a quedarnos juntos y ni un maldito sonido procedente de nadie, ¿comprendido?

Paul encabezó la marcha que los alejaba de la puerta, apretándose contra la pared más cercana y haciendo todo lo que podía para fundirse con las sombras. En el centro del grupo, Steve maldijo en silencio su estado de forma y deseó poder dejar de jadear, aterrorizado por que el sonido de su pesada respiración pudiera ser suficiente para

atraer a más cuerpos.

La vía de servicio seguía otros cincuenta metros antes de realizar un giro pronunciado a la derecha y desembocar en la calle principal. Paul se detuvo justo antes del cruce.

—Seguid por esta calle y llegaréis a una rotonda —explicó a los demás, señalando hacia la boca de la vía de servicio—. Girad a la izquierda y los juzgados están al final de la calle comercial principal. No son más de unos doscientos metros.

—¿Qué aspecto tienen?

—Es un edificio grande e impresionante, vidrios reflectantes en todas las ventanas, escaleras para llegar a la puerta, un par de estatuas horrorosas en la fachada...

Cooper asintió antes de avanzar sigilosamente hasta el final de la vía de servicio y detenerse en el punto en que se fundía con la calle principal. Con precaución sacó la cabeza por la esquina y miró arriba y abajo de la calle, en su día muy ajetreada. Había un montón de cuerpos por todos lados, pero considerablemente menos de los que habían visto antes de refugiarse en la librería. Supuso que el alboroto que habían provocado en la universidad había llevado a muchos de los lentos cadáveres a deambular por aquella zona.

—Sigue habiendo unos cuantos —les informó—. La única forma de pasar a través de ellos es no hacerles caso. Olvidad que están ahí. Corred pasando de ellos. No pueden igualarnos ni en velocidad ni en la fuerza.

—Unos pocos miles de esos bastardos pueden... —empezó a decir Steve ansioso.

—Sí, pero no hay varios miles ahí fuera —replicó Cooper—, son suficientes para que los podamos manejar. Pero si te dejas llevar por el pánico, estaremos jodidos, así que calla, respira hondo y sígueme.

Sin esperar ninguna reacción más, se dirigió hacia la calle principal. El resto del grupo lo siguió de cerca, aumentando su nerviosismo con cada paso. Bernard Heath inhalaba grandes bocanadas de aire tratando de llenarse los pulmones de oxígeno antes de empezar a correr de nuevo.

Cooper se detuvo y miró hacia atrás para asegurarse de que iban juntos, entonces corrió hacia el espacio abierto mientras los demás se esforzaban por igualar su frenética carrera. Casi de forma inmediata, los cuerpos más cercanos se empezaron a desplazar hacia ellos. Cooper los apartó brutalmente del camino, abriéndose paso hacia delante. Paul iba sólo unos pasos detrás, pero se estaba distrayendo peligrosamente por lo que veía a su alrededor. Emociones encontradas le corrían por la cabeza. A medida que los habitantes de la ciudad se habían podrido y descompuesto, la ciudad también parecía que se había deteriorado. Conocía bien ese lugar e ingenuamente había esperado que no hubiera cambiado demasiado, pero durante el tiempo encerrado en la universidad, el paisaje urbano que había visto

cientos de veces antes estaba sutilmente alterado. Las malas hierbas estaban empezando a crecer entre las grietas del pavimento y remontaban las paredes de edificios silenciosos como mausoleos. Cuerpos inertes yacían en las alcantarillas, devorados por la putrefacción y también por decenas de roedores e insectos que se alimentaban de su carne en desintegración. Un cuerpo apareció de la nada y lo cogió con la guardia baja. Paul lo agarró por el cuello y lo lanzó contra otros tres cadáveres que avanzaban hacia él.

—¡Aquí, a la izquierda! —le gritó al soldado que, en su ansia por seguir adelante, había alcanzado la rotonda y estaba a punto de pasarse el desvío.

Paul cambió de dirección, seguido de cerca por el resto de hombres que, también mantenían un ritmo similar. En especial Bernard Heath y Steve Armitage se movían con una agilidad y una determinación que superaba su edad y su mala condición física. La adrenalina y el miedo les permitía correr como hombres que tenían la mitad de su edad.

Desorientado por el aspecto descuidado y lleno de malas hierbas y por el esfuerzo repentino de correr a través de las calles, Phil Croft tardó un momento en reconocer el edificio de los juzgados. Mientras giraba para evitar a otro cuerpo con cabello largo y castaño a clapas, una cara terriblemente desfigurada y unas manos como garras salvajes, sus ojos se posaron en los empinados escalones que conducían a las imponentes puertas de entrada de los juzgados. Empezó a subir, pero se le trabó el pie en lo que quedaba de un cadáver vestido con un traje gris y cayó hacia delante, golpeándose con fuerza y quedándose sin aliento. Aturdido, movió la cabeza y se puso lentamente en pie, después se echó a un lado cuando Jack pasó corriendo a su lado y alejó a empujones un cuerpo que se había acercado a una distancia peligrosa.

Cooper, Paul y Bernard ya estaban dentro. Sostenían las puertas abiertas para los demás, después las cerraron y las bloquearon en cuanto todos estuvieron dentro. Cuatro de los hombres cayeron de rodillas, intentando respirar, pero Cooper y Paul permanecieron alerta, pues ambos se habían dado cuenta de que ya se estaban produciendo movimientos en las sombras a su alrededor. Al cabo de unos segundos, unas quince criaturas harapientas aparecieron en el vasto vestíbulo del edificio. Muchas más se precipitaron contra las puertas que acaban de atravesar y empezaron a golpearlas en un intento por entrar.

—Deshacerlos de ellos —ordenó Cooper—. Golpeadlos en la cabeza e intentad dejarlos fuera de combate. Vamos a limpiar esta zona y después podremos reducir la marcha.

Buscó a su alrededor y agarró una señal portátil con las palabras «No Esperar Aquí» y se volvió para encararse con el cuerpo más cercano. Lo que en su momento había sido una mujer policía se arrastraba hacia él con los delgados brazos extendidos. Cooper agarró el extremo de la señal, blandió el largo tubo de metal en el

aire y proyectó la pesada base contra un lado de la cabeza del cadáver. Sangre carmesí, casi negra, empezó a rezumar sin freno de un profundo corte del pómulo destrozado del cuerpo, pero éste siguió adelante impertérrito. Cooper volvió a golpearle una y otra vez, y el quinto golpe fue finalmente suficiente para que la lastimosa criatura se derrumbase, desmadejada y quieta en el suelo, con la cabeza convertida en una masa de huesos destrozados y masa encefálica.

El cadáver de un hombre mayor cubierto con la toga de abogado se tambaleaba hacia Steve. Con ojos vacíos e inexpresivos lo miraba fijamente, y Steve se quedó helado donde estaba, aturdido por el miedo. Demasiado cerca para esquivarlo, el camionero puso cara de asco y agarró a la patética criatura con ambas manos, sin doblar los brazos y evitando que siguiera avanzando. Aunque el cuerpo se retorció bajo su presa, era evidente que su poca fuerza no podía igualar la de él. Más confiado al ver el enorme abismo físico entre el muerto y él, Steve balanceó el cuerpo y lo lanzó contra la pared más cercana con una fuerza furiosa. El cadáver se estampó contra la pared, después consiguió levantarse y empezó a moverse de nuevo hacia él. Esta vez, Steve lo agarró por la mandíbula con la mano derecha y, liberando semanas de miedo y frustración, le golpeó repetidas veces el cráneo contra la pared, hasta que casi lo hubo destrozado por completo.

Estaban acabando con las criaturas con una facilidad pasmosa: los movimientos letárgicos, las reacciones lentas y la debilidad comparativa de los cadáveres no era rival para la fuerza y la coordinación incluso del superviviente más cansado y en peor forma. En menos de cinco minutos, la zona de recepción estuvo limpia.

—Buen trabajo —alabó Croft, limpiándose las salpicaduras de fluidos. Respiraba con fuerza. Paul estaba complacido consigo mismo, sorprendido por la forma en que acababa de luchar—. Maldita sea —continuó—, no eran nada, ¿no os parece? Dios santo, habría destrozado a un millar de ellos...

—Sólo si esperan en fila y se presentan uno a uno —le recordó Bernard, limpiándose las manos en una cortina. El también se sentía más confiado después de haber luchado.

—No deis por hecho que éstos eran todos —intervino Cooper—. Es probable que haya más por el edificio. Sigamos adelante y no bajéis la guardia.

—¿Ahora hacia dónde? —preguntó Steve, limpiándose las manos en la parte trasera de los pantalones.

Cooper hizo un gesto hacia una placa de metal en la pared.

—Habitaciones del jurado —contestó. Su respuesta fue correspondida con miradas interrogativas—. Los jurados asisten a los juicios —explicó— y éstos tienen lugar en salas de vistas. Los prisioneros ocupan el banquillo en las salas...

—¿Y? —presionó Steve, que no era el más listo.

—Y los prisioneros deben ir de los vehículos penitenciarios a los banquillos, ¿o

no? Atravesaremos el edificio para llegar a la parte trasera.

Después de abrirse paso a través de las espaciosas y desiertas salas destinadas a los jurados, de pasillos y escaleras de conexión, y de una sala de vistas enorme y grandiosa, los seis hombres pudieron recorrer en sentido inverso el camino que conducía hasta el banquillo y al final se encontraron en la entrada de las celdas en lo más profundo de las entrañas del complejo. Los otros cinco se quedaron quietos y contemplaron con ansiedad cómo Phil Croft extendía los brazos a través de las barras y forcejeaba para retirar un manojo de llaves del cinturón de un celador que llevaba mucho tiempo muerto y que estaba tendido en el suelo al otro lado de la reja, justo al alcance de la mano. Croft acercó a rastras el cuerpo del guardia y finalmente consiguió soltar las llaves. Se puso en pie y empezó a probarías para abrir la barrera metálica que les impedía seguir avanzando.

—Vamos —exclamó Paul ansioso. Oía movimientos en otras partes del edificio.

—Voy tan rápido como puedo —chilló Croft mientras probaba sistemáticamente todas las llaves.

Las manos le temblaban a causa de los nervios, pero con un *clic* muy esperado y un ruido sordo y pesado, la séptima llave abrió la puerta. Cooper pasó a su lado y avanzó con rapidez por un pasillo estrecho que conducía a una zona de oficinas con un mostrador de recepción a la altura del pecho justo enfrente. Allí, decidió, era donde probablemente registraban a los detenidos que entraban y salían de los juzgados. Pasillos secundarios salían a izquierda y derecha. A su derecha se encontraban las celdas, a su izquierda la salida. A través del grueso vidrio de la ventanilla de la puerta de salida pudo ver una zona amplia y abierta que le recordaba al hangar de transporte de la base subterránea de la que procedía. Debía de ser el muelle de carga.

—Por aquí —indicó.

De repente, un cuerpo solitario se arrastró a través de una puerta abierta y se precipitó sobre él. Con un movimiento rápido e instintivo, Cooper cerró el puño derecho y lanzó un potente golpe contra la detestable criatura, acertándole de lleno en la cara. Durante un momento, la cosa permaneció en pie y se tambaleó delante de él; sus rasgos putrefactos, ya magullados y destrozados, habían quedado prácticamente irreconocibles por la fuerza del puñetazo. A medida que una sangre negra y pegajosa empezaba a manar del agujero donde había estado la nariz, la criatura se desmadejó y cayó al suelo. Cooper se limpió la mano, que le escocía, y condujo a los hombres hacia la salida.

La puerta que conducía del pasillo al garaje y al muelle de carga estaba entornada y se mantenía abierta por el torso de otro cadáver que había caído y muerto unas semanas antes. Cooper pasó por encima del cuerpo y bajó corriendo un corto tramo

de escalones de hormigón.

—Cierra la puerta —le gritó Jack a Bernard, que cerraba la marcha—. Evitemos que entre alguno de ellos.

Bernard obedeció, haciendo una mueca de disgusto mientras arrastraba el cuerpo que obstruía la puerta y después cerrándola de golpe. Jadeando con nerviosismo, se recostó en la puerta para recuperar el aliento. Pasaron bastantes segundos hasta que consiguió levantar la cabeza y echar un vistazo al muelle de carga. ¿Habían valido la pena los riesgos que habían corrido para llegar allí?

—¿Estás bien, Bernard? —preguntó Croft.

La pregunta del médico hizo que levantara la mirada. Asintió, se enderezó y avanzó unos pocos y cansados pasos hacia la zona principal del garaje. Había tenido la esperanza de verlo lleno de furgonetas penitenciarias y otros vehículos similares, pero quedó desilusionado. Que pudiera ver, había dos camiones blancos; uno lo suficientemente largo para tener varias puertas y una fila de pequeñas ventanas cuadradas a un lado, y el otro la mitad de largo que el primero, y una sola furgoneta de la policía. Steve Armitage ya estaba subiendo a la cabina del camión más largo, instalándose en el asiento y comprobando los controles.

—¿Lo puedes conducir? —preguntó Cooper.

Steve se lo quedó mirando y frunció el ceño.

—Si conseguimos arrancarlo, lo sabré conducir —contestó ofendido.

Bernard empezó a comprobar la situación del camión más pequeño, mientras que Croft concentró su atención en la furgoneta. Descubrió a su último conductor muerto al volante, derrumbado hacia delante con la cara congelada con una expresión grotesca de dolor insoportable. La barbilla del cadáver y la mayor parte del salpicadero de la furgoneta estaban cubiertos de gotas de sangre coagulada. El médico dio un paso atrás y se quedó mirando la penosa escena, intentando durante un momento imaginar el dolor y el terror que había debido de sufrir aquel desgraciado mientras se asfixiaba hasta morir. Mientras empezaba a tirar del cadáver, rígido y difícil de sacar, se vio sorprendido por los sonidos repentinos de los cadáveres que empezaban a golpear contra la parte exterior de las grandes puertas de metal del muelle de carga, porque las voces y la actividad de los supervivientes los habían alertado de su presencia. Por mucho que hubiera sufrido el cuerpo que estaba arrastrando, pensó, al menos el tormento del hombre ya había pasado. Para las criaturas desesperadas que se seguían moviendo (y también para él mismo y para los demás supervivientes) el miedo, la confusión y la desorientación parecía que seguirían de forma indefinida.

Cooper abandonó el muelle de carga y corrió de regreso a la recepción, que habían atravesado sólo unos minutos antes, buscando las llaves de los vehículos que habían encontrado. Atenazados entre los dedos de otro cuerpo cubierto de polvo y

desmadejado en el suelo de una oficina pequeña, detrás del alto mostrador de recepción, encontró la llave de un delgado armario de metal colgado de la pared. Dentro del armario se encontraban las llaves de las puertas, de los cajones, de los escritorios y muchas otras de formas y tamaños muy diversos. Cogió todas las que parecían que podrían pertenecer a un coche, camión o furgoneta y corrió de regreso al muelle de carga.

Después de sacar a rastras el cuerpo de la furgoneta, Croft se concentró en intentar arrancar el motor. Afortunadamente había encontrado las llaves que necesitaba en la alfombrilla entre los pies del cadáver. Se sentó en el asiento del conductor y probó el arranque. Tras un mes de inactividad no tenía demasiadas esperanzas de que ninguno de los vehículos arrancase a la primera.

—Dios santo, ¿los puedes oír? —preguntó Paul ansioso.

Croft le echó una mirada y después miró a través del parabrisas hacia las puertas del muelle de carga. Intentó imaginar el tamaño de la multitud que golpeaba el otro lado de la pesada persiana metálica. Podía ver cómo ésta vibraba y se sacudía en su marco.

—Por supuesto que los puedo oír jodidamente bien —respondió, forzándose a concentrarse en arrancar de nuevo la furgoneta—. Lo que es peor, ellos nos pueden oír a nosotros.

Giró varias veces la llave en el contacto. El motor empezaba a girar, pero cada vez moría de forma lastimosa. Sus últimas palabras le seguían dando vueltas en la cabeza mientras lo intentaba una y otra vez con la llave. El ruido que iban a hacer para llevar esos vehículos de regreso a la universidad iba a ser ensordecedor. La realidad de la situación se estaba revelando con rapidez. Estaba claro que incluso sin motores, el ruido que ya habían hecho había sido suficiente para atraer a muchos cuerpos al otro lado de las puertas del muelle de carga, y él sabía que muchos otros les seguirían. Si tardaban demasiado, quedarían rodeados. Sus opciones parecían cada vez más reducidas: salir en la furgoneta y los camiones o no salir.

Bernard había tenido más éxito con el camión pequeño. Después de encontrar la llave en la colección que Cooper había sacado de la oficina, probó el motor un par de veces antes de que, al tercer intento, éste traqueteara y cobrara finalmente vida, llenando el muelle de carga con un ruido sordo y mecánico, y expulsando nubes de gases de un color negro sucio a ras del suelo. Nunca el olor a monóxido de carbono había sido tan bienvenido, pensó el profesor universitario mientras aceleraba el motor.

—No dejes que se muera, Bernard —le gritó Cooper—. Mantenlo en marcha.

Momentáneamente eufórico, Bernard se quedó mirando cómo la aguja del depósito empezaba a subir con lentitud por el dial y se detenía un poco antes de la marca de tres cuartos de depósito. Aceleró el motor una y otra vez para mantenerlo

vivo. Incluso por encima de su rugido ronco podía oír cada vez más cuerpos golpeando las puertas desde el exterior.

—Bernard —chilló Steve—, ven aquí. Ponlo delante de mí y vamos a arrancar éste.

El camionero también había conseguido localizar las llaves del vehículo que había escogido. Contempló desde la cabina cómo Bernard conducía lentamente el camión pequeño hacia delante y después torcía frente a él. Steve bajó y corrió hacia una zona en la esquina más alejada a la derecha del muelle de carga, que parecía que se había usado como garaje improvisado o como taller. Consiguió localizar un juego de pesados cables de arranque y volvió corriendo hacia los camiones, abrió los capós y empezó a trabajar.

Paul dio un codazo suave a Croft, que seguía intentando sin éxito arrancar el motor de la furgoneta.

—Ponte a la cola —le sugirió—. Espera hasta que hayan conseguido poner en marcha el otro camión y después deja que hagan lo mismo con la furgoneta.

Croft asintió. Le hizo un gesto a Castle para que se pusiera a un lado y después soltó el freno de mano, permitiendo que la furgoneta se desplazase lentamente unos pocos metros hacia delante. Giró el volante y guió el vehículo lo más cerca que pudo de los camiones.

Diez minutos después los tres vehículos estaban en marcha. Los seis hombres se encontraban juntos en medio de un muelle de carga que se estaba llenando de humo, y con rapidez decidieron su estrategia de salida. Por mucho que en los últimos tiempos la universidad había parecido la más fría, incómoda e impersonal de las prisiones, en ese momento todos querían volver a ella con desesperación.

—¿Esperamos? —preguntó Bernard—. ¿Deberíamos apagar los motores y esperar a que desaparezcan algunos de los cuerpos?

—Ni hablar —respondió Croft con rapidez—. Tendríamos que salir ahora mismo. La cantidad de ruido que hemos hecho habrá atraído a centenares. Tardarán días en desaparecer.

—Tienes razón —asintió Cooper—. No vamos a ganar nada apagándolos.

—¿Podremos meter a todo el mundo? —se preguntó Jack, pensando en voz alta. Se quedó mirando los tres vehículos e intentó visualizar cómo iban a embutir en ellos a los supervivientes y sus pertenencias.

—Tendremos que hacerlo —replicó Croft, su voz rotunda y abrupta—. Yo no voy a volver aquí.

Los golpes y el repiqueteo al otro lado de la puerta del muelle de carga prosiguió incansable; el ruido era un lúgubre recordatorio de que antes de que pudieran pensar en salir de la ciudad, primero tenían que salir del edificio de los juzgados. Cooper atravesó el muelle de carga y estudió las puertas. Haciendo lo posible para no pensar

en los golpes constantes y violentos que procedían del exterior, se agachó y examinó el mecanismo de cierre. Las puertas eran de acordeón, y en cuanto consiguieran abrirlas se deslizarían hacia la izquierda. Igualmente ansioso por salir y ponerse en marcha, y sintiéndose cada vez más inútil y prescindible porque no sabía conducir, Jack también empezó a estudiar los cierres.

—Dios sabe cómo vamos a conseguir que esto se abra —comentó—. Debían de ser portones eléctricos. Habrá que empujarlas con fuerza para conseguir que se muevan sin electricidad.

—Lo podemos hacer —contestó Cooper—. Abriremos los cierres y soltaremos cualquier freno que podamos ver, después las forzaremos.

—¿Forzarlas con qué?

—Con uno de los camiones si es necesario, ¿qué más tenemos?

Se tendió en el suelo y miró la parte inferior de la puerta. La luz se filtraba desde el exterior y quedaba intermitentemente bloqueada por los movimientos constantes de la masa de cuerpos que merodeaban al otro lado. Con la mano extendida, Cooper intentó palpar el mecanismo de la puerta y comprender cómo funcionaba. Podía tocar un riel hundido en el hormigón, y dedujo que tenía que haber algo similar en la parte superior. Se puso en pie y volvió su atención al cierre, que Croft seguía examinando con atención.

—¿Crees que lo podrás abrir? —preguntó.

—¡Si lo golpeo con fuerza suficiente puedo abrir cualquier cosa! —sonrió el médico.

Steve apareció a su lado con varias llaves inglesas, llaves de tubo y otras herramientas.

—Las he encontrado por allí —comentó, haciendo un gesto hacia la zona del muelle de carga donde había encontrado antes las pinzas de arranque.

Cooper cogió una de las llaves inglesas más pesadas y empezó a golpear el cierre. Croft dio un paso atrás. El ruido que estaba haciendo el soldado era ensordecedor, y las implicaciones resultaban obvias.

—Subid a los vehículos —gritó Jack a los demás. Como único no conductor, sentía el deber de trabajar en la apertura de las puertas—. Cuando lo consigamos habrá miles de estos bastardos que entrarán en tromba.

Croft, Steve y Bernard regresaron a los vehículos. Paul se instaló en el asiento del conductor del camión penitenciario más pequeño, que Bernard había conseguido arrancar, contento de dejarle que cogiera el volante. Por delante de ellos, Cooper seguía golpeando el cierre con la llave inglesa, sintiendo que cedía con cada golpe ensordecedor. Treinta segundos más y quedó suelto.

—¿Ya está? —preguntó Jack.

Cooper tiró de la puerta e intentó que se deslizase un poco, pero no se movió.

—Debe de haber otros topes —respondió, dando un paso atrás y mirando arriba y abajo por el borde de la puerta, donde se insertaba en el marco.

Podía ver que había dos cerrojos o pestillos más, uno a un tercio de altura hacia arriba del portón, el otro a un tercio hacia abajo. Jack hizo un gesto a Croft para que acercase la furgoneta. El médico acercó con precaución el vehículo y se detuvo a muy poca distancia de la puerta. Jack se subió al capó de la furgoneta y de allí se alzó hasta el techo.

—Dadme algo con lo que abrir esto —le pidió a gritos a los demás.

Cooper le pasó un pesado mazo de acero con el que Jack empezó inmediatamente a batir el metal. El pulso se le aceleró mientras bajaba una y otra vez el martillo. Le dolía el brazo, pero no se detuvo. Podía sentir la enorme multitud que les esperaba al otro lado de la puerta de metal, pero no le preocupaba. Quería estar lejos de ese lugar.

Justo debajo de donde estaba trabajando, Cooper estaba agachado delante de la furgoneta, intentando abrir el cierre que quedaba con una palanca de metal. Aunque se trataba de una puerta de seguridad, no era inexpugnable. Nunca había sido necesario que fuera así, porque debía de haber suficiente seguridad tanto en el exterior como alrededor de los juzgados para prevenir o evitar las huidas. Durante un instante Jack pensó en la cantidad de ruido que debían de estar produciendo y la distancia a la que viajaría el sonido. Cuerpos de kilómetros a la redonda estarían tambaleándose sin tregua hacia los juzgados. Casi se sentía como si estuvieran tocando una extraña campana de iglesia, llamando a misa a un rebaño en descomposición.

La puerta se empezó a mover. El pestillo inferior se había soltado.

Con el primer cierre libre, Cooper se quitó de en medio y levantó la mirada hacia Jack, que seguía martilleando sin descanso el pestillo superior. El sudor le caía por las cejas, y tenía el brazo derecho cansado y entumecido, exhausto por el esfuerzo de golpear sin pausa la puerta con el martillo.

—¿Casi estás? —preguntó Cooper.

—Casi estoy.

El soldado se preparó para abrir el portón. Phil Croft iba a ser el conductor que dirigiese el convoy, e intentó visualizar la ruta de regreso a la universidad. Nunca había conducido demasiado por la ciudad y se esforzó por pensar en la mejor ruta que podía tomar. Siempre había estado tan ocupado, que el transporte público había sido la mejor forma de ir y volver al trabajo.

—Lo conseguí —gritó finalmente Jack con alivio.

Lanzó el martillo a un lado, y el ruido del golpe contra el suelo fue casi inaudible por encima de los motores y de los muertos del exterior. Bajó del techo de la furgoneta. Exhausto, se arrastró hacia el más grande de los dos camiones penitenciarios y subió al asiento del pasajero al lado de Steve.

Cooper indicó a Paul y Steve que acercaran sus vehículos todo lo que pudieran a la parte trasera de la furgoneta policial, teniendo en cuenta el espacio limitado del garaje.

—¿Listos? —preguntó Cooper a Croft, preparado para abrir de golpe la puerta.

El médico asintió y se inclinó hacia el otro lado de la furgoneta para abrir la otra puerta para Cooper.

El soldado abrió la puerta del muelle de carga e, inmediatamente, cientos de cuerpos empezaron a inundar el edificio, alejándose ellos mismos de la multitud densa y en aumento que tenían detrás, e intentando agarrar inútilmente el aire que tenían delante. Algunos cayeron y fueron inmediatamente pisoteados por otros que empujaban por detrás. Se arremolinaron alrededor de los vehículos, pero Cooper fue capaz de cubrir con rapidez la corta distancia hasta la puerta de la furgoneta y entrar en ella. Pateó y golpeó los cadáveres que intentaban alcanzarlo, y después cerró la puerta de golpe.

—¡Muévete!

Croft pisó a fondo el acelerador e hizo que la furgoneta saliera disparada hacia delante, abriéndose paso entre la masa putrefacta y aplastando a las criaturas que se interponían en su camino. El parabrisas quedó cubierto por manchas rojas y amarillas, pero Croft seguía aumentando la velocidad, conduciendo a ciegas. Detrás de él, los dos camiones empezaron a ponerse en movimiento, más lentos que la furgoneta, pero con una fuerza aún más importante y devastadora.

—No puedo ver una mierda —gritó Croft mientras cuerpo tras cuerpo se aplastaba contra el parabrisas, impidiendo aún más su visión.

—No importa —replicó Cooper—. Sólo sigue en movimiento. Sácanos de aquí.

La multitud era inmensa y, según parecía, interminable. Su posición relativamente baja hacía imposible que Cooper y Croft pudieran apreciar en toda su extensión el lúgubre panorama que podían ver los otros cuatro hombres desde las cabinas de los camiones. El interminable enjambre de cuerpos en descomposición se arrastraba sin sentido hacia los juzgados y después se tambaleaba detrás de los vehículos, que se alejaban a toda velocidad. Miles de cascarones vacíos e inexpresivos daban bandazos inútilmente hacia la fuente del ruido repentino y el movimiento frenético, que súbitamente había llenado el mundo frío y vacío.

—¿Por dónde? —preguntó Croft, presa del pánico y gritando para que se le pudiera oír por encima del sonido del metal golpeando la carne putrefacta.

—Creía que habías dicho que conocías el lugar —replicó Cooper, enojado.

—Y lo conocía —respondió el médico a gritos—. El problema es que lo conocía antes de que ocurriera todo esto y hubiera millares de cadáveres llenando las calles.

Croft vislumbró un cruce conocido a través de un hueco momentáneo en la multitud y giró hacia la derecha a lo largo de una calle ancha que sabía que les

conduciría hacia el centro de la ciudad. Pisó el freno y el volante se le soltó de las manos durante un instante. Aunque ya se encontraban a cierta distancia de los juzgados, no parecía que estuvieran más cerca de alcanzar el límite de la multitud putrefacta. Incapaz de ver mucho más de la calle, alzó la mirada hacia los edificios que les rodeaban a ambos lados y consiguió deducir a grandes rasgos dónde se encontraban.

—Lo tengo —anunció de repente—. Iremos en dirección contraria por el cinturón. Eso nos debería llevar a casa.

Un par de centenares de metros más allá llegaron a una gran isleta de tráfico y un paso elevado cubierto de cuerpos y de los restos oxidados de coches, autobuses y otros vehículos. Croft consiguió abrirse camino sorteando los escombros. Con menos control, pero con bastante más potencia, los dos camiones que iban detrás se abrieron paso detrás de él.

—¡Dios santo! —exclamó Clare cuando desde una ventana en lo alto posó la mirada en los restos de la enorme multitud frente al edificio de la universidad—. ¡Míralos! ¡Tú míralos!

Donna había estado sentada con ella en la escalera, esperando ansiosa el regreso de los hombres. Se puso en pie y se acercó a donde se encontraba Clare.

—Maldita sea... —jadeó mientras se quedaba mirando el caos a sus pies.

Los cuerpos se estaban moviendo con más fuerza y velocidad de lo que habían visto antes. Los más cercanos al centro de la ciudad, en los bordes de la multitud, se estaban alejando de la masa principal y se distanciaban tambaleantes del complejo universitario. Y cuando las primeras criaturas se fueron arrastrando los pies, cada vez más las siguieron. No se trataba de un movimiento casual. Estaban reaccionando ante algo que ocurría en la calle.

—¿Qué está pasando? —preguntó Clare—. ¿Qué están haciendo?

En el centro de la muchedumbre vio cuerpos que empezaban a luchar con otros para pasar y escapar de la inmensa masa. Donna no tuvo la oportunidad de contestar.

—¡Ya vuelven! —gritó otro de los supervivientes desde una posición de vigilancia por encima de ellas, en el cuarto piso del bloque de alojamientos.

La voz del vigía se propagó con rapidez por los pasillos vacíos y llegó a las habitaciones en las que esperaba, nervioso y sentado, el resto del grupo. Keith Peterson fue el primero en reaccionar. Se levantó de un salto del sitio en el que había estado en la sala de reuniones, atravesó corriendo el complejo y subió por las escaleras. Se asomó a un balcón del segundo piso situado a un lado del edificio y que dominaba el campo de fútbol vallado, que habían decidido que sería el garaje temporal de cualquier vehículo que consiguieran recuperar.

Donna apareció a su lado y se inclinó con precaución sobre el borde de la baranda, estirando el cuello para intentar vislumbrar el regreso de los supervivientes, mientras que, al mismo tiempo, hacía todo lo que podía para no pensar en el vértigo y las náuseas de miedo que le producía al estar colgada a quince metros por encima de las cabezas de una multitud de cadáveres. Podía oír algún tipo de vehículo aproximándose, pero el silencio desorientador del mundo hacía que fuera imposible decir qué era, a qué distancia se encontraba y desde qué dirección se estaba acercando. El ruido y la distracción provocados por los supervivientes que se encontraban en otra parte de la ciudad habían tentado temporalmente a un gran número de cadáveres a alejarse de la universidad, quizás hasta a un tercio de la masa total. Sin embargo, estaba claro que el regreso de los hombres tendría como resultado la vuelta de grandes oleadas de cadáveres en descomposición, posiblemente muchos más de los que eran antes.

—Los veo —gritó Keith. Se encaramó sobre la balaustrada metálica que rodeaba el balcón y se agarró, como único apoyo, al quicio de la puerta por la que acababan de pasar.

—¿Están todos? —preguntó Donna ansiosa.

—No lo puedo decir —contestó—. Al menos son tres. Veo una furgoneta y dos camiones.

El convoy cubierto de sangre quedó lentamente a la vista, los capós de la furgoneta y de los camiones, que antes eran blancos, estaban manchados de fluidos y goteaban con los restos de las colisiones con los cuerpos. Dentro de la furgoneta que iba en cabeza, Phil Croft enfilaba hacia el acogedor panorama de los edificios universitarios, intentando ver a través del caos de incontables figuras y con la esperanza de poder localizar el camino que les sacaría de la carretera principal y los llevaría hacia el interior del campus. Ajenos al peligro de los potentes vehículos, los patéticos cadáveres seguían arremolinándose a su alrededor en un número enorme.

Croft vislumbró la entrada de la estrecha carretera de servicio y giró repentinamente a la izquierda. Echó una mirada al retrovisor y, entre la carnicería y la confusión que había dejado a su paso, vio cómo giraban los dos camiones y seguían la ruta que los alejaba de la carretera principal.

—Ya no estamos lejos —comentó, pero Cooper no respondió.

En su lugar, se dio la vuelta en el asiento y miró a través de la ventanilla trasera hacia el bloque de alojamientos que estaban sobrepasando lentamente. Estaba buscando a los otros supervivientes, esperando que supieran que estaban regresando. Primero vio a Donna y a Peterson, y después vislumbró otros rostros, que miraban desde las ventanas en las diferentes plantas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Croft mientras conducía hacia el campo de fútbol rodeado de vallas de alambre. Ya podían ver que la puerta estaba cerrada.

—Sigue adelante —respondió Cooper, dándose él mismo la vuelta—. Pasa a través de la puerta.

—Pero entonces... —empezó a protestar Croft.

—Ya he pensado en ello. Pasa a través de ella, da marcha atrás y utilizaremos la furgoneta para taponar el hueco en cuanto los demás estén dentro.

—¿Cómo vamos a volver a entrar si vamos a bloquear la jodida salida?

—Evidentemente no vamos a poder hacer nada durante algún tiempo —explicó, agarrándose a los lados de su asiento mientras la furgoneta saltaba y se balanceaba al pasar por encima de más cuerpos.

—Podríamos intentarlo a la carrera.

—Ni hablar. Nos quedaremos sentados y callados, y esperaremos durante un rato. No importa si no volvemos dentro durante un par de horas. Para entonces tendremos menos por los alrededores.

Cooper se abrazó a sí mismo cuando Croft aceleró hacia la puerta de metal que bloqueaba la entrada al campo de fútbol. Steve Armitage los miraba desde el más grande de los dos camiones que lo seguía de cerca.

—Si no lo consigue —gruñó el camionero—, entonces pasaré yo con este trasto.

—Y te llevarás contigo la mitad de la maldita valla —comentó Jack.

Contempló cómo la furgoneta policial aceleraba hacia la valla que tenía delante. La fuerza del impacto fue suficiente para reventarla, dejando la combada barrera de metal medio abierta y colgando, sujeta sólo por una testaruda bisagra. Croft dio marcha atrás unos metros y después aceleró de nuevo hacia delante, esta vez aplastando el portón hacia un lado y penetrando directamente en el campo de fútbol. El médico dio la vuelta a la furgoneta trazando un amplio arco y contempló nervioso cómo empezaban a llegar los cuerpos. Algunos consiguieron deslizarse por el hueco, los cascarones pútridos de otros muchos se precipitaron sobre la alambrada alrededor de todo el perímetro del campo de fútbol.

—Esto va a ser duro —comentó Steve mientras alineaba el camión y pasaba a través del espacio en el que había estado la puerta de metal. Como conductor experimentado, consiguió que los laterales del vehículo evitaran la valla con poco más de unos centímetros a cada lado.

Ver que el primer camión había entrado en el campo de fútbol sin un rasguño otorgó a Paul Castle una fe inmerecida en sus propias habilidades como conductor. Forzó el avance el camión más pequeño y se estremeció cuando el lado del pasajero pasó arañando el poste de entrada, doblándolo aún más.

En cuanto los tres vehículos se encontraron seguros dentro del campo de fútbol, Croft aceleró de nuevo y detuvo la furgoneta tapando toda la anchura de la entrada, bloqueando el acceso a cientos de cadáveres tambaleantes que se seguían arrastrando hacia los supervivientes. Steve Armitage aparcó el vehículo en el centro del campo atravesando el círculo central. Después de conducir de un lado a otro y aplastar a los más o menos quince cuerpos que habían conseguido penetrar en el terreno de juego al entrar los vehículos, Paul Castle se situó a su lado.

—Que no os vean —ordenó Cooper mientras corría desde la furgoneta hacia el más grande de los dos camiones—. Entrad en la parte trasera de éste.

Alrededor de todo el campo de fútbol, los cuerpos siguieron colisionando ruidosa y torpemente contra la valla. Donde antes había entre diez y veinte, ya se encontraban cientos de figuras nauseabundas y harapientas que golpeaban con sus manos putrefactas la barrera, agarrando y agitando la alambrada con dedos engarfiados. Sin necesitar mayores recomendaciones, los otros cinco hombres siguieron a Cooper al interior de la parte trasera del camión. Teniendo cuidado de no cerrar por completo la gruesa puerta de seguridad, el soldado se derrumbó pesadamente sobre un banco metálico cercano.

—Hecho —dijo en voz baja. La autoridad y disciplina militar antes tan claras en su voz habían desaparecido, reemplazadas por un tono de alivio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jack.

—Tómatelo con calma durante un rato —contestó el soldado—. No tenemos nada más que hacer que sentarnos y esperar.

Michael estaba sentado detrás del volante de la autocaravana, con Emma a su lado. Llevaban prácticamente en la misma posición desde hacía seis horas, sin moverse, no fuera que se perdieran el regreso de los soldados que habían visto partir a primera hora de la mañana. La espera estaba resultando insoportable. Michael se estaba empezando a preguntar si iban a volver. A la patrulla de reconocimiento le podía haber ocurrido cualquier cosa. Era posible que hubiera malinterpretado completamente la situación. La base podía estar en cualquier parte...

La autocaravana estaba aparcada en un campo junto al camino que habían descubierto. Al aparcar el vehículo grande, pesado y torpe al otro lado de un muro de piedra gris, debajo de las densas copas de los árboles, se habían camuflado de forma completa, y su relativa invisibilidad era tranquilizadora. El día soleado se había visto interrumpido por un chubasco fuerte e inesperado hacía poco rato, y las gotas de lluvia seguían cayendo de forma constante desde los árboles que tenían encima, golpeando el techo de metal y proporcionando a la tarde un fondo musical inquietante e intermitente. Excepto por estos pocos sonidos, todo estaba engañosamente silencioso y pacífico.

El estómago de Michael se retorció a causa de los nervios y la incertidumbre. Por enésima vez en la última hora se volvió y miró por encima del hombro, observando el camino en la dirección por la que habían desaparecido los soldados a primera hora. Miró en la distancia, esperando ver movimiento, pero, al mismo tiempo, también extrañamente aliviado de que no estuviera ocurriendo nada.

Emma se deslizó sobre los asientos delanteros y le colocó las manos sobre los hombros. El no reaccionó. Ella se inclinó y lo besó en la mejilla. Siguió sin reaccionar.

—Odio cuando te pones así —le confesó ella, su cara aún junto a la suya.

—Estoy bien —replicó Michael, poco animado. De la misma forma que deseaba que ella estuviera cerca, también quería que lo dejara solo para pensar.

—Lo que tenemos que hacer —prosiguió Emma— es encontrar un...

—Calla... —la interrumpió.

—¿Qué?

—Escucha.

Emma se alejó de él y se sentó al borde de su asiento, escuchando con atención. Podía oír el sonido de un motor que se acercaba.

—Ahí están —exclamó Michael, y giró la llave en el contacto.

La pesada y torpe autocaravana cobró vida, y Michael agarró el volante, expectante. Se quedó quieto en su asiento y contempló el camino que se encontraba a su espalda a través del gran retrovisor lateral que tenía a su lado. Aunque el muro de

piedra tapaba buena parte de su visión, podía ver el punto en el que el camino iniciaba la serpenteante subida en la distancia y después se perdía.

El transporte con los soldados acabó apareciendo por encima de la cima de una colina baja; los faros deslumbrantes del vehículo brillaban muy blancos en la penumbra cada vez más gris de última hora de la tarde. Michael contempló cómo se acercaban hasta que su línea de visión quedó bloqueada por el muro. Unos segundos después pasaron a su lado y vieron el techo verde oscuro del transporte justo por encima del muro que tenían al lado. Con precaución dejó que la autocaravana iniciara el avance.

—No te acerques demasiado —le advirtió Emma nerviosa—. No nos conocen. Se podrían revolver contra nosotros y...

Michael no la estaba escuchando. Salió del campo, avanzando lo suficiente para poder ver cómo el transporte seguía adelante por el camino. Cuando estuvo casi fuera de su vista aceleró.

Michael siguió las brillantes luces de posición del vehículo mientras giraba a la derecha y después a la izquierda. Varios centenares de metros más adelante, el camino se empezó a estrechar y se volvió aún más escabroso e irregular. Los lados del camino se convirtieron en bancales pronunciados, que no dejaban a Michael más alternativa que seguir hacia delante. La autocaravana no estaba diseñada para viajar por un terreno tan accidentado. Una de las ruedas delanteras se hundió en un bache lleno de lodo, y el vehículo resbaló hacia un lado, con el chasis tocando el suelo.

—Dios santo —musitó Emma—. Esto es una mala idea. En cuanto podamos tendríamos que abandonar este camino y...

—Vamos bien —replicó Michael, intentando concentrarse—. No importa lo que le pase a este trasto. No es como si tuviéramos que pagar el taller o algo por el estilo. En cuanto descubramos dónde se esconden esos soldados, podremos llevarnos nuestras cosas y dejarlo en la cuneta.

—Lo sé, pero no sabemos lo lejos que están...

Emma dejó que se perdieran sus palabras mientras atravesaban una zona de bosque. Las ramas quebradizas que cubrían el camino arañaban los laterales de la autocaravana y del transporte militar que llevaban delante, amortiguando aún más la luz mortecina. El camino se curvaba y retorció en direcciones aparentemente casuales e inesperadas, y Michael se vio obligado a reducir la velocidad de su poco ágil vehículo hasta no superar el de una persona andando. Un cuerpo perdido golpeó el lateral de la autocaravana.

—¡Dios santo! —se sobresaltó Emma, sorprendida por el repentino e inesperado ruido—. ¿De dónde demonios ha salido? —Se quedó mirando a la criatura por el retrovisor lateral y contempló cómo la silueta se daba la vuelta y se tambaleaba tras ellos.

Por delante, el transporte desapareció momentáneamente de su vista. Michael se sintió aliviado al vislumbrarlo de nuevo cuando salieron de debajo de los árboles. Pasó por un portón estrecho y por encima de una rejilla para el ganado, que hizo que traquetease el forzado vehículo. A cierta distancia, el furgón militar empezó a reducir la velocidad y finalmente se detuvo en medio de un campo. Michael fue soltando suavemente el acelerador.

—Pero ¡si no hay nada!

—Lo tiene que haber —replicó Emma, intentando ver más allá de otros tres cuerpos que se estaban acercando a la parte delantera de la autocaravana. También se dio cuenta de que tenían muchos más cuerpos por detrás.

Sin previo aviso, el transporte de los soldados se puso de nuevo en movimiento. Con un rugido repentino y potente, y una humareda de gases de escape, empezó a avanzar con una velocidad inesperada. Subió hasta una cresta cubierta de hierba, que había sido prácticamente invisible bajo la luz mortecina, después desapareció por una pendiente pronunciada y se perdió de vista.

—Eso es —exclamó Michael, forzando de nuevo el avance de la autocaravana—. Ahí debe de estar.

Michael se aproximó a la cresta a una velocidad peligrosa, cada vez más inquieto. Ambos sabían de la importancia del momento.

—Con cuidado —advirtió Emma, mientras la autocaravana se inclinaba hacia un lado al pasar una de las ruedas traseras por un surco profundo.

Michael no respondió, concentrado en atrapar a los soldados, siguiendo el camino de barro y hierba aplastada. Sin saber lo que había al otro lado de la cresta, aceleró de nuevo. Con el corazón en un puño se aplastó contra el respaldo del asiento cuando la parte delantera del vehículo fue subiendo, y de repente se hundió en la oscuridad como si fuera un viaje en una montaña rusa. Al principio, todo lo que pudo ver fueron las luces del vehículo de los soldados que tenía delante. Segundos después habían desaparecido, tragadas por la oscuridad.

—¿Adónde han ido? —preguntó Emma.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —le gritó Michael.

La velocidad de la autocaravana aumentaba a medida que bajaban por la ladera. Michael toqueteó los interruptores junto al volante, intentando desesperadamente encender las luces mientras seguía manteniendo el control del vehículo. Unos segundos después, el terreno se empezó a nivelar. La parte delantera de la autocaravana empezó a golpear formas en sombras bajo una oscuridad creciente. Una o dos al principio, después más y después un flujo constante. Michael encontró las luces y las encendió.

No había ni rastro del transporte militar. No había ninguna señal visible de la base. Excepto por la ligera pendiente que tenían delante, hasta donde les llegaba la

vista el campo enorme que estaban atravesando no contenía nada más que centenares de cuerpos, apelotonados en medio de ninguna parte. Michael apretó inmediatamente los frenos e hizo que la autocaravana se detuviera de golpe derrapando levemente.

—Sigue adelante —le chilló Emma—. ¡Por el amor de Dios, no te pares aquí!

Tenía razón, pero era demasiado tarde. Intentó acelerar de nuevo, pero la pérdida de tracción sobre la hierba húmeda y pisoteada, y la masa de carne muerta que rodeaba el vehículo se combinaban para evitar el avance. Las ruedas giraban en vano sobre el barro, excavando surcos cada vez más profundos sin encontrar agarre. Michael miró por encima del mar de cabezas putrefactas con el deseo desesperado de vislumbrar algo construido por el hombre entre la carne en descomposición. Pero no había nada. Apagó de nuevo las luces y silenció el motor. Cuando las criaturas más cercanas empezaron a golpear los laterales de la autocaravana con sus puños putrefactos, agarró instintivamente la mano de Emma y la arrastró a la parte trasera de la autocaravana. Retirando una sábana del colchón para taparse, la empujó a un espacio pequeño entre el pie de la cama y la mesa, un lugar donde se habían escondido otras muchas veces. La abrazó con fuerza a medida que aumentaba el ruido ensordecedor a su alrededor.

Estaban rodeados.

Donna atravesó corriendo el complejo universitario con Clare siguiéndola de cerca. A toda velocidad recorrieron el camino a través de un laberinto de pasillos a oscuras que no habían utilizado antes, recordando detalles de un plano del campus que habían encontrado y con la esperanza de que serían capaces de recordar el camino de vuelta con los demás. Después de recorrer la extensión de varios edificios, vacíos e interconectados, hasta donde creían que podían llegar sin salir o sin encontrarse con cuerpos, Donna se detuvo.

—Esto será suficiente —comentó sin aliento, reduciendo el ritmo y descansando las manos en las caderas.

—¿Dónde lo hacemos? —preguntó Clare.

Donna miró alrededor. Había una puerta a la derecha que daba al exterior. A través de unos paneles cubiertos con vidrios de seguridad pequeños y cuadrados pudo ver un sendero estrecho de hormigón que conducía a un almacén prefabricado y aislado. Ese era su objetivo.

—Perfecto —comentó mientras abría la puerta y salía a la noche.

El camino entre el complejo universitario principal y el almacén estaba completamente delimitado por unas vallas altas a ambos lados y, excepto por un cadáver retorcido que yacía inmóvil a un lado, no pudo ver ningún otro cuerpo. Esperó hasta que estuvo completamente segura de que no había ningún movimiento en los alrededores y entonces recorrió a la carrera todo el camino y forzó la entrada del almacén, con Clare detrás de ella. Sus ojos se acostumbraron con rapidez a la penumbra mientras revisaba el húmedo edificio.

—Sábanas —indicó Clare, señalando una estantería metálica en el extremo más alejado de la estrecha habitación rectangular.

Se acercó y empezó a desplegarlas, haciendo una pila en el rincón más alejado de la puerta. Donna añadió a la hoguera un montón de papeles y muebles de madera.

—Esto será suficiente —comentó mientras desaparecía en una segunda habitación.

Evidentemente se trataba de algún tipo de almacén de lavandería, porque los estantes en las largas paredes de la habitación estaban llenos de botellas, tubos y cartones muy diversos. Lejía, desinfectante y otros muchos productos químicos, utilizados por limpiadores y bedeles. Miró a través de una ventana pequeña en la pared posterior, orientada hacia el centro de la ciudad.

Clare se retiró instintivamente hacia la puerta de entrada cuando Donna reapareció con una botella de un líquido de olor acre marcado como «inflamable», que empezó a verter sobre la pila que habían formado. Después se agachó y encendió una cerilla con la que prendió el extremo de un montón de facturas, recibos y papeles

que en su momento fueron importantes. El papel empezó a arder de inmediato. Encendió otra cerilla e hizo lo mismo al otro lado de la pila, empujando más tela hacia las llamas. El resplandor anaranjado mordió con rapidez el papel reseco y la tela, y en menos de un minuto la sala estuvo llena de una luz brillante y parpadeante, y de un humo tenuemente gris. El fuego creció con rapidez. Donna se echó atrás y esperó unos segundos más hasta que estuvo segura de que la hoguera no se apagaría. Contempló con satisfacción cómo el fuego devoraba con rapidez la tela y la madera, y después empezaba a lamer las cortinas cercanas y las paredes. Un tablón de anuncios prendió, y los folletos y los carteles se enroscaron de inmediato y empezaron a arder. Sabía que todo el edificio estaría en llamas en unos pocos instantes.

—¿Crees que funcionará?

—Tendrá que hacerlo —contestó Donna mientras la empujaba fuera del edificio a lo largo del sendero, de regreso a la zona principal del campus. Mientras andaba pudo oír el crepitar y el crujir del fuego a su espalda a medida que prendía, y pudo ver el reflejo de llamas altas y danzarinas en las ventanas cercanas—. Lo único que queremos es una distracción —continuó—, lo suficiente para que la muchedumbre se empiece a mover en esta dirección. En cuanto se hayan alejado de los camiones podremos pensar en salir de aquí.

Menos de un cuarto de hora después, toda la universidad se vio sacudida por una repentina explosión. Donna corrió hacia la ventana más cercana para ver lo que había ocurrido.

—Maldita sea —estalló Nathan Holmes—, ¿qué habéis hecho vosotras dos? Se suponía que sólo ibais a iniciar un incendio, no a volar todo el maldito lugar.

Clare se encogió de hombros, casi avergonzada. Donna miró por la ventana y vio cómo una segunda explosión, algo más pequeña, desgarraba la noche y hacía temblar los cristales. El incendio que habían iniciado en el almacén se había descontrolado. Sólo había sido cuestión de tiempo que las llamas alcanzasen algo inflamable, cuyo resultado había sido la explosión que acaban de oír. Ella había esperado que ocurriese. Cuanto mayor fuera la distracción, pensó, más posibilidades tenían de llegar hasta los caminos y salir de allí.

En el exterior, en la parte trasera del camión penitenciario, Cooper y los demás también oyeron las explosiones. Croft se puso en pie y miró a través de una de las ventanas, pequeñas y oscuras, del camión.

—¡Dios santo! —exclamó en voz baja.

—¿Qué ocurre? —preguntó Steve, inmediatamente preocupado.

—Fuego —respondió Croft con rapidez—. Mira, en el extremo más alejado de la universidad. Algo está en llamas.

—¿Dónde? —exigió saber Cooper, pasando a su lado y estirando el cuello para

mirar a través de la ventana—. Mierda.

Durante un momento no habló nadie, cada uno analizando lo que había pasado y temiendo lo peor. Croft fue el primero en intentar dar sentido a la situación.

—Lo habrán iniciado a propósito, ¿no os parece? —comentó, dándose la vuelta para mirar a los demás—. Lo deben de haber hecho a propósito. No había nadie allí donde ha empezado el fuego. Lo deben de haber provocado de forma deliberada.

—Pero ¿por qué?

El médico suspiró.

—¿No resulta evidente?

Estaba claro que no lo era.

—¡Dios santo, mirad los cuerpos! —intervino Jack excitado, atreviéndose a abrir ligeramente la puerta para mirar afuera—. Se están moviendo.

—Por supuesto —continuó Croft—. Los están distraendo para que podamos entrar.

La reacción en cadena que Donna había contado con provocar se estaba empezando a extender lentamente a través de la multitud putrefacta que rodeaba el perímetro del campo de fútbol. De forma lenta y torpe, casi toda la masa en descomposición parecía que se tambaleaba hacia el calor insoportable y la luz brillante en el extremo más alejado del complejo universitario.

—Hora de irse —anunció Cooper.

—Deberíamos darles un rato más —protestó Bernard, nervioso—. Sigue habiendo centenares por los alrededores. Si salimos ahora nos...

—Hora de irse —repitió Cooper—. Se están alejando de nosotros. Tendremos una oportunidad si los atravesamos corriendo desde atrás. Cuando se den cuenta de que estamos allí, ya nos habremos ido.

—¿Qué hacemos con la furgoneta? —preguntó Croft, recordando que, siguiendo las instrucciones de Cooper, la había aparcado taponando la entrada al campo.

—Alguien debería quedarse en ella —sugirió Bernard.

—Se deberían quedar dos, sólo por si acaso —añadió Cooper.

—Yo lo haré —se presentó voluntario Steve—. Soy demasiado lento para seguiros. Hoy ya he corrido lo suficiente, más de lo que había corrido en años.

—Yo me quedo —se ofreció Paul, la idea de permanecer con la furgoneta y los camiones parecía mejor a salir sin protección a la noche oscura.

—Moveremos la furgoneta para abriros paso —informó Steve— y después volveremos a bloquear la salida en cuanto hayáis pasado, ¿de acuerdo?

Cuando el camionero acabó de hablar, Cooper ya había saltado del camión y estaba de camino hacia la furgoneta. Croft entregó las llaves a Steve, y siguió a Cooper a través de la oscuridad.

—De vuelta a la puerta que utilizamos esta mañana, ¿de acuerdo? —recordó

Cooper a los demás cuando se reunieron, nerviosos, junto a los restos del portón de metal retorcido.

Steve subió a la furgoneta y miró a Croft, Cooper, Jack y Bernard. Arrancó el motor, lanzando un resoplido repentino de ruido y humo, que penetraron en la fría noche y provocaron que un puñado de cuerpos se dieran la vuelta y empezaran a regresar hacia el campo de fútbol. Consciente de que se tenían que mover con rapidez, puso la marcha atrás de la furgoneta y se desplazó un poco para abrir una estrecha salida. En cuanto el hueco fue lo suficientemente grande, los cuatro hombres corrieron hacia la oscuridad. Steve avanzó de nuevo y bloqueó la entrada.

Aún lentos y torpes, pero con una intención clara y malvada, un grupo de cuerpos se acercó tambaleándose hacia la furgoneta. La oscuridad proporcionaba un poco de protección, y la velocidad de los cuatro supervivientes era tal que la mayor parte de las criaturas no se dieron cuenta de su presencia hasta que los tuvieron encima. Un cadáver medio desnudo se precipitó sobre Croft e hizo que perdiera momentáneamente el equilibrio. Bernard, que corría con el hombro por delante, cargaba contra cuerpo tras cuerpo para apartarlos de su camino, sin dejar que nadie le fuera a impedir regresar al interior.

El suelo estaba húmedo y desnivelado, y Cooper resbaló y se cayó. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado, ya tenía a seis cuerpos a menos de un metro de distancia. Se puso en pie y siguió corriendo, dejando que lo siguieran. Fue el último de los cuatro en alcanzar la zona protegida y la puerta que habían usado antes. Croft ya estaba allí y estaba empujando a los otros hombres para que entrasen.

—Adentro —les gritaba.

Cooper pasó a su lado y se relajó cuando la puerta se cerró de golpe a su espalda.

Hora de irse.

La multitud alrededor del edificio era más grande que nunca. Al abandonar el edificio para conseguir los vehículos y después encender el fuego para atraer a los cuerpos lejos de los camiones y de la zona alrededor del bloque de alojamientos, habían conseguido informar hasta a la última de las criaturas putrefactas de toda la ciudad dónde estaban escondidos exactamente. La distracción bienintencionada, pero en última instancia descontrolada, de Donna y Clare se había convertido en una indeseada complicación, creando el tipo de faro que habían intentado evitar con anterioridad. Más cuerpos aparecían constantemente. La cuestión inicial de «¿nos debemos ir?», para la mayoría de la gente había quedado sustituida por «¿cuándo nos vamos?».

Donna corrió a lo largo de los pasillos flanqueados de dormitorios comprobando por última vez todas las habitaciones antes de marcharse, y asegurándose de que todo el mundo estuviera ya preparado o fuera consciente de que era la última llamada. Acababa de dejar a Yvonne sentada en su cuarto. No se quería ir.

—Yo nací aquí, he vivido aquí toda mi vida y quiero quedarme aquí hasta... —le había explicado a Donna, incapaz de alcanzar la conclusión obvia de su frase.

Donna torció la última esquina para encaminarse hacia las escaleras y tropezó con Nathan Holmes, que iba en dirección contraria. Durante un instante ambos esperaron a que el otro hablara.

—¿Has visto a Rich?

—En su habitación; te espera —respondió Donna.

Pasó a su lado y siguió hacia las escaleras, no quería perder más tiempo aquí. Nathan reemprendió la marcha hacia los dormitorios, pero se detuvo y dio la vuelta.

—Donna, yo...

—¿Qué?

Dudó.

—Yo sólo...

—Te lo puedes ahorrar, Nathan —lo interrumpió—. No quiero oírlo. Todos hemos escuchado tu gran plan y todos sabemos lo que eres y porqué lo haces. Eres un cobarde. Crees que no tenemos la más mínima oportunidad en el infierno de ahí fuera, pero estás equivocado. Estás muy equivocado.

Durante un instante, Nathan no reaccionó, y pareció sorprendido, como si ella le acabara de dar un puñetazo en la cara. Entonces movió lentamente la cabeza.

—No era eso —dijo en voz baja—. Sólo quería desearte suerte, eso era todo. Creo que estáis perdiendo el tiempo, pero tengo la esperanza de que no sea así.

Trabajando con rapidez y con un objetivo claro, los supervivientes que habían

decidido irse recogieron sus pertenencias útiles y se reunieron en el pasillo largo y oscuro, cerca de la puerta que Cooper y los demás habían utilizado para entrar y salir del edificio. De pie junto a la puerta, Jack contó unos treinta hombres, mujeres y niños, e intentó visualizar cómo los iban a colocar a ellos y sus equipajes en los dos camiones penitenciarios y la furgoneta policial, que era bastante más pequeña.

«Dios santo —pensó—, a alguna de esas personas no las había visto hasta ahora».

Iban a ir bastante apretados, y muchas de las bolsas y cajas que llevaban los supervivientes se tendrían que quedar atrás. Probablemente podrían reemplazar los alimentos y otros suministros, pero a las personas no.

La gran mayoría de cuerpos seguían arremolinados alrededor del incendio descontrolado del otro extremo del campus, tenía sumido salir ya y aprovechar al máximo la distracción, antes de que el fuego se consumiese o avanzase hacia ellos, los nerviosos supervivientes, muchos de los cuales no se habían atrevido a dar un paso en el exterior desde hacía casi un mes, se prepararon para correr atravesando la oscuridad en dirección a los vehículos que los esperaban en el campo de fútbol.

—¿Estás preparado? —preguntó Cooper en voz baja, asustando a Jack, que seguía intentando averiguar cómo había llegado a colocarse al frente de la cola.

Miró a lo largo de la fila. Una sucesión de rostros asustados le devolvió la mirada, expectantes, pero no pudo tranquilizar a ninguno de ellos.

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro —contestó Jack, Acordando que debía responder—. Vamos allá.

Cooper asintió y se movió a lo largo del pasillo para que lo pudiera ver y oír el resto del grupo. Donna lo miró ansiosa desde casi el final de la fila.

—De acuerdo —empezó, mirando arriba y abajo a los rostros en la semioscuridad — si creéis que no podéis pasar por esto, desapareced ahora mismo y encontrad algún lugar seguro donde esconderos porque estaréis solos. En cuanto abramos esa puerta tenéis que empezar a correr. Corred más rápido de lo que lo habéis hecho nunca. Abriros camino entre los cuerpos y no os detengáis a pelear. Sólo golpeadlos con fuerza y seguid adelante, y así conseguiréis pasar.

Situado un poco más allá en la fila, Phil Croft tomó la palabra.

—No os paréis si os sentís cansados, porque entonces no lo conseguiréis. Ocurra lo que ocurra, seguid adelante y no bajéis el ritmo. Podréis parar cuando alcancéis el campo de fútbol.

Jack puso la mano sobre el picaporte de la puerta y esperó la señal.

—¿Qué ocurrirá si no nos ven? —preguntó una mujer nerviosa y que por la voz parecía joven, situada en algún punto hacia el centro del grupo.

Croft intentó vislumbrar su cara en la penumbra. Creía que su nombre era Sheri Newton.

—¿Quién?

—Los tíos en la furgoneta, ¿qué ocurrirá si no nos ven llegar?

Una oleada de conversaciones murmuradas se extendió a lo largo de la fila.

—Entonces el primero que llegue a la furgoneta empezará a golpear la maldita ventanilla y a gritarles hasta que se den cuenta de lo que está pasando y muevan el maldito trasto, ¿de acuerdo? —contestó Cooper.

—Pero ¿y si...?

—No te preocupes por eso —la interrumpió—, nos verán.

—Pero ¿y si no lo hacen? ¿Y si...?

Cooper tuvo la sensación de que las preguntas que se lanzaban en su dirección sólo eran una táctica dilatoria. Las pasó por alto y le hizo un gesto a Jack.

—Adelante —le indicó, su voz lo suficientemente alta para que todos la oyeran—, abre la puerta.

Sabiendo que si dudaba perdería los nervios, Jack empujó hacia abajo el pomo y abrió la puerta. Junto con los supervivientes que se encontraban justo detrás de él, durante un momento se quedó completamente quieto y miró hacia la noche. El viento frío y la llovizna le golpearon la cara. Podía ver el campo de fútbol y la furgoneta bloqueando la entrada, pero en la oscuridad parecía estar a una distancia insuperable. Y aún peor, entre los vehículos y él veía cuerpos. Parecía que había centenares de siluetas recortadas que ocupaban el espacio, arrastrando los pies, tambaleándose y cojeando. Inconfundibles con sus movimientos forzados y difíciles, y por su determinación letárgica y amenazadora, y su persistencia obstinada, los más cercanos ya se habían vuelto y se estaban acercando rápidamente al edificio.

—Vamos, Jack —gritó Cooper—. ¡Muévete!

Baxter empezó a correr de inmediato. Mientras habían estado a salvo en el interior, se había preocupado por los demás, pero una vez fuera, corrió por la hierba y los senderos de asfalto en un aislamiento egoísta, interesado sólo en su propia supervivencia. Apartó de un golpe a un cuerpo de su camino, después a otro y otro más. Al cabo de unos segundos, el corazón le latía con fuerza en el pecho y los pulmones le quemaban. Otros segundos más y algunos de los supervivientes más jóvenes y en forma lo habían superado. La maldita furgoneta no parecía que estuviera más cerca.

El resto de los supervivientes salieron a trompicones del edificio universitario, peleándose por pasar por la puerta. Cargados con sus pertenencias, se abrieron camino entre la multitud putrefacta y en movimiento. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos avanzaron juntos totalmente aterrorizados, rezando por pasar, asustados de que, si reducían el ritmo, serían engullidos por la masa en descomposición. Hacia el final del grupo, algunos de los hombres y mujeres más fuertes cargaban con los niños más pequeños. Los chillidos procedentes de un niño de dos años quedaban amortiguados por los gruñidos de esfuerzo y por los gemidos de miedo que emitía

Erica Cáster, la mujer de mediana edad que se ocupaba de llevarlo a la espalda.

Paul y Steve estaban sentados en la parte delantera de la furgoneta ajenos a lo que ocurría. Habían pasado horas desde que se presentaron voluntarios, y la vigilancia de los vehículos había resultado insoportable. Rodeados por los cadáveres que seguían allí desde los primeros ruidos y movimientos, y sin la menor idea de cuándo se pondrían en marcha los supervivientes, los dos hombres habían estado sentados juntos en completo silencio, sin atreverse a moverse o ni siquiera a hablar entre ellos. Sentado en el asiento del pasajero, Paul luchaba por mantener abiertos sus ojos cansados. La cabeza se le balanceó hacia delante al quedarse dormido, y se golpeó con el vidrio. Se enderezó de golpe y miró a través de la ventanilla. Le llevó un par de segundos darse cuenta de lo que estaba viendo.

—Maldita sea.

—¿Qué ocurre? —preguntó Steve, inmediatamente preocupado.

—Oh, Dios santo —gimoteó—, vienen a por nosotros.

—¿Qué?

—Un montón de jodidos cuerpos —siguió gimiendo de forma patética—. Dios, Steve, vienen hacia la furgoneta.

Steve se inclinó sobre el asiento delantero de la furgoneta y lo apartó para poder ver a través de la ventanilla entelada.

—Jodido idiota —replicó enojado, volviendo a su asiento y arrancando el motor en el momento en que los primeros supervivientes se precipitaban contra la puerta—, son los nuestros.

Paul se frotó los ojos y miró fijamente hacia la oscuridad. Un movimiento repentino y el golpe de otro cuerpo golpeando el lateral de la furgoneta cerca de él, le hizo retroceder con temor y sorpresa. La cara en la ventanilla, aunque no la reconoció, pertenecía sin duda a un ser humano vivo y no a uno de los cadáveres. La retahíla de obscenidades que le estaban chillando era una prueba definitiva.

El ruido del motor cobrando vida a resoplidos espoleó a las figuras putrefactas que seguían cerca del campo de fútbol hasta alcanzar un frenesí febril. Empezaron a golpearse contra la valla, algunas de ellas agarraron la alambrada con dedos huesudos y tiraron de ella, agitándola con furia. El aire nocturno se llenó de luz y ruido cuando Steve encendió los faros y dio marcha atrás, permitiendo que los primeros supervivientes y un número igual de cuerpos penetraran en el campo de fútbol.

—¿Cómo se supone que sabré cuando están todos dentro? —preguntó nervioso el conductor.

—Ahí está Cooper —contestó al fin Paul.

Contempló cómo el soldado se detenía junto a la puerta y espoleaba a los rezagados. Sintiendo inútil de repente, saltó de la furgoneta y corrió a ayudarlo a rechazar las hordas de muertos que seguían intentando abrirse camino hacia el

interior.

—No puedo ver a nadie más, creo que eso es todo —gritó.

Cooper mientras alejaba a empujones a otro cadáver, que le embestía y agarraba a Sunita por el pescuezo.

Paul no necesitó que se lo dijeran dos veces. Corrió hacia el campo de fútbol y se quitó de en medio cuando el soldado indicó a Steve que avanzase para bloquear de nuevo la entrada.

El campo, silencioso y vacío hasta hacía sólo unos minutos, se había convertido de repente en un caos frenético. Cuerpos putrefactos se mezclaban con los supervivientes que, bajo la fría penumbra de la noche, intentaban diferenciar a los unos de los otros. Consciente de la confusión, Steve bajó de la furgoneta y corrió hacia el camión penitenciario más cercano, apartando de su camino a numerosos cuerpos. Subió a la cabina del vehículo y trasteó en la oscuridad en busca de las llaves. Finalmente las encontró, las giró y encendió los faros, inundando inmediatamente una parte del campo de fútbol con una luz brillante. Hizo lo mismo en el segundo camión y entonces, capaces de distinguir a los compañeros humanos de las sombras vacías de los cadáveres, los supervivientes empezaron a despejar el campo. Los cadáveres, frágiles y débiles, fueron golpeados y aplastados más allá de cualquier reconocimientos por hombres y mujeres aterrorizados. Otros, los viejos y los más jóvenes, se refugiaron atemorizados alrededor de los camiones penitenciarios. Cooper y otros muchos fueron capaces de agarrar las enjutas criaturas, cuyo peso se había reducido considerablemente porque la carne se les había podrido o se había vertido a través de diversas heridas y orificios, y lanzarlas por encima de la valla, de vuelta a la oscuridad. Donna contempló con una mezcla de fascinación y asco cómo uno de los cadáveres aterrizaba a los pies de un grupo de cinco, que inmediatamente se abalanzaron sobre él, desgarrándolo, ajenos a lo que era en realidad.

Sheri Newton chilló al encontrarse rodeada de cuerpos en una esquina del campo. Más manos intentaban agarrarla a través de la valla, tirando de sus ropas y de su largo cabello a través de la alambrada. Cayó al suelo y se cubrió la cabeza cuando los primeros cadáveres se le tiraron encima, y la empezaron a golpear con puños pesados y descoordinados. Donna y Baxter se acercaron corriendo a ayudarla y apartaron de ella los cuerpos. A corta distancia detrás de ellos, Keith Peterson y otro hombre lanzaban los cadáveres por encima de la valla.

Croft se quedó mirando la oscuridad delante de él. Era consciente del movimiento constante a su alrededor, pero no podía ver qué o quién era. Figuras oscuras y desgarradas cruzaban delante de él. ¿Vivos o muertos? Era imposible decirlo. Se quedó helado cuando sintió unas manos ásperas en su espalda. Se volvió con rapidez, y agarró el cuello de la ropa suelta y harapienta de su asaltante. En la confusión,

resbaló en un charco grasiento de algo que en su momento fue humano y cayó de espaldas, con una forma pesada y negra aterrizando encima de él.

—Maldita sea, Phil —jadeó Jack, sorprendido por verse arrastrado al suelo—, tómalo con calma.

—Lo siento, colega —contestó el médico mientras apartaba al otro hombre—, no sabía que eras tú.

Jack le sonrió; su rostro era visible en ese momento, bajo la luz de los faros de los camiones penitenciarios. Cuando los dos hombres consiguieron ponerse de pie, el campo de fútbol estaba prácticamente despejado.

—Subid a los camiones —gritó Cooper mientras empezaba a empujar a los aterrorizados supervivientes hacia la parte trasera de los vehículos.

Personas desesperadas se empujaban y forcejeaban para subir a los transportes, que esperaban que pronto los llevasen a un lugar seguro. Diecisiete subieron a la parte trasera del primer vehículo, y otros doce en el más pequeño. Steve se puso al mando del camión más grande, y Croft cogió el volante del otro. Donna, Jack, Sunita y otros dos se encaminaron hacia la furgoneta. Cooper se instaló en el asiento del conductor.

—¿Estás seguro de recordar el camino de vuelta? —preguntó Donna.

El asintió y cerró de golpe la puerta. Bajó la ventanilla de su lado.

—¿Listo? —le gritó a la noche.

Dos conjuntos de brillantes faros le respondieron con una ráfaga. Puso en marcha la furgoneta, le dio la vuelta en un giro cerrado y salió del campo de fútbol, dirigiéndose hacia la carretera. Donna miró por encima del hombro y vio cómo los dos camiones empezaron a rodar lentamente detrás de ellos.

Esforzándose por concentrarse y seguir adelante en la dirección correcta, Cooper pisó a fondo el acelerador a medida que masas de cuerpos se lanzaban delante de la furgoneta.

Nathan Holmes y Richard Stephens, juntos y en silencio, miraban por una ventana de un dormitorio del primer piso cómo el convoy de supervivientes desaparecía en la noche.

—Malditos idiotas —comentó Nathan—. Están perdiendo el tiempo.

Richard no contestó. Se volvió para ocultar que estaba llorando. Nathan echó un vistazo hacia atrás y lo miró durante un instante antes de volver de nuevo su atención a la ventana. Podía ver cómo se difuminaban en la distancia las luces de posición de los camiones y de la furgoneta, seguidos inútilmente por cientos de cuerpos tambaleantes, sin posibilidades de alcanzarlos. A su derecha, el gran incendio en el otro extremo del complejo universitario seguía atrayendo a miles y miles de cadáveres. Volvió a mirar a Richard.

—De acuerdo colega, ¿estás listo? —le preguntó.

Richard asintió y sorbió más lágrimas de miedo.

—Esta va a ser una gran noche. La mejor noche de marcha.

Nathan recogió la chaqueta gruesa que había dejado colgada en el respaldo de una silla cercana. Se la puso y cerró la cremallera. Aún llorando, Richard se puso un abrigo de lana.

—¿Estás seguro de que estás listo para esto?

Richard asintió de nuevo.

—Me muero por una copa. En cualquier caso, ahora ya no hay alternativa.

Los dos hombres salieron de la habitación y caminaron por el pasillo a oscuras y lleno de ecos hasta llegar a la escalera. Bajaron a la planta baja y entraron en la habitación más alejada. Nathan se volvió hacia Richard.

—¿Pub o discoteca? —le preguntó mientras abría una ventana.

Richard consiguió esbozar una media sonrisa.

—Empecemos con un pub y ya veremos cómo seguimos. Siempre podemos ir a otro sitio más tarde.

—¿The Crown o The Lazy Fox?

Richard pensó durante un momento.

—The Crown. Está más cerca.

Sonriendo, Nathan se inclinó fuera de la ventana, y miró a un lado y al otro a lo largo de la pared del edificio. Se subió al alféizar, sacó las piernas y saltó al centro de un macizo de flores cubierto de maleza. Richard lo siguió de cerca. Aterrado y sabiendo que probablemente ésa sería su última noche de vida, de repente se paró. Nathan volvió a mirar atrás, dio un paso y puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—No tengas miedo, colega. Míralo de esta forma: a los que se han ido esta noche

no les queda nada más que dolor y más dolor. Tú y yo, sin embargo, ya hemos llegado al final. Para ellos será cada vez más duro, pero para nosotros será mucho más fácil. No más carreras. No más escondites.

Nathan avanzó con cautela hasta que alcanzó el borde de un sendero estrecho.

—Nathan, yo... —empezó a decir Richard.

—Confía en mí, colega —le interrumpió, y con eso se dio la vuelta y empezó a alejarse trotando de la universidad.

Los dos hombres salieron por una estrecha calle lateral a una sección del cinturón de circunvalación que estaba abarrotada de cuerpos. Al aumentar el número de cadáveres a su alrededor, fueron incrementando también su velocidad. Se abrieron camino a través de la rancia muchedumbre, apartando a los cadáveres antes de que tuvieran tiempo de reaccionar.

Después de alcanzar el lado más alejado de la calzada, Nathan torció a la derecha hacia otra calle ancha y se dirigió hacia los oscuros restos de The Crown, un gran pub que en su momento había ocupado una posición destacada en la esquina de dos de las calles más importantes y ajetreadas. Jadeando de cansancio pasó en tromba a través de las puertas oscilantes de la entrada, seguido por su amigo pocos segundos después.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Richard se dobló con las manos en la rodilla, luchando por recuperar el aliento.

—Estoy bien —respondió resollando.

El ruido apagado, que ya les resultaba familiar, de los cuerpos golpeando contra la parte exterior de la puerta hizo que los dos hombres levantaran la mirada. Nathan empezó inmediatamente a apilar mesas, sillas, máquinas de cigarrillos y todo lo que pudo encontrar delante de la entrada para evitar que las odiosas criaturas consiguieran entrar. Richard penetró más en el edificio, mirando alrededor de este entorno que le resultaba familiar, y repentinamente se sintió nostálgico y triste. El pub estaba vacío. Estaba cerrado cuando se abatió la catástrofe. Gracias a Dios que no había ocurrido un sábado por la noche, pensó para sí mismo.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Richard mientras entraba tras la barra, pasando por encima del cuerpo de una señora de la limpieza muerta.

—Cualquier cosa a que pilles —contestó Nathan mientras terminaba de bloquear la puerta—. Botellas de cerveza, licores... lo que te sea más fácil.

Miró a través de un hueco en la montaña de muebles que acababa de crear y contempló cómo los horribles cadáveres de la calle seguían intentando inútilmente forzar la entrada.

Mientras Richard estaba ocupado detrás de la barra, Nathan arrastró dos sillones de cuero desde el otro lado de la sala y los colocó delante de la chimenea, uno a cada lado. Destrozó una mesa y un taburete, y con la madera astillada encendió un fuego en el hogar, utilizando licor para ayudar a que las llamas prendiesen. Richard acercó

en una bandeja numerosas botellas de licores y cerveza, y se sentó. Sirvió dos copas.

—¿Un cigarro? —preguntó Nathan; desapareció de repente al otro lado de la sala y cogió un puñado de puros y cajas de cerillas del expositor en la parte trasera del bar.

—No fumo —comentó Richard.

—Entonces deberías empezar ahora —sonrió Nathan—. Es tu última oportunidad, colega.

Richard se atrevió con un puro, retiró el envoltorio de celofán, lo olió y después lo encendió. Nathan hizo lo mismo. Los dos hombres se recostaron bajo el apagado resplandor anaranjado y empezaron a beber.

—Sabes que no hay nada mejor que esto, ¿verdad? —susurró Nathan sin nada del antagonismo y el veneno que había sido su rasgo predominante durante los días y semanas de confinamiento—. Ahora todo lo que tienes que hacer —continuó—, es beber, fumar y relajarte. Asegúrate de beber lo suficiente, porque en algún momento conseguirán entrar y será mucho más fácil si estás borracho. Y si conseguimos llegar al amanecer, seguiremos bebiendo un poco más.

Richard estaba llorando de nuevo, pero la bebida pronto empezó a adormecer lo peor de su pena.

—Maldita sea —exclamó—, ya están en las ventanas.

Nathan levantó la mirada y vio que una multitud de formas oscuras se arremolinaba al otro lado de los cristales esmerilados. Seguía oyendo cómo los cuerpos golpeaban la puerta de entrada. Si el ruido no atraía aún a más cuerpos, pensó Nathan, entonces lo haría casi con toda seguridad la luz del fuego.

—Bebe —animó a Richard— y piensa que eres afortunado. Esta noche, todos los demás están muertos o huyendo. Nadie está sentado como nosotros, disfrutando de una copa en un pub. Estamos en el mejor sitio en el que podríamos estar.

Richard no sabía si estaba de acuerdo, pero cuanto más alcohol se obligaba a beber, más se daba cuenta de que no le importaba.

La multitud en la calle tardó bastantes horas en crecer hasta el punto de que la simple presión de su número abrió las puertas y pudieron inundar el interior. La ventana a la derecha de Nathan y Richard, que daba a la calle, también saltó hecha pedazos, enviando miles de esquirlas de cristal y permitiendo que innumerables cuerpos invadiesen el pub. Demasiado borrachos para reaccionar o luchar o ni siquiera para que les importase, los dos hombres permanecieron sentados en los sillones y siguieron bebiendo mientras el edificio se llenaba irremediabilmente de carne putrefacta.

Durante muchas horas, Michael y Emma yacieron quietos en el suelo de la autocaravana. Les dolía el cuerpo, pero casi no se atrevían a moverse por temor a atraer de nuevo a los cadáveres. Seguía habiendo cientos en los alrededores (los dos supervivientes podían sentir su cercanía), pero su interés por el vehículo y sus ocupantes parecía que finalmente se había disipado. Hacía un rato que se había detenido el golpeteo y el balanceo incesantes de la autocaravana. El repiqueteo sobre el techo de otro chubasco, fuerte y repentino, ahogó durante un rato todos los demás sonidos.

—No nos podemos quedar aquí tumbados —susurró Emma en el oído de Michael—. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué podemos hacer?

—Probar de nuevo con el motor. Ver si puedes hacer que esto se mueva. Dios, un poco de ruido no va a empeorar las cosas, ¿no te parece?

Michael no contestó. Pero se puso en pie muy lentamente, doliéndole cada hueso por las horas de inmovilidad. El agua de lluvia que caía por las ventanillas emborronaba la visión del exterior. La falta repentina de visibilidad combinada con el ruido inesperado, pero bienvenido, de la lluvia le daba cobertura suficiente para correr el riesgo de moverse. Fue por los lados de la autocaravana, bloqueando las ventanillas con cortinas y tablones, como hacían todas las noches. Emma se sentó y lo contempló en silencio desde el suelo. Cuando hubo terminado, se levantó y se puso a su lado.

—Esto es una mierda —comentó Michael en voz muy baja, mientras se inclinaba hacia delante y tapaba una estrecha rendija de luz alrededor de la ventanilla más cercana—, aquí hay miles de cuerpos.

Recorrió la autocaravana de arriba abajo y se sentó en el asiento del conductor, después levantó con cuidado la punta del material que cubría el parabrisas y miró afuera. Lo único que veía eran cadáveres. Empapados por la lluvia y fuertemente apelotonados, abarrotaban el campo y presionaban con fuerza por todos los lados sobre la autocaravana.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —comentó Emma.

—Debemos estar justo encima de la base —dijo él, sin contestarle—. Debe de haber una entrada muy cerca. No habría tantos por aquí si no hubiera algo que les atrajera. ¡Estamos en medio de ninguna parte, por el amor de Dios!

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —volvió a preguntar Emma.

Michael no dijo nada. Estaba distraído, con la atención puesta en un grupo de cuerpos que se encontraba a un centenar de metros. Estaban luchando entre sí para acercarse a la autocaravana. Uno de ellos, ligeramente menos descompuesto que la

mayoría, se abrió paso hacia delante, tirando salvajemente de los cadáveres que tenía delante, y arrancándoles literalmente la carne y podrida de los quebradizos huesos. Una reacción imparable ante el repentino estallido de movimiento y violencia se extendió con rapidez, como una gran ola, a través de la muchedumbre apelotonada.

—Todo lo que podemos hacer es esperar —contestó Michael, petrificado por la violencia en el exterior—. Podemos esperar a que aparezcan los soldados e intentar captar su atención o esperar hasta que esta multitud se empiece a disolver y podamos intentar salir de aquí.

—¿Y cuándo crees que puede ocurrir eso? Venga ya, Mike...

—Ni idea. Calculo que en algún momento de los próximos seis meses.

—Lo digo en serio —replicó Emma enojada—. No nos podemos quedar aquí sentados indefinidamente, ¿no te parece?

—¿Y qué otra cosa se supone que podemos hacer? No creo que tengamos alternativa.

A Cooper le hubiera gustado tener tiempo y recursos para establecer algún tipo de sistema de comunicación entre la furgoneta y los dos camiones. Había sido un descuido estúpido por su parte. Incluso un par de radios sencillas habrían bastado, pero no tenían nada. Como si no fuera suficiente el esfuerzo de conducir a través de los restos devastados del país, también se tenía que enfrentar a condiciones atmosféricas adversas, y mantener la velocidad lo suficientemente reducida para no perder a los dos camiones, que circulaban lentamente detrás de la furgoneta. No iba a ser fácil encontrar de nuevo la base. Conocía más o menos la ruta, pero la luz de primera hora de la mañana era mortecina y todo parecía que había cambiado desde la última vez que había pasado por allí. El mundo a su alrededor se había seguido pudriendo, derrumbando y descomponiendo, dejándolo con frecuencia irreconocible. La lluvia sólo había contribuido a la confusión.

Las sombras enormes y oscuras de la ciudad que los había aprisionado durante semanas ya sólo eran unas manchas distantes en el turbio horizonte a su espalda. El convoy se alejaba con lentitud de la ciudad muerta, acelerando ligeramente a medida que penetraban en el campo. Cooper condujo a lo largo del duro arcén de una macabra escena de autopista. Los tres carriles en cada sentido de la ancha carretera estaban cubiertos con los restos apelotonados de miles de coches accidentados, todos los cuales habían perdido a su conductor y habían quedado descontrolados al mismo tiempo en el momento culminante de la hora punta en el extrarradio. En su momento había sido uno de los tramos con más tráfico de la autopista, y ese día la carretera ofrecía un panorama inquietante, casi surrealista: la tumba de un atasco de tráfico oxidado, putrefacto y sin fin.

Cooper se frotó los ojos y se masajeó las sienes, porque le latía la cabeza. Preocupada, Donna se inclinó hacia delante para hablar con él.

—¿Te encuentras bien?

—Estupendamente —contestó con brusquedad mientras giraba el volante y rodeaba los restos de un coche que había chocado con la parte trasera de otro, lo que había dejado el maletero justo en medio del camino.

Miró el retrovisor y vio cómo Steve Armitage golpeaba la parte trasera del vehículo que él acababa de evitar, haciéndolo saltar por los aires. Cayó sobre el techo, aplastando a los cuerpos que seguían atrapados en el interior.

La base subterránea se encontraba a unos cincuenta kilómetros a las afueras de la ciudad, y según sus cálculos, probablemente ya habían recorrido las dos terceras partes de esa distancia. Aunque inseguro sobre su localización precisa, Cooper recordaba los nombres de los pueblos cercanos, y tenía bastante confianza en que llegaría hasta las inmediaciones, y después buscaría el camino hasta el búnker cuando

encontrase algo reconocible. La vasta instalación estaba enterrada en un terreno remoto y anodino. Por su propia naturaleza siempre iba a ser difícil encontrarla.

El sonido de la bocina de un camión cortó el silencioso aire matinal. Donna se dio la vuelta y miró a través de la ventanilla trasera de la furgoneta. A corta distancia detrás de ellos, Steve Armitage había reducido la velocidad y estaba lanzando ráfagas furiosas con las luces.

—Mierda —maldijo Cooper, apretando los frenos y deteniendo la furgoneta con brusquedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack ansioso.

—No lo sé —contestó, mientras circulaba rápidamente marcha atrás sobre el duro arcén, con el motor de la furgoneta gruñendo a causa del esfuerzo—. Desde aquí no puedo ver el otro camión.

En cuanto Cooper se detuvo, Jack abrió la puerta trasera de la furgoneta y corrió por la carretera. Cuando llegó al camión se subió al escalón del conductor. Steve bajó la ventanilla para hablar con él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack, limpiándose las gotas de lluvia de la cara.

Steve hizo un gesto por encima del hombro.

—No soy yo —contestó—. Se han quedado atascados. Creo que le di al lateral de un coche y lo arrastré hasta dejarlo en medio de su camino.

Jack miró más allá hacia la semioscuridad. Steve tenía razón. El coche que había golpeado y dado la vuelta había aterrizado en medio del arcén de la autopista por el que se había estado desplazando el convoy. Cooper apareció de repente a su lado.

—Demasiado ruido. Apaga el motor, estamos llamando la atención —le ordenó a Steve, que hizo inmediatamente lo que le decían.

Steve vio que Cooper tenía razón. Aunque en nada que se pareciese a la cantidad a la que estaban acostumbrados, los cuerpos se estaban acercando. Se movían con dolorosa lentitud entre el laberinto de metales retorcidos, algunos de ellos encontraban su camino bloqueado por todas partes, y otros conseguían por casualidad encontrar una paso libre entre el caos. Al otro lado de la autopista, el avance de los muertos se veía entorpecido por un terraplén empinado y cubierto de hierba. Lo intentaban sin descanso, pero con sus miembros putrefactos no podían superar el ángulo pronunciado de la ladera embarrada, y seguían atascados al pie de ésta.

—Tendrá que intentarlo y abrirse camino a golpes —comentó Cooper—. No hay nada que podamos hacer y no podemos seguir adelante sin su camión. Tal como vamos ya estamos apretados.

Steve asintió y señaló con el pulgar a su espalda.

—Estos ya están empezando a sufrir —informó en voz baja, hablando de las personas embutidas en la parte trasera del camión—. No podría meter a nadie más aunque quisiera.

Los vehículos no habían sido diseñados para transportar a tantos pasajeros. Los supervivientes y sus pertenencias se habían apelotonado en un espacio incómodamente reducido.

—Se lo diré a Croft —le dijo Jack a Cooper—. Vuelve a la furgoneta.

Cooper corrió de regreso, vislumbrando movimiento a su alrededor. Miró por el terraplén y vio que el número de cadáveres estaba aumentando. Muchos habían conseguido subir gateando más de la mitad de la cuesta, pasando por encima de otros cadáveres caídos y utilizándolos para hacer pie.

Baxter corrió hacia el otro camión, concentrándose en los faros e ignorando todo lo demás a su alrededor. Tropezó, magullándose los dedos de los pies en un bache, y se precipitó contra los restos del coche más cercano, casi golpeándose la cara contra el parabrisas roto. Dentro del coche, aún sujeto al asiento por el cinturón de seguridad, un cadáver se estiró hacia él.

—¡La hostia! —maldijo Jack, mientras se echaba hacia atrás sorprendido.

Durante unos segundos se quedó parado, mirando. Cuanto más miraba la fila interminable de coches accidentados, más movimientos frenéticos podía vislumbrar.

—Sólo pisa a fondo —le gritó cuando consiguió llegar finalmente junto a Croft—. Tienes que pasar a golpes. No podemos hacer nada más.

—Lo siento, pero no estoy acostumbrado a conducir nada tan grande. No sé hasta qué punto le puedo exigir y...

—¡Cállate y hazlo! —le chilló Jack, sorteando un cadáver que intentaba agarrarlo; lo empujó terraplén abajo y lo vio aterrizar sobre otros muchos, y arrastrándolos con él hasta el pie del terraplén—. Preocúpate de eso cuando ocurra, no antes.

Jack se dio la vuelta y corrió hacia la furgoneta, porque no quería estar más tiempo en el exterior. Croft hizo lo que le habían dicho. Trasteó durante unos segundos para meter la marcha atrás, después reculó por el duro arcén, aplastando muchos más cuerpos sin querer y provocando el pánico entre sus aterrorizados y claustrofóbicos pasajeros. Pisó a fondo de golpe y se precipitó sobre los restos del coche que le impedía el paso; lo atrapó bajo el parachoques y lo empujó hacia delante, lanzando una lluvia de chispas blancas. El coche se arrastró y arañó el firme durante unos cuantos metros antes de soltarse y caer terraplén abajo, aniquilando a otro puñado de cadáveres que seguía intentando subir. Finalmente, sin obstáculos, Croft aceleró para alcanzar a la furgoneta y al otro camión.

A medida que la grisácea luz de un nuevo día empezaba a iluminar otra mañana fría, húmeda y opresiva, también iba Cooper recuperando poco a poco la orientación y los recuerdos del entorno. Hitos y nombres familiares de lugares le ayudaron a cristalizar sus ideas y a convencerle de que estaba dirigiendo a los supervivientes en la dirección correcta. Atravesaron un desolado pueblo que Cooper recordaba con claridad. Vacío y muerto desde hacía más de un mes, muchas de las casas y los pisos que flanqueaban la calle mayor habían ardido hasta los cimientos; otros estaban marcados por el humo, la suciedad y los escombros. Movimientos repentinos rodearon el convoy cuando el ruido de sus motores provocó que los cuerpos emergieran de las sombras y se abalanzaran hacia la carretera. Sus reacciones seguían siendo lentas, y la mayor parte de las letárgicas criaturas no apareció hasta que los vehículos ya se habían ido. Sin embargo, un cadáver solitario se tambaleaba por la carretera a corta distancia por delante de la furgoneta. Cooper aceleró y lo atropello con un momento breve de esfuerzo y satisfacción, y sin el menor remordimiento.

Atravesaron el pueblo y regresaron a una carretera rural vacía y expuesta, que se retorció precariamente entre campos y colinas. La estrecha carretera empezó a alzarse en una cuesta empinada que tenía una curva pronunciada justo en la cima. Ya completamente seguro de su entorno, Cooper giró el volante a la derecha, metió el coche por un portón y empezó a descender por una cuesta aún más empinada en una pista que era prácticamente invisible desde la carretera. Con el corazón en un puño, Steve Armitage lo siguió, conduciendo lentamente el camión penitenciario, pesado y torpe por la pista mientras que, al mismo tiempo, tenía cuidado de no perder de vista al soldado que llevaba delante. Steve estaba acostumbrado a conducir camiones. El médico que llevaba el tercer vehículo no. El pulso se le disparó y tenía las manos pegajosas a causa del sudor.

—Mierda —gritó Croft; se tiró hacia atrás en el asiento y se asustó cuando el camión inició el inestable descenso.

El tamaño del capó, voluminoso y angular, delante de él y el pronunciado ángulo de descenso significó que durante unos metros tuvo que conducir prácticamente a ciegas. Más por suerte que por habilidad, consiguió mantener el vehículo en el camino, gracias a que las ruedas del camión acabaron encontrando las rodadas que habían dejado en el suelo otros vehículos, aún más pesados, que habían pasado antes que ellos.

La pista se enderezó con rapidez, y corrió en paralelo, más abajo, a la carretera que acababan de abandonar. Donna iba sentada en la parte trasera de la furgoneta, detrás de Cooper, y se preguntaba cuántas rutas secretas como ésa existirían. ¿Cerca de cuántos lugares como ése habría estado sin saberlo? Nunca habrían encontrado ese

lugar si no tuvieran con ellos al soldado. Si él hubiera decidido quedarse en la ciudad, entonces ellos habrían tenido que hacer lo mismo. Les gustase o no, todos tenían con él una deuda de gratitud.

Una curva muy cerrada a la derecha, seguida rápidamente de otro descenso, y de repente el camino de tierra cruzaba un campo muy ancho, encajado al pie de un valle empinado y por otro lado inaccesible. Grandes colinas se elevaban a ambos lados, ocultándolos a la vista. Donna se sentía más segura en las sombras.

—Nunca sabes dónde están estos sitios hasta que llegas a ellos —comentó Cooper; estaba concentrado en seguir la pista oculta, pero de vez en cuando echaba una mirada hacia atrás para comprobar si le seguían los dos camiones.

—Si nosotros tenemos problemas para encontrarla —añadió Donna, inclinándose hacia delante y mirando por encima del hombro de Cooper—, entonces tu base debe de ser bastante segura.

—Ni te lo imaginas.

El camino subió brevemente y después se hundió de nuevo, cruzando un arroyo bastante ancho por un vado poco profundo. Los tres vehículos atravesaron el curso de agua, enviando largas olas que se extendían por ambos lados. Cooper podía ver la copa de los árboles del bosquecillo que había delante y supo que estaban cerca. Los lados de la pista se volvieron terraplenes empinados, y él aumentó la velocidad.

Phil Croft se limpió la cara y se obligó a concentrarse en la carretera irregular que se extendía ante él. Ya se estaba acostumbrando al tamaño y al manejo del camión penitenciario, pero conducir una máquina de semejante potencia era algo que no le resultaba natural. El camión más grande, que iba delante, lo estaba conduciendo Steve con una habilidad y precisión evidentes, y se había abierto un espacio incómodo entre ellos. Una de las ruedas se hundió en un bache lleno de agua, y Croft lo compensó haciendo derrapar el vehículo hacia el otro lado de la superficie irregular de la pista, inclinándose alarmantemente hacia un lado. Pudo oír la reacción nerviosa de los supervivientes en la parte trasera, pero no hizo caso. Todos habían pasado por cosas mucho peores para llegar tan lejos.

Al frente del convoy, Cooper giró a la derecha, siguiendo otra curva pronunciada en el camino. Los terraplenes empinados a ambos habían vuelto a desaparecer, dejándole una visión clara del estrecho sendero, que desaparecía en un bosque oscuro y denso de árboles con ramas quebradizas. ¿Podrían pasar los camiones por este terreno? Con preocupación miró por los retrovisores y vio cómo Steve iba reduciendo hasta casi parar para hacer pasar el pesado camión por la curva cerrada.

Hubo más pendientes, surcos y giros en la pista mientras se extendía entre los árboles. Había cuerpos en los alrededores. Steve fue el primero en darse cuenta, desde su punto de observación aventajado. Se tambaleaban por el sotobosque, tropezando con rocas y con las raíces medio enterradas de los árboles, y después se

volvían a poner en pie, convergiendo en la carretera. El camionero no estaba preocupado. Su vehículo era grande. Sabía que unos pocos cadáveres descompuestos no representaban ninguna amenaza.

Los últimos restos de duda e inseguridad desaparecieron de la mente de Cooper cuando pasó a través de un portón estrecho que le pareció conocido, y luego por encima de una rejilla para el ganado, que hizo que la furgoneta y sus pasajeros se sacudieran y zarandearan con violencia. Al ir clareando los árboles y la vegetación a su alrededor, hasta desaparecer por completo, se permitió apretar aún más el acelerador y seguir adelante. El camino cortaba por medio de otro campo y después subía con rapidez hasta otra altura poco pronunciada. La base se encontraba al otro lado.

—Ahora debemos de estar cerca —se quejó Steve mientras seguía a Cooper fuera del bosque.

Una vez pasado el portón y por encima de la rejilla para el ganado, aumentó la velocidad para igualar la de la furgoneta que iba justo por delante. Detrás de él, Phil Croft reaccionó ante el aumento inesperado de la velocidad de los otros dos vehículos. Temeroso de perderlos de vista (aunque sabía que no había forma que los perdiera), él también apretó el acelerador. El camión empezó a moverse y balancearse de forma incómoda.

—Maldita sea, colega —exclamó Paul—, reduce un poco.

Croft no lo estaba escuchando. Mantuvo una velocidad constante y calculó para pasar a través del estrecho portón. La rueda delantera del camión golpeó una roca cubierta de musgo y saltó en el aire. Momentáneamente desequilibrado, la parte trasera del vehículo sobrecargado golpeó el poste del portón. Durante un instante el camión se mantuvo precariamente sobre dos ruedas, hasta que el peso de las personas en la parte trasera, sin saber lo que estaba ocurriendo y lanzados violentamente de un lado a otro, hizo que volcara. Cayó sobre un lado golpeándose con fuerza contra el suelo; la velocidad a la que iba provocó que se deslizase un poco por el camino embarrado, y no se detuvo por completo hasta que chocó contra el tronco de un árbol.

Aturdido, Croft se quedó quieto, pesadamente inclinado hacia delante en su asiento, sujeto por el cinturón de seguridad y colgado en el aire. Bajo él yacía el cuerpo sin vida de Paul Castle. Había salido volando de su asiento, y la fuerza del impacto lo había lanzado contra el parabrisas. Yacía bocabajo en un charco de sangre y fragmentos de cristal, con el cuello roto.

Perdiendo y recuperando la conciencia, Croft consiguió levantar la cabeza y abrir momentáneamente los ojos cuando los primeros cadáveres empezaron a golpear contra el parabrisas rajado para llegar a él.

Michael estaba reclinado sobre el volante de la autocaravana cuando un ruido repentino hizo que se enderezara de un salto en el asiento.

—Dios santo —maldijo cuando la furgoneta conducida por Cooper pasó como un rayo a su lado abriendo un surco sangriento en el campo lleno de cadáveres y rodeando por los pelos la parte trasera de la autocaravana—. ¿De dónde demonios ha salido eso?

Emma corrió hacia su lado y contempló, incrédula, cómo la furgoneta seguía abriendo un camino en la masa de cuerpos en movimiento. Antes de que pudieran decir palabra apareció el camión penitenciario.

—Síguelos —consiguió decir Emma al fin.

Con el corazón desbocado y las manos temblorosas, Michael puso en marcha el motor e intentó que la autocaravana avanzase. A su alrededor, los cuerpos estaban reaccionando con una fuerza y una furia ominosas ante la actividad repentina. Algunos se tambalearon en pos de la furgoneta y del camión, los demás se dieron la vuelta y se bambolearon con rapidez hacia la autocaravana, porque el ruido súbito del motor había despertado su interés. La furgoneta se detuvo con un derrape a un centenar de metros por delante, y el camión, que en su momento había sido blanco, pero que estaba cubierto de barro marrón y empapado de sangre, unos metros más allá. Vieron a un hombre descolgarse por un lado del camión y empezar a gesticular con furia hacia la gente en la furgoneta. Estaba señalando hacia atrás, en dirección a la pendiente por la que acababan de aparecer. Se encendieron las luces de marcha atrás en la parte trasera de la furgoneta, y el vehículo cobró velocidad en dirección hacia la autocaravana, con el motor gimiendo y las ruedas esparciendo lodo, fluidos y carne putrefacta por el frío aire matinal. El conductor clavó los frenos cuando los dos vehículos se encontraron en paralelo. Había un hueco de menos de un metro entre ellos. Bajó la ventanilla y le gritó a Emma.

—¿Tienes sitio ahí dentro? —chilló Cooper.

Aún aturdida, Emma sólo asintió con la cabeza como respuesta.

—¿Cuántos sois?

—Sólo dos —tartamudeó.

—Uno de nuestros camiones se ha quedado en el bosque —le explicó a gritos el soldado—. Tengo que volver a por ellos. ¿Puedes acoger a mis pasajeros?

¿Quién era esa gente? Intentó deducir qué estaba ocurriendo antes de darse cuenta de que no tenía importancia. Esas personas eran supervivientes, los primeros que habían visto en semanas, y eso era todo lo que importaba.

—Hay una puerta lateral —le gritó, señalando hacia atrás—. La abriré.

Sin esperar respuesta, Emma corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. Michael

apareció a su lado e inmediatamente empezó a patear, empujar y golpear a la vasta suma de cadáveres muy descompuestos que se lanzaron sobre ellos. A un metro y medio de distancia se abrió la puerta trasera de la furgoneta. Cuatro personas saltaron al campo, resbalando y corriendo en la embarrada confusión. Emma extendió la mano, agarró a Donna y la ayudó a subir rápidamente mientras Michael seguía conteniendo a los muertos. Entre las dos mujeres subieron a los otros tres al interior y cerraron la puerta de golpe.

Jack cerró la puerta de la furgoneta y después vigiló a través de la ventanilla hasta que estuvo seguro que los otros estaban a salvo.

—Están dentro —le gritó a Cooper, que inmediatamente empezó a acelerar, derribando a más cuerpos.

El terreno, que ya era irregular, había sido removido por los numerosos vehículos militares que habían entrado y salido recientemente de la base, y la furgoneta tuvo dificultades para conseguir tracción. Las oleadas constantes de cuerpos hacían que fuera casi imposible para Cooper seguir adelante con un mínimo de seguridad. Redujo la marcha y se detuvo del todo, con las ruedas del vehículo girando para no ir a ningún sitio. El soldado levantó el pie de los pedales y dejó que el pesado vehículo rodara marcha atrás la corta distancia por la ligera pendiente.

—Nunca vamos a poder subir por ahí —comentó Jack, pasando por encima del asiento del pasajero y mirando la colina por la que habían bajado para llegar allí.

—Daremos la vuelta —replicó Cooper, mirando de izquierda a derecha para decidir qué lado de la colina iba a atacar.

Eligió el derecho y avanzó de nuevo. El suelo estaba ligeramente más nivelado y, para su alivio, los neumáticos consiguieron finalmente tracción y le permitieron aumentar un poco la velocidad. Siguió acelerando de forma continua, apartando a los cuerpos como si fueran muñecas de trapo en lugar de pasarles directamente por encima; fue incrementando gradualmente la velocidad hasta que le pareció suficiente para correr el riesgo de intentar de nuevo la subida. Jack se agarró a los lados de su asiento cuando Cooper giró a la izquierda y forzó a la furgoneta a atravesar el extremo más alejado de la multitud y subir de nuevo hasta la cima de la cresta. La velocidad se redujo y el motor gruñó a causa del esfuerzo hasta que alcanzaron el punto más alto de la subida.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack cuando se nivelaron al otro lado y consiguieron velocidad en el llano. Se acercaron al camión penitenciario, que estaba tumbado de lado y rodeado de cadáveres—. ¡Qué desastre!

Cooper detuvo la furgoneta a poca distancia e intentó decidir un plan de ataque. El número de cuerpos que rodeaba ya el camión accidentado significaba que no podían arriesgarse a bajar e intentar un rescate a pie. Aunque la mayoría de los muertos seguían en el campo cerca de la entrada secreta de la base, atrapados allí por

las pronunciadas ondulaciones del terreno, resultaba evidente que muchos más se habían congregado en los alrededores. La parte delantera del camión estaba oscurecida por una densa multitud de unos treinta cadáveres tambaleantes y violentos.

—¿Cómo demonios lo vamos a hacer? —preguntó Jack.

Cooper no contestó. En su lugar avanzó un poco, hizo girar la furgoneta en un arco cerrado y dio marcha atrás hacia la cabina volcada del camión. Distráídos por el ruido repentino del vehículo que se aproximaba, casi como si fueran uno solo, los cuerpos se dieron la vuelta y empezaron a tambalearse hacia ellos.

—Abre las puertas traseras —gritó mientras se inclinaba por la ventanilla y conducía la furgoneta marcha atrás.

Jack se levantó de su asiento y gateó hasta el extremo de la furgoneta. Abrió las puertas y saltó hacia atrás cuando la furgoneta penetró en la cabina del camión. Un cuerpo, atrapado por las piernas rotas, se balanceaba entre los dos vehículos, moviendo los brazos con furia. Antes de que Jack pudiera reaccionar, Cooper ya estaba a su lado. El soldado lanzó un único puñetazo a la criatura muerta, y la fuerza de su puño casi le arrancó la cabeza de los hombros.

La cabina del camión estaba volcada de lado, lo que dejaba a Cooper y a Jack el espacio justo para colarse por él y subir encima de la mole embarrancada.

—Los sacaremos por detrás y los subiremos arriba —explicó Cooper, limpiándose la mano derecha ensangrentada en la parte trasera de los pantalones—. Primero sacaremos a Paul y Croft.

Eligiendo con cuidado el sitio por miedo a causar más heridas a los dos hombres, Cooper levantó la bota y golpeó el centro del parabrisas agrietado. Ya debilitada, la ventanilla cedió con sólo unos pocos golpes. Baxter se inclinó hacia delante y vio el cuerpo ensangrentado de Paul Castle.

—Demasiado tarde para Paul —informó—, me parece que este pobre ya está listo.

Cooper asintió mientras intentaba soltar el cinturón de seguridad de Croft. Una vez libre, el cuerpo inconsciente del médico cayó en sus brazos. Sacó al médico herido de los restos del accidente y lo tendió con cuidado en la parte trasera de la furgoneta. La maldita ironía de todo esto, pensó Jack mientras lo miraba, era que el único superviviente que tenía los conocimientos médicos para tratar heridas como ésas era el que estaba tendido delante de él, medio muerto.

—Prepárate para ayudarles a entrar —le gritó Cooper a Jack mientras volvía a salir de la furgoneta y se subía encima del camión.

Se impulsó hacia arriba hasta la puerta del conductor, que estaba mirando hacia lo alto, y después recorrió toda la longitud del vehículo. Había una puerta casi a medio camino entre la parte delantera y la trasera. Tiró del pomo, pero no consiguió abrirla.

Oía a las personas atrapadas dentro golpeando las paredes, desesperados por salir.

—Consígueme las llaves —le gritó a Baxter, que le estaba mirando impotente.

Este hizo lo que le había pedido, pasando a través de lo que quedaba del parabrisas destrozado y retorciendo el brazo alrededor de la columna de dirección hasta que, con los dedos extendidos, consiguió tocar las llaves. Desde ese ángulo extraño intentó sacarlas y lo consiguió, sólo para perderlas de nuevo. Aterrizaron en el charco de sangre coagulada alrededor del rostro sin vida y blanco como la nieve de Paul Castle. Con igual cantidad de repulsión, náuseas y tristeza, cerró los ojos y se inclinó hacia abajo para coger las llaves; luego las secó y las limpió en su chaqueta mientras las subía.

—Aquí —gritó mientras las lanzaba por el lateral del camión.

Cooper las cogió e inmediatamente se dejó caer de rodillas al lado de la puerta. Había muchas llaves en el manojo y tuvo que realizar varios intentos antes de encontrar la correcta. Al final el cierre hizo *clic*, la puerta se abrió hacia fuera y aparecieron los brazos, la cabeza y el cuerpo del primer superviviente, magullado y ensangrentado.

—Prepárate, Jack —chilló el soldado—, van de camino.

Se inclinó hacia abajo y tiró de una mujer de mediana edad, que no reconoció, para sacarla del camión. Ayudada por otros supervivientes que la empujaban desde dentro, pronto estuvo fuera.

—Dirígete hacia la furgoneta —le indicó Cooper mientras se estiraba hacia abajo a por la siguiente persona.

A cuatro patas, la mujer gateó hacia la parte delantera del camión. Mientras avanzaba miró hacia abajo a la multitud cada vez mayor de muertos que se arremolinaba a ambos lados. Sintiendo su incomodidad, Jack la animó a seguir adelante.

—Vamos —le dijo—, ya casi has llegado.

En lo alto del vehículo, Cooper había sacado a dos niños y a otra mujer. Miró hacia abajo y contó otras siete personas, que seguían esperando. También vio un cadáver. Era Keith Peterson. Yacía bocabajo en el suelo, aplastado por los demás a causa del impacto súbito del accidente.

Jack subió al camión para ayudar a bajar a los niños. Mientras guiaba a más supervivientes hacia la furgoneta, Cooper le gritó más instrucciones.

—Ponte al volante.

—No puedo —contestó Jack desesperado—. No sé conducir.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿Crees realmente que iba a bromear en un momento así? —le chilló, pisando con fuerza los dedos de un cadáver que intentaba alcanzar a los supervivientes a los que estaba ayudando a entrar en la furgoneta.

—Entonces encuentra a alguien que sepa —ordenó Cooper—, y hazlo ya, nos tenemos que poner en movimiento.

—Yo lo haré. —La primera mujer que habían rescatado se presentó voluntaria; la voz le temblaba a causa de los nervios—. Me tendrás que decir adónde vamos, porque yo no puedo...

—¿Cómo te llamas?

—Jean —contestó—. No sé si puedo...

Jack no estaba interesado.

—Ponte delante y ya te diré cuando estemos listos para irnos —le ordenó, empujándola hacia delante—. Sigue las rodadas. Sabrás hacia dónde hay que ir.

Jean se encaramó al asiento del conductor, reculando cuando un cadáver golpeó contra la ventanilla con su puño putrefacto. Levantó la mirada y se quedó helada. Una multitud densamente apelotonada de caras grotescas y muy descompuestas la estaba mirando, con los ojos cargados de dolor y odio. Se miró los pies, buscando algún punto en el que fijar la vista excepto delante, y luchando por mantener el control y no dejarse llevar por el pánico. Las malditas cosas estaban golpeando los cristales a su alrededor, cubriendo los vidrios de manchas y marcas.

—El último —gritó Cooper desde lo alto del camión.

Segundos después apareció el último superviviente, medio bajando y medio cayendo hacia la furgoneta. Cooper iba justo detrás de él.

—Dile que tire hacia delante para que podamos cerrar las puertas —ordenó.

—Adelante, Jean —repitió Jack.

Obligándose a levantar de nuevo la mirada, Jean apretó con suavidad el acelerador y empezó a avanzar con lentitud, penetrando gradualmente en la multitud putrefacta. En cuanto se encontraron a suficiente distancia de los restos del camión, Cooper saltó y se metió en la furgoneta. Tiró de las puertas para cerrarlas a sus espaldas y se abrió camino hasta la parte delantera.

—¡Adelante! —le ordenó, señalando la dirección en la que quería que se moviera—. ¡Sólo sigue adelante!

De vuelta en el centro del campo, Michael estaba sentado nervioso detrás del volante de la autocaravana, intentando que las ruedas encontrasen agarre y pudieran avanzar.

—Esto no va bien —le comentó en voz baja a Emma, que se encontraba justo detrás de él—. Creo que deberíamos ir y...

Se calló cuando vio la furgoneta pasando por encima de la cresta e iniciando un descenso peligrosamente rápido y poco controlado hacia el campo, precipitándose a través de la masa de cuerpos harapientos. La furgoneta pasó a su lado, y Cooper, con la cara apretada contra la ventanilla, le hizo gestos a Michael para que lo siguiera. Steve Armitage aceleró detrás de la furgoneta; el único camión penitenciario que

quedaba lanzó nubes de nocivos gases de escape hacia el aire matinal, que ya estaba polucionado por el hedor rancio de los muertos. Presa del pánico, Michael apretó de nuevo el acelerador y otra vez más, pero seguía sin tener tracción.

—Inténtalo con una marcha diferente —sugirió Donna, agarrándose a un clavo ardiendo.

Michael hizo lo que le había dicho, y la autocaravana se caló; se deslizó hacia delante y se detuvo con un cadáver bajo una de sus ruedas traseras. Michael arrancó de nuevo el motor y lo revolucionó aún más. A través de una combinación de una marcha más alta y el cuerpo bajo los neumáticos, finalmente la autocaravana empezó a avanzar.

Detrás de una altura pequeña y prácticamente invisible, oculta por completo a la vista desde casi todas las direcciones, había una rampa que bajaba hasta una enorme puerta gris, oscurecida por su posición en relación con el suelo. Los cuerpos se arremolinaban alrededor de los tres vehículos con una energía y malevolencia frenéticas, espoleados de nuevo por otro estallido repentino de ruido y actividad.

—¡Toca el claxon! —chilló Donna en cuanto vio la puerta—. Avísales de que estamos aquí.

—Eso es un jodido búnker —replicó Michael—. Difícilmente nos van a oír, ¿no te parece?

—¿Tienes alguna idea mejor?

Michael dejó caer el puño sobre el claxon. Steve Armitage hizo lo mismo, al igual que la mujer que conducía la furgoneta.

El aire se llenó con el ruido, y ese ruido siguió espoleando a la enorme multitud hasta hacerlos alcanzar una furia incontrolable. Michael detuvo la autocaravana a sólo unos metros de la entrada oculta.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. Por el amor de Dios, ¿qué se supone que tenemos que hacer ahora?

Desde todas las direcciones, las criaturas horribles se abalanzaban sobre los tres vehículos, luchando entre ellas para acercarse, destrozándose las unas a las otras, presionando contra el metal y los vidrios, y golpeando con sus puños putrefactos una vez y otra y otra.

—Sigue con el ruido —le indicó Cooper a Jean—. Eso los distraerá.

El soldado pasó junto a Jack y el resto de supervivientes, apretados en la parte trasera de la furgoneta, abrió la puerta trasera y empezó a salir.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Jack.

—Hacerles saber que estamos aquí —respondió—. No puedo creer que esos jodidos idiotas no nos hayan visto ya.

Tenía medio cuerpo fuera de la furgoneta cuando se detuvo, alejó a un cadáver de una patada y se volvió a meter dentro, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack, incapaz de ver nada a través de la masa de cadáveres en aumento que les rodeaba.

Sin previo aviso, finalmente las pesadas puertas de entrada al búnker se empezaron a abrir. Los dos lados de la barrera iniciaron su separación con una gran lentitud, y en cuanto apareció un hueco lo suficientemente grande salió una oleada de soldados cubiertos con trajes de protección, que ocultaban hasta el último centímetro de los cuerpos y las caras. Apuntaron sus armas hacia la multitud y empezaron a disparar, empujando hacia atrás a los cuerpos. El espacio que dejaba cada cadáver caído era ocupado inmediatamente por muchos más.

Sin esperar instrucciones, en cuanto hubo espacio suficiente, Michael aceleró entre la furgoneta y el camión, y penetró en la base. Era inmensa, una vasta caverna gris iluminada con luz artificial, tan brillante como el día en el exterior. Nunca había visto nada igual. El camión penitenciario siguió a la autocaravana, con la furgoneta justo detrás. Cooper miró desanimado a su alrededor cuando iniciaron el descenso; su agotamiento y alivio se vio rápidamente sustituido por una inquietud incómodamente familiar.

El sonido de los disparos siguió llenando el aire mientras los soldados con trajes de protección cerraban las puertas y expulsaban a los últimos cuerpos que se habían conseguido colar, utilizando una excavadora para recoger y tirar los restos hacia fuera antes de volver a sellar la entrada de la base.

Aún sentados en sus vehículos, Michael, Emma, Donna, Jack, Bernard y el resto de los supervivientes contemplaron incrédulos el hangar. Sólo Cooper bajó. Se colocó delante de la furgoneta y levantó las manos. Las incontables armas que, momentos antes, habían apuntado a los cuerpos en el exterior, se dirigían directamente contra él.

Uno de los soldados dio un paso al frente. Cooper bajó lentamente las manos y dio también un paso al frente para encontrarse con él.

—¡Señor! —dijo bruscamente, saludando y adoptando la posición de firmes. No podía ver quién había detrás de la máscara protectora del soldado.

—¿Cooper? —preguntó el oficial sin rostro. A pesar de que su voz quedaba amortiguada y distorsionada por el pesado aparato de respiración, su sorpresa era clara—. ¿Dónde demonios has estado, soldado? Creíamos que hacía tiempo que te habías ido. Bienvenido.

Bajaron las armas.

Bajo una escolta armada permanente, los supervivientes fueron introducidos en una habitación al lado de la cámara de descontaminación. Su alivio y euforia iniciales se desvanecieron con rapidez y fueron sustituidos por el nerviosismo y la incertidumbre. Estaban atrapados, pero seguros. Exhaustos y vacíos, se sentaron mirando al vacío. Unos pocos afortunados consiguieron dormir.

Emma estaba tendida en un duro banco de madera, con cabeza descansando en el regazo de Michael. Miró su cara cansada y se preguntó qué pasaría a continuación. ¿Alguien en esta base sería capaz de responder a las preguntas que ambos se habían planteado desde la primera mañana de esta pesadilla? ¿Alguien sería capaz de explicarles qué le había ocurrido a su mundo?

Mientras pasaban lentamente las horas, fueron dando cabezadas. Aunque seguían incómodos e inquietos en este entorno nuevo y extraño, por primera vez Emma fue capaz de moverse y hablar sin temor a ser perseguida y atacada por cuerpos feroces. No importaba lo bien entrenados que estuvieran, estos soldados, con sus armas y sus máscaras, no resultaban ni mucho menos una amenaza, en comparación con lo que quedaba de la población muerta en el exterior. Esas personas, o al menos eso esperaba, eran racionales y conservaban el control. Los millones de cuerpos en descomposición en la superficie, no.

Con el objetivo de ahorrar energía, se apagaron las luces principales de la habitación y en su lugar aparecieron unas luces de emergencia de un color amarillo apagado. Emma se hizo un ovillo con Michael y esperó en silencio a que llegase el día siguiente. Aunque no estaba completamente segura, creía que iba a ser viernes. Casi cuatro semanas desde que todo había empezado. Casi dos semanas desde que habían perdido la granja. Quizá el día siguiente sería el día en el que todo volvería a tener sentido.

En los brazos del hombre que lo significaba todo para ella, y rodeada por más supervivientes de los que creía que vería jamás, Emma se relajó, durmió y empezó a sentirse de nuevo humana.